This is a digital copy of a book that was preserved for generations on library shelves before it was carefully scanned by Google as part of a project to make the world's books discoverable online.

It has survived long enough for the copyright to expire and the book to enter the public domain. A public domain book is one that was never subject to copyright or whose legal copyright term has expired. Whether a book is in the public domain may vary country to country. Public domain books are our gateways to the past, representing a wealth of history, culture and knowledge that's often difficult to discover.

Marks, notations and other marginalia present in the original volume will appear in this file - a reminder of this book's long journey from the publisher to a library and finally to you.

Usage guidelines

Google is proud to partner with libraries to digitize public domain materials and make them widely accessible. Public domain books belong to the public and we are merely their custodians. Nevertheless, this work is expensive, so in order to keep providing this resource, we have taken steps to prevent abuse by commercial parties, including placing technical restrictions on automated querying.

We also ask that you:

+ *Make non-commercial use of the files* We designed Google Book Search for use by individuals, and we request that you use these files for personal, non-commercial purposes.
+ *Refrain from automated querying* Do not send automated queries of any sort to Google's system: If you are conducting research on machine translation, optical character recognition or other areas where access to a large amount of text is helpful, please contact us. We encourage the use of public domain materials for these purposes and may be able to help.
+ *Maintain attribution* The Google "watermark" you see on each file is essential for informing people about this project and helping them find additional materials through Google Book Search. Please do not remove it.
+ *Keep it legal* Whatever your use, remember that you are responsible for ensuring that what you are doing is legal. Do not assume that just because we believe a book is in the public domain for users in the United States, that the work is also in the public domain for users in other countries. Whether a book is still in copyright varies from country to country, and we can't offer guidance on whether any specific use of any specific book is allowed. Please do not assume that a book's appearance in Google Book Search means it can be used in any manner anywhere in the world. Copyright infringement liability can be quite severe.

About Google Book Search

Google's mission is to organize the world's information and to make it universally accessible and useful. Google Book Search helps readers discover the world's books while helping authors and publishers reach new audiences. You can search through the full text of this book on the web at `http://books.google.com/`

Acerca de este libro

Esta es una copia digital de un libro que, durante generaciones, se ha conservado en las estanterías de una biblioteca, hasta que Google ha decidido escanearlo como parte de un proyecto que pretende que sea posible descubrir en línea libros de todo el mundo.

Ha sobrevivido tantos años como para que los derechos de autor hayan expirado y el libro pase a ser de dominio público. El que un libro sea de dominio público significa que nunca ha estado protegido por derechos de autor, o bien que el período legal de estos derechos ya ha expirado. Es posible que una misma obra sea de dominio público en unos países y, sin embargo, no lo sea en otros. Los libros de dominio público son nuestras puertas hacia el pasado, suponen un patrimonio histórico, cultural y de conocimientos que, a menudo, resulta difícil de descubrir.

Todas las anotaciones, marcas y otras señales en los márgenes que estén presentes en el volumen original aparecerán también en este archivo como testimonio del largo viaje que el libro ha recorrido desde el editor hasta la biblioteca y, finalmente, hasta usted.

Normas de uso

Google se enorgullece de poder colaborar con distintas bibliotecas para digitalizar los materiales de dominio público a fin de hacerlos accesibles a todo el mundo. Los libros de dominio público son patrimonio de todos, nosotros somos sus humildes guardianes. No obstante, se trata de un trabajo caro. Por este motivo, y para poder ofrecer este recurso, hemos tomado medidas para evitar que se produzca un abuso por parte de terceros con fines comerciales, y hemos incluido restricciones técnicas sobre las solicitudes automatizadas.

Asimismo, le pedimos que:

+ *Haga un uso exclusivamente no comercial de estos archivos* Hemos diseñado la Búsqueda de libros de Google para el uso de particulares; como tal, le pedimos que utilice estos archivos con fines personales, y no comerciales.

+ *No envíe solicitudes automatizadas* Por favor, no envíe solicitudes automatizadas de ningún tipo al sistema de Google. Si está llevando a cabo una investigación sobre traducción automática, reconocimiento óptico de caracteres u otros campos para los que resulte útil disfrutar de acceso a una gran cantidad de texto, por favor, envíenos un mensaje. Fomentamos el uso de materiales de dominio público con estos propósitos y seguro que podremos ayudarle.

+ *Conserve la atribución* La filigrana de Google que verá en todos los archivos es fundamental para informar a los usuarios sobre este proyecto y ayudarles a encontrar materiales adicionales en la Búsqueda de libros de Google. Por favor, no la elimine.

+ *Manténgase siempre dentro de la legalidad* Sea cual sea el uso que haga de estos materiales, recuerde que es responsable de asegurarse de que todo lo que hace es legal. No dé por sentado que, por el hecho de que una obra se considere de dominio público para los usuarios de los Estados Unidos, lo será también para los usuarios de otros países. La legislación sobre derechos de autor varía de un país a otro, y no podemos facilitar información sobre si está permitido un uso específico de algún libro. Por favor, no suponga que la aparición de un libro en nuestro programa significa que se puede utilizar de igual manera en todo el mundo. La responsabilidad ante la infracción de los derechos de autor puede ser muy grave.

Acerca de la Búsqueda de libros de Google

El objetivo de Google consiste en organizar información procedente de todo el mundo y hacerla accesible y útil de forma universal. El programa de Búsqueda de libros de Google ayuda a los lectores a descubrir los libros de todo el mundo a la vez que ayuda a autores y editores a llegar a nuevas audiencias. Podrá realizar búsquedas en el texto completo de este libro en la web, en la página `http://books.google.com`

LA EDUCACION

DE

LAS MUGERES,

Ó

LA QUIJOTITA Y SU PRIMA.

HISTORIA MUY CIERTA

CON APARIENCIAS DE NOVELA,

ESCRITA

Por el Pensador Mexicano.

CUARTA EDICION.

MÉXICO.

LIBRERIA DE RECIO Y ALTAMIRANO,

Portal de Mercaderes núm. 7.

1842.

NPX

THE NEW YORK
PUBLIC LIBRARY
302232B
ASTOR, LENOX AND
TILDEN FOUNDATIONS
B 1915 L

PROPIEDAD DEL EDITOR.

ADVERTENCIAS.

Si alguna persona comprare esta obrita creyendo hallar en ella invencion singular, erudicion escogida, método exacto, estilo brillante y todas aquellas bellezas que encantan y sorprenden en muchas obras del dia, se llevará un buen chasco sin duda alguna: pues solo encontrará una invencion comun, una erudicion no rara, un método en partes incorrecto, y un estilo sencillo y familiar.

Tal es el todo de la presente obrita; y esta ingenua confesion, si no basta á defenderla de los colmillos del Zoilo, ni de la férula del Aristarco, bastará á lo menos para probar que su autor no aspira á pasar plaza de sabio, sorprendiendo á los incautos.

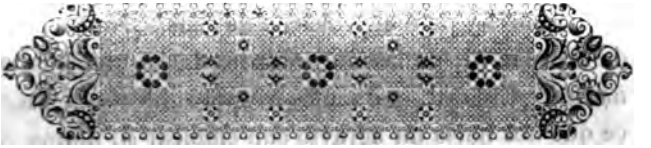
Habiendo visto la favorable acogida que halló el PERIQUILLO *en el público ilustrado de este reino; y habiendo tambien observado que se han desterrado de algunas casas estas ó aquellas preocupaciones, mediante su lectura, me determiné á escribir esta obrita, considerando que acaso podria ser de provecho á no pocas personas; y como al escribir trato de conciliar mi interes particular con la utilidad comun, de ahí es que muchas veces atropello á sabiendas con las reglas del arte, cuando me ocurre alguna idea que me parece conveniente ponerla de este ó del otro modo.*

GIE & STI 8 AUG 1

No por esto se me esconde que se pueden dictar los mismos documentos cumpliendo con el rigor del arte, y tal vez con mas gracia y mejor estilo; pero ¿qué tengo con saber que se puede hacer una cosa con perfeccion, si yo carezco de la ilustracion y genio propio para hacerla?

Por tanto ofrezco al benigno público esta obrita así como he podido escribirla, deseando que sea útil, y esperando que los sabios disimularán los defectos que no hubiere sabido corregir ó evitar mi escasa penetracion.

Tambien debo advertir, que aunque está dedicada al bello sexo, no será enteramente inútil al otro, por las íntimas relaciones que tienen ambos entre sí.



PRÓLOGO

EN UNA CARTA Y SU CONTESTACION.

Señor Pensador.

He leido con gusto la obrita de vd. que tituló *El Periquillo Sarniento;* y con decirle que la he leido con gusto, la alabo bastante, porque soy poco amiga de leer, y tal ha de ser un libro para que no me canse y merezca que le vea el fin, favor que me ha debido el Periquillo de vd.

Entre otros frutos que he sacado de la lectura de esa historieta, ha sido uno reflexionar en el empeño con que critica vd. las costumbres de los hombres extraviados, la sal con que procura ridiculizar los vicios mas groseros, y el conato que pone en divertir é instruir á sus lectores.

Pero, Señor Pensador, ¿todo ha de ser á costa de

los hombres y para el provecho de ellos? ¿Nunca se ha de acordar vd. de las mugeres para darles una enjabonadita? ¿Crée vd. que somos irreprensibles, ó le parece que nos haria un agravio con emplear su pluma en nuestra correccion? Advierta vd. que en nuestro sexo hay muchos abusos y muchas preocupaciones perniciosas, comenzando desde nuestra primera educacion. El amor propio nos ciega mas que á vds. y los hombres, cuando dicen que nos aman, no hacen sino empeñarse en cegarnos mas.

Síguese que pocos autores, ó tal vez ninguno, ha escrito contra nuestros defectos en un estilo que nos pique, nos enseñe, corrija y divierta. Casi cuantos hasta hoy han escrito sobre esta materia, se han dividido en dos bandos: unos han tratado de instruir á nuestros padres acerca del modo de educarnos, amon-

VII.

Seria, pues, una empresa recomendable dar á luz una obrita, que sin zaherir generalmente al sexo, ridiculizara los defectos mas comunes que en él se advierten.

Tal clase de trabajo seria útil y digno de nuestro aprecio, pues lo leeriamos con gusto, creyendo no estar comprendidas en aquella pintura; y á nuestras solas ó á sangre fria, advertiriamos que en muchas materias la sátira y la reprension recaían sobre nosotras, que éramos los legítimos protótipos de aquellos retratos imaginarios.

El plan de esta obrita presenta desde luego un espacioso campo, no solo para divertirnos y satirizar nuestros defectos, sino para instruir á los padres y madres acerca de nuestra educacion, para descubrir los ardides y artificios de que se valen los hombres para seducirnos y arruinarnos, y para enseñarnos los antídotos mas eficaces para precavernos.

Un librito semejante puesto en las manos de una niña de diez años, produciria mejores efectos que los de la diversion y pasatiempo; pues á la hora crítica se vendrian muchos lancecillos á la memoria de la tal niña, y contendrian como con un freno sus primeros desordenados movimientos.

En fin, Señor Pensador, yo estoy paseándome en unos prados deliciosos que no existen, estoy recomendando el mérito de una obra que deseo, y no se ha escrito. Quisiera á la verdad que probara vd. su pluma para este utilísimo trabajo. El genio de vd. serio

y observativo, su poco ó mucho mundo que tenga, su estilo adecuado para el caso, me hacen creer que si emprende este trabajo, no puede ser de ninguna manera infructuoso.

Conque anímese vd. y coadyuve á los buenos deseos que tengo de abrir los ojos á las damas. Ello, ya advierto que es algo dificultoso; pero lo fácil ni contrae mérito, ni demanda recomendacion ni elogios. Lo arduo sí, se debe emprender aunque no se consiga, porque solo el pretenderlo es digno de la estimacion universal.

Estos generosos sentimientos, fruto de la lectura del *Periquillo*, han agitado mi fantasía, y puesto la pluma en mi mano para suplicar á vd. aunque sin mérito, que escriba una *Cotorra* ó lo que quiera, segun la idea que le presento; y de su atencion y cortesía espero no quedará desairada su incógnita servidora que

RESPUESTA.

SEÑORITA.

La idea de vd. es liberal, sus deseos apreciables, y su estilo insinuante.

A pesar de todo esto, conozco lo débil de mi talento y lo mal cortado de mi pluma para emplearlos en semejante obra.

Pero aun suponiéndome capaz de desempeñar el designio de vd. no quisiera conciliarme el aborrecimiento del bello sexo, que seria como necesaria consecuencia de las verdades que estampara.

Confieso á vd. con la mayor sencillez, que sea por mi edad, por mi constitucion enfermiza, por el conocimiento de mi ningun mérito, por mi experiencia, por mi corta fortuna ó por lo que vd. quiera, no me atrevo á mendigar los favores de las mis señoras; y así el temer hablar contra algunos defectos ó preocupa-

ciones de muchas, no es por excusar sus dengues ni desvíos, sino porque presumo que algunas me contarán en el número de los segundos escritores que vd. menciona.

Yo creo que algo conozco á las mugeres, y por una constante experiencia y observacion, he echado mis pronósticos á muchas, y casi siempre los he visto cumplidos al pié de la letra, lo que me hace pensar que quizá escribiria con tino en la materia; pero cuando así fuera, no podia menos que grangearme una porcion de enemigas que á veces son mas terribles que enemigos; y lo peor es que me las adquiriria á mi pesar, pues no escribiria mi obra, ni acusaria de ningun defecto á las damas, del que no recayera la culpa en la mayor parte de los hombres, lo que era un bello modo de liseonjearlas.

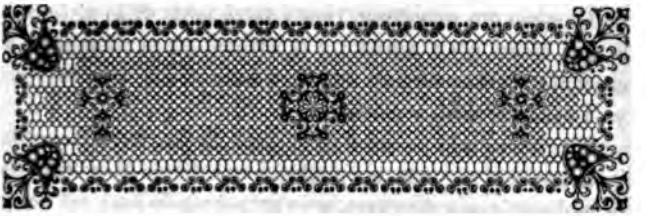
Pero si todo este artificio no bastaba, ¿qué haria-

cacion vulgar y maleada, y la otra el de una crianza moral y purgada de las mas comunes preocupaciones.

En el contraste de estas dos educaciones se hallará la moralidad de la sátira, y en el paradero de ambas señoritas, el fruto de la lectura, que será ó deberá ser el temor del mal, el escarmiento y el apetito de buen obrar.

Si vd. no quedare complacida, el defecto estará en mi corto talento, y no en mi decidida voluntad con que deseo servirla y me ofrezco á su disposicion como su afectísimo servidor que S. P. B.

El Pensador Mexicano.



LA EDUCACION DE LAS MUGERES,

Ó LA

QUIJOTITA Y SU PRIMA.

CAPITULO I.

En el que se dá razon de quiénes fueron estas dos señoras, y de la primera educacion de ambas.

En una de las casas de esta populosa ciudad vivia Doña Eufrosina Contreras, muger de D. Dionisio Langaruto, y hermana de Doña Matilde, esposa de D. Rodrigo Linarte, coronel retirado de no sé qué regimiento.

Estos últimos señores vivian pared en medio de la casa de D. Dionisio; pero tan inmediatas estaban las habitaciones, como distantes los genios de las hermanas y concuños: porque

D. Dionisio era semijóven, rico y totalmente dado al lujo y á lo que dicen gran mundo; y el coronel ya se acercaba á los cuarenta y cinco años de edad: su fortuna era algo mediana, y su carácter serio y cortesano.

El primero solo pensaba en el juego, bailes, tertulias, modas y paseos; y el segundo, sin declinar en ridículo ni extravagante, se divertia sin disiparse, y se entretenia lo mas del tiempo que tenia desocupado, en la lectura de buenos libros.

Como las mugeres por lo comun siguen el ejemplo de los maridos, Eufrosina era una petrimetra ó curra de las últimas modas; su casa una perfecta sociedad de caballeretes almidonados, y su vida un continuado círculo de diversiones y alegrías.

Doña Matilde por el contrario, acostumbrada desde muy niña al reposo de su marido, se divertia grandemente con el cuidado de este y de su casa, y cuando queria desahogarse lo hacia con su clave, que tocaba diestramente.

No por esto se entienda que su esposo era un mono que la privaba de otra clase de diversiones honestas. Nada menos: ella tenia y correspondia sus visitas, y se franqueaba á

este modo de las dos casas una, y facilitando el vivir juntas y separadas á un mismo tiempo.

Abrióse, pues, la puerta, se extrechó mas la comunicacion como era regular, y esta puerta me facilitó observar mas de cerca la conducta de ambas familias, porque yo pertenecia á la de D. Rodrigo con quien vivia por ser mi tutor.

Casi á un tiempo estuvieron grávidas las dos hermanas, y casi á un tiempo dieron á luz los frutos de sus vientres con la mayor felicidad, aunque estos no la lograron igual en el discurso de su vida.

Doña Eufrosina, despues que parió á su hija, á quien pusieron por nombre Pomposa, la entregó al brazo secular de las tias y nodrizas, y no la volvió á ver hasta que la sacó á misa. Su mayor cuidado y conato fué curarse y fortalecerse con buenas gallinas y ricos vinos los dias que la preocupacion * señala de cama á las paridas.

Con semejante esmero se levantó famosa y rozagante, al mismo tiempo que su hermana Doña Matilde tenia algo quebrado el color por razon de que criaba á sus pechos á su niña Pudenciana.

Entre las visitas de la casa no faltaban algunas señoritas que celebraban la robustez de Eufrosina, apoyando el arbitrio de no criar á sus hijos. Haces muy bien, niña, le decian: haces muy bien de no criar á tus hijos. Yo así lo hago, y ya ves que buena salud gozo despues de haber parido ocho muchachos.

Con razon, decia otra: yo pariera veinte y no criara uno; porque la crianza acaba á las mugeres, y por fin no es moda ni se quedan estas cosas para las personas de nuestra clase,

---

* La preocupacion consiste en que sean precisamente cuarenta dias de cama y no mas ni menos, cuando este tiempo se debiera ordenar segun la constitucion y robustez de la paciente, y no segun una rutina que inventó el chiqueo y no la necesidad.

sino para las *pobretas* y gente ordinaria. ¡Ya se ve que sí! decia otra. ¿Qué dijera la marquesa Tijereta, la Tremenda y otras señoritas que visitan esta casa, si vieran á Eufrosina criando á su hija como una *chichi* alquilona? ¡Jesus! ni pensarlo, decia una chatilla remilgada. A mí nada me va ni me viene; pero se me encoge el corazon de ver á tu hermana Matilde cargando al *nene* todo el dia, y á éste chupándole la mitad de la vida; no envalde está la pobre tan descolorida y flaca, que parece gato de azotea. ¡Qué ordinario y qué mezquino debe ser el viejo de su marido!

Yo harto me mortifico de estas cosas, respondia Eufrosina: harto le decimos á D. Rodrigo, y aun nos hemos ofrecido á pagarle la *chichi;* mas no hay forma de entrar por el aro: siempre nos sale con que es obligacion precisa de las madres: que la que no lo hace así no merece este nombre, y otras tonterías semejantes.

Sí lo creo, decia la chata: si vieras que trabajo me costó imponer á mi marido á que pagara *chichiguas* para sus hijos, ¡oh! eso fué mucho. ¡Sobre que el señor mio estaba acuñado á la antigua y presumia de muy filósofo y racional! ¡Qué sermo-

la mia. Hubo en casa por esto un San-Quintin desesperado, cuando lo supo mi marido; pero yo conseguí salirme con la mia y que lo criara una negra retobada como el diablo, y creo que gálica, por señas que el niño se murió á pocos dias medio podrido, y desde entonces ya mi marido tiene buen cuidado de buscar *chichis* robustas á sus hijos.

Algunas de estas conversaciones pasaban delante de Doña Matilde, y esta sencillamente las referia á su marido, quien le decia: Hija, no hagas caso de las producciones de esas locas. El ídolo que adoran es su carita, y con tal que esta no desmerezca, poco cuidado se les da de atropellar las leyes de Dios y de la naturaleza.

Mucho y bien han declamado los sabios contra este abuso; pero nunca lo bastante para exterminarlo de las sociedades....

A este tiempo tocaron la campanilla de la escalera: abrieron el porton, y entró precipitadamente á la sala haciendo un terrible ruido con las espuelas y seguido de una vieja, un payo con su mangota embrocada, su paño de sol en los hombros, sus botas de campana y dos perritos en las manos, y sin quitarse el disforme sombrero dijo: Ave María, Seor amo.... ¿Qué es esto, Pascual? le preguntó el coronel: ¿qué te ha sucedido? ¿qué tienes que te vienes ahogando?

¿Qué he de tener? señor, decia Pascual (que era mayordomo de un ranchito que tenia el coronel): ¿qué he de tener? Estas son unas picardías, unas perradas que no se pueden aguantar entre cristianos. No sé como no caen rayos á manojos y acaban con la ciudá.

Pues vaya, repetia el coronel: ¿qué te ha sucedido?—¡Que me ha de suceder! En malora me encargó el señor cura de mi tierra que tragiera una carta en la calle de.... de.... quien sabe como se llama la calle; pero ello es que el rétulo de la carta era para la señora Lustrina....Ludovina se llama mi ama, que no Lustrina, decia la vieja muy enojada: ¡habrase visto! ¿qué hasta eso mas es vd. one-nom bres? ¿ó ya se metió

á arzobispo para confirmarla? Todo está güeno, decia e yo; ¿cómo dice que se llama su ama?—La señora Doña M Lidavina.... *Axcan*, ansina, eso es, reponia Pascual: an llamará, sino que como yo tengo mal güido se me habia dado; pero el cuento es, seor amo, que yo juí á la casa y gué, ¿y qué hago? subo, entro de sopeton hasta la recáma me jallo á la señora Luterina dándole de mamar á estos cachorros, sin tener tantita caridá de un probe muchachi tres meses que estaba tirado á sus piés en una salcyita, d el pobre angelito unos gritos que hasta se desmorecia, y que era de hambre, porque se chupaba las manitas y se r caba como culebra.

Yo no me pude sofrenar, y ansí le dije á la señora: ¿No ra mejor que le diera de mamar á ese probe niño que al fi cristiano como nosotros, y no á esos perros que tiene colg de las *chichis?*—¡Si á mano viene será su hijo el mucha Lumbre le quemaron en los lomos á la tal Lustrina ó com llama; porque poniéndose mas colorada que un *huachich* me dijo: quítese de aquí el pavo bruto barbajan majadero

La leche que le da á los perros mas mejor se la

puede dar porque se empachará el pobrecito. ¡Mire qué caso decia Pascual, y ¿quén la ha mandado que la deje retesar? ¿porqué no le dió de mamar dende los principios, que á fe que no se le retesara? ¿Qué cuentas tengo yo con eso, replicaba la vieja: acaso yo la mando ó es mi hija? Pero, señor, á la probe de mi ama le viene tanta leche, que por mas remedios y porquerías de la botica que le mandan los médicos, no se le puede retirar, y por eso cada rato es menester que los perros le vacien los pechos; ¡ya se ve, que es tan enferma la probe señora....!

¿Qué enferma ha de ser? respondia Pascual: si la viera mi amo qué colorada está y mas gorda que un marrano capon, y con dos tetas tamañotas, que á fé que para vaca *chichihua* valia un dineral: mañosa será ella, que no enferma. Muy rala será la muger que no pueda criar á sus hijos por enferma. ¿No mira á mi ama Doña Matildita como está criando á su niña y no se enferma.

Pues en fin, yo no vengo á chismes ni averiguaciones, decia la vieja: déme vd. mis perros y acabadas cuentas, que Dios sabe los pasos que me cuesta andar la seca y la meca en busca de los perros: y ansi haberlos, que ya me voy y se me hace malobra.

Pues yo no doy los perros, es gana, decia Pascual: dos tigres le diera yo para que le comieran los entresijos á su ama por verduga de su hijo; y ya se puede ir de aquí la señora alcahueta de los perros; porque si no, por vida mia que colicencia del amo le he de cortar las orejas con este cuchillo. Diciendo esto, se sacó de la bota un puñal, y amenazó á la vieja con tan buen aire de enojo, que la pobre huyó mas que de paso, rezongando sesenta retobos y desvergüenzas contra el payo; pero iba tan de prisa que por poco tira á su amo, que á este tiempo iba entrando por la sala, el cual se quedó sorprendido al ver á Pascual con los perros en una mano y con el

cuchillo en la otra amenazando de muerte á su cocinera.

Apénas D. Rodrigo advirtió por algunas palabras sueltas que aquel caballero era el esposo de D.ª Liduvina, cuando haciéndole tomar asiento, lo satisfizo con toda urbanidad del desacierto de su criado Pascual. A lo que el caballero dijo: Ya yo veo que este buen hombre ha hecho esto por amor de mi hijo, lo que debo agradecer. Tambien le tengo dicho á Liduvina que se ponga en los pezones botellas con agua caliente, y no perros, que puedan darle una mordida y costar caro; pero ella no entra por el aro. Está decidida por los perros, porque dice que estos chupan breve y no con la broma de las botellas.

¿Pero no fuera mejor, decia el coronel, que la señorita criara á su niño, supuesto que tiene tanta y tan buena leche? Seguramente en este caso el niño estará mas sano y robusto y se ahorraran vds. de médicos, boticas, nodrizas, perros y botellas.

Es verdad, reponia el señor de los perritos; pero ¿qué quiere V. S. si es menester condescender con las mugeres? Como yo estoy recien casado y la mia es jóven y bonita, trata de

Pascual con alguna repugnancia volvió los perros, y el interesado los entregó á la vieja, que los recibió con mil manos, y llenándolos de besos les decia: ¡Ay hijos mios de mi alma, y en qué grandes peligros han estado!

Acabada la ridícula ceremonia de la vieja, los envolvió en su rebozo, y amo y criada se despidieron del coronel y de su esposa, pero no del payo, que los miraba con ojos encarnizados. Por fin se fueron, y de este modo acabó la graciosa aventura de los perritos de leche.

Luego que los de la casa estuvieron solos, el coronel hizo sentar á Pascual, y encaminando la coversacion á su muger le dijo: ¿Ves confirmado lo que te acabo de decir, de que es dificil exterminar este abuso de las sociedades que llaman cultas? El es tan antiguo como funestas sus consecuencias. En la historia romana se cuenta que siendo dictador Cornelio Scipion, cometieron un grave delito unos oficiales de guerra por el que fueron condenados á muerte. Se empeñó lo principal de Roma para conseguirles el indulto; mas fué en vano: el juez estaba inexorable. Se empeñó su hermano de Cornelio, y nada pudo conseguir. Ultimamente, y por no dejar diligencias que hacer, interesaron para el mismo empeño á una hermana de leche del dictador, y apenas esta rogó por los delincuentes, cuando fueron declarados por libres. Esto no pudo ménos que agraviar á su hermano, quien manifestó su queja á Cornelio; pero este se disculpó diciéndole: „Hermano, te aseguro que yo tengo por mas madre á la que me crió y no me parió, que á la que me parió y al instante mo abandonó á agenos brazos, porque esta no es verdadera madre; y pues solo á la que me crió tengo por madre, justo es que á su hija la tenga por verdadera hermana y muy amada."

Con tan oportuna respuesta quedó reprendida la conducta de la madre, vengado el hijo, premiada la nodriza, satisfecho el hermano, y callada la murmuracion de los que no comprendian este misterio.

De los dos Gracos, famosos romanos, se lée tambien que tuvieron un tercer hermano bastardo muy valeroso y afortunado en la guerra, el cual viniendo triunfante de la Asia, entró en su casa, y hallándose en ella á su madre y á su ama de leche, ó *chichigua*, como acá decimos, regaló á la madre una cinta de plata, y á la *chichi* un joyel de oro y piedras finas. La madre se agravió por la desventaja; mas él la avergonzó diciéndola: „No te admire, madre, el que haga esta distincion, pues tú solamente me cargaste en tu vientre nueve meses, y nacido me echaste de tus brazos, recogiéndome en los suyos mi nodriza, alimentándome y cuidándome tres años con el mayor cariño. Mira si puedo decir que le debo mas que á tí." ¡Justa reprension que debe escuchar la madre que con mucha robustez abandona á sus hijos á otros brazos por el criminal motivo de no desmejorar su semblante!

Todavía no se vé en este reino, ni Dios lo permita, otra circunstancia mas cruel en el mismo caso, que se ha visto en otras partes, y es enviar los hijos luego que nacen, á que los crie la nodriza en una aldea ó pueblo léjos de la ciudad en que viven las madres, quienes no vuelven á verlos hasta que an-

casa el caballero fulano. De esto resultaron dos partidos, y de ellos una guerra intestina tan cruel, que en ella se mataron los dos pretendientes á la corona en una batalla, que costó muchas vidas á los infelices ciudadanos.

Por este motivo estableció el Senado una ley por la que mandaba, „que todas las mugeres criasen á sus propios hijos, „y que las princesas y señoras enfermizas criasen á lo ménos „al primogénito.» „Yo aseguro, dice un autor español: * que „no dejará de haber algunos mayorazgos sin hijos ni herede„ros, y que los legítimos andarán, tal vez, vendiendo arena „y ladrillo ó siendo peones de albañil. Lo cierto es, que solo „el que cria la madre á sus pechos puede asegurar que es su „hijo, ó el que se cria en casa y siempre á la vista.»

Aquí no hay tanto exceso; pero yo he conocido mas de dos señoras que luego que paren, entregan el niño á la que se encarga de cuidarlo y criarlo, y no lo vuelven á ver hasta que anda. Tú conoces á tu hermana: no es necesario ir muy léjos.

La enfermedad verdadera ó una causa legítima como la conservacion de la pública honestidad, excusan á las mugeres de criar ellas mismas á sus hijos. Una madre que no puede lucir el fruto de su vientre sin detrimento de su honor, ó una contagiada del mal venéreo ú otro igual, no debe criar á sus hijos y está excusada de esta obligacion. Pero en este caso se debe pulsar con mucho tiento la eleccion de las nodrizas, y no dar al niño la primera que se halla á mano. „Cuando las madres no pudieren criar á sus hijos por alguna razon de primera necesidad, dice un sabio escritor de nuestra México ‡, juzgo que deben buscarse unas nodrizas virtuosas y con proporcion á la naturaleza del niño. Por lo que respecta á la pureza de costumbres, encarga S. Gerónimo que no sea vino-

* D. Estevan Colomer.

‡ El Lic. Barquera en los Diarios de esta capital de diciembre de 1816.

sa, ni lasciva, ni patrañera. Plutarco y Ludovico Septalio quieren que las nodrizas sean de una complexion muy semejante á la de la madre; pero en especial que sean sanas y de buenas costumbres, apacibles, castas, sóbrias y afables. La ley 3.ª tit. 7 de nuestro código español dice: que *deben darse á los niños amas sanas, robustas é de buen linage ca bien como el niño se gobierna é se cria en el cuerpo de la madre fasta que nace, otro si se gobierna y se cria del ama desde que le da la teta, fasta que gela tuelle, é porque el tiempo de la crianza es mas luengo que el de la madre, por ende no puede ser que no reciba mucho del contenente é de las costumbres de la ama.* No está la naturaleza un punto ociosa; pero la tiranía de muchas madres frustran sus fines con notable daño de la humanidad."

„Las nodrizas deben ser de veinte á trienta y dos años; la leche no ha de pasar de cuatro á cinco meses: que no hayan tenido partos difíciles: que tengan, si puede ser, el pelo negro ó castaño; porque las rubias ó azafranadas suelen tener la leche agria, dice Ballejerd, quien quiere que no tengan mal olor en la boca, y la dentadura blanca y fuerte, pues esta es señal

á segundas madres, y protejerlas cuando crecen y se ven en unos puestos capaces de proporcionales comodidades y descanso.»

Por el juicioso discurso de este escritor advertirás que hay ocasiones en que es indispensable el saberlas elegir adornadas de las cualidades dichas, ó siquiera con las ménos tachas que se pudiere.

Esta indulgencia se extiende á las madres que por una causa legítima no pueden criar á sus hijos; no á aquellas que por no acabarse, y por no ponerse descoloridas, sacan pretextos de debajo de la tierra, aparentando enfermedades que no tienen, lo mismo que para no ayunar las que pueden: y lo peor es que se hallan médicos liberalísimos para lisonjear con su opinion el deseo de las pretendientes. ¡Pobres médicos! No obstante, si tú quieres.... ¡Ay! no, ni pensarlo, decia la amante Matilde. ¿Yo habia de abandonar á mi hija á otros brazos por no ponerme descolorida? Así entendiera morirme. Ella es mi hija, y el rato que la tengo colgada de mis pechos, la quiero mas que nunca. Es imposible que mi hermana quiera á Pomposa como yo á esta peloncilla de mi vida.

Diciendo esto la apretaba y la llenaba de besos con la mayor ternura; y el coronel, rebosando la satisfaccion que sentia en estas escenas, abrazaba á su esposa y le decia: Tú, sí, eres verdadera madre: tú, sí, cumples con los deberes de la naturaleza. Ella, yo y tu hija tenemos en tí el iman de nuestras delicias. La naturaleza humana reconoce en tí un individuo suyo propio, yo una digna esposa, y tu hija una amante y verdadera madre, bastante á desempeñar este sagrado título.

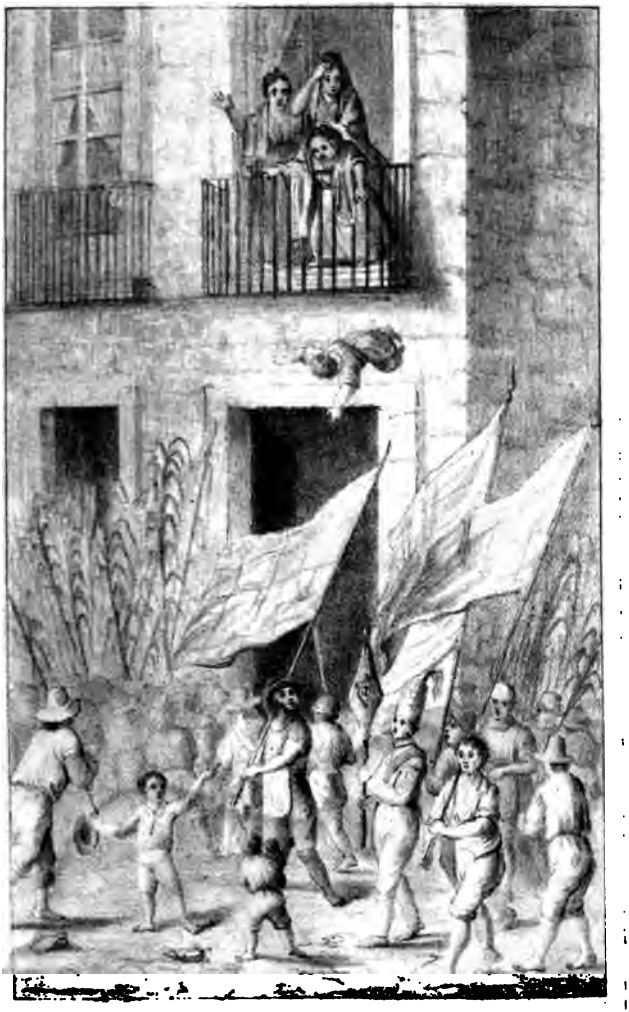
Así pasaron como dos años en la primera crianza de estas niñas, al cabo de los cuales observé lo que leereis en el capítulo siguiente.

CAPITULO II.

En el que continúa la materia del antecedente.

PASADO el tiempo de la primera crianza, y despedida la nodriza, fué Pomposa entregada al cuidado ó descuido de las *pilmamas*. Como el fin era quitársela de encima á toda prisa; acomodó Eufrosina á la primera que se le presentó, y era una pobre indita como de ocho años, es decir, todavía necesitaba que la cuidasen.

A esta gran persona entregó Eufrosina su hija con la mayor confianza, y ya se deja entender qué segura estaria esta en los débiles brazos de una muchacha aturdida y de tan corta edad. Raro era el dia en que no llevaba dos ó tres golpes. Cada rato lloraba, y era la *pilmama* reñida con demasiada aspereza por Eufrosina, siendo así que toda la culpa era de está, por fiar su hija al cuidado de una criatura que no sabia ni podia tenerla segun era conveniente.



de la ira mas necia é implacable, arrebató á la pobre muchacha, la arrastró por la sala, la pateó, la desgreñó, y le dió tal tarea de golpes, que si no se la quitan las visitas, la mata sin remedio.

Finalmente, la triste muchacha se levantó del suelo toda aporreada, hecha pedazos y bañada en sangre, y tomó salir llorando de aquella funesta casa á curarse á la suya, dejando en poder de su ama su salario para siempre.

Eufrosina no se hizo cargo de que su imprevision y su imprudencia fueron las que arrojaron á su hija del balcon, sino que lo atribuyó al descuido de la maldita muchacha *pilmama*, como solia decir, y conforme á este falso juicio, trató de que viniera otra, porque su hija le pesaba demasiado en los brazos. Para esto la encargó por todas partes, teniendo á lo ménos el cuidado de solicitarla grande, para que no se volviera á repetir la amarga escena del balcon.

Es menester decir en este lugar, en obsequio de la piedad é ilustracion de Eufrosina y sus visitas, que no se olvidó de dedicar á cierto templo un gran retablo representativo del milagro tan patente. Dije á cierto templo y no á cierta imágen, porque en el retablo estaban pintados diversos santos, segun fueron los invocados por las visitas; porque despues del lance se trabó entre ellas una disputa tan ridícula como acalorada acerca de quien habia hecho el milagro; de suerte que cada una lo pedia para su santo, hasta que á pluralidad de votos se resolvió que todos se pintaran en el lienzo, y quedó el milagro en opiniones. ¡Contencion pueril y propia de gentes que tienen poco conocimiento de su religion! En otro lugar explicaremos qué son milagros, cuáles favores, quién los hace, y por qué.

En efecto, á los dos dias acomodó Eufrosina á una pardita bonitilla como de diez y seis años, muchacha muy viva y alegre, que cuando estaba delante de ella, que era muy rara vez,

hacia á la niña mil mimos y zalamerías con que dejaba á su madre lela, y le dispensaba ésta tanta confianza, que le permitia salir á la calle cuando se le antojaba, con achaque de divertir á la niña.

Cada rato estaba ésta empachada sin saberse por qué. ¡Ya se vé! la *pilmama* nunca decia que le daba peritas verdes, tejocotes, chicharron, ni otras porquerías semejantes; pero así lo hacia, como lo hacen las muchachas para que la niña no llore, para que no se le salte la hiel ó se le reviente un ojo. La pobre criatura comia aquellas golosinas perniciosas con la misma indiscrecion con que se las daba la *pilmama*, y de repente perdia la gana de comer, padecia ansias, licuaciones, calenturas, meteorismos, ó aventamientos, y todos los síntomas del infarto.

Luego que se avisaba á la madre del estado enfermo de la niña, se congregaban las amigas viejas y mozas, y se comenzaba la ordinaria cancion de: ¡Vírgen! ¿Qué tendrá la niña? ¿Qué sera esto? ¿Qué habrá comido? ¿Qué le has dado, Francisca? &c.

Pasadas estas importunas exclamaciones, se resolvia por la

otra; y así tan mal le fué en su criánza física al lado de estas, ¿qué seria en su educacion moral? Sin duda debia ser conforme eran sus primeras ayas ó cuidadoras con quienes estaba continuamente.

Unas eran soberbias, otras desvergonzadas, esta vengativa, aquella embustera, y todas como se puede considerar. Con esto, de unas aprendió á llorar por cuanto queria, y á enfadarse si no se lo daban pronto; de otras á levantar la mano para cualquiera; de otras, á pedigüeña; de otras, á remedar á todo el mundo y sacar la lengüita con mofa; de otras, á temer al coco, al viejo, á la bruja y á los aposentos sin luz, y de todas, á ser en cuanto su edad lo permitia, la muchacha mas necia, atrevida y malcriada. Bien, que todas estas pasaban por gracias entre sus padres, parientes y domésticos. Ya en el discurso de esta historia iremos viendo el fruto de este criminal abandono.

Muy diversa fué la conducta del coronel con su hija, pues le buscó para *pilmama*, no la primera que encontró, sino una niña decente aunque pobre, humilde, bien criada y recogida, á la que ni él, ni Maltilde trataban como criada, sino como hija, ni se separaba de su vista para nada. Con esto sucedieron dos cosas muy interesantes. La primera, que la noble *pilmama* los amaba á ellos como á padres y á la niña como á hermana; y la segunda, que no tenia lugar de darle golosinas dañosas, ni de enseñarle vicios que ella misma ignoraba. Con estas precauciones se crió la niña buena y sana en el cuerpo, y libre de resabios antimorales en el espíritu, lo que fué principio de su felicidad, como veremos. ¡Tanto valen estos primeros cuidados en la infancia!

Frecuentemente decia el coronel á Matilde: no puede reprobarse el uso de las *pilmamas*, porque aunque el cuidado de los hijos es privativo de las madres, no siempre estas tienen todo el lugar necesario para el caso, y muchas veces les falta la

aptitud que se requiere. Lo primero acontece á las pobres, y lo segundo á las enfermas. Así es que se ven como obligadas á solicitar quien las ayude; pero cuando esto sea, deben, en cuanto esté de su parte, procurar que sus hijos se entreguen no solo á una muger juiciosa y capaz de encargarse de un cuidado como este, sino que, si es posible, se deben buscar para *pilmamas* mugeres de virtud y de talento.

Acaso te parecerá esto una nimiedad, mucho pedir, y tal vez un imposible; mas no hay tal. Cualquier diligencia que se haga para esto, cualquier trababajo que se tome, y dinero que se gaste, no está por demás, considerando lo grande del objeto y las ventajas que se logran.

Se crée, y se crée mal, que las *pilmamas* solo deben servir para cargar y divertir al niño, y no para enseñarle alguna cosa buena. Semejante equivocacion hace que se valgan las madres de la primera que se presenta, aunque sea una muchacha pequeña, una enferma, loca, viciosa ó necia, y este equivocado proceder hace que los niños se crien golpeados y enfermos, ó que se contagien con alguna enfermedad peligrosa: esto

aprehension muy viva, y retenemos tenazmente y con gusto lo primero que oimos ó vemos.

Aquella demasiada libertad que se concede á las *pilmamas* para que saquen los niños á la calle con el pretexto de que los diviertan y por no oirlos chillar, tambien es orígen de mil daños, pues por un amor mal entendido les dan cuantas frutas y alimentos comen, sin distinguir lo verde de lo maduro, lo suave de lo de dificil digestion, ni lo sano de lo nocivo, y de aquí resultan tambien los granos, la sarna y los infartos repetidos.

Todavía sufren mayores perjuicios los niños abandonados á esta clase de libertad. Mordidas cariñosas, pellizcos de enfado, estrujones de venganza, y golpes de accidente, son los gages que reciben casi siempre de sus buenas *pilmamas*. ¡Cuantos niños han sido tristes víctimas del descuido de las madres en esta parte, y de la indolencia y perfidia de sus *pilmamas!* Un famoso médico de Edimburgo fué llamado á una de las principales casas de la ciudad para que curara á un niño de dos años acometido de un terrible mal que no se conocia. Llegó el médico y halló al niño todo torciéndose, en un continuo grito, muy renegrido y casi con la convulsion de una mortal alferecía. El médico le aplicó lo mas específico del arte; pero todo su empeño y habilidad, toda la eficacia de los remedios y el cuidado de la madre fueron inútiles. El niño murió entre terribles ansias. Admirado el facultativo de la tenacidad del mal, y deseoso de indagar la causa de su resistencia, hizo desnudar al niño, y le encontró en el espinaso clavado un fistol hasta la cabeza. ¡Cuál seria entonces su asombro, y cuánto el sentimiento de la madre al saber que la *pilmama*, por una cruelísima venganza, habia cometido semejante atroz infanticidio! Tú eres madre: yo lo dejo á tu consideracion.

Si un caso tan funesto fuera el único en su especie, se podria tener á dicha; pero son mas frecuentes de lo que se piensa, aunque no sea con tan criminales circunstancias. En es-

ta ciudad han volado de los brazos de las *pilmamas* á la calle algunas criaturas, de las cuales unas han muerto y otras han quedado lastimadas y contrahechas. Por meterse á ver un pleito una de esas *pilmamas* paseadoras, tocó al niño que llevaba una pedrada en la cabeza, de la que quedó en el sitio: otra mientras reñia con con una muger sobre zelos, puso al niño en el suelo, y pasó sobre él á este tiempo un caballo, y lo mató.

De estos ejemplares ha habido varios, y las madres no escarmientan. Deberian no apartar jamás sus hijos de su vista, y así los tendrian mas seguros, mas sanos y mas bien criados.

Volviendo á Eufrosina, digo: que apenas cumplió los tres años su niña, cuando á pretexto de que ya era grandecita y perdia tiempo, la puso en la amiga, y aun procuró persuadir á su hermana Matilde hiciera lo mismo con Pudenciana.

Pero Matilde, acostumbrada á no hacer cosa alguna sin parecer de su marido, comunicó con este los consejos que le habia dado Eufrosina, á lo que el coronel le contestó de este modo: hija, no creas que tu hermana trata del bien de su niña, cuando la separa de su lado en una edad tan insuficiente

Ya se ve que no, decia Matilde: yo lo haré de muy buena gana; pero me hace fuerza oir decir que tres años no es edad suficiente para enviar las niñas á la amiga; porque las he visto enviar mas chiquillas, hasta de dos años; ¡ya se ve! ¿qué digo de dos años, si las he visto destetar en la amiga?

Yo no pongo duda en eso, decia D. Rodrigo; pero mientras menos edad tengan, menos tiempo es de enviar á las criaturas á esas escuelas ó casas de enseñanza. Solo en el caso muy apurado de que la madre sea muy pobre, sola, que tenga que buscar el pan y no pueda cargar con su hijo, ni tenga á quien confiarlo mientras vuelve, solo en este caso, digo, aprobaria yo que lo dejara en la amiga, porque esto era menos malo que dejarlo abandonado á su discrecion; pero una muger de proporciones como tu hermana, no tiene disculpa para hacer tales sacrificios solo por contentar su libertad.

Y no te escandalices de oirme decir que es sacrificio enviar á los niños á la amiga tan temprano, porque lo es en realidad. No lo digo yo, los médicos sabios y los documentistas sensatos son de este parecer; porque la imprudencia en que por costumbre, por necesidad ó por ignorancia incurren las mas ó todas las maestras y maestros de tener sentados á los niños cuatro horas por la mañana y tres por la tarde, es á costa del sacrificio que sin malicia hacen de su salud.

No te admires, vuelvo á decirte. La constitucion fisica de los niños en su tierna edad, pide para su robusta formacion respirar el aire mas libre, hacer el mayor ejercicio, y tener el espíritu tranquilo; porque entonces es cuando sus fluidos necesitan de circular con mas rapidez para vigorizar las fibras y que estas se desarrollen sin el menor embarazo: para esto es necesaria la buena digestion y traspiracion, á la que coadyuva, mas que nada, el ejercicio corporal y la quietud del ánimo; lo que no se logrará perfectamente atemorizando al niño, ni obligándolo á estar sentado mucho tiempo; pues semejante po-

sicion le es tan violenta, como natural el estado de la accion y movimiento. En virtud de lo que te digo, mira tú si será un sacrificio el enviar á los niños tan temprano á esas amigas ó casas de enseñanza.

Estoy por convencerme, decia Matilde: estoy por convencerme de estas razones, aunque no las entiendo bien. Solo quiero que me expliques ¿cómo es eso de que las criaturas están sentadas á fuerza y contra la naturaleza? que eso pienso que quiere decir lo que me has dicho de que tal situacion les es violenta.

Mira, decia el coronel con gran cachaza: ¿Si á tí te obligaran á cuartazos ó á regaños á andar brincando y saltando todo el dia, lo hicieras de buena gana?

Ni de buena ni de mala, decia Matilde riendo á carcajadas: ¡que chula anduviera yo tan larga, y saltando y brincando sobre los canapes y sillas de casa lo mismo que una ardilla!— Pero si te hacian saltar á fuerza, ¿qué habias de hacer? No, no saltara, decia Matilde, aunque me mataran. Vaya, eso es decir, hija, contestaba el coronel, eso es decir: pero el rigor obli-

esta verdad para ser mas indulgentes con los hombres, y mucho mas con los niños.

Yo convengo con tu parecer, decia Matilde; pero pienso que á pesar de las razones que alegas, estamos los padres de familia obligados á enviar á nuestros hijos cuanto antes á las amigas, ó migas, ó como las llaman, para que se instruyan temprano en la ley de Dios, y para que aprendan á leer, escribir, coser, bordar y lo demás que deben saber segun su clase; y esto creo que debemos hacerlo aunque sea á costa de ese sacrificio que dices, y mas que teman el enojo ó castigo de los maestros: porque no me negarás que el refran antiguo dice que la letra con sangre entra, y la labor con dolor, y ya tú sabes que los refranes antiguos son envangelios chiquitos.

No todos, decia el coronel: es verdad que hay muchos proloquios comunes, que incluyen unas sentencias morales ó políticas, y que son no solo ciertísimas, sino recomendables y santas; pero á la vuelta de estos hay no pocos que son unos desatinos garrafales y unos despropósitos, que sin mas apoyo que la antigüedad de su orígen, han hallado abrigo en muchas cabezas á la sombra de la ignorancia y la preocupacion. Uno de estos es el que acabas de citar á favor de tu opinion. ¿Quién te ha persuadido, hija, de que la letra con sangre entra? Esta es una máxima tan falsa como cruel, y tan impolítica como necia. Nada entra con sangre á los racionales: el rigor solo sirve de embrutecerlos, de agitarlos y envilecerlos. La experiencia diaria enseña que el muchacho muy regañado y muy golpeado, léjos de aprovechar lo que se quiere, por lo ordinario sale flojo y sinvergüenza y abandonado: al principio teme mucho y se atolondra, despues teme menos, y se descuida de propósito; y últimamente no teme nada, odia á sus verdugos, y se hace el ánimo de no complacerlos en cosa alguna, solo porque ellos se lo mandan, y esto lo lleva á efecto á costa de su pellejo, mientras está en estado de sufrir, que en llegando á

criar alas, levanta el vuelo, se substrae del dominio de los que así lo han tratado, se entrega á rienda suelta á sus pasiones, y se pierde sin remedio. A estos muchachos conocen bien con el nombre de *curtidos*. ¿No es verdad? ¿No conoces algunos de los que se dice: ya este no le hace caso á los azotes, ya está *curtido*? Pues ya ves el fruto que se debe esperar de un tratamiento rigoroso con los niños, y cuán léjos está el imprudente castigo de facilitar su enseñanza. ¡Gracias á Dios que en el dia ya se vá conociendo esta verdad, y se va desterrando de las clases y casas de enseñanza el rigor, el azote y la vileza, que por tanto tiempo se creyeron los medios mas prontos, eficaces y seguros para enseñar á los niños.

En verdad que estoy por convencerme, decia Matilde; pero mis tias, mi hermana y las amigas de mis tias me dicen muy al contrario, esto es, que conviene educar á los niños muy temprano, y tratarlos con la mayor severidad, si no se crian los muchachos malcriados.

Nada mas has hecho, respondió el coronel: nada mas has hecho, que confirmar que estás preocupada en favor de la doctri-

no se emplean para ello estos dos medios destinados privativamente para los brutos.

Esto que la razon dicta, tambien lo confirma la experiencia. Tú misma sabes cuantas monaditas enseñaste á tu hija siendo tiernecita, y aun cuando ni sabia hablar ni entendia mejor que ahora lo que le enseñabas; y sin embargo, admirabas la prontitud con que aprendia á hacer mil monerías, y las aprendia á hacer breve y sin que empleases para ello ninguna severidad: luego el rigor y el castigo no es el único ni el mejor medio para enseñar á los niños, pues vemos que estos aprenden sin él.

Bien está, decia Matilde; pero si mis tias dicen que no se puede menos, y que ya tardamos en enviar á la amiga á Pudenciana, porque mientras mas grande sea, mas trabajo costará que aprenda: ¿qué quieres que yo diga cuando sabes que mis tias son unas señoras muy cristianas, prudentes y sabias, y sobre todo ya tan ancianas, que es fuerza que sepan mas que yó, porque la experiencia y el mundo que tienen las ha enseñado?

¡Válgate Dios por experiencia! decia el coronel: ¡válgate Dios por experiencia, por mundo y por viejas que te tienen preocupada! Yo conozco que eres dócil; pero por desgracia sorprendieron esas señoras y otras personas vulgares tu docilidad á su favor desde tus tiernos años; y te llenaron la cabeza de mil preocupaciones é impertinencias, de que no es muy fácil te desprendas.

No me admiro de que así te haya acontecido, ni eres tú sola la que cae en estos lazos. A muchas personas conozco contagiadas de esa misma peste; pero ¿qué personas? De aquellas que se llaman gente decente, y que huyendo de ser y parecer vulgares por su nacimiento, educacion y destinos, lo son, á su pesar, por sus opiniones é ignorancia.

Ello es un mal mas comun de lo que se crée; y cuando las preocupaciones se maman con la primera leche, cuesta mucho

STE & STI 6 AUG 1941

trabajo abandonarlas: á veces se resisten á toda persuacion, y entonces la enfermedad es incurable.

Yo no desespero de curarte de esta, pues te he curado de otras necedades que te habian inspirado las mismas maestras. Mira, hija: la primera preocupacion ó engaño en que vives, es pensar que tus tias y cuantos viejos y viejas te dicen alguna cosa, son sabios, y que en fuerza de sus años no pueden engañarte ni engañarse. Este es un error tan comun como craso.

Es verdad que los viejos son dignos de la veneracion de los mozos; y así se lo debes inspirar á tu hija; porque tal respeto es un homenage debido á la vejez. Tambien es cierto que debemos escuchar á los ancianos con atencion, pues por lo ordinario hablan con juicio y madurez; y aun cuando carezcan de principios científicos, realzan y autorizan su conversacion con hechos indubitables de que tienen suficiente experiencia.

Todo esto es cierto; pero no lo es menos que estas no son reglas generales; antes bien tienen mil excepciones. Todos los dias y en todas partes vemos viejas y viejos necios, supersticiosos y embusteros.... No, decia Matilde: mis tias no son

puño cerrado todo cuanto nos digan todos los viejos solo porque son viejos; pues así como la verdad no pierde nada en boca de los niños, así el error y la mentira no dejan de serlo en boca de los viejos: y tales hay que sin embargo de sus canas, son harto necios, supersticiosos y embusteros, segun te acabo de decir, y como tú misma lo habrás experimentado por tus ojos. Acuérdate cuantas veces has criticado conmigo las conversaciones de D. Tadeo y D.ª Sinforosa.

Bien me acuerdo, decia Matilde; pero esos señores son insufribles. A cada paso sacan lo de su tiempo, y nada de lo del nuestro les contenta. Son como aquellos que no saben alabar mas que su tierra, y apodan cuanto ven en otra. ¿Quién ha de tener paciencia para oir hablar siempre de pretinas, bigotes, guardapies, cofias, cotillas y dengues, apocando de paso los túnicos, tápalos, mantillas y cuantos trages se usan en nuestros dias? ¿Ni quién ha de creer que antes eran los hombres mas justos y las mugeres mas recatadas que hoy, como nos quiere persuadir D. Tadeo? Tú me has dicho, y yo lo creo porque me lo has hecho ver, que el mundo siempre ha sido mundo, y que desde su principio rompieron los hombres en maldades, han seguido, y no cesarán de ellas hasta que arda todo como Troya.

Tambien me has dicho que siempre ha habido hombres timoratos y mujeres arregladas: que al variar de vestir, comer, &c. se le ha llamado *moda*, y que esta variacion ha sido muy continuada en las mas partes de la tierra, especialmente en la Europa....En fin, me has dicho tanto, que ya no me acuerdo, pero he quedado asegurada de que D. Tadeo es un tonto, y la buena vieja de su muger otra simple.

No me disgusta ese concepto que te has formado de ellos, decia el coronel: porque el hombre ó muger que por capricho, pasion ó ignorancia pretende que le crean un absurdo sobre su palabra, merece que le tengan por un tonto.

Pero dime: ¿qué juicio has formado del maestro barbero de casa? Este á lo menos no te deberá tan mal concepto.

¿Cómo no? decia Matilde, riendo de muy buena gana. Ese pobre abuelo me debe peor concepto: porque no solo lo tengo por tonto, sino por mentiroso. ¡Jesus que hombre! no tiene palabra de verdad, y luego cuenta unos cuentos y unas mentiras impasables.—Pero eso lo cuenta por divertirnos.—¡Qué por divertirnos! ¿no ves qué formal se pone, y cómo se enoja cuando le digo que es mentira lo que me cuenta y que no lo creo? Pues una vez que se incomoda porque no lo creo, es prueba de que quiere que trague sus mentiras por verdades. Yo ya ni le contesto: me enfada mucho un viejo majadero.

¡Ah! conque tú conoces algunos viejos tontos y majaderos cuyas conversaciones te disgustan y cuyas patrañas te enfadan? decia D. Rodrigo prosiguiendo. Despues de todo, hija, tú tienes razon. ¿Qué dijeras si supieras que el mismo Dios por el Eclesiástico nos dice que tres cosas abomina y detesta de todo corazon, á saber: El pobre soberbio, el rico embustero y el viejo fatuo é insensato?

Conque ya estamos en que hay viejos tontos, majaderos y

esas verdades; pero ¿á qué ha venido toda esta charla? Comenzamos por los niños, y hemos acabado por los viejos.

Esto es lo que sucede diariamente en las conversaciones familiares, decia D. Rodrigo: se comienzan por una cosa y acaban por otra muy distinta; pero yo ahora no he perdido de vista el asunto principal de la nuestra. Cuanto hemos hablado se ordena á enseñarte que así como hay viejos sabios, hay viejos ignorantes; pues nadie adquiere talento, virtud ni erudicion solo por haber nacido antes que otros.

¿Eso quién te lo niega? decia Matilde. Ya sabemos que el que de mozo no se instruyó, de viejo será un necio como un cualquiera, sin que sus años le sirvan de otra cosa que de acusarlo de su inaplicacion ó pereza.

Pues me alegro de que te halles penetrada de estas verdades, decia D. Rodrigo: y segun ellas, desde luego no creerás cuanto te han contado ni te cuenten tus tias, solo porque son viejas: porque no debemos cautivar nuestro entendimiento á sola la autoridad, si no hallamos apoyo en la razon ó en la experiencia. Solo en materias de fé no cabe esta regla, pues debemos sujetar el juicio á la revelacion, de que tenemos noticia por una tradiccion antigua é inalterable: circunstancia que aun segun el criterio humano, apoya con mucha solidez la verdad de nuestra religion. Quizá otra vez te hablaré de esto con mas despacio. Por ahora repito, que solo en materias de fé hemos de creer con sujecion á la autoridad; pero en materias humanas somos libres para examinar si puede una cosa ser verdad ó no, sin miramiento alguno á la persona que lo dijo; y cuando la razon ó la experiencia nos persuadan que es falso lo que nos han dicho, no solo podemos, sino que debemos despreciarlo, sea cual fuere el autor de la tal patraña.

Mas cuando la cosa que nos dicen se halla, ademas de confirmada por la razon y la experiencia, recomendada por la autoridad de los sabios, entonces seremos insensatos ó locos si

queremos resistirnos á su creencia. Por ejemplo: si yo quisiera persuadirte de que no se debe castigar á los niños con dureza, con venganza ni frecuencia, porque tal modo solo sirve de hacerlos estúpidos, sinvergüenzas é incorregibles: y esto quisiera yo que lo creyeras solo porque soy coronel y tu marido, sin darte otra razon, seria una necedad mia, y tu no deberias creerme, si tenias otras ideas que te convencieran de lo contrario, pero si despues de haberte señalado la causa de lo que te digo por la razon y por la experiencia, añadiera las autoridades de un Ciceron, de un S. Gerónimo, de un Blanchard, de un Fenelon y de otros varios, que van conformes con que el tratar á los niños con una imprudente severidad no solo es inútil, sino pernicioso; en este caso, digo, ya no tienes ningun fundamento para dudar de mi opinion porque la ves corroborada por la razon, la experiencia y la autoridad. Entonces ya me debes creer, y abandonar como boberías las máximas de tus venerables tias, reirte de los refranes vulgares, estar entendida de que ni la letra, ni la labor ni nada entran con rigor, mejor que con la suavidad y el cariño, del que se debe usar mas liberalmente con las niñas, en atencion á su complexion mas delicada, á su

güenzas para quienes son inútiles los consejos, y acaso pernicioso el castigo, dime ¿qué se debe hacer con ellos? ¿Se han de dejar impunes sus delitos? ¿Se han de dejar perder porque no les aprovecha el castigo?

No se puede aconsejar tal cosa, decia el coronel. Yo bien sé que hay muchachos que desprecian los buenos ejemplos y consejos, se burlan de las amenazas y se obstinan con el castigo. ¡Infelices! Para estos ninguna educacion es buena por prudente y eficaz que sea. En tal caso, á mi parecer, lo mejor es separarse de ellos. Si son hombres, ponerlos al servicio del rey, pues en la tropa si no adquiriesen luces ni virtud, serán menos viciosos públicos cuando no por voluntad, por el temor de las penas que prescriben las ordenanzas contra los que faltan á la subordinacion debida á los que los mandan; y si son mugeres, recluirlas en un colegio ó monasterio en la clase que se pueda segun las proporciones de los padres, esto es, como niñas ó sirvientas, pues á lo menos, cuando el ejemplo bueno no las corrija, la ninguna libertad, la continua ocupacion acaso gastarán algun tanto su inclinacion perversa.

Yo aquí propongo unos remedios que no apruebo como seguros, sino solamente paliativos para entretener el mal, y como suele decirse, por si pegan, pues un muchacho ó muchacha de maldita inclinacion, solo por una rara casualidad puede corregirse. Lo frecuente es que se extravian y se pierden de dia en dia. Si los padres han hecho lo que deben por su bien, deben desechar los escrúpulos, abandonarlos, y pedir á Dios por ellos.

Lástima me dan, decia Matilde, semejantes hijos, y mas sus infelices padres, pero creo cuanto me dices. He conocido algunos que me aseguran del juicio con que hablas, y por lo mismo siempre que me convenzas como ahora, yo te creeré sin repugnancia.

Esa docilidad de carácter que tienes, decia el coronel, es

una señal segura de talento. Tú no sabrás lo que no te enseñaren; pero ten cuidado de no olvidar estas lecciones, para que las ejercites con fruto en la educacion de nuestra hija.

Tales eran las conversaciones de estos dos consortes, y yo, aunque muchacho, me engolosinaba en oirlos, y ellos no se recataban de mí para hablar de semejantes asuntos: me amaban como hijo, y yo amaba á su niña como si fuera mi hermana.

CAPITULO III.

En que se refieren otros pormenores de la educacion de las niñas Pomposa y Pudenciana.

CADA instante tenia yo conque dibertirme y que notar en la diferencia de dos educacaiones dadas á un tiempo, en una misma casa, y á dos niñas iguales en edad y parentesco. Escribir todo cuanto advertí, seria un trabajo demasiado prolijo y fastidioso; á mas de que es imposible acordarme de cuanto

discípulas, y no les perdia movimiento, cuya eficacia era causa de que ellas le tuvieran mucho respeto y cometieran menos faltas.

Para enseñarlas, jamas empleaba el rigor ni la dureza. Su carácter entre serio y afable era propísimo para inspirarles amor, confiianza y respeto. Las niñas tratadas con método tan suave, pocas veces dejaban de corresponder á los deseos de esta buena señora, quien no las hacia estar sentadas muchas horas sino en castigo de su pereza, y esto no siempre. Por ejemplo, decia á las niñas. En cuanto sepan la leccion ó acaben su labor, se van á jugar hasta que sea hora de rezar. Con esto se apuraban las niñas para concluir su tarea, para disfrutar cuanto antes del asueto, y la que no se aplicaba, tenia que estarse sentada con la maestra hasta que aprendia la leccion.

Ya se deja entender por este castigo, que allí no se conocia el azote ni la palmeta para nada: mucho menos habia la pésima costumbre de picar á las niñas con las agujas ni lastimarlas con el dedal cuando por falta de aplicacion ó de talento no hacian bien la labor. El estilo serio enojado que la maestra usaba con las desaplicadas en este caso, era un castigo suficiente y las mas veces eficaz para las niñas, pues no estaban acostumbradas sino á ser tratadas con dulzura.

Otra máxima recomendable observaba, que deberia admitirse en las amigas por todas las maestras, y era no recibir niños en su escuela; porque decia que tenia mucha experiencia de las malas resultas que trae la mezcla de los dos sexos, aun en los tiernos años; que habia advertido por esta causa hechos maliciosos en criaturas de cinco y seis años, que contados se harian increibles para los que no conocen la depravacion de nuestra naturaleza espoleada con el mal ejemplo: y por último, decia que las maestras que tienen esta mezcla, eben ser demasiado vigilantes y prevenidas, porque tienen

sobre sí una responsabilidad muy grave; lo mismo que los padres que advertidos de estos incovenientes envian á sus hijos á semejantes casas, especialmente á las niñas, en cuya educacion ningun pudor es nimio.

Tal era la conduta y modo de pensar de la maestra á cuyo cuidado fió el coronel la enseñanza de su hija Pudenciana.

Fácil es concebir el trabajo que le costaria hallarla, porque de estas maestras no hay abundancia. Pero ¿qué trabajo no se debe emprender para que se eduquen los hijos dignamente?

Se ha dicho que D.ª Matilde era una buena casada, y por lo mismo jamas se oponia á la voluntad declarada de su esposo. Sin embargo, no le pareció muy bien que se pusiera tan tarde su hija á la amiga, y no dejaba de darle sus piquetitos.

Me acuerdo que un dia le dijo: ¡Si vieras qué gracias de Pomposita! ya sabe leer muy bien y la doctrina que es un portento. ¡Ya se vé! como fué á la amiga á buen tiempo.... Si mi hija hubiera ido entónces, ya sabria tanto ó mas; pero tú eres su padre, y sabes lo que haces.

El coronel la entendió, y sonriéndose le dijo: ¡Que cándida

trabajos cuando quiere aprender bien: uno es saber bien lo que le enseñan, y otro olvidar lo que aprendió mal, esto cuesta mucho trabajo, pues lo que se imprime primero, especialmente en la niñez, con dificultad se olvida.

Conforme á estos principios inconcusos, ya verás que poco ó nada sabe tu sobrina, y que ningunas ventajas lleva á tu hija, pues esta dentro de un año ó menos sabrá leer bien, y aquella jamas, si no olvida antes leer mal, lo que es tan difícil como pesado porque se dobla el trabajo.

Por lo que toca á la doctrina cristiana, ya desde ahora sabe mas Pudenciana que Pomposita. Es verdad que aquella sabe el catecismo de memoria; pero no lo entiende, y nuestra hija tiene ideas mas perfectas y mejor concebidas de su Religion, aunque nada sabe como el loro. ¿No le has preguntado quién es Dios? ¿Y cuáles son sus atributos? ¿Dónde está? ¿Qué le debe? ¿Quién es ella? ¿Y en qué se diferencía del pájaro, del perro y de otro cualquiera bruto?

En verdad, dijo Matilde, que no he tenido esa curiosidad, sin embargo de que te he visto algunas veces divertido en enseñarla: pero como estoy satisfecha de que ni sabe leer ni va á la amiga á oir rezar, pensé que no podia aprender muy fácilmente nada de esto.

Pues te has engañado medio á medio, dijo el coronel: Pudenciana me ha entendido, porque yo me he sabido dar á entender con ella, usando voces, frases y comparaciones propias, y perceptibles á su edad.... Mas ella viene: quiero que te desengañes. Ven acá, mi alma, oye: dice tu mamá que piensa que no sabes la doctrina, ó que se te ha olvidado, y para que lo crea, dile quien es Dios.

La Santísima Trinidad, dijo la niña, y la Santísima Trinidad se llama Padre, Hijo y Espíritu Santo, que aunque son tres personas, no son mas que un Dios, y este Dios es un Señor muy santo, muy bueno, muy lindo, y....

Sí, sí, dijo su padre interumpiéndola; pero tu mamá quiere que le expliques cómo es eso de que la Santísima Trinidad es un solo Dios, aunque tiene tres personas.—¿Pues no me has dicho, papá, que así como tu casaca tiene dos mangas y el cuerpo, y no son tres casacas sino una no mas, porque las tres cosas distintas todas, son de un mismo paño, y tienen un mismo uso y un mismo tiempo, á este modo puedo medio entender que aunque en la Santísima Trinidad hay tres personas distintas, no son mas que un solo Dios, porque todas son de un mismo tiempo, de una misma voluntad y de una misma esencia, así como las piezas de tu casaca son distintas, pero iguales en el paño? ¿No me has dicho esto, papá?—Sí, hija, eso te he dicho, y me has entendido bien. Mas ahora dime ¿Qué cosa es Dios, que por otro nombre se llama Santísima Trinidad?

¿Ya no dije, papá, respondia la niña, que es Dios un Señor muy bueno, muy poderoso, muy sabio y muy lindo?—¿Y de qué tamaño es Dios?—¡Oh! tú me has dicho que no tiene medida, que en todas partes está, que todo lo llena, y que es así como la luz que lo llena todo, y que el cielo y el mun-

noscer por principios. De este modo cuando llegue el caso de ponerles el catecismo en la mano, lo leerán con gusto, porque entenderán lo que leen.

No así aquellas pobres criaturas que no teniendo mejor maestro que el catecismo, lo deboran de memoria sin entender una palabra de cuanto les hacen aprender. Todo el empeño de las personas que las instruyen, si esto merece llamarse instruccion, consiste en que digan seis ó siete declaraciones sin turbarse, y se dan con esto por muy satisfechas. De camino hacen otro daño, y es celebrar la gran memoria y comprension de las criaturas que las rezan, con lo que estas creen que saben mucho y que entienden la doctrina como el que mas: se llenan de vanidad, y esta vanidad, crece con ellas, y como hija de la soberbia é ingnorancia, no las deja ni dudar que no entienden lo que dicen. El menor daño que se sigue de esto, es que cuando grandes, si son madres, se contentan con que sus hijos sepan lo mismo que ellas supieron, esto es, quince ó veinte hojitas del catecismo conciliar de memoria, pero ninguna inteligencia.

Cansado estoy de oir algunas criaturas responder de memoria ligerísamamente á algunas preguntas del catecismo, como lo podria hacer el perico. Por ejemplo, si se les pregunta: *¡Quién está en el Santísimo Sacramento del altar?* responderán con mucha satisfaccion: *Jesucristo nuestro Señor en cuerpo y alma gloriosa. así como está en el cielo, tanto está en la hostia como en el cáliz, y en cualquiera partícula.* Muy bien respuesto; pero ¿está igualmente bien entendida la respuesta? Nada menos. Pregúntales: ¿Quién es ese *Jesucristo?* ¿Qué cosa es *cuerpo?* ¿Cuál es *alma?* ¿Que entieden por *gloria?* por *partícula*, &c.? y las verás enmudecer.

Esto es una lástima. Son muy funestas las consecuencias que se siguen de esta clase de enseñanza. Dentro de México y en todas partes se ven cada dia personas ignorantísimas de

su religion, que abrigan las ideas mas erróneas acerca de ella.

¿Y diremos que esta ignorancia solo se advierte en la ínfima plebe, gentes ordinarias y sin ningunos principios de educacion? No, hija: yo te hablo con experiencia, y te aseguro que no son pocos los decentes infatuados y llenos de errores en materias de religion.

Si esto no fuera, no hubiera tanta corrupcion de costumbres como hay: porque el que ignora quien es Dios, cuál su bondad y poder, qué cosa es el espíritu, cuál y qué justa es la fuerza de la ley, y todo lo demás que tiene la religion de conducente á la moderacion de las pasiones, al deseo del bien y aborrecimiento del mal, no es mucho que obre casi siempre con un error culpable, cuando no sea con una obstinada malicia. En fin el que sabe su religion fundamentalmente, tiene mucho freno para sujetar sus desordenados movimientos, bastante motivo para reconocer al Criador, y poderosos auxilios para volver al camino de la verdad, aun cuando se haya extraviado de él.

Pero el tonto, el ignorante, el que no sabe de su religion sino lo que dice el catecismo sin entenderlo, tiene cuanto el dia-

sentian en el fondo de sus corazones, para sostener sus opiniones y hacerse singulares; * pero siempre sin perder de vista el lisonjear el desarreglado apetito de los hombres hácia la libertad, ó llámese mejor libertinage.

Una chusma de ignorantes fué la primera que los siguió y fertilizó su zizaña; ¡pero ¡quién seguirá los pasos de un ciego, sino el que carezca de ojos!

Por todo lo dicho conocerás cuánta diligencia y cuidado se debe poner en instruir á los niños en su religion por principios, y qué poca confianza se debe tener de que la entiendan aquellos que solo saben de memoria sus principales misterios.

Quizá no será esta la última vez que te hable sobre puntos tan interesantes, y en otra te haré ver.... ¿qué digo? te demostraré hasta la evidencia que el desacato, el fanatismo y la supersticion que se nota entre los cristianos, y por cuyos vicios nos ridiculizan los hereges, no tienen otro orígen que la ignorancia de nuestra religion: ignorancia que no seria tanta ó ninguna, si los padres y madres por sí, ó por personas sabias, procuraran instruir á sus hijos radicalmente en materia tan importante, como lo hago yo con Pudenciana, sin contentarme con que aprenda el catecismo de memoria sin entenderlo, como tu sobrina, á quien me parece que envidias.

En verdad que yo la envidiaba, decia Matilde, porque estaba entendida de que sabia leer y la doctrina. ¡Ya se ve! yo ignoraba todo lo que me acabas de decir; pero en efecto dices bien. De nada sirve saber las cosas mal: esto es lo mismo que no saber nada, ó algo peor, segun me explicas.

Me acuerdo que ya hace como un año ó mas, presencié un lancecillo que le pasó á Eufrosina con su hija, que si á mí me hubiera sucedido me habria corrido demasiado.

---

* Léanse las Helvianas ó cartas filosóficas traducidas del frances por D. Claudio Vial, donde se verán las enormes contradicciones, en que incurrieron muchos de estos filósofos en materias de religion.

Pues mira tú, que estaban de visita en su casa dos clérigos, un padre franciscano y otros señores, y mi hermana estuvo alabando mucho á su hija de que sabia toda la doctrina. El padre franciscano que desde luego pensaba como tú, despues de haberle oido rezar todos los artículos sin turbarse, le preguntó: *¿Quién es Dios?* A lo que Pomposita respondió muy aprisa, y el religioso con mucha flema la volvió á preguntar: ¿Conque *el Padre es Dios?—Si es.—¿El Hijo es Dios? Si es. ¿El Espíritu Santo es Dios?—Si es.—¿Son tres dioses? No, sino uno en esencia y trino en personas.*—Muy bien, decia el religioso: ¿el señor es padre? ¿Y el señor? señalando á los clérigos. Sí son, respondia la niña.—¿Y yo soy padre?—Tambien. —¿Y cuántos padres hay?—Tres.—¿Pues cómo está eso de que el Padre es Dios, el Hijo es Dios, y el Espíritu Santo es Dios, y no son tres dioses? Vaya, á ver como lo entiendes.

Pomposita, atacada con la comparacion, enmudeció, y de cuando en cuando miraba á su madre, como diciéndole que respondiera; pero Eufrosina callaba y se ponia colorada. El padre franciscano, para rematar el cuento, preguntó á Pomposa: *¿luego obligados estamos á saber y entender todo esto? Sí*

fuerte para ella, y no fué mucho que no la respondiera. Hay algunos genios tan pedantes, que así arguyen á las mugeres, á los niños y á los legos, como pudieran á un sustentante al pié de la cátedra. Sus preguntas mas se dirigen á confundirlos que á instruirlos ó hacerlos lucir. ¡Entendimientos flacos y cobardes, que se lisongean con tas pequeños triunfos!

Si la niña le hubiera dicho: hay tanta desproporcion y diferencia de la comparacion que vd. me pone con el objeto que yo explico, ó con la Trinidad que creo, cuanta hay del ser al no ser, y del finito al infinito. Yo creo que en Dios hay tres personas y una esencia, y lo creo firmemente porque la fé me lo enseña, aunque no lo comprendo ni trato de comprenderlo, pues sé que Dios es incomprensible á toda pura criatura inteligente; y siendo un ser infinito, solo un entendimiento infinito puede comprenderlo: no habiendo otro entendimiento infinito mas que el suyo, se sigue que solo Dios se comprende perfectamente, solo Dios sabe quien es Dios, hasta donde se puede saber.

Ninguna pura criatura, por santa, por sabia y por favorecida que sea del Criador, alcanzará jamás á definir la esencia divina, ni á comprender el misterio inefable de la Trinidad. ¿Cómo quiere vd. que yo lo explique dignamente? Vd. mismo con su borla y teología, ¿qué digo yo vd. mismo? Santo Tomás, S. Agustin, S. Gregorio, el eximio Suarez, y cuantos teólogos profundísimos ha respetado el mundo, no explicaron jamás este misterio con tal claridad que convenciera el entendimiento sin el auxilio de la fé. S. Francisco de Sales decia, hablando con Dios: *Señor, vos seriais muy pequeño si pudiérais ser comprendido por un entendimiento tan pequeño como el nuestro.*

Pero de que este misterio sea incomprensible, no puede seguirse que no existe. Semejante ilacion seria el mas extravagante disparate. De que no conozcamos ó no entendamos una cosa, no se deduce de que la cosa no sea tal como en sí es.

¿Cuántas cosas tienen los hombres en las manos, y no saben lo que son? La electricidad, la atraccion del Norte al iman, la del iman al acero, la del azabache á la paja, &c. &c. las ven los hombres, hablan, disputan de ellas, advierten sus efectos, se valen de estos, y sin embargo de ser objetos materiales, no los comprenden. Todos sus adelantos en esta parte se han quedado hoy en argumentos, sistemas, opiniones y teorías.

¿Pero qué mas? No podemos dudar que tenemos dentro de nosotros un espíritu, ó llámese alma ó lo que se quiera, superior á nuestra materia, una facultad intelectiva que no goza la planta, la piedra ni el bruto: que se mueve y vive á nuestro igual; y sin embargo, ¿quién sabe lo que es esta alma? ¿Quién explica el mecanismo de sus funciones? ¿Quién sabe como piensa? ¿Quién entiende bien los fenómenos del sueño? ¿Quién define la causa del trastorno de un loco?.... Mas ¡para que es cansarse! ¿Quién es el hombre que se conoce perfectamente? Nadie. Pues si el hombre no sabe quién es el hombre, ¿cómo tendrá osadía para definir á Dios, rastrear sus misterios, ni analizar sus perfecciones?

Si mi sobrina hubiera respuesto de esta manera al padre, hubiera quedado bien, pero quién una cierta

coronel daba á su esposa; y como la daba con tan buen modo, jamás dejaba de coger el fruto que queria. ¡Qué diferente es el estilo de aquellos que quieren corregir ó quizá enseñar á sus mugeres con dureza é ignorancia! Tal modo es mas propio para embrutecer que para instruir. Con un estilo tan soez, las mugeres se obstinan, no se corrigen, aborrecen á los hombres, y como se resfria cuando no se apaga su amor, ni se aficionan á sus máximas, ni oyen lo que se les dice, ni hacen lo que se quiere que hagan. ¡Cuánto vale la prudencia en los maridos! Pasemos á otra cosa.

Doña Eufrosina, ó llámese la Langaruto, (para ir con la moda de nombrar á las mugeres por el apellido de su maridos) no se embarazó con su hija Pomposa para pasear á su gusto, pues la puso á la amiga antes de tiempo segun se ha dicho, con lo que logró que se debilitara un poco mas su salud, y que aprendiera algunas malas mañas de las otras muchachas; aunque no necesitaba de estas maestras, pues las tenia de sobra con su mamá y las criadas de su casa, que la mal enseñaban con primor.

Continuamente estaban componiendo á la niña, y este nombre *moda* era pronunciado por ella á los cinco años con demasiado gusto é inteligencia. Todo lo que no era de moda lo despreciaba; y todo lo que sabia que se usaba, era para ella su ídolo favorito.

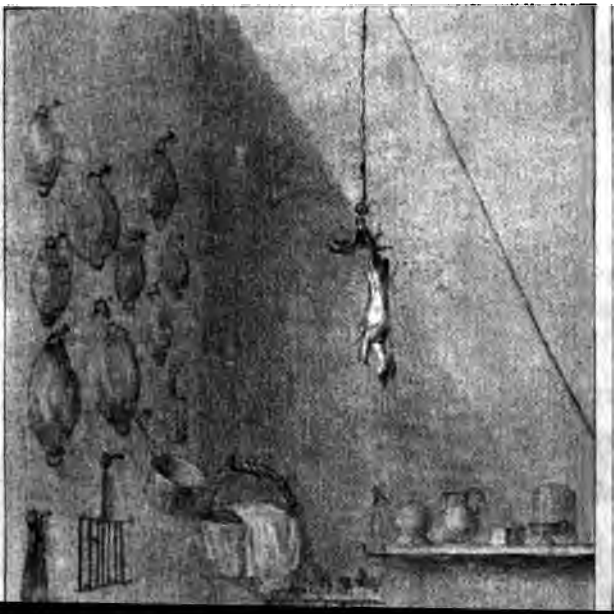
Era cosa admirable oirla reñir con el zapatero ó el sastre cuando no le traian una cosa á su gusto. „Maestro, solia decir al zapatero, ¡qué zapatos tan feos! no me cuadran, son de vieja: yo los quiero de moda, no como estas figuras.”

Por desgracia jamás faltaban aduladores de la madre, criadas de casa, viejas parientas ó paniaguadas que alababan el necio proceder de la niña. Unos decian: bien haya la señorita que no es tonta. Otros: ¡qué viva es! todita á su mamá. Otros: Dios la guarde. Y todos á porfia apoyaban y celebraban su necedad, soberbia y mala crianza.

La madre, que ó no entendia ó afectaba no entender el idioma de la adulacion, se ponia mas esponjada que huajolote, * al escuchar las indignas alabanzas tributadas al orgullo y tontera de su hija, y esta se hinchaba como zapo advirtiendo sus elogios.

La educacion que Eufrosina le daba en órden á los criados, no era menos rídicula y reprensible; porque despues que permitia á la niña estar en la cocina, y tratar á las criadas con la mayor familiaridad, les reñía altamente al menor descuido de atencion que observaba usaban con su hija, como por ejemplo: llevar la mancerina sin servilleta, el vaso del agua no muy limpio, y cosas á este modo. Entonces habia en casa riña segura. ¿Cómo es esto, (decia la señora): atrevida grosera, que traes á la niña el chocolate sin servilleta? ¿No ves que es tu ama? ¿Has pensado que es otra como tú? Cuidado con tratar á la niña con tan poco respeto, porque te mudarás noramala de mi casa.

La tal niña que advertia esto muy bien, concebia el grado de superioridad en que se hallaba respecto de las criadas, y dando rienda á toda la soberbia que le inspiraba su mamá, ya



tuviesen la cabeza mas blanca que la pita de maguey: pero en medio de esta ridícula soberanía, pecaba la madre por el extremo opuesto, permitiéndole la mayor familiaridad con ellos.

A la hora de siesta se acostaba á dormir y entre tanto la niña se iba á la cocina, y entonces léjos de la mamá, no solo era una con las criadas, sino que les sufria mil llanezas que usaban con ella, á ferias de melcocha, orejones, * calabaza cocida, y otras golosinas, que por ordinarias no se ponian en la mesa, y á la niña cogian en deseo, y provocaban su apetito por la privacion en que sus padres la tenian de ellas.

Cuando estaban ama y mozas comiendo en buena paz y compañía, solian decirle estas: niña, ¿por qué es vd. tan perra y tan soberbia? ¿Por qué nos trata tan mal delante de la señora? Y entonces la niña obligada por la melcocha, ó lo que es mas seguro, por la verdad, les decia: „Pues de fuerza he de enojarme y os he de tratar así: ¿acaso mi mamá os trata de mejor modo? Ella me dice que os acuse, que os riña y que no me deje, pues yo soy ama en esta casa, y vosotras sois mis criadas, y estais atenidas á comer de nuestras sobras, y por lo mismo nos habeis de tratar con el mayor respeto, y cuando no lo hiciéreis os echarán noramala de casa.” Ya se ve que la niña hablaba la verdad: su madre así lo decia, y estas seguramente son unas máximas bellísimas y oportunas para educar á las niñas soberbias, malcriadas y odiosas para aquellos que tienen la desgracia de servirlas.

Algunas noches que por fuerza la señora estaba en casa, y solia el señor no estar en ella, era la niña enviada á la cocina por órden de su mamá mientras trataba algunos asuntos importantes con personas que no podian tratarlos francamente á su presencia.

En estas ocasiones, viejas y muchachas sirvientas, *para entretener el sueño, se ponian á contar cuentos ó consejas á la ni-*

---

* Ruedas de manzana pasadas al sol.

ha. ¿Y qué cuentos eran en estos? ¡Friolera! cosas impo
tantísimas y dignas de que las supiera una niña decente
que no se queria contar en el número del vulgo. En esta
conversaciones andaban á millares los encantamientos, espan
tos de muertos, apariciones de diablos, milagros apócrifos, ma
les de ojo, dinero enterrado, hechicerías, brujas, amuletos, ta
lismanes * y trescientas mil soflamas y embustes, cuyas resul
tas son harto perniciosas en la edad madura; pues lo que e
la niñez se aprende como verdad infalible, con dificultad s
descrée en la vejez; y de aquí viene hallar tantos viejos ton
tos y majaderos que en su vida han visto un diablo, un muer
to, una bruja, un hechicero, ni han experimentado ún milagr
verdadero, ni se han hallado un real enterrado; y sin embargo
defienden á puño cerrado estas cosas, y aun las confirman co
sus canas, años y autoridad á costa de mentiras, dándose ello
mismos por testigos, y aturdiendo con esto á los simples qu
los escuchan.

No solo en esto paraba la mala educacion moral de Pompo
sita. Mientras mas crècia en edad, se perfeccionaban las fac
ciones de su cara. Estas, juntas con la compostura de s

Pomposita demasiado necia y altanera. La infeliz no hacia mas que correr por donde su madre andaba, y corria mas, mientras mas se adelantaba su edad.

A los siete años, dije, cuando ya la luz de la razon rayaba en su entendimiento con mas perfeccion, su soberbia era harto conocida. Su amor propio se hallaba entronizado en su corazon: desde esta edad consultaba al espejo sus perfecciones, manifestaba demasiado contento al oirse celebrar, y se incomodaba si por accidente alababan á otra en su presencia.

Acostumbrada á cuanto se llamaba moda en su tiempo, y persuadida con el ejemplo de su madre, trataba á todo el mundo con la mayor familiaridad ó llaneza. A ninguno de los concurrentes de su casa daba mas tratamiento que el apellido; de manera que un ciego que no hubiera tenido otra señal que la voz de la niña para conocer á los asistentes, jamás los hubiera distinguido por sus empleos y caracteres. Oiga vd. Herrera, mire vd. Rios, escuche vd. Valdes.... Este era el modo con que la niña nombraba á todos los concurrentes á su casa, y entre ellos habia togados, canónigos, coroneles, &c.

Acuérdome que una vez la oí llamar á un caballero con estas voces: *marquesito, marquesito.* Confieso que pensé que llamaba algun perrito de faldas, y no era sino al marqués de S*** hombre respetable por su edad y representacion.

Todo esto se le pasaba á la niña por una gracia; pero en verdad que unos decian que era franca, marcial, del dia, y qué se yo: y otros la tenian por una muchacha mal criada. En efecto, yo no soy calumniador, la pobre niña no tenia la culpa: veia que su mamá y otras señoritas trataban con esta familiaridad ó llaneza á todos los hombres indistintamente. ¿Qué habia ella de hacer sino seguir su ejemplo?

Sin embargo, la niña Pudenciana hacia un terrible contrapeso á esta familia, porque su papá el coronel la tenia enseñada á que distinguiera de sujetos, y diera á cada uno el tratamiento que le convenia; y así á los currillos y mocitos almi-

donados los llamaba por el apellido, lo mismo que su prima; pero á los eclesiásticos y personas de distincion, los nombraba con respeto: de usía ó usted segun su clase.

Este modo le conciliaba el aprecio general, pues los jóvenes tertulios se veian tratar á su modo, y los hombres circunspectos, con la atencion que deseaban y mas en una criatura tan pequeña. Todos la abrazaban, la celebraban, y la tenian por una niña bien criada, porque sabia dar á cada uno su lugar sin salir de la esfera de cortesana del dia.

Estos generales aplausos eran causa de zelos á los padres de Pomposita, lo que D. Dionisio disimulaba con prudencia.

No tenia tanta Eufrosina la madre de Pomposa, y así de cuando en cuando explicaba su zelillo en buen idioma, echando en cara al coronel la diversa educacion que daba á su hija. Una vez, estando yo delante, y acabando de celebrar la urbanidad de Pudenciana un caballero, luego que este se despidió, entre colérica y sonrojada Eufrosina dijo al coronel: y bien, hermano, habrá vd. quedado muy ancho con los elogios que ha hecho á Pudenciana ese botarate hablador que acaba de salir, ¿no es eso? Pues no, no se engría vd. porque, yo sien-

por muy bien servidos de nuestras importunas humiliaciones, escasearian sus obsequios y comedimientos, y creerian tener en cada señorita una criada mas á quien mandar. Yo digo á vd. esto por su bien y por el de mi pobre sobrina; por lo demás vd. es su padre, y hará lo que le diere gana. En todo caso vd. no se envanezca, ni ella tampoco, con las alabanzas que le dan algunos, pues ya vd. ve que de estos alabadores unos son viejos, reviejos enemigos de toda moda, otros son ó se quieren hacer medio santuchos, otros manifiestan ser unos payos de ciudad sin principios, y otros por último, son unos aduladores declarados, que tanto alaban á mi hija como á la de vd. sin saber porque alaban á ninguna de las dos, sino por pagar con sus lisonjas el chocolate, el café ó el almuerzo que vienen á tomar á nuestra casa. Ya vd. vé qué buena gente alaba á Pudenciana de bien criada; payos tontos, viejos hipócritas y lisonjeros. Así saldrá ello; pero vuelvo á decir que vd. hará lo que le dé la gana, pues al fin es su padre, y no me debo meter en la renta del excusado.

Oyó el coronel con bastante socarronería este largo y desatinado sermon que yo deseaba concluyera, esperando que él pusiera como un trapo á mi señora Doña Eufrosina; pero no lo conseguí, porque con la mayor prudencia y sonriéndose, solo dijo: vd. hermana, dice bien; pero por ahora es menester que Pudenciana haga lo que le mando, aunque no sea moda; porque es muchacha y es preciso que se enseñe á tener respeto á sus mayores sin acordarse de que es muger.... Y dígame vd. ¿le han avisado que la vinieron á convidar de parte de la señorita Tello para su baile de esta noche?—¿Pues qué tiene baile la Tello?—Sí tiene: se ha casado Carmelita.—Pues es preciso admitir este convite. Vaya, vamos á comer temprano para vestirnos.—Sí, hermana, coman vds. que nosotros vamos á hacer lo mismo.

Así cortó el coronel la disputa y la contestacion con su cuñada; pero como Matilde habia oido hablar tantos despropósi-

tos, quedó como indecisa sobre cual de las dos crianzas seria la mejor, si la que daban á Pomposa, ó la que el coronel daba á su hija.

El coronel advirtió la sorpresa de su muger, y para prevenirla contra sus resultados, le dijo: tu hermana habló como una muger necia. Yo no quise trabar con ella una disputa, porque seria infructuosa á los dos; yo no tenia que aprender nada de ella, ni tampoco habria querido ella convencerse de mis razones; mas á tí que siempre me escuchas con docilidad y gusto, te debo instruir de buena gana; porque tú transmitas á nuestra amada hija mis lecciones cuando sea capaz de comprenderlas, si la muerte me impidiere hacerlo por mí mismo.

En esta inteligencia: has de saber que es un error pensar que las mugeres tengan por ningun título, alguna superioridad sobre los hombres como crée tu hermana.

Por la ley natural, por la divina ypor la civil, la muger hablando en lo comun, * siempre es inferior al hombre. Te explicaré esto. La naturaleza, siempre sabia y obediente á las órdenes del Criador, constituyó á las mugeres mas débiles que los hombres, acaso porque esta misma debilidad física de que

negar á los hombres lo importante de su cooperacion: no te hablo como físico ni como médico. He leido algo sobre el arcano de la generacion: sé que los hijos llevan el apellido de los padres y no el de las madres: sé que es justo y sé por qué; pero no me toca explicarlo, ni á tí te importa mucho el saberlo. Te habló únicamente como filósofo: y así te digo, que las mugeres son las principales agentes de la conservacion del género humano; porque la muger no solamente concibe el feto, sino que lo nutre en su vientre, lo alimeta con sus pechos, lo acaricia, se entrega á todo su cuidado en su infancia, y no lo separa de su seno hasta que no está en estado de manejarse por sí con libertad.

Ahora sí pienso que has comprendido cuan gravoso es el cargo de una madre, cuan recomendable el mérito de la que sabe desempeñar este título, y con cuanta razon la naturaleza las debilitó por una parte, para hacerlas útiles por otra. No tenga, dijo el Autor de la naturaleza, en el acto de la formacion de la muger, no tenga esta la robustez del hombre que rinde á una fiera; no tenga la intrepidez del hombre, que se arroja entre las balas y degüella enemigos de ciento en ciento; carezca del teson del estudioso que entre libros y vigilias se consume por indagar el curso de los astros, por coordinar los gabinetes, ó averiguar el orígen y modificacion de las pasiones humanas. Quédense para estos en hora buena las fatigas del campo, los peligros de la milicia, los afanes del comercio: resérveseles el penetrar los arcanos de la moral y la política; escudriñen cuanto puedan las verdades de la física, química y matemáticas; arriésguense á los mares, y háganse árbitros despóticos de las ciencias y de las artes, de la religion y del gobierno, de la paz y de la guerra; pero en cambio quédese para las mugeres ser el gozo, el descanso, el mayor placer honesto de los hombres, el depósito de su confianza, el íris de sus disturbios, el iman de sus afectos, la tranquilidad de su espíritu, el premio de sus afanes, el fin de sus esperanzas, y el

último consuelo en sus adversidades y desgracias: quédese para ellas finalmente, el ser la delicia de los hombres, el encanto de los sabios, el gozo de los guerreros, el trono de los reyes, el asilo de los justos y el altar primero de los santos, pues todo esto será la madre á cuyos pechos y en cuyos brazos se criarán los sabios, los reyes, los justos y los santos.

Ves aquí, hija mia, cuanta es la dignidad de las mugeres consideradas como esposas y madres de familias, y qué bien remuneradas se hallan de aquella debilidad en que son constituidas respecto de los hombres; pero, despues de todo, esta misma debilidad las hace *inferiores á ellos por ley de la naturaleza*.

Teniendo en consideracion esa misma debilidad, las leyes civiles las han separado del sacerdocio, gobierno, política y arte de la guerra, que les ha confiado á los hombres, de cuya privacion resulta un justo premio debido al bello sexo, y tan justo, que los hombres en haberlas excluido de estos cargos, no han hecho mas que premiarles sus peculiares ejercicios, recompensarles sus fastidiosas fatigas, y buscar sus propias conveniencias; porque conveniencia de los hombres es el cuidar y conservar á las mugeres. El hom-

¿Cómo es eso de que todos lo saben? interrumpió Matilde; pues á mí me parece que no lo saben todas, y si lo saben, quisieran no saberlo. ¿Pues no ves el empeño con que mi hermana quiere hacernos creer que las mugeres somos superiores á los hombres? Esto me persuade que ó mi hermana ignora lo que dices, ó á lo menos que no lo crée mucho.

Tienes razon, dijo el coronel; tu persuacion es justa, y segun ella debes tener á tu hermana por una necia soberbia, y no solo á tu hermana, sino á infinitas mugeres que piensan como ella; mas en obsequio de la verdad y de tu sexo, debes disminuir á lo menos el cargo que les resulta de este bastardo modo de pensar, pues no tienen las mugeres toda la culpa de ser tan necias (hablo de las que lo son) y orgullosas como manifiestan.

¿Cómo no? decia Matilde; ¿pues quién la tiene?

Los hombres, dijo el coronel; los hombres que les dan la primera educacion moral en su niñez, y los que se la robustecen ó pervierten en su juventud. Estos son los culpables del orgullo y desordenado modo de pensar que se advierte en las mugeres, especialmente en las jóvenes hermosas; así como son recomendables cuando piensan con juicio y solidez las mugeres que ha puesto á su cuidado la naturaleza ó el matrimonio.

De cualquier modo que ello sea, decia Matilde, lo que yo saco por consecuencia de tus conversaciones es que tú unas veces te manifiestas enemigo de las mugeres, y otras te declaras su defensor, echando á los hombres la culpa de sus vicios. Yo no te entiendo.

Eso es porque no quieres entenderme, reponia el coronel; yo jamás he sido enemigo de las mugeres. Cuando critico sus defectos, no es con el perverso objeto de satirizarlas, sino con el loable fin de que los corrijan, á lo menos tú que me entiendes; y esto tan lejos está de probar que las aborrezco, cuanto manifiesta mi dicidido amor hacia ellas y este amor tampoco traspasa los límites de lo justo y honesto. Esto es, no de-

fiendo á las mugeres, por ser mugeres ni las lisonjeo con exonerarlas de toda la culpa que las echan los hombres; sino que en todo cumplo con lo que me dicta la razon.

¿Acaso crées tú que las mugeres fueran como son, si los hombres fueran como debian ser? De ninguna manera. Pero ¿cómo quieres que una niña sea humilde, honesta y moderada, si su madre por culpa de su marido es altanera con los criados; altiva con las visitas, descuidada en la casa, profana en la calle, y necia en todas partes? ¿Cómo quieres que la dicha niña, mal criada con estos ejemplos, se sujete y se modere cuando se casa, si le toca por marido un hombre disipado é indolente? Es regular que al lado de este se ponga de peor condicion.

Yo no quisiera proponerte ejemplares que te dolieran; pero para mejor persuadirte es menester no salir de casa. ¡Qué clase de muger casada hará Pomposita con la educacion que le da su madre por culpa de D. Dionisio? Sin duda que será esta muger una orgullosa, necia y abandonada en la educacion de sus hijos, así como lo fué su madre, y mucho mas si por des-

Tampoco cuando las elogio ó disculpo es por lisonjearlas, pues no hay para qué. Es preciso ser justo con todos y en todas ocasiones.

Por último debes advertir, que es verdad lo que te digo de que los hombres son los que casi siempre tienen la mayor parte de los defectos de las mugeres. En otra ocasion te demostraré este axioma con mas solidez, porque ahora es tarde y vamos á comer.

CAPITULO IV.

En el que se trata una materia entretenida.

No es muy comun lograr por esposas mugeres dóciles, ni maridos prudentes y sensatos, ya sea porque no se merecen unos á otros, ó ya porque no se saben escoger. El Espíritu Santo dice que *la muger buena se dará al hombre por sus buenas obras*. Sin duda las tenia su abono el coronel, pues mereció lograr una muger tan dócil como Matilde, la que lo escuchaba con tanto gusto, que siempre aprendia y aprovechaba las lecciones morales que aquel le daba, adoptando las máximas que trataba de inspirarle. Para ella era un oráculo su marido; y ya se ve que él no desmerecia tal concepto, pues no se contentaba con decirle lo que era bueno ó malo, sino que procuraba convencer su entendimiento con la razon y la experiencia, y para asegurarse de que ella no accedia á su parecer por ceremonia sino por convencimiento, la enseñó desde el principio á que le propusiera las objeciones que encontrara en cualquire asunto para desvanecerlas. Matilde lo hacia así, y de este modo tenian unas conferencias divertidas.

No quedó muy satisfecha de la inferioridad de las mugeres respecto de los hombres, segun vimos en el capítulo anterior, y así no tardó en tocar el mismo punto á su marido.

Una ocasion le dijo: aunque el otra dia me hablaste tantas cosas para probarme que las mugeres somos inferiores á los hombres, yo á la verdad no lo entiendo bien, porque veo practicar por estos lo contrario de lo que debia ser, en caso de que fuéramos tan inferiores como dices.

Todos los hombres y en todas ocasiones nos han respetado y respetan de tal manera, que nos convencen ciertamente de que son inferiores á nosotras. En este particular soy hasta ahora de la opinion de mi hermana. Ciertamente no haré alarde de esta superioridad que me concede mi sexo, ó sea la *culta moda* como ella dice; mas no por eso dejaré de conocer que somos algo mas de lo que tú quieres persuadirme que somos.

Tú me dices muchas cosas que me convencen un poco de lo que me quieres persuadir; pero veo que los hombres practican con nosotras unas acciones no solo comedidas y atentas, sino humildes y serviles; las que no harian, sino estuvieran penetrados de nuestra natural superioridad. En la calle, en los paseos, en los estrados, en los templos y en todas partes

enfurece y lo maltrata, lo disimula: si levanta contra él la mano enardecida alguna vez, no sabe el hombre vengarse sino con humilde sufrimiento.... En fin, en todas partes manifiesta el hombre ser inferior á la muger. ¿No es esto una verdad? ¿Conque cómo he de creer que no tenemos tal superioridad solo porque tú lo dices, y porque no somos generales en la guerra, ni ministros ó magistrados en la paz? Vaya, hazme ver como está eso para que me desengañes, si es un error la opinion de mi hermana que yo admito.

Lo es en efecto, le dijo el coronel, y es un error origen de otros muchos, que conspiran á hacer infelices á las mugeres que lo adoptan. Verdaderamente ellas son dignas del aprecio y estimacion del hombre culto, y este aprecio hace que les tribute su respeto y que le ceda en muchas ocasiones la preferencia que á él le toca; mas estos respetos y atenciones debe recibirlos la muger juiciosa, ó como un premio debido á su virtud, ó como un efecto de la generosidad de los hombres, y nunca los exigirá como unos derechos debidos á su soberanía por ser muger.

En virtud de esto, no debes creer que todos los hombres y en todos tiempos les han tributado sus respetos, como dijiste. Si algunas veces han hecho las mugeres en el mundo el papel de señoras, otras han desempeñado el de esclavas de los hombres, á proporcion del capricho de estos y de las costumbres de los paises que han habitado. Mr. Tomas, en la pintura que hace de las mugeres, corrobora esta verdad con unos términos tan claros y precisos, que yo no me atrevo á substituirlos con otros, ni menos quiero, compendiando ni disfrazando sus razones, usurpar la gloria que se merece este célebre frances; y así te referiré algunos párrafos de su obra al pié de la letra.

„Si examinamos, dice, los paises y los siglos, veremos casi en todas partes adoradas las mugeres y oprimidas en todos tiempos. Nunca dejó el perder hombre la menor ocasion de abu-

sar de su fuerza; ántes bien se prevalió siempre de la debilidad de su sexo, prestándole al mismo paso homenage á su belleza, y haciéndose á un tiempo su esclavo y su tirano. Parece que la misma naturaleza al formar unos entes tan dóciles y blandos de corazon, se ocupó mas en sus gracias que en sus dichas; pues rodeadas por todas partes las mugeres de angustias y temores, entran por mitad á sufrir nuestras miserias, y se ven sujetas á otras muchas que les son particulares. A nadie pueden dar la vida sin exponerse á perder la suya propia, y cada achaque periódico que experimentan, altera su salud y amenaza sus dias: su belleza se ve acosada de mil crueles enfermedades, y cuando se ven libres de este accidente, al paso que el tiempo se la marchita, las va tambien consumiendo cada dia: entonces no les queda mas proteccion y auxilio que el triste derecho de la compasion, y el recurso á los recuerdos de una memoria agradecida.»

„Hasta la misma sociedad les aumenta los males de la naturaleza. Mas de la mitad del globo está llena de hombres rústicos y salvages, entre quienes las mugeres son infelices en extremo. El hombre rústico, que apenas conoce sino lo físico del

Esparta, esto es, un pueblo vencido y obligado á trabajar para los vencedores. De aquí nacia que en las orillas del Orinoco, movidas las madres de compasion, solian matar á sus hijas luego que nacian, creyendo que esta compasion bárbara era una especie de obligacion."

„Entre los orientales vemos otra especie de despotismo y de imperio, es á saber, la clausura y esclavitud casera de las mugeres, autorizada por la costumbre y sagrada por las leyes. En Turquía, Persia, Mogol, Japon en el vasto imperio de la China, vive una mitad del género humano oprimida por la otra, naciendo el exceso de semejante opresion del mismo amor excesivo. Toda el Asia está llena de prisiones, donde la beldad esclava espera siempre los caprichos de un dueño ó tirano, y donde una multitud de mugeres juntas no tienen mas sentidos ni voluntad que la de un hombre solo: sus triunfos no son sino instantáneos; pero sus competencias, odios y furores son el ejercicio de cada dia. Allí se ven precisadas á pagar su misma esclavitud con el mas tierno amor; ó bien, lo que aun es mayor tormento, con la imágen de un amor que no tienen: allí el despotismo de mayor vituperio las somete á unos monstruos, que no perteneciendo á ningun sexo, deshonran los dos á un tiempo: * allí finalmente, no sirve su educasino á envilecerlas; sus virtudes son forzadas, sus satisfacciones tristes é involuntarias, y despues de algunos años se hallan con una vejez larga y horrorosa."

„En aquellos paises templados, donde los ardores mas remisos dejan á los deseos mayor confianza en las virtudes, no han sido privadas las mugeres de su libertad; pero la severa legislacion las ha colocado en casi todas las cosas bajo la dependencia. Al principio fueron condenadas al retiro, y separadas, tanto de las diversiones como de los negocios: despues quisie-

* Habla de los eunucos ó esclavos castrados que las guardan.

ron los hombres insultar su razon mediante una larga tutela. En unos climas se ven ultrajadas por la poligamia, la cual les concede por compañeras perpetuas sus mismas competidoras y concurrentes: en otros están sujetas á los indisolubles lazos que comunmente unen para siempre la dulzura con el desabrimiento, y la ternura con el odio. En aquellos paises donde son mas dichosas, deben no obstante reprimir sus deseos, y se ven oprimidas: en lo que mira á disponer de sus bienes, vénse privadas de su misma voluntad por las leyes; y esclavas de la opinion que las domina con imperio, se les imputa á delito aun la apariencia misma: hállanse rodeadas por todas partes de unos jueces que son á un tiempo sus seductores y tiranos; y preparándoles ó disponiéndoles sus defectos, se los castigan con la deshonra, y se usurpan el derecho de mortificarlas con las sospechas. Tal es, poco mas ó menos, la suerte de las mugeres en todo el orbe. Los hombres son con ellas indiferentes ó tiranos, segun los climas y edades: unas veces la opresion es fria y tranquila, como es la del orgullo; otras es violenta y terrible, cual es la de los zelos; de suerte que cuan-

guete de los hombres, á proporcion de sus caprichos, costumbres, climas, religion y gobierno.

Todo está bueno, contestaba Matilde: pero no dudando de la verdad de ese autor, quisiera saber en qué somos las mugeres inferiores á los hombres: porque ciertamente, si lo somos tanto, no puede haber mayor infelicidad que ser muger, y una infelicidad tanto mas dura, cuanto que caemos en ella sin culpa nuestra, pues no está en nuestra mano elegir sexo.

La inferioridad de la muger respecto al hombre, respondió el coronel, no consiste en otra cosa que en la debilidad de su constitucion física, es decir, en cuanto al cuerpo; pero en cuanto al espíritu en nada son inferiores á los hombres, pues no siendo el alma hombre ni muger, se sigue que en la porcion espiritual sois en todo iguales á nosotros.

Es verdad que en las mugeres se notan algunos vicios, como tambien virtudes, que parecen que les son peculiares, ó á lo menos se dejan conocer en ellas con mas frecuencia que en los hombres. Por ejemplo, parece que las mugeres son naturalmente mas compasivas, mas tiernas y sujetas á su religion que los hombres. La santa Iglesia las honra y distingue llamándolas *el sexo devoto*. Así tambien parecen mas inclinadas al engaño, á la simulacion, á la ira y á la venganza, con la que se pudiera probar, en caso de ser esto una verdad demostrada, que el alma de las mugeres tenia alguna diferencia de la nuestra; mas no es así, como te lo haré ver.

No se puede negar la dependencia recíproca que tiene el cuerpo del espíritu, y este de aquel: quiero decir, somos compuestos de dos substancias enteramente distintas, cuales son la material y la espiritual: como las dos están tan íntimamente unidas, cualquiera de las dos influye en su compañera de un modo tan continuo como marivilloso. Apenas se enferma el cuerpo, cuando se resiente el alma y se entristece: y ves aquí que la tristeza del alma no la origina otra cosa que la enfermedad ó daño que padece la porcion material del cuerpo.

Por el contrario, recibe el hombre una fuerte cólera, una pesadumbre muy vehemente, las cuales son pasiones á que está sujeto el espíritu, y al instante, sin que ninguna cosa material toque al cuerpo, este enferma, padece, y á ocasiones es tan terrible la alteracion de la máquina, que se desorganiza todo el mecanismo de la vida, y muere el paciente en el momento.

En esta inteligencia, dicen muchos sabios que la causa de que en las mugeres se adviertan estos vicios ó aquellas virtudes con mas frecuencia que en los hombres, no es otra que la diversa organizacion de sus cuerpos; y así deducen, por ejemplo, que si la muger es mas tímida que el hombre, es porque su constitucion física es mas débil.

Yo convendré con esta opinion de buena gana, pero limitándola á ciertas y determinadas circunstancias, y jamás concediendo la extension y generalidad que algunos han pretendido. Yo permitiré sin repugnancia que la alteracion del cuerpo de la muger influye algunas veces poderosamente en su espíritu, ya se considere esta alteracion natural, ó ya casual por una enfermedad que la predisponga, y si se quiere,

De ninguna manera me disgusto de tus conversaciones, decia Matilde, y seria una necia y mal agradecida si á modo de lechuza me incomodara con la luz, solo porque mis ojos no estaban acostumbrados á verla. Lo contrario; yo me engolosino en escucharte, y siento no comprender cuanto me dices; pero por eso te pregunto, y en prueba de ello quiero que con algun ejemplo me confirmes en las dos cosas que me has dicho. La primera, que una enfermedad ó la natural constitucion ó conformacion del cuerpo de las mugeres influye algunas veces en ellas, de modo que cometen algunos y determinados excesos con mas frecuencia que los hombres: y la segunda, que á pesar de la natural ó accidental influencia del cuerpo de la muger sobre su espíritu, puede esta haciendo buen uso de su razon, vencerse y no hacer aquello á que la instiga la organizacion natural ó la particular enfermedad de su cuerpo: yo no comprendo como pueda ser eso, y quisiera oír una prueba de esta verdad.

No sabes cuanto gusto me das, respondia el coronel, cuando me hablas con esa claridad; pues el que despues de oir propone dudas y hace preguntas, da á entender que escuchó con cuidado y se penetró de la conversacion. Así pues tú, has entendido bien cuanto te he dicho; pero te hace fuerza cómo el alma de la muger por sí misma, con solo el auxilio de la razon pueda vencer aquellas instigaciones violentas, á cuya ejecucion se siente como obligada por la inmediata influencia de su cuerpo. Para acceder á esta opinion me pides un ejemplo: solicitud muy justa, pues los ejemplos valen mas para convencer el entendimiento que las teorías mas elocuentes.

Por eso te voy á desmostrar con un caso que nos refiere la historia, entre otros muchos, cuan poderosamente influyen las particulares afecciones del cuerpo de la muger sobre su espíritu, y cuanta virtud tenga este ayudado de la razon para dominar el poderío de aquella influencia.

Todos los médicos saben que las mugeres en el tiempo de la

pubertad están sujetas á padecer una enfermedad terrible que se conoce con el nombre de *furor uterino*, el cual es un delirio ó frenesí que las hace cometer por obra ó por palabra, mil excesos vergonzosos y repugnantes á toda persona honesta y recatada. La medicina tiene un remedio fácil para curar esta enfermedad; mas nuestra Religion católica justamente lo prohibe como ilícito, permitiendo siempre que lo substituya el legítimo matrimonio.

Plutarco en su obra de las *Mugeres ilustres*, alabando el natural pudor de la muger, refiere que en la ciudad de Mileto las doncellas acometidas de esta enfermedad ó locura que te he dicho, se mataban á sí mismas: y eran tan repetidos estos suicidios, que el senado no pudiendo contenerlos, mandó por ley expresa, que la que de esta suerte se matase, fuera paseada desnuda y expuesta en la plaza mas pública, ¡Eficaz remedio! Esto solo bastó para contenerlas, y las que despreciaban su propia vida, no atreviéndose á despreciar su pudor, se abstuvieron de sacrificarse á la desesperacion. Sin duda la vergüenza las volvió en sí, y las hizo entrar por el camino de la recta

sobrada paciencia para escucharte y mucho gusto en responder á tus preguntas.

Pues oye, proseguia Matilde. Ya entiendo que las mugeres nacimos sujetas á los hombres con una dependencia forzosa, que aunque dictada por la naturaleza y autorizada por las leyes, no nos es indecorosa como dices; pero ahora pregunto: ¡Por qué los hombres por la mayor parte nos han tratado con tanta altanería, y nos han sujetado á sus caprichos valiéndose solo de nuestra natural debilidad, á pesar de conocer que somos iguales á ellos en el alma?

Porque los hombres, respondia el coronel, que así lo han hecho, los mas han sido unos bárbaros, que ó no han escuchado, ó han despreciado los clamores de la naturaleza, y desentendiéndose de estos innatos sentimientos, se han sabido aprovechar de la imbecilidad de las mugeres para oprimirlas; y y entiende que bajo el nombre de bárbaros no señalo solamente á aquellos gentiles paganos, que sin idea de verdadera religion, justicia, ni sociedad, han procedido de este modo bárbaro ultrajando aquellos dignos aunque febles objetos que por otro lado apetecian; no, hija: todo hombre que se vale de la flaqueza de la muger para ofenderla y maltratarla, es un bárbaro y un pícaro, por mas que se llame cristiano y civilizado entre nosotros. ¡Cuántos de estos conoces! Yo ni calumnio, ni desacredito al vecino Ramiro: su esposa es tu amiga, y mil veces se ha quejado contigo del tirano proceder de su marido. Aunque ella no te hubiera revelado sus desdichas, á mi y á tí nos son bastante públicas. Sabemos que el marido está entretenido: que cuanto adquiere es para su dama: que á sus hijos y muger legítima los tiene desnudos y muertos de hambre: que jamas les hace el mas mínimo cariño y agasajo, y que despues de este indigno proceder, por la mas mínima friolera le riñe, la golpea y la obliga á quejarse con nosotros á cada instante. ¡Cuántas veces ha venido la infeliz muger á pedir-

te un trapo conque cubrirse, y un bocadito con que alimentar á sus criaturas! Su marido es un español, un cristiano, un bien nacido, y, como dicen, un hombre decente; ¿y diremos que este cumple con las obligaciones de un noble, de un católico y de un hombre de bien, criado en la culta sociedad? De ningun modo. Este es un pícaro, un vil, un infame, un irreligioso y bárbaro, pues abusa de la bondad y debilidad de su esposa para hacerla infeliz hasta lo sumo. ¿No le basta al hombre abandonado ser infiel á su muger y descuidarse con sus hijos? ¿No le basta ser mal marido y ser mal padre? ¿Aun es preciso que se constituya un verdugo y un tirano cruel y déspota sobre unos entes miserables que no pueden hacerle resistencia? Pues hija, de estos maridos y padres inicuos se ven á miles cada dia entre nosotros. Los jueces, las cárceles, los presidios, las calles y las casas son testigos de esta verdad. ¡Antes deje yo de existir, que me cuente en semejante número! Conoce, pues, hija mia, que los hombres en todas partes y en todos tiempos han oprimido á las mugeres porque son ellas débiles, no porque ellos hayan obrado ni obren con justicia; pero esperen

y mas sensibildad que el mismo arriero, cuyo espíritu, aunque igual en la substancia, tal vez no está adornado de los mismos sentimientos, ó no los posée en igual grado.

En segundo lugar debes advertir, que solo los salvages en los montes, y los necios y pícaros en la ciudades, desprecian, escarnecen y maltratan á las mugeres solo porque lo son y porque no tienen suficiente vigor para resistirles; pero el hombre civilizado y que conoce las leyes de la humanidad y del honor, jamas abusa de su debilidad para ultrajarlas; antes bien las aprecia, las honra y las defiende de los insultos que les infieren los malvados. Las leyes civiles decididamente las protegen.

Finalmente, debes entender, y no es vano repetirlo, que si los hombres las han separado de la guerra y del manejo de los negocios públicos, no es esto un efecto de desprecio, sino de respeto á su débil constitucion, y por reservarlas para aquellos objetos, á cuya conservacion la naturaleza privativamente las destina.

Yo quedo convencida, dijo Matilde, de que somos inferiores á los hombres por la debilidad de nuestro cuerpo, pero iguales á ellos por la naturaleza de nuestras almas, y á veces superiores á muchos por los dotes del espíritu.

Quedo tambien entendida de que esta debilidad no es un motivo para que nos insulten y desprecien, sino mas bien una recomendacion para que el hombre culto nos compadezca y estime en todos casos.

Todo esto está entendido, pero dime: ¿esta debilidad de que se valen el salvage grosero y el ciudadano pícaro para oprimirnos, como dices, es de tal gerarquía que por sola ella muchos hombres de nuestros paises no solo nos estimen y respeten, sino que se nos humillen y casi nos adoren en lo público? ¿Tan buenos son los hombres de mi tierra? ¿Tan compasivos, atentos y rendidos? ¿Tanto es el privilegio que concede á la

muger la debilidad de su sexo, que por otra parte la hace inferior al hombre? ¡Oh! si los hombres obran con sinceridad como nosotras, ¡feliz es nuestra inferioridad, y dichosa la débil constitucion de nuestro cuerpo!

Iba el coronel á responder la graciosa ironía de su muger, cuando lo embarazó un accidente que sabrá el lector en el capítulo que sigue.

CAPITULO V.

En el que se trata un asunto de gravísima importancia.

Acabamos de decir que iba á contestar el coronel á la irónica pregunta de su esposa, cuando entró en nuestra sala una criada de Doña Eufrosina dando unos gritos desaforados. Corra su mercé, decia, corra su mercé, que quien sabe que le ha dado á la señorita.

Sorprendímonos todos con esta inesperada noticia: fuimos

prisa se rodearon de la paciente, menos la beata, que se dedicó á cuidar de la niña Pomposita.

Mientras que el médico venia, comenzaron á determinar remedios cada una á cual mas. Una mandaba ligarle las piernas: otra apretarle el estómago fuertemente: esta, darle á oler el humo de la lana prietra: aquella, echarle agua fria en la cara y pecho: quién, recetaba una rebanadita de pan empapada en aguardiente para el estómago: cual, unos fomentos de vino en los pulsos; en una palabra, allí todas eran médicas, y nadie se tenia en menos para ponderar sus medicinas; y sin duda hubieran embardunado de aceites á la enferma, la habrian amarrado como un cohete, y le habrian hecho absorver mas humo que el que cabe en un globo aereostático, sino estuviese presente el coronel, quien se opuso de firme á que no se le hiciera nada de eso, diciendo que muchas medicinas de aquellas eran inútiles, y las demas perjudiciales, como son la fumigaciones y ligaduras. Trabajo le costó impedir que mortificaran á la enferma; pero por fin lo consiguió.

No porque las circunstantes veian sus remedios desaprobados, dejaban todas de expresar los sentimientos de su cariño hácia la enferma del mejor modo que podian. Una le apretaba el estómago, ótra le tenia las manos, esta le levantaba la cabeza, aquella prevenia el vaso de agua, y todas gritaban, lloraban y regañaban á las criadas por la tardanza del médico. Aquella sala era una zambra de gritos y monadas, que yo para mi sayo, califiqué de adulaciones.

En esto estaban cuando entró el médico, que por fortuna era un hombre instruido y prudente. La prisa conque lo llamaron y el alboroto que encontró en la casa previnieron su ánimo á creer que el mal era grave y ejecutivo. Preocupado de esta idea, y deseoso de cumplir con su obligacion, gastó pocas palabras en saludar, y se dirigió á la paciente. Le tomó el pulso, hizo dos ó tres preguntas, le vió la cara con aten-

cion, y se levantó muy sereno asegurando que aquello no era cosa de cuidado, y que dentro de un rato estaria perfectamente buena.

Al ver la frialdad del facultativo una de las señoritas que estaba prevenida con papel y tintero, no pudo menos que decirle: Séñor, ¿qué no receta vd? No hay necesidad, respondió el médico: y la dicha madama, creyéndose desairada, le dijo: ¿Cómo no? ¿pues no ve vd. como está esta niña, y que si sigue así con este temblor se nos puede quedar entre las manos, y lo peor es que se nos va sin sacramentos? ¿No será bueno que recete vd. á lo menos un poco de álcali volátil y tantita agua de la reina para el corazon? Yo no entiendo de eso, pero fuí sobrina de un famoso médico que era doctor borlado, y todos los dias iba á mi casa y hablaba divinidades del álcali y del agua de la reina para estos casos, y yo algunos remedios le aprendí, y los he mandado mil veces, porque al que anda en la miel algo se le pega: y ya vd. sabe que de módico, poeta y loco todos tenemos un poco.

Señoritas, contestó el facultativo con mucha flema: no hay

tectura, proferirá treinta mil blasfemias en esta facultad. Lo mismo se debe entender de todo y de todos.

La señorita se quedó muy fresca, no entendiendo la fuerza de la reprension, y movida de una agitante curiosidad le rogó le dijese la quintilla: á cuya pregunta el médico contestó, que la iba á hacer para reprender á una niña que pensaba acertar en materias que no entendia, y decia de este modo.

Si sin noticia ni guia
quieres ir por un camino
que no sabes, Celia mia,
te perderas de contino,
y.....

Será una boberia, dijo la señorita, ponerse uno á andar por un camino que no sabe, sin tener quien lo lleve ó lo dirija. ¡Vea vd. que ocurrencia! dijo el médico en tono de admiracion: vd. ha concluido mi verso fácilmente en un instante; y yo no pude concluirlo en cuatro noches, despues de haberme quemalas cejas á la llama de cuatro velones de á medio, que tantos consumí para acabar mi desgraciada quintilla. Ciertamente vd. tiene mas de poetisa que de médica.

Bien distraidos estaban todos con la conversacion, unos hablando y los demas oyendo, cuando la enferma exhaló un suspiro, abrió los ojos y manifestó su total alivio, sorprendiéndose el verse rodeada de tanta gente, entre la que extrañó al médico, porque no era el de casa, aunque era mejor. Este, concluida su visita, que no pasó de visita, previno solamente que removiesen del ánimo de la señorita todo motivo de disgusto para que estuviera tranquila, pues este era el único y legitimo remedio en tales excesos, y dicho esto, se despidió.

No llegaria á la escalera, cuando entró en la sala D. Dionisio Langaruto, acompañado de dos oficiales y un colegial, que

venian de jugar cuatro ó cinco treguas al villar, las que habia ganado el partido contrario.

Ninguna novedad hizo á D. Dionisio el encuentro del médico ni el alboroto que halló en la casa. Incómodo totalmente con la poca destreza de sus compañeros, y teniendo por un punto de honor ultrajado que hubiesen perdido las treguas del desafio, reñia ásperamente á sus amigos, los que con una humillacion servil se disculpaban mutuamente, sonriéndose de paso de la necedad y enojo de Langaruto, de lo que este se incomodaba mas, y decia: Yo no siento haber perdido las seis onzas, á mí no me duele perder el dinero: con cien pesos yo no soy ni mas rico ni mas pobre. Ustedes bien saben que estoy hecho á tirar la plata; pero en regla. Lo que me incomoda es que nos hayan dado capote, que no viéramos una, y que aun la última tregua, llevándola tan aventajada, hubiera quedado por ellos. ¡Vamos, que vdes. son buenos *chanflas!*

Este zonzo tuvo la culpa, respondió el colegial señalando á un alferez: yo le decia que no tirara fuerte, sino que vendiera el mingo; pero quiso lucir el buen taco, tiró palos en seco, me

aprecio de su mal; y así hecha una furia se levantó del asiento y le reconvino, diciéndole: ¿Qué, ha pensado vd. que no tiene muger ó crée que estoy pintada ó soy alguna sirvienta de su casa? ¿No es una picardía, no es una desvergüenza intolerable ver que me esté muriendo por esa maldita muchacha, y ni siquiera le merezca al señorito la mas mínima señal de atencion? ¡Ya se ve! yo nací para infeliz, y....

Aquí comenzó á llorar amargamente. Las parientas y amigas la consolaban con mil caricias, y el bueno del caballero Langaruto, atónito con el resoplido que acababa de escuchar, trató de satisfacer á madama del mejor modo: y cuando supo que la causa de la mohina habia sido haber encontrado á Pomposita chupando un cigarro, quisiera descargar su furia sobre la pobre criatura, para hacer ver que sentia el mal de Eufrosina, y que lo sabia vengar bien; mas el coronel contuvo su fuerza, deteniéndolo y prorrumpiendo con la mayor energia en estas expresiones: ¿Qué es esto? ¿Estan vdes. infatuados ó adolecen de una violenta fiebre? Por un cigaro.... ¡Voto á mis pecados! ¿Por un cigarro han sido tantas alharacas? Vamos, que esto no se puede creer entre personas de juicio y experiencia.

No por un cigarro, dijo á ese instante Doña Eufrosina, sino por el atrevimiento de la persona que chupa ese cigarro. ¿Quién le ha dicho á esta mocosa malcriada que se ha de poner á chupar á escondidas mias? No faltaba mas, sino que la niña de siete á ocho años, que aun no sale del cascaron, ya quiera andar con el cigarrito en la boca todo el dia. Noramala para ella: así la vuelva yo á ver otra vez, que le aseguro que ha de ir á pepenar los dientes á la calle.

Tienes mucha razon, mi alma, decia la tia vieja, tienes mucha razon: yo quiero á Pomposita como si la hubiera parido; ¡ya se vé! tiene mi misma sangre al fin, y mas vale gota que libra; pero la verdad, yo no voy fuera de la razon, es mucha

picardía que las niñas chupen ¡Ya se vé! tales están las cosas en estos tiempos, que ya los mocosos les piden la lumbre á los viejos. Todo está malo, todo está perdido; á fe que en mi tiempo, ¿cuándo, cuándo una niña habia de tener la avilantez de chupar delante de los grandes? ¿Qué digo? ni aun á escondidas. Muy buen cuidado tenian las madres de registrarles los dedos á sus hijas para ver si chupaban; y pobre de la que los tenia amarillos, ya se podia componer: porque despues de que la castigaban muy bien, le quemaban la boca con un huevo caliente; pero ahora ya chupan todas las niñas y nos echan el humo en la cara. Haces muy bien, Eufrosina, haces muy bien de castigar á tu hija: no, no le dejes pasar estas perradas.

No hace muy bien de castigarle este defecto leve, si lo es, y mucho menos con tanta crueldad como ahora, dijo el coronel: yo no me quisiera meter en esto, porque cada uno manda en su casa; pero me ha escandalizado ver castigar tan cruelmente á mi sobrina por una culpa, que si lo es, mi hermana y mi hermano se la han enseñado.

¿Cómo nosotros? decia Eufrosina. Así como lo oye vd. hermana, respondió el coronel. Si esa niña jamás hubiera

Yo no diré que es bueno que los niños aprendan á chupar desde muy temprano, ni menos que se les permita hacerlo delante de sus mayores, pues conozco la fuerza de la preocupacion; pero no me detendré en decir que cuando lo hagan, poco se pierde, y que este no es un pecado casero que merezca una dura penitencia. Por mí, aseguro á vdes. que si mañana advierto que mi hija se inclina al cigarro, lo veré con la mayor indiferencia, y no solo no la castigaré, sino que tendré cuidado de que no le falten, para que cuando grande no solicite tal vez quien se los dé, ni busque la soledad ni la compañía de las criadas, siempre perniciosa, por no poder chupar delante de sus padres.

¡Bravo! bravo! dijo riéndose D. Dionisio: vd. hermano, ha hecho grandemente la defensa de mi hija. Déjala Eufrosina, ¿qué importa que no chupe ahora, si mañana, como dice tu tia, te echará el humo en los ojos? Yo voy con la opinion de mi hermano.

Yo no, dijo Eufrosina, encendidas en cólera las mejillas: caro le ha de costar á la mocosa tamaña picardía. Le arrancara la lengua, le sacara los dientes y le quemara la boca si tuviera el grandísimo atrevimiento de chupar un cigarpo en mi presencia.

Vaya, hermana, no se acalore vd. decia el coronel: advierta vd. que el chupar es en sí indiferente, y nosotros lo defendemos como bueno, algunas veces como útil á la salud, y nunca lo tenemos como un delito. ¿Por qué, pues, lo que para nosotros es bueno, útil y honesto, en las criaturas lo hemos de condenar como un crímen? Si Pomposita se hubiera inclinado á tomar polvos, vd. no se enojara, y aun le abonaria por gracia que sacara la cajilla del tabaco en su presencia. ¿Pues por qué ha de ser lícito al muchacho tomar tabaco por las narices, y no le ha de ser permitido el usarlo por la boca? Y esté vd. segura de que si hubiera visto mas polvistas que chu-

padores, se habria dedicado á tomar polvos antes que á chupar; pero ha visto lo contrario, y así ha seguido lo que ha visto mas practicado.

Sea lo que fuere, decia Eufrosina, así me criaron mis padres, y así he de criar yo á mi hija, y caiga quien cayere.

Pero hermana, ¿siempre y en todo hemos de ir con lo que nos enseñaron los antiguos? ¿Nunca nos hemos de apartar de de sus caprichos, aunque se nos pruebe que lo son? A la verdad ese es mucho servilismo, y la autoridad de nuestros mayores debe ser respetada, mientras la razon y la experiencia no nos manifiesten su extravio.

Yo quisiera que Pomposita hiciera á vd. este argumento á ver qué le respondia: „Mamá, vd. me debe enseñar siempre lo bueno, y me debe dar buen ejemplo. Ahora bien: ó el chupar es bueno ó malo. Si es bueno, ¿por qué me lo priva? y si es malo, ¿para qué lo hace en mi presencia?" Vaya, hermana, ¿qué responderia vd. á este apretoncillo?

Le plantara un buen par de bofetadas, y le quitaria las ganas de ponerse á dimes y diretes con su madre.

Esa es una respuesta muy eficaz para imponerle silencio, decia D. Rodrigo, pero no para convencerla. Hay muchos su-

leido muchas reales órdenes en las gacetas, y habrá advertido que dice el rey: Habiéndome representado el mi consejo esto ó aquello, y atendiendo á la utilidad de mis vasallos &c. &c. he venido en mandar esto ó lo otro. Así tambien ha leido los bandos publicados en esta capital, y ha visto que en unos se da razon de que lo que se manda es por órden del soberano; y en otros, que se determina una providencia para conservar la tranquilidad y buen órden, para subvenir á las urgencias del estado, ó para los fines que se expresan; pero nunca habrá vd. visto una real órden ó una superior determinacion, que, como se dice, á raja tabla y sin ningun preludio, diga: *mando esto, mando lo otro*, sin dar razon al público de por qué se manda.

Esto prueba lo que ya dije, que estas racionales satisfacciones jamás degradan al superior, y que el no darlas cuando conviene, es un grosero despotismo. Porque sí, ó porque no, son razones de caboscuadra. Decir, *haz esto porque quiero*, aunque el otro conozca la injusticia de lo mandado, es una tiranía insufrible, pero muy antigua en el mundo. Juvenal nos refiere de aquella muger que pedia á su marido que crucificara á un criado inocente, sin mas razon que su voluntad. Esto no es tolerable, y menos entre cristianos.

Oiga vd. una decimita que en cierta vez escribí al mismo asunto.

Un señor una ocasion
A un criado suyo reñía,
Y si este le respondia,
Le decia el amo: chiton,
Chiton, ó de un mojicon
Te dejaré sin sentido.
Callaba el criado aturdido
Sobrándole que decir;
Porque este modo de argüir
¿A quién no deja concluido?

A todos seguramente; y así ya vd. verá que las bofetadas

lastiman, pero no convencen, y que no le es á vd. lícito usar semejantes soluciones con su niña.

Pues por último, hermano, dejemos esto, contestó Eufrosina: cada cuál tiene su modo de matar pulgas. Yo así quiero criar á mi hija: vd. crie á la suya como quiera, que seguro está que yo me meta con vd. así como no me metí el otro dia que la regañó tanto solo porque le dió un palo al gato: y en verdad que eso era una niñería que no merecia la pena.

Vd. dice muy bien, hermana: me ha convencido vd. soy un entremetido: ya no volveré á hablar en la materia. ¡Sobre que cada cual tiene su modo de matar pulgas! Pero vea vd. Cuando reprendí á Pudenciana porque le dió un palo al gato, no la lastimé, sino que le hice ver que hacia mal, pues el gato no le hacia daño. Le enseñé que debemos tratar á los animales con lástima, porque son criaturas de Dios: y le advertí que quien no tiene piedad con los brutos, quien se complace en maltratarlos solo por ser brutos, está muy cerca de ser un opresor de los hombres, siempre que pueda valerse de su debilidad. Por esto la reprendí, y esto le enseñé. Vd. dirá si tuve razon, y si me manejé con tal cual prudencia.

seguido, es un tirano que cautiva nuestros entendimientos, y los sujeta al antojo, al engaño y á la preocupacion. Ordinariamente disputamos mas por vanidad y por hacer valer nuestra opinion, que por indagar la verdad, y esta es la causa de que las mayores necedades se defiendan con ardor, de que se desprecien las razones mas sólidas, y de que no haya modo de confesar que hemos errado. De aquí se sigue que cada uno se queda con la opinion que defiende, y la verdad se oculta en las tinieblas del error.

Cuando D. Rodrigo estuvo solo con su esposa, le dijo: ¿has visto muger mas loca ni mas aturdida que tu hermana? Ella me ha dado un rato bien pesado. Cuando ví á Pomposita bañada en sangre, y á tu hermana privada, me afligí, porque creí que la criatura acaso traveseando, se habia dado algnn golpe, y el pesar de este accidente habia hecho desfallecer á la madre; mas luego que supe la verdadera causa, me compadecí de la pobre criatura, y me incomodé vivamente con Eufrosina. Yo no he visto muger mas necia.

Yo advertí bien tu incomodidad, dijo Matilde: porque solo muy enojado podias haberte puesto á disputar con ella tan de veras, olvidándote de aquel principio que me has aconsejado tantas veces, de que es una locura ponerse á disputar con un necio, pues el discreto pierde el tiempo, las razones y la paciencia, y el necio siempre se queda necio. Bien que tambien me has dicho que el hombre mas cuerdo deja de serlo luego que es sorprendido de una pasion: en este caso se desatienden los mejores principios y se olvidan las lecciones mas bien aprendidas. Esto te sucedió puntualmente.

Yo me alegro que me hagas esta advertencia, dijo el coronel, pues prueba que no se te olvida lo que me oyes, y que sabes hacer felices aplicaciones de los principios que te enseño; pero dejando esto aparte, dime ¿qué juicio has formado de la imbecilidad de tu cuñado, quien sin el menor informe iba á

concluir la obra de su muger cuando queria volver á maltratar á la pobre criatura?

Yo pienso que hizo muy mal, contestó Matilde, aunque no puedo explicar en qué está lo peor de la accion; porque á primera vista parece que su cólera fué efecto de la buena educacion que da á su hija, y del mucho cariño que tiene á su muger; pero cuando advertí la facilidad con que se serenó y te concedió la razon, no creo que hizo bien en lo primero; porque cuando veo un hombre que es tan fácil al enojo como á la serenidad, y tan pronto está de parte de una opinion como de la contraria, temo que no tenga carácter, temo que esté muy propenso á obrar sin razon, y que sus primeros arrebatos los dicte un capricho y no la justicia. Esto es lo que me parece. Tú explícame mejor lo que no entiendo.

No te has engañado en tu concepto, dijo D. Rodrigo: así es como lo piensas. Tu cuñado manifestó en su accion falta de carácter y sobra de amor propio. El se avergonzó porque vió reprendida su distraccion delante de todos por la agria reprension de su muger, y no teniendo ni firmeza para sostenerse, ni habilidad para disculparse, trató de satifacer á su espo-

no reconocen otro orígen que el mal carácter, ó por mejor decir, la falta de este en tu cuñado.

Esto no es murmuracion: te hablo á solas de unas faltas que te son demasiado notorias, y esto no por denigrar á esta familia, sino para que veas confirmadas por la experiencia muchas verdades que te he dicho. Una de ellas es que los hombres tienen las mas véces la culpa de los defectos de las mugeres.

Yo estimo mucho á D. Dionisio, y conozco sus buenas cualidades; pero me compadezco de que tenga un carácter tan débil, y que esto sea causa del desórden de su casa: te hago ver este desórden y te señalo sus causas, para que si yo muriere antes de poner en estado á nuestra hija, quedes tú con suficientes reglas para deliberar sobre la eleccion del compañero que le convenga; y de este modo, obrando con prudencia y segun las máximas que te inspiro, coadyuvarás como buena madre á hacerla feliz en el estado del matrimonio, si este fuere de su vocacion.

¿Pues qué, el genio obsequioso de mi cuñado, decia Matilde, el que siempre dé gusto á su muger, el que la complazca, el que la estime y la sirva es todo su pecado? ¿Eso es lo que lo constituye de mal carácter, y por eso son todos los extravíos de su casa? Yo te creo, pero me admiro de saberlo. ¿Qué me dirias si D. Dionisio fuera un hombre grosero y altivo, y que tratara á su muger como á una criada? Yo conozco algunos de estos.

Y yo tambien, contestaba D. Rodrigo; pero condenaria en tal caso su cruel conducta, lo mismo que ahora repruebo la que le observo. En el arco, tan inútil queda la cuerda muy tirante como la muy floja. En todo debe dirigirnos la prudencia. Tan mal obra el marido que se convierte en tirano de su esposa, como el que se constituye su esclavo: ambos son extremos que debe evitar el hombre prudente, como opuestos á su dignidad, y como obstáculos á la felicidad doméstica y á la paz del corazon.

Mientras que los maridos no sepan ser hombres, las esposas no sabrán ser mugeres. Yo puedo equivocarme; pero segun la experiencia que tengo, las mugeres no serian tan fatuas, vanidosas ni locas, si siempre les tocasen por maridos hombres prudentes y sensatos, que supiesen hacerlas entrar por el camino justo y razonable; pero si los hombres, despues de exceptuar los que se deben, unas veces las exasperan con sus modales duros y groseros; y otras dan pábulo á su orgullo con sus mimos imprudentes, y con sus condescendencias desarregladas, ¿cómo sabrán estas infelices usar á tiempo del amor sincero, ni de la amable dependencia, tan necesarias ambas cosas para la felicidad del matrimonio? Verdad es que las mugeres que obran mal no merecen disculpa, porque ellas debian obrar bien aun cuando sus maridos no fuesen siempre de acuerdo con la razon; pero si aun en este caso son criminales, ¿cuánto mas lo serán los hombres que les permiten, las enseñan y se puede decir que las precisan á obrar mal?

Semejantes matrimonios tarde ó temprano se desgracian. Para que Pudenciana, si se casare, no corra igual suerte que muchas, haré yo cuanto pueda y hasta donde alcance mi talen-

dos y visitas de la casa. El espíritu de ira que se apoderó de su corazon fué tan vehemente, que se negó á comer aquel dia, y se resistió á tomar chocolate por la tarde, á pesar de las caricias paternales, de los ruegos de todos los concurrentes, y de las súplicas y humillaciones de su madre.

Esta era muy altiva para sufrir el orgullo de su hija mucho tiempo: y así enfadada de él, la dejó, diciéndole de paso mil boberas, y se entró á la habitacion de Matilde, quien viéndola tan colérica le preguntó la causa, y ella dijo: ¿cuál otra ha de ser, sino esa maldita muchacha tan malcriada como soberbia? ¿Ya viste lo que pasó esta mañana? Pues no ha querido comer, ni ha probado bocado á la hora de esta, y ya nos hemos cansado de rogarle. Poco ha faltado para hincarme delante de ella ahora, rogándole tomase el chocolate; pero todo ha sido en valde: mientras mas le rogaba mas dengues me hacia el demonio de la muchacha, hasta que me enfadé y la dejé, diciéndole: aunque nunca comas en toda la vida, ¡ojalá te acabara de llevar el diablo! Y creeme, que por no deshacerla á patadas, la he dejado y me he venido acá.

¡Ya se vé! ella no tiene la culpa: halló tan buen defensor en mi hermano, y por eso está tan cargada de razon. Lo que se quieren los muchachos es eso: hallar quien apoye sus picardías, y entonces no hay diablo que se las averigüe con ellos; pero que se atenga Pomposita á su tio, y que siga chupando, que yo le juro que no me llamara Eufrosina, si no le hiciere escupir á bofetadas cuantos dientes tiene en la boca.

El coronel que habia escuchado sus honras en tan pocas palabras, no pudo menos que incomodarse justamente y decirle: oiga vd. hermana: no hay que engañarnos: siempre buscamos á quien echar la culpa de nuestras malas acciones, cuando no tenemos la sinceridad suficiente para confesarlas por nuestras. La obstinacion con que la niña se niega á tomar el alimento, proviene de su resentimiento ó enojo, á que dió ocasion el imprudente castigo de vd. y perdone que se lo diga cla

ro; pero vd. ha tenido la culpa, y no yo que solo hice unas justas y sencillas reflexiones en su presencia.

En toda educacion bien dirigida se deben economizar los castigos cuanto se pueda; y cuando sean inexcusables, deben ser correspondientes á los defectos de los niños, y segun esta regla, yo no encuentro proporcion entre el defectillo que ha cometido mi sobrina y el grave castigo que vd. le impuso; pues en un niño no es tan gran delito chupar un cigarro para sufrir una bofetada tan cruel. Jamás las preocupaciones dejarán de acarrear funestos resultados. El caballero Ragliff que fué el que introdujo el tabaco en Inglaterra, en tiempo de Jacobo I, se atrajo con esto el odio general en tales términos, que levantándole muchos crímenes falsos, añadieron entre ellos, que habia llevado una yerba con cuyas delicias se entretenian todos y se distraian del trabajo. El parlamento, preocupado á favor de los deponentes, lo sentenció á la última pena, que sufrió en un cadalso este hombre de bien y benéfico á su patria: puntualmente por haberles enseñado á sus paisanos el uso de una yerba de que despues han sacado tantos provechos. ¡Tal es la fuerza de la preocupacion!

boleras, una contradanza, un vals, y todo con primor. El diantre de la muchacha es habilísima, y como tiene buena voz, ya está aprendiendo á tocar y á cantar por arte: ello poco á poco; pero el maestro dice que la niña dá muchas esperanzas porque es muy viva.

Por lo que mira al estilo, á la decencia, al aire de taco, al tono, y todas aquellas cosas que debe saber una señorita de su clase, que algun dia ha de hacer su papel, ya vd. ha visto tambien que me he despulsado por enseñárselas. Ella será una perra malagradecida si olvidare lo que yo he hecho por ella. Si sabe bailar, yo la he enseñado: si sabe comer con limpieza, tratar á todo el mundo segun su clase, vestirse con arreglo á las últimas modas, llevar el cuerpo con aire, manejar con garbo el abanico y todas estas cosas tan necesarias en una señorita, ¿á quién lo debe sino á mí? Y despues de esto, ¿habrá quien diga que yo he criado mal á mi hija?

Reprender á una persona sus defectos sin tener autoridad para ello, decia el coronel, es una impolítica, en que yo no deseo incurrir; pero tambien el condescender con cualquiera persona apoyándole sus faltas, solo por lisonjearla, es una bajeza que no se conforma con mi genio. En esta inteligencia, yo no me determino á responder por ahora á la pregunta que vd. acaba de hacer; pero le aconsejo que por modo de diversion lea á ratos perdidos el tratado de educacion de Mr. el Abate Blanchard, que está en el tomo cuarto de la *Escuela de las costumbres*. Este autor tiene bastante aceptacion entre los sensatos, y el trozo que digo de educacion á mas de ser cortito, tiene mucha naturalidad y sencillez de estilo, por lo que no es fastidiosa su lectura. Conque léalo vd. con atencion, y despues, si gustare, podrá repetirme su pregunta.

Estaba yo bien fresca, decia Eufrosina, si me comprometiera á leer ese Blancar, ó Blandar ó lo que es. ¡Vaya! que no faltaba mas sino meterme á beata fuera de tiempo. ¿Qué piensa vd. que yo soy como la zonza de mi hermana que parece

una criada de la casa ó una vieja camandulera? Todo el dia está la muy bobona ó en la cocina, ó con la almohadilla, ó con el libro en la mano, que no parece sino novicia recoleta. ¡Ya se vé! ella se hizo al modo de vd. y le parecerá que tiene una vida de ángeles; pero yo, ¿cuándo, cuándo me habia de sujetar á esa vida? no digo teniendo proporciones; pero annque fuera mas pobre que Aman, me sabria dar mis ratos para desahogarme y cumplir con las atenciones de mis amigas; y no mi hermana que parece una india de pueblo. Ella ni sabe bailar, ni cantar bien, ni nada; ¡ya se ve! ¿cómo ha de saber, si se niega á las tertulias, á los bailes y concurrencias de la gente lucida, donde se aprenden estas cosas tan necesarias á toda gente fina? Para ama de llaves, maestra de niñas, pretendienta de brígida ó capuchina, no tiene precio mi Matilde. ¿No es verdad, hermana?

Será lo que tú quieras, dijo Matilde; pero lo cierto es que como yo ya me acostumbré á esta vida, no se me hace pesada; antes cuando tengo que concurrir á alguna parte donde hay bulla, lo hago por mero cumplimiento y porque no digan; pero te aseguro que estoy violenta, temiendo no suceda algo

modo que si hubieras podido, hubieras sido apero de las tertulias, ó como dicen, perrito de todas bodas.

Esto es una verdad que tú no podrás negar: mira, pues, si yo tengo razon para extrañar tu recogimiento presente, y para presumir que tu mudanza y tu gasmoñería no provienen de virtud, ni de que no te gusten las bullas, como dices, sino de miedo que tienes á mi hermano, ó de mucha barba que le quieres hacer. Vamos, no te pongas colorada: confiésala, y aunque no la pagues.

Yo me pongo colorada, dijo Matilde, porque te produces de esa manera delante de mi marido, quien tal vez pensará que estás hablando verdades, y de ahí inferirá que yo de muchacha era una loca, andariega y amiga de fiestas, y de andar en la calle todo el dia; y que si ahora me estoy en mi casa, no lo hago de buena gana, sino á fuerza y de miedo por respeto suyo. Por esto me avergüenzo y meda cólera, y no por otra cosa.

No, hija, no tienes porque avergonzarte, dijo el coronel: estoy muy satisfecho, así de tu conducta anterior como de la presente: sé que si de niña doncella salias á la calle y te presentabas en los bailes, era conducida por tu madre, por tu hermana y por otras personas á quienes te confiaban; pero no porque tú jamás hacias empeño para ir. Por lo que toca á tu conducta presente, estoy mucho mas satisfecho, porque la observo mas de cerca, y vivo muy contento al lado de una señora que siendo jóven, sabe desempeñar tan bien los títulos de madre, de esposa y de ama de casa. En esta virtud nada te debe avergonzar, cuando estás segura del ventajoso concepto que me debes, y en el que no te hago ningun favor, porque tú te lo tienes merecido.

¿Qué, no hay una escobita? dijo la necia de Eufrosina: ¿no hay una escobita, señores, para recoger tan abundantes desperdicios? ¡Vaya, vaya que vdes. se entienden la lengua lindamente! Yo me alegro mucho que vd. esté tan satisfecho de Matilde, y de que ella esté tan contenta con vd. Dios los

guarde así por muchos años. Yo, hermana, por lo que hace á mí, te digo que muy buen provecho te haga tu santa vida; pero yo no te la envidio ni te la envidiaré jamas. ¡Ay! no, ni pensarlo. Dios me libre de que yo me viera casada y hecha una vieja rezandera ó una moza de á veinte reales. Primero me den cien tabardillos uno sobre otro y....

¡Vamos, hermana, no hay que afligirse, decia D. Rodrigo, si aun no llega este caso! Lo que yo quisiera fuera que vd. se dedicara á la lectura de algunos libros buenos, que debian serle muy útiles en su estado: v. g. *La educacion de las hijas*, por el señor Fenelon: *la Familia regulada*, por el padre Arbiol: *la Eufemia ó la muger instruida*, por el aleman Campé: *Cartas de madama de Monteignon: la muger feliz*, y otros muchos que tratan del modo con que una muger debe conducirse con Dios, consigo, con su esposo, con sus hijos, con sus criados y con su casa; pero ya que veo que vd. no tiene paciencia para tanto, me contentaria con que leyese ese tratadito de Blanchard que le digo; pues, por modo de diversion.

Estaba la diversion arrogante, decia Eufrosina: ¡vamos, hermano, que vd. me hace reir con sus candideces! Si supiera vd. que no me gusta leer nada ¿qué dijera? y no solo porque

divertidos, ¿cómo me habia de poner á leer esas mistiquerías que vd. quiere?

En verdad, hermana, contestó el coronel, que tiene vd. un gran surtido de libros y comedias. Entre los que vd. me ha señalado, unos son buenos, otros razonables, y otros perniciosos y de pésimo gusto; pero yo sin tratar de deprimir el mérito de los que lo tienen, digo que para aprender á ser buena casada, es mejor cualquiera de los que yo le cité, que todos cuantos vd. tiene, y por eso me empeñaba en que leyera lo mas conciso; pero desisto de mi empeño en vista de que vd. me asegura que no le gusta leer y que no tiene lugar, bien que yo creo mejor lo primero que lo segundo: porque ciertamente me hace fuerza que una señorita como vd. no tenga lugar para dedicarse á leer un libro poco á poco.

Si no pareciera demasiada curiosidad, yo quisiera saber la distribucion que hace vd. del tiempo, porque no puedo creer que sea este tan corto, ni sus quehaceres tantos, que no le dejen lugar para una cosa tan útil, y en que se podian emplear pocos minutos cada dia.

Vd. hermano, á la verdad, se está haciendo de la casa de la Vírgen, decia Eufrosina. Conque no sabe vd. cuáles son mis quehaceres? ¡Pobrecito de vd! ¡Ya se vé! como vive tan léjos de mi casa y nos vemos tan de tarde en tarde, ¿cómo ha de saber lo que yo hago? No obstante, oiga vd. en que se me va el dia, para que vea si tengo, ó no, que hacer.

Me levanto á las ocho ú ocho y media por lo regular: de esta hora á las nueve me desayuno: de las nueve á las diez me visto y me aseo para salir: á las diez tomo el coche y me voy á la alameda á hacer ejercicio, ó al Parian á comprar algunas cosas, ó á casa de alguna amiga. En estas y las otras dan las doce, y me vengo á almorzar: despues en tomar la leccion de baile y recibir algunas visitas se va el tiempo hasta las dos, ó dos y media en que viene mi marido y nos ponemos á comer: despues de esto, á las tres y media ó las cuatro me acues-

to á dormir siesta hasta las seis: á las seis me levanto, tomo chocolate, me voy al paseo, ó me entretengo en vestirme hasta las ocho, hora en que me voy á algun baile ó al coliseo; acabada la comedia ó el baile, que es bien tarde, me retiro á casa, ceno y me acuesto. Rara vez se invierte este órden, que es el ordinario, y eso por algunas visitas que vienen á casa, ó por alguna indisposicion que padezca, ó porque se arma acá la tertulia de repente, ó por otro motivo semejante, y entonces estoy mas ocupada con la atencion que exigen estas cosas. Vea vd. si tengo ó no tengo harto que hacer, y si tendré lugar no digo para leer, pero ni para rascarme la cabeza.

Anda niña, dijo Matilde: no me admira que te pases una vida tan floja y holgazana, sino que tengas cara para contarla y te quedes tan fresca.

¿Y por qué nó? respondia Eufrosina. ¿Pues qué, hago mal en esto? ¿No soy muy dueña de mi voluntad? ¿No tengo proporciones para pagar mis criadas que me sirvan? y á mas de esto ¿no soy una señora decente, y es preciso que me trate como quien soy? Ya bien veo yo que mi régimen de vida es enteramente opuesto al tuyo. Algo he observado; pero para

coma á su paladar, no al de la cocinera; y como nadie conoce su gusto ni su modo mejor que yo, de ahí es que yo mismo le sazone la comida. Mas como iba diciendo: luego que acabo este gran trabajo, me labo las manos y me vuelvo al estrado con mi costura hasta la una, hora en que por lo regular viene mi esposo de la calle: platica un rato ó se divierte un poco con su niña mientras ponen la mesa y vamos á comer. Acabada la comida reposamos un rato hasta las tres ó poco mas; él suele irse, y yo me pongo en el estrado rodeada de mi familia, ó con el bastidor ó con la almohadilla hasta las cuatro y media que van por mi hija: luego que esta viene, rezamos el rosario, y les leo algo del catecismo, á mi hija, á Tulitas * y á las mozas; pues, porque ya sabes que es obligacion precisa de los amos el enseñar la doctrina á sus criados. En esto dan las oraciones, se van á sus quehaceres, las niñas á jugar, y yo á guardar mi ropa. A esta hora viene Linarte, tomamos chocolate, y unas veces nos ponemos á platicar, otras á tocar mi clave, ó me voy á tu casa, y alguna vez al coliseo, ó á alguna visita, segun estoy de humor, en cuyas diversiones me entretengo hasta las diez ó poco mas, hora en que cenamos y nos recogemos muy contentos.

Con este método de vida ni yo acabo mi salud, ni los pobres sirvientes se molestan; porque ya tú ves que es una grande imprudencia de aquellos amos que, despues de hacer trabajar á sus criados todo el dia, los tienen en vela hasta las quinientas de la noche en que llegan á sus casas del juego, de la tertulia ó la visita. En fin, con este método de vida ya verás que me sobra lugar para leer cuanto quiero.

Pues tienes una vida angelical, hermana, dijo Eufrosina: dichosa tú.... si te salvas; pero la verdad yo no te la codicio;

---

* Esta Tulitas era la niña Gertrudis que sirvió de aya á Pudenciana en su infancia, y de que se habló al principio de esta historia.

porque ese trato no es para una señora decente, sino para las rotitas de casa de vecindad; y no para todas, sino para aquellas pobres hipócritas que se hacen muy virtuosas, muy recogidas y muy mugeres de su casa, no por voluntad sino por fuerza. No van al coliseo, porque no tienen con que pagar el palco ó el asiento, ni se presentan en los paseos públicos ni en los bailes, porque les sobra vanidad y les falta coche y el lujo que desean para competir con nosotras; pero tú que eres medio mística, ya sabes que esto no es mugerío ni virtud, sino mucha soberbia y vanidad; y despues de todo, niña, semejante vida, ocupacion y encierro, no se quedan para una señora de tu clase.

¿Quién dice que no? replicó el coronel. ¿Pues qué las señoras decentes gozan alguna prerogativa ó privilegio para no cumplir con las obligaciones de su estado? ¿La buena cuna ó las riquezas pueden alguna vez servirnos de razon para sustraernos de la ley general, que nos prescribe, sin distincion de clases, llenar nuestros deberes dignamente? Yo por cierto tengo entendido lo contrario. La nobleza, la fina educacion, los puestos elevados, las riquezas y todas las ventajas que propor-

cuenta á Dios de nadie: ¿para que nos hemos de meter en camisa de once varas?

A mas de que no es tan bravo el leon como lo pintan; pues' quiero decir, no debe ser mi vida tan descarriada como vd. la supone, pues si eso fuera no tuvieran tantas la misma vida que yo, y algo mejor; pero ya ve vd. cuantas señoritas hay que no emplean el tiempo sino en componerse, pasear y divertirse; y hacen bien de gozar de la vida y de tratarse como quienes son, si no ¿en qué se han de distinguir de las rotas y pingajosas de casa de vecindad, como ya he dicho?

¡Válgame Dios, hermana, dijo el coronel, y cuántas equivocaciones padece vd! Acaso porque hay en efecto muchas señoritas lujosas y paseadoras, que todo el tiempo de su vida, ó á lo menos los dias floridos de su juventud, los consagran á la moda, á la disipacion y á la fruslería, abandonando sus mas precisas obligaciones, ¿crée vd. que se haya disculpada de algun modo la que las imita? De ninguna manera, hermana: la multitud de viciosos jamas ha justificado el vicio. No porque hay muchos ébrios y ladrones, tendremos por lícito el robo ó la embriaguez. Nuestra naturaleza, corrompida por la culpa, siempre se inclina á satisfacer nuestras pasiones atropellando con la ley y la razon, y esta es la causa de que los perversos y abandonados tengan tantos imitadores; pero esto, ya digo, se hace atropellando la ley y la razon, pues siempre que queremos escuchar el poderoso grito de la conciencia, tenemos los auxilios necesarios para no delinquir: y unos de estos auxilios son los buenos ejemplos de otros, que no queremos seguir.

El apóstol S. Pablo decia que sentia en sí dos leyes, la del espíritu y la de la carne; esta, enferma y corrompida que lo inclinaba al mal; y aquel, sano y pronto para inspirarle el bien. Todos sentimos las mismas leyes; pero obedecemos la material que lisonjea nuestros sentidos y apetitos, no queremos sufrir la contradicion que hace el espíritu á la carne: y así con des-

precio de aquel halagamos á esta, aun conociendo que hacemos mal, porque á nadie se le oculta su delito; y acosado del temor que se sigue á la infraccion de la ley, ¿qué hacemos? Buscamos pretextos y disculpas que, aunque engañosamente, nos consuelen y tranquilicen.

Una de estas disculpas, y quizá la mas frecuente ó la que tenemos mas á mano, es la multitud de infractores que se nos presentan á la vista. Entonces nuestro amor propio, diestrísimo adulador, nos persuade, ó que no hacemos mal, ó que nuestro proceder no es el peor, cuando hay tantos que obran lo mismo que nosotros; pero esta disculpa es tan capciosa y frívola, que no nos penetra el interior, porque al instante se nos viene á la memoria otra multitud de individuos, cuyos buenos ejemplos y arreglada conducta, destruye nuestra sofistería y reprende nuestros excesos.

Por ejemplo, es constante que en México, así como en toda ciudad populosa, hay una porcion de señoras, que ocupadas ó consagradas del todo al lujo, á la bulla, á la disipacion y á peores cosas, se desentienden del cuidado de sus obligaciones.

mal por nuestro gusto, sin atenernos á que otros obren del mismo modo, pues tenemos ejemplos en contrario que imitar.

Calló el coronel, y Eufrosina con una risita burlona le dijo: ¿Sabe vd. hermano, lo que estaba yo pensando?—¿Qué cosa? —Que vd. erró la vocacion de medio á medio. Sí señor: vd. no debia haber sido militar ni casado, porque para capuchino ó misionero no tiene precio. No hay remedio, vd. debia "andar con un púlpito en las manos diciendo lindezas por esos mundos de Dios," como opinaba Sancho de su buen amo.

¡Vea vd. qué taco ó qué sermon tan largo me ha echado. La lástima es que yo estoy empedernida, y todo se me resbala. Estos sermones son buenos para la zonza de Matilde; pero para mí es lo mismo que escribir en el agua y predicar en desierto.

Sí, hermano, yo nací muy señora, me he criado con regalo, heredé alguna cosita de mis padres; y por fin, he tenido la fortuna de haberme casado con un hombre de proporciones y muchacho del dia. ¡Bendito sea Dios que me libró de un viejo regañon y mezquino! No lo digo por vd. pero ¡Jesus! ya me hubiera yo ahorcado. En fin, hermano, ¿vdes. gustan de ir al coliseo, que ya es hora?—Hermana, muchas gracias.—Pues á Dios.

Diciendo esto, se fué Eufrosina, y Matilde, llena de enojo contra ella, dijo á su marido: ¿Ya lo ves? yo me alegro, sí, yo me alegro de que te haya faltadado al respeto la loca de mi hermana. En partes dice bien: si no hemos nacido para reformar el mundo, ni tenemos que dar á Dios cuenta por otro, ¿para que es cansarnos en persuadir que obren bien ó mal? Allá se las haya. La verdad es que me ha incomodado mucho Eufrosina por tonta y majadera; pero conozco que tú has tenido la culpa en ponerte á disputar con ella.

Mira, dijo el coronel: todos estamos obligados á coadyuvar al bien de nuestros semejantes á proporcion de nuestras luces.

Tú bien sabes que es obra de misericordia y muchas veces de justicia dar buen consejo al que lo ha menester; y segun esto, cuando vemos que un semejante nuestro padece un error grosero, por el cual se le siguen ó se le pueden seguir graves perjuicios, y teniendo facilidad de darle un buen consejo, estamos en obligacion de dárselo y de sacarlo de su error, siquiera por caridad; y esto aun cuando presumamos que por entonces no lo admitirá ó se burlará de él, porque no sabemos si aquel consejo despreciado acaso será una semilla que en otro tiempo fructifique.

En este caso está tu hermana. Ahora se burla de mis razones; pero tal vez mañana ó por un reves de la fortuna, ó por la experiencia que se adquiere con la edad, podrá abrir los ojos y aprovecharse de lo que ahora desprecia.

Por esto he aventurado la conversacion que oiste, de lo que no me pesa, ni menos me siento de su burleta, pues la pobre procede como una muchacha atolondrada y sin una cuerda reflexion. Si todos pensaran como ella, si todos dijeran: Así hallamos el mundo, así lo hemos de dejar, y ninguno tendrá la glo-

razon procuré desengañar á tu hermana de los errores en que vive, creyendo que así lo debo hacer, y que quizá algun dia le serán de provecho mis avisos. Si se burlare de ellos, si no los estimare en nada, ella cogerá el fruto de su error; pero yo habré hecho cuanto puedo por su bien.

Ya estamos, dijo Matilde, en que cuando mi entendimiento no quede perfectamente convencido con lo que me dices ó tenga alguna duda, te la he de proponer con franqueza. En esta inteligencia, no puedo menos que decirte que me hace mucha fuerza no solo que disputes con mi hermana, sabiendo quien es, sino que ahora sostengas que hiciste bien, y que lo debes hacer, cuando otras veces me has dicho que es bobería disputar con ella, y con cualquiera otra persona obstinadamente necia, pues no se saca ni se puede sacar ningun partido ventajoso de tales disputas. Esto tú me lo has dicho, y no ha mucho que tácitamente me concediste que no habias hecho bien de empeñarte en la disputa del cigarro. Conque dime ¿á que me debo atener?

Fácilmente saldrás de la duda, respondió el coronel, y advertirás que no me contradigo. Atiende: no es lo mismo disputar que aconsejar en cualquiera disputa; pero esto se entiende con prudencia. Disputar es ventilar ó defender uno su opinion contra otra con razones, no con palabras sin substancia, pues en este caso ya no será disputa sino algaravía; y como los necios porfian casi siempre sin razon y sin saber lo que que porfian, sino que quieren sostener su opinion porque sí y porque nó, de ahí es que será una imprudencia el ponerse á disputar con un necio.

Fuera de esto, hay disputas tan frívolas é impertinentes, que no es cordura mezclarse en ellas. La del cigarro fué una de estas. ¿Qué importa que tu hermana tenga por un exceso de mala crianza el que una niña chupe un cigarro? Nada seguramente, y así debí haber omitido la disputa como impertinente para mí, y como frívola en sí misma.

Otras disputas hay sobre cosas tan evidentes, que el sostenerlas con ardor contra un necio, es la mayor locura é insensatez, como si yo quisiera defender que mi levita es azul, contra un ciego que defendiera que era verde.

De esta clase suelen ser y son muchas disputas que merecen despreciarse por los cuerdos, y de estas son de las que te tengo hablado; pero hay otras en que por necesidad, por caridad y por justicia, no solo debemos ingerirnos, sino sostener nuestra opinion con el mayor empeño. Así al inocente le es lícito defenderse con energía de la calumnia, al católico le es permitido defender su religion, al letrado su parte en justicia, al buen amigo el honor de otro amigo que vacila en una lengua mordaz ó equivocada, y á cada uno sus derechos cuanto pueda. Ningun empeño, ninguna diligencia está de mas en estas ocasiones; y ya bien entenderás que no te he hablado de este género de disputas.

El consejo es de diferente naturaleza, aunque muchas veces concurra al mismo fin que la disputa mas bien sostenida; porque el consejo es el parecer que se da, ó se debe dar siempre por el bien de otro, desnudo de todo vil interes, y regularmen-

CAPITULO VII.

En el que se refiere el modo con que el coronel enseñó á escribir y contar á su niña, y una conversacion que tuvo con su esposa.

¡Qué feliz es el estado del matrimonio cuando se saben conformar con él las voluntades! La docilidad con que Matilde escuchaba las lecciones de su esposo, y la dulzura con que este le inspiraba sus máximas morales, prueban que ambos disfrutaban de esta felicidad.

Ya se deja entender que si el coronel no se descuidaba de instruir á Matilde, los dos se esmeraban á porfia en cultivar en su hija los talentos naturales que tenia, y los sanos principios que le inspiraban.

La niña, por fortuna, corrospondia con docilidad á los conatos de sus padres, y así es que en poco tiempo supo leer con bastante regularidad, conocia el valor de las letras, sabia lo que eran sílabas y palabras, y que estas formaban los periodos.

Como su padre y su maestra le habian hecho advertir cuánta utilidad y ventaja resulta de leer bien, y que esto no se consigue sino evitando el sonsonete y atropellamiento, y acostumbrándose á leer con sentido, para lo que se ha inventado la puntuacion ó caracteres ortográficos, se aplicó á su conocimiento con teson, y lo logró muy fácilmente.

Casi con igual facilidad aprendió á escribir, porque su padre le franqueaba papel, recado de escribir y buenas muestras, para que á la hora que quisiera se pusiera á pintar sus garabatos á su antojo.

Como esto no tenia para ella cara de leccion, ni advertia ninguna forma de enseñanza, lo tomó por juguete y en un instante perdió el miedo á la pluma, se fué acostumbrando á su uso, y sin que nadie la violentara, ella misma trataba ya de imitar las letras de las muestras.

3022328

Cuando su padre la observó tan bien dispuesta, le hizo ver las ventajas de la escritura, y cuán necesario y útil era poseerla con la posible perfeccion. Pero esto lo hizo acercándose un dia á la mesa á tiempo que ella estaba garabateando, y diciéndole: Mira como ya vas imitando, aunque mal, las letras de las muestras. No hay duda, tú no eres tonta, y eres capaz de hacer lo que quisieres con tus manos. ¿Qué, *te gusta escribir?—Sí papá.—Pues mas te gustará cuando sepas qué gran cosa es la escritura.*

El saber escribir, ó la invencion de este arte nobilísimo, es una cosa prodigiosa, necesaria á todo racional, utílisima sobre toda ponderacion y de todas maneras admirable, pues se puede tener por una mágia cierta y lícita entre los hombres. Sí, hija querida, la pluma bien dirigida sobre el papel hace tales cosas, que á no saber el modo, se tendrian por milagros ó hechicerías. Ella resucita á los que han muerto miles de años hace, y nos los pone entre las manos para que nos instruyan y conversen con nosotros: ella nos facilita pasear seguramente por el mundo, y que sin movernos de un lugar, sin tener que

¿Te gusta escribir? Sí, papa Pues mas te gustará cuando sepas què gran cosa es la escritura

papel como con un clavo la palabra, que sin su auxilio se escaparía para siempre: ella hace que sean materiales y perceptibles los conceptos espirituales é invisibles: ella nos hace acordar de lo pasado y prevenir lo futuro: ella afirma y asegura fuertemente las palabras y contratos de los hombres y los hace cumplir con sus deberes: ella, para no cansarte, es la que hace al hombre religioso, sabio, honesto y moderado cuando se acuerda de sus obligaciones y la que lo convierte en impío, necio y escandaloso cuando se olvida de ellas, porque la pluma es para todo, segun se usa. Con la pluma se alaba á Dios ó se ultraja; se honra la religion ó se deshonra; se hacen valer las leyes ó se tuercen; se instruye ó se encamina hácia el error; se favorece á los hombres ó se les perjudica, se habren los corazones para el amor ó se disponen para el odio, y así de todo.

Mira ahora qué cosa tan grande es saber hacer uso de la pluma, cuando se quiere hacer segun conviene; y dime si deberá ninguna criatura dotada de razon despreciar este beneficio y privarse de sus ventajas, solo por ser un tonto y perezoso que no quiera dedicarse á aprender á escribir.

Así es, papá, decia Pudenciana: muy tonto será el que no quiera saber tantas cosas y poder hacerlas, como vd. dice. Pero yo estoy espantada, y deseara saber cómo será eso de resucitar los muertos, pasear todo el mundo, subir al cielo y todo lo que vd. me dice, que no entiendo.

Entónces el coronel le explicó el sentido de estas frases, la niña quedó aficionadísima á la pluma, y esta aficion le hizo aprender á escribir en poco tiempo.

Cuando ya lo hacia con mas areglo y sabia usar correctamente de los signos ortográficos, su padre solia valerse de ella como del amanuense de su confianza para que le escribiera algunas cartas, lo que la niña desempeñaba con gusto, y su papá la celebraba de cuando en cuando con prudencia, estimulándola con estos elogios á que se aplicara mas cada dia.

Todos saben la fuerza con que labra el amor propio sobre nuestros corazones: apenas despertamos de la primera infancia, esta pasion dejándose correr á rienda suelta, constituye el egoismo y es el fomes de todo género de vicios, así como bien dirigida es el estímulo de las virtudes. El coronel conocia bien la verdad de este axioma, y así alababa lo bueno que veia en su hija, pero de modo que ella se satisfacia con los elogios sin envanecerse, y se tenia como obligada á merecerlos mejor en adelante.

Al mismo tiempo le enseñó su padre á conocer los números y el valor de las unidades, decenas, centenas y millares, sin descuidarse de que aprendiera de memoria la tabla aritmética comun, y cuando ya entendió esto perfectamente, le hizo ver cuan útil es á las niñas aprender á lo menos las cinco primeras reglas de cuentas, y que es un absurdo dictado por la mas crasa ignorancia, decir que las mugeres no deben saber cuentas, porque no las necesitan para nada; pues toda niña que algun dia ha de ser señora de su casa, debe saber economizar el gasto, ajustar un criado, tasar las varas de género para sus vestidos y los de sus hijos, y hacer otras cosas que les costa-

cinco: ¿dime ahora cuántas fichas tienen las tres cajitas? Seguramente no puedes, porque necitas contarlas una por una, y despues de este trabajo te expones á equivocarte veinte veces.

Pues vaya, pon aquí las fichas de la primera caja, que son setenta y tres, en este modo 73

Pon las de la segunda, que son..... 21

Pon las de la tercera, que son..... 35

Una raya así.....———

Puestas en este órden, se suman así: tres y uno son cuatro, y cinco, nueve. Pon un número nueve debajo de la raya y al pié de las unidades. Véamos despues lo que importan las decenas: siete y dos son nueve y tres doce. Un dos bajo las decenas y uno que se lleva á la izquierda, ó en el lugar de las centenas ó centenares: y resultan ciento veinte y nueve fichas en las tres cajas..... 129

Aun hay otro modo de sumar mas pronto, que se llama multiplicar, y es utilísimo. ¿A que no me dices cuántas lenteuelas tienen los arquitos de tu túnico?—¿Cuándo lo he de saber, papá? ¡si tiene un monton!—Pues ahora verás qué facilmente lo dices, supuesto que sabes muy bien la tabla. Cuenta los arcos que tiene.—Eso ya lo sé: tiene cuarenta y dos.—Muy bien: ahora cuenta cuantas lentejuelas tiene un arquito.—Ya están contadas, son nueve.—Pues suponiendo que todos los arcos son iguales, y que las lentejuelas están puestas en proporcion, de suerte que no haya mas en un arco que en otro, pon de número los arcos, que son..... 42

Pon debajo las lentejuelas de un arco..... 9

En seguida una raya así.....———

Ahora se multiplica así: dos por nueve son diez y ocho: un ocho bajo las unidades. Cuatro por nueve treinta y seis y uno que llevaba, treinta y siete. Pon un siete en el lugar de las decenas y un tres á la izquierda en el lugar de las centenas..... 368

Y ves en un instante que tu túnico tiene trescientas sesenta y ocho lentejuelas, lo que se te hacia tan dificil saber, y lo que hubieras sabido con mil trabajos sin el auxilio de las cuentas.

Le es tan útil y necesario á una muger el saber contar, como á un hombre. Muchas mugeres perecen en la miseria solo por ignorarlo, y la experiencia nos las está señalando con el dedo lo mismo que la causa. ¿Qué se puede esperar de la muger que de la noche á la mañana se halla con un principal que le dejaron ó sus padres ó su marido, y ella no lo sabe girar ni conservar, porque no sabe hacer cuentas? Es clara la respuesta: busca quien se las haga, casándose ó acomodando un dependiente; y si este ó el marido salen calaveras, lo que no es raro, en dos por tres dan las cuentas del gran capitan, y se queda la muger contando que tuvo coche en tiempo del difunto. Conque así, hijita, procura instruirte ahora que eres niña, para que te hagas útil á tí y á otros cuando tengas mayor edad. Ahora es el tiempo de aprender, y es menester aprovecharlo; porque el que de muchacho es flojo y tonto, llegando á viejo, asciende á majadero.

se dijo que desde bien pequeña procuró hacerle formar
s digna idea de su Criador, conformándose con su capa-
, de cuyo empeño no desistió hasta que la consideró bien
ida.

se valia de cuantos objetos presenta la naturaleza, aun
s triviales, para elevar su consideracion al Hacedor Su-
. Ya le hacia contemplar la hermosura del campo en
gro dia de primavera: ya la brillantez del cielo salpica-
luces en una serena noche: ya el espantoso aparato de
errible tempestad: ya la atraccion maravillosa del imanes
fragancia de la rosa.... En una palabra, el campo, el
la serenidad, la turbulencia, el hombre, el bruto, la plan-
piedra, las flores, las aves, los peces, y hasta los impes-
bles insectos daban materia para instruirla en el conoci-
to de Dios, haciéndole ver cómo resplandece en sus cria-
su omnipotencia, su sabiduría, su justicia, su misericor-
todos sus adorables atributos.

spues de hacerle ver nuestra miseria, y que nada somos
te del Señor del universo, le hacia reconocer que sin em-
de esta pequeñez, somos sus criaturas predilectas, por
es crió todos los seres que nos admiran y sirven en la
raleza; por quienes se hizo hombre y sufrió los ultrajes de
ombres: por quienes murió para para abrirnos las puertas
'araiso, y por quienes hizo el milagro mayor de los mila-
instituyendo el augusto sacramento de la Eucaristía, en el
e quedó con nosotros hasta el último dia de los siglos.

les eran las sencillas pero utilísimas lecciones que daba
hija este buen padre, que procuraba tenerla entre el res-
el amor y el agradecimiento á su Criador. ¡Felices los
s que tienen las luces y disposicion necesaria para ins-
á sus hijos, y mas felices los hijos que saben correspon-
r á las santas intenciones de semejantes padres!

la edad de poco mas de siete años, ya sabia Pudenciana

de memoria el catecismo, y entendia muy regularmente los principales misterios de nuestra sagrada religion, todo á fuerza del continuo teson con que su padre la enseñaba; pues no tardó mucho tiempo en la amiga, á pesar de la no comun disposicion de la maestra; pero apenas aprendió los primeros rudimentos de leer y el catecismo, cuando la sacó de ella, y se tomó él mismo el cargo de enseñarla, como se ha visto.

Estaba mal el coronel con esas escuelas públicas donde se juntan niños y niñas de diferentes edades y educaciones. Sabia con Quintiliano, que la emulacion que procede del ejemplo de los condiscípulos, estimula para aprender mas breve; pero no ignoraba que no siempre lo mas pronto es lo mas seguro. Comprendia muy bien la fuerza con que nuestra naturaleza corrompida por el fomes del pecado, nos inclina al mal: que esta pervertida inclinacion se deja percibir en muchos niños bien temprano: que es muy dificil falten algunos de estos donde hay tantos, y casi imposible que una sola maestra sea un Argos para observar con cien ojos las acciones de todos y cada uno de los muchachos que se confian á su cuidado: y de todo esto concluia, que es muy fácil que se corrom-

plos al rededor de sí, adopte los primeros, separándose de los segundos.

Toda casa de comunidad trae sus ventajas y sus desventajas morales á los que las habitan ó las cursan. Ello es una verdad innegable que el que se acompaña con un justo será justo, y el que se junta con un perverso se pervierte. Es tambien verdad evidente que en dichas casas hay de todo, buenos y malos: pues aquí del temor y la dificultad. ¿Con quién será mas fácil que se adune el niño ó niña inexperto, con los buenos ó con los malos? El que se acuerde de la corrupcion de nuestra naturaleza, y advierta que los buenos reprenden y mortifican nuestras pasiones y deseos desordenados, y los malos las adulan, las fomentan, y aun las prentenden justificar con sus ejemplos y palabras, ese que responda á mi pregunta.

Si yo declamara contra la utilidad, y se puede decir necesidad, á lo menos *parcial*, de estas públicas fundaciones; si levantara el grito contra la sana intencion de sus piadosos fundadores ó inventores; si con una crítica mordaz murmurara sus mas arreglados institutos, seguramente se me podia tener por un herege político; pero si ni declamo contra su utilidad, ni hablo contra sus patronos, ni murmuro sus constituciones, sino que solamente aseguro que es muy fácil que se corrompa en ellas la inocencia con la ocasion tan próxima de la compañía de los malos, creo que nada digo que no sea una verdad indisputable. Puedo asegurarte con dolor que mas de cuatro maldades ignorara yo hasta el dia, si no hubiera estado en escuelas ni colegios. ¡Felices aquellos niños que conservan su pureza intacta en medio de los malos ejemplos de los compañeros! Semejantes almas son prodigiosas en este siglo miserable. El rocío que se cuajó solamente en la piel de Gedeon, la zarza que vió Moises arder sin consumirse, los niños que salieron ilesos de las voraces llamas del horno de Babilonia, y la seguridad con que los israelitas pasaron por en medio del

mar, son extremos de comparacion; pero son unos acaecimientos milagrosos que no se deben esperar todos los dias.

Lo que vemos á cada instante es que una chispa forma una hoguera, un miasma corrompido derrama una peste mortífera, y una gota de vinagre corta un gran vaso de leche: y de aquí debemos inferir que un solo muchacho ó jóven perverso es bastante á malear ó corromper con su ejemplo á muchos niños inocentes y candorosos.

En una palabra, y para que tu entendimiento se tranquilice, digo: que el padre ó madre, que no sabe ó no puede instruir á sus hijos por sí en su casa, hará bien, y aun debe confiarlos al cuidado de los maestros públicos; pero el que no necesite de ellos y tenga proporcion, hará mejor en tomarse ese trabajo, pues llegarán al mismo fin sin pasar tantos peligros.

Matildita, continuaba el coronel, si yo pudiera descubrirte las cosas que se ven frecuentemente en las casas de comunidad de que te hablo, se escandalizara tu pudor. No quiero, no, lastimar tu conyugal pureza. Bástame el saberlas, y el procurar que mi hija no se exponga á estos tan inminentes riesgos, para creer que tú habrás accedido gustosa en que la qui-

CAPITULO VIII.

En el que se refiere la disputa que trabó el coronel con el licenciado Narices, y la defensa que hizo de las mugeres.

Cuando nuestro coronel entró con su familia, ya estaban en disposicion de hacer lo mismo todos los de la casa de D. Dionisio, quienes luego que lo vieron le saludaron cortesmente, y nos sentamos todos á comer.

Ent re las visitas que habia, estaba un señor jóven y de narices abultadas, á quien conoceremos con el nombre de *Licenciado Narices*, pues así le puso Doña Eufrosina, que era diestrísima en esto de poner nombres.

Luego que ella tuvo lugar de hablar, dijo al coronel: ¡ay, hermano! gracias á Dios que ha venido vd. para que vuelva por nosotras! porque este maldito *Nariguetas* nos ha puesto como un suelo; y como no podemos responder á sus argumentos y latines con con que nos aturde, está creyendo que nos ha convencido; pero yo confiada en vd. le he dicho que nos ha de defender completamente.

¿Pues qué ha sucedido, hermana, que tan empeñada está vd. en que la defienda?

¡Cómo qué! decia Eufrosina, ¿le parece á vd. poco que nos haya puesto de vuelta y media? Pues oiga vd. dice que las mugeres somos locas, vanas, orgullosas, soberbias, falsas, supersticiosas, malagradecidas, inconstantes, vengativas, tontas, presumidas, ¡y qué se yo que mas! ¡Vaya, si quita de las piedras para poner en nosotras! y esto no solo lo dice, sino que asegura que lo probará con evidencia. Le contestamos qué eso lo dirá por chanza, y él nos jura que lo dice con todo su corazon y sin que le quede nada dentro. Ya verá vd. que esto no puede sufrirse; y así le suplico yo y todas estas niñas, que por lo que tiene de caballero, nos defienda y haga que se confunda este maldito deslenguado.

Sí, sí señor, por vida de vd. decian casi á un tiempo todas las señoritas que allí estaban: es menester que vd. nos defienda, y así se lo suplicamos todas.

Ya ve vd. hermano, que no se debe vd. excusar de darme ese gusto, continuaba Eufrosina, ya que no por mí, siquiera por todas estas señoritas que se lo ruegan. Responda vd. que sí, responda y confunda á este buen señor que nos ha colmado de favores. ¿No lo ve vd. que socarron es y sinvergüenza? todo se le va en engullir la sopa, y ya no puede con la risa el condenado.

¿Pues no me he de reir, mi señora Doña Escotofina, ó Doña Eufrosina, ó como se llama? dijo riendo á carcajada suelta el Licenciado: ¿no me he de reir, repito, de que quieran vdes. empeñar al señor coronel, en que las defienda, cuando si no están confesas, están convictas de los cargos de que se hallan acusadas, no solo por mi boca, sino *á toto orbe terrarum*, por todo el mundo?

Cuando el señor coronel por no faltar á las leyes caballerescas, admita el ímprobo trabajo de defender á ustedes, lo hará por divertirse; pero sabiendo muy bien que sus clientes lle-

remate: los jueces nos oyen con bastante paciencia; pero no nos hacen caso. Atienden á la justicia, y segun ella condenan á muerte á nuestro cliente; y el dia que lo llevan á la horca, se dice por la calle: *el licenciado Fulano defendió á este hombre.*

¿Qué les parece á ustedes? Lo mismo decia aquel médico que iba de duelo tras el cadáver que él habia despachado: *yo curé á este.* ¿No son graciosas semejantes curaciones y defensas? Pues así ha de ser la del señor coronel respecto de ustedes. Vaya, no hay que engañarse: ustedes están convictas, y no hay ley que las defienda. Han caido de remate, y cualquier buen médico las ha de desahuciar al punto que conozca su enfermedad mortal.

Ya vd. lo oye, hermano, decia Eufrosina. ¿Ya ve vd. quién es el señor y cuánto da por medio? Pues considere vd. qué hará con nosotras. Vaya, defiéndanos vd.

Pues hermana, señoritas, dijo el coronel, yo apreciaria tener luces y capacidad para desempeñar con aire la comision que ustedes me confian, pues en efecto me honra demasiado su eleccion prefiriéndome á los señores que nos acompañan; bien que esto es solo efecto de la confianza con que vd. debe tratarme, y de la sencillez con que estas niñas siguen la opinion de vd. pero debo confesar que no tengo mérito para tanto, ni menos fuerzas para cargarme de semejante peso.

No obstante, si ustedes ponen su pleito en mis manos, yo haré cuanto pueda en su obsequio. En esta virtud, repita vd. lo que dijo el señor licenciado contra ustedes, para hacerme cargo.

¿Pues ya no le dije á vd. contestó Eufrosina, que dice que somos tontas, locas, supersticiosas, altivas, vanas, ingratas, orgullosas, y treinta mil perradas á este modo?

Muy bien, dijo el coronel: siendo eso así, debo decir en obsequio de ustedes y de la verdad, que es lo que mas importa:

que las señoras mugeres, exceptuando las que lo merecen, son todo cuanto ha dicho el señor Licenciado y un poquito mas que yo me sé.

¡Viva, viva! dijo á este tiempo el Licenciado dando de palmadas en la mesa, ¡viva el defensor de las mugeres! Es menester brindar por su salud. En efecto, se echó un buen vaso de vino á pechos, y prosiguió comiendo con la mayor satisfaccion, la que aumentó la risa general de D. Dionisio y sus camaradas.

Fácil es concebir cuánta seria la indignacion de las señoritas, principalmente de Eufrosina, al verse tan mal defendidas. Es verdad que con una risa fingida procuraban disimular su chasco; pero lo colorado de las orejas manifestaba de á legua su corage.

Qué tal seria este, pues le tocó una buena parte á la candorosa Matilde, quien al ver á su hermana y á las demas señoritas tan avergonzadas por su marido, no pudo contenerse, y le dijo: ¡Jesus, hombre, qué pesado eres! ¡Aunque fuera ya....!

El coronel no le hizo aprecio, siguió tomando la sopa, y

la hizo Eufrosina, provocó de nuevo la risa de los concurrentes, y esta risa acabó de rematar á Eufrosina, quien estuvo por levantarse de la silla, y lo hubiera hecho si el coronel, conociendo la terrible *bola* que tenia, no la hubiera sosegado diciéndole con mucha cachaza: ni el señor Licenciado tiene por que llenarse de satisfaccion, ni vd. ni las señoritas que están presentes tienen motivo porque quejarse de mí, en virtud de que no he comenzado la defensa.

¿Cómo no? dijo el Licenciado: pues á mí me parece que no puede haber sido mas concisa, elegante y verdadera.—Pues no señor, se ha equivocado vd. y voy á comenzar.

Con esto se serenó Eufrosina y todas sus amigas, y el coronel prosiguió diciendo al Licenciado: Supongo que vd. está de acuerdo en que las mugeres son inferiores á los hombres solamente en cuanto á su constitucion física que las hace mas débiles que nosotros; pero en cuanto á sus espíritus, no tendrá vd. embarazo para confesar que son iguales.

En esta inteligencia.... pero asentaremos tres principios para que nos entendamos con mas órden.

Primero. Las pasiones son las semillas de los vicios ó de las virtudes segun el uso que se hace de ellas, y estas reconocen su orígen en el alma.

Segundo. El alma de la muger es una substancia espiritual, inmortal é inteligente, igual en todo á la del hombre.

Tercero. La disposicion natural ó accidental del cuerpo influye particularmente sobre el espíritu, y esta disposicion puede hacernos propender á esta ó aquella pasion determinada; pero no obligarnos á hacer mal uso de ella y convertirla en vicio, pues contra las malas inclinaciones tenemos el socorro de la razon y el favor de la gracia auxiliante que á nadie falta.

Sentados estos principios, digo: Que si las mugeres incurren en ciertos defectos con mas frecuencia que los hombres,

no incurren por ser mugeres, sino porque no están acostumbradas á vencerse, por no saber hacer buen uso de su razon; y de no saber esto, muchas veces, ó las mas, no tienen ellas la culpa.

¿Pues quién la tiene? dijo el Licenciado. Los hombres, respondió prontamente el coronel: sí, señor, no se escandalice vd. los hombres que educan mal á las mugeres, ó que las seducen y pervierten, tienen la mayor parte de la culpa de los defectos en que ellas incurren.

Para probar esto con evidencia, es menester sentar este principio: que el hombre recibe solo una educacion, que es la de sus padres, y la muger casi siempre dos, la de sus padres y la de su marido, y esta ayudada del amor, influye sobre su corazon mas poderosamente que aquella.

El hombre, si quiere, puede siempre conducirse conforme á las máximas que le inspiraron sus padres: la muger mil veces se ve obligada á olvidarse de estas máximas.... He dicho poco: muchas veces se ve obligada á abandonar con dolor á los mismos instrumentos de su existencia, por contemporizar con los caprichos del marido.

peora, y va á servirle de martirio; y la que tuvo padres perversos y se casa con otro perverso, se convierte en una furia del infierno.

De manera que entre los padres y los maridos se nos pervierten las mugeres. No es esta ficcion de una acalorada fantasía; es una verdad que se hace pérceptible á la mas ligera observacion. Una niña criada en la pobre ó moderada fortuna de sus padres, se casa con un hombre de algunas proporciones, y á los ocho dias no se conoce. Los zapatos de cordovan le lastiman; se cansa de andar á pié; se avergüenza de ver la comida en la cazuela; necesita de mas criadas que le sirvan; no se presenta en los paseos ni en las visitas, si no puede competir con las demás en lujo; y finalmente, de la noche á la mañana se vuelve una marquesa la que se crió en un estado humilde.

Otra jóven que se crió en el mayor recogimiento, que no salia de su casa sino á la iglesia, que frecuentaba los sacramentos, que se escandalizaba de los zapatos de color, que rezaba todos los dias una porcion de novenas, y que era una muchacha enteramente virtuosa, se casa con un señorito alegre, y dentro de cuatro dias se olvida de todas las buenas máximas y entran en su lugar las que le enseña su marido, y ya la tenemos modista, paseadora, altanera, indevota, descuidada, corriente, marcial, y.... ¡qué sé yo!

Si buscamos de estos y semejantes ejemplares en casadas, no nos será dificil hallar bastantes; pero examínese quién ha sido el orígen, quién ha tenido la culpa de que se perviertan tales mugeres, y de que se pierda en ellas la semilla de la virtud que sus padres cultivaron, y hallaremos que la imprudencia ó la nimia condescendencia, ó el mal ejemplo de sus maridos.

No es menester las mas veces que las mugeres pasen de un estado á otro para pervertirse. Dentro de sus casas y al lado

de sus padres tienen sobradas ocasiones, cuando estos carecen de la firmeza y juicio necesario para educarlas, especialmente si ellas tienen una carita razonable, un poquito de despejo y algunas habilidades apreciables en su sexo, como son las de tocar, bailar, cantar, representar, &c.

Entonces sin cesar se ven rodeadas de un enjambre de tunantes, de los cuales cada uno aspira á la conquista, no de su corazon, sino de su persona: y para lograrla, no perdonan ningun medio, por opuesto que sea á las leyes del honor y la moral cristiana.

Adulaciones, rendimientos, ofertas, juramentos, palabras, dádivas, requiebros, finezas, súplicas, humillaciones, suspiros, lágrimas, intrigas, y hasta los despechos y bravatas son los obuses y culebrinas con que los soldados de Vénus atacan decididamente, aun las mas enexpunables fortalezas.

Todos convenimos en que la muger es débil, tímida y sensible, y por lo mismo está muy expuesta á ser sorprendida por la artificiosa seduccion; pero no nos acordamos de esto cuando exageramos sus defectos, ni queremos confesar de buena fe

lo han de ser si sus padres desde chiquitas les fomentan el orgullo y vanidad, y les embotan su talento dedicándolas á fruslerías? Dícese que son altivas, presumidas y altaneras; pero ¿qué han de ser, cuando desde que comienzan á descollar en los estrados, ven que los hombres les doblan las rodillas, rinden homenage á su belleza, á cada paso les hacen su apoteosis llamándolas *divinas*, y no dejan de la mano el maldito incensario de la lisonja? Dícese que son falsas, inconstantes y mentirosas; pero ¿cómo no lo serán, cuando no tratan sino con hombres falsos, variables y embusteros? Dícese que son ingratas; ¿y cómo no lo serán con el que abusa de sus ternezas y olvida sus mas costosos sacrificios? Dícese que son interesables: pero ¿cómo no lo serán, cuando el interes es la primera red que se les tiende, y el primer cebo con que se provoca su apetito? Dícese que son locas; ¿pero cómo no lo serán, cuando jamas han tratado con cuerdos? Dícese.... pero se dice tanto y tan sin órden, que yo me espanto, no de que las mugeres sean lo que son, sino de que no sean peores.

Ya ve vd. señor Licenciado que yo confieso que en el comun de las mugeres se hallan, y en un grado sobresaliente, los defectos de que las acusan los hombres, y al mismo tiempo estoy muy léjos de pretender justificarlas; pero no puedo llevar á bien que se crea ó que se diga que las mugeres son peores que los hombres y extremadamente viciosas, *solo porque son mugeres*, desentendiéndose los que así las insultan de los principios que dejo establecidos.

Todos saben que los hombres son superiores á las mugeres, y que estas nacen con una dependencia necesaria respecto de nosotros. Esta es una verdad; pero en esta misma verdad se halla envuelta otra de que resulta á ellas una disculpa, y á nosotros un cargo; y es, que si las mugeres son malas, no puede ser por otra causa sino porque los hombres, que son sus superiores, ó les enseñan la maldad, ó se la consienten; y siendo

así, ¿no es una injusticia y una ridiculez el declamar tanto contra ellas, despues que los hombres, por la mayor parte, como he dicho, ó son sus seductores ó sus maestros? ¿No es esto lo propio que introducir leña en un horno, y luego incomodarse porque arde? En una palabra, señores, los hombres por la mayor parte somos muy linces para notar los defectos de las mugeres; pero muy topos para conocer, confesar y corregir los nuestros. Convengamos de buena fé en que todos, así hombres como mugeres, tenemos vicios y virtudes, y que así unos como otros hacemos mal uso de las pasiones cuando nos desentendemos de la razon. Lo que importa es que cada uno se dedique á reformar el mundo, comenzando por sí y por los suyos, y entonces, habiendo muchos padres y maridos arreglados, veremos como resultan infinitas hijas y esposas ejemplares.

Los caballeros que asistan á la mesa, fuérase porque se penetraron de las razones que habian oido, ó por adular á las señoras, que seria lo mas cierto, luego que el coronel hizo punto en su discurso, comenzaron á repicar con los cubiertos en

opinion mejor; pero mientras no se me haga ver, estaré por la que llevo expuesta. ¿Qué le parece á vd. señor cura?

Asistía á la mesa un respetable eclesiástico como de sesenta años, hombre de muchas luces, muy timorato, y de un genio cortes, afable y jovial.

A este fué á quien el coronel dirigió la palabra, y el dicho eclesiástico le contestó en estos términos.

Ciertamente, señor coronel, que las opiniones de vd. me parecen tan antiguas como seguras. Son de aquellas que por sabidas se callan; pero se callan tanto, qué infinitos las ignoran, ó afectan ignorarlas, especialmente por lo que toca á hablar mal de las mugeres sin son, ni ton, y mil veces despues que los hombres han sido las causas originales de sus vicios.

Ordinariamente á cualquier hombre le gusta una muger bien ataviada, ó como dicen, *bien puesta*, cuando la pretende; pero así que la posée como suya, no la quisiera tan modista por lo que le importa. Entonces es el hablar contra el lujo y vanidad de las mugeres.

¿Mas para qué hemos de corroborar con ejemplares una verdad tan comun y visible? Cuando los hombres se desvelan por agradar á una muger, sus defectos les parecen gracias; pero así que las consiguen, se cansan de ellas, y aun califican de vicios sus virtudes. Entonces, quiero decir, cuando no dirigió la pretension un fin honesto, sino un capricho ó un apetito puramente animal, entonces se disminuye á los ojos de tales hombres la hermosura de la muger y se le notan defectos en que antes no se habia reparado. Pero ¿qué mucho, si en tal caso, como dije, las mismas virtudes parecen vicios? Cuando llega esta época fatal, su recogimiento se apellida hipocondria: su economía, mezquindad: su prudencia, zonzería: su cariño, falsedad: su fidelidad, falta de mérito: su alegría, locura: sus atenciones, liviandades: su devocion, hipocresía: sus generosidades, desperdicios: y en una palabra, en tan deplorable

situacion, cuanto hacen por agradar, enfada. ¡Pobres mugéres! nada les es mas comun que verse sujetas á tolerar los caprichos é imprudencias de un hombre sin talento y sin amor.

Cuando oigo declamar á la mayor parte de los hombres contra la facilidad de amar de las mugeres, y los veo tan constantes en seducirlas, me acuerdo de unos versos, que sobre esto escribió con tanto acierto nuestra paisana Sor Juana Ines de la Cruz, monja del convento de S. Gerónimo de esta capital, en los que hace ver, que los hombres, casi siempre, tienen la culpa de la liviandad de que acusan á las mugeres, segun ha dicho el señor coronel: porque efectivamente, los hombres quisieran á las mugeres de mantequilla para sí, y de pedernal para los demás; y aun algo peor: luego que han logrado seducirlas con los artificios mas vivos, y con los mas astutos fingimientos, se fastidian de ellas (como se fastidia cualquier miserable mortal de todo aquello que consigue temporal y perecedero), y entonces llaman liviandades y coqueterías, lo que antes sacrificios y favores.

Tal es la suerte de las pobres mugeres entre los hombres ne-

desagrade al hombre luego que este la considere como suya, lo que se verifica mas pronto y casi siempre cuando la solicitud se ha entablado con medios inhonestos ó con miras ilícitas. El antiguo poeta español Quevedo, dice: *Si quieres aborrecer á tu amiga, cásate con ella;* y dice bien, porque en clase de dama tiene la muger la libertad de ser ó no ser de aquel hombre, y este muchas veces se modera en maltratarla, temiendo perderla en virtud de aquella misma libertad; pero casándose, no tiene temor que lo refrene, y entonces la muger sufre todo el yugo del despotismo.

4.° y último. Es prudencia, conforme á lo dicho que las mugeres desconfien de sus mas constantes adoradores: que antes de decidirse, examinen bien el corazon de aquel á quien tienen inclinacion, y cuando se miren *suyas*, traten de complacerlo cuanto puedan, para que la posesion no vuelva en desagrado las anteriores finezas, y se conviertan los esclavos en tiranos.

Calló el cura, y el Licenciado guiñándole el ojo, le dijo: No va mal, señor cura: uno deja la apología de las mugeres y otro la toma. No hay que hacer: con cinco pares de abogados como ustedes que ellas tuvieran, ¡infelices de los hombres! ya no podriamos averiguárnoslas con sus mercedes. Si sin eso son tan endiantradas, ¿que fuera si á cada paso encontraran quien les alzara por dos cartitas? !Oh! entonces quisieran ensillarnos.

Cállese vd. señor Narices, ó señor tronera, dijo Eufrosina: mi hermano y el señor cura han dicho el evangelio: son ustedes muy falsos, muy maliciosos, muy malagradecidos, muy habladores y muy todo. Primero enredan á una pobre muger, y luego la dejan en la *pelaza*, y hablan de ella.

¡Quien los vé cuando están enamorando á una pobre muchacha! ¡qué finos son! ¡qué atentos, qué rendidos! ¡qué de promesas hacen! ¡qué lágrimas derraman! ¡con qué juramentos no aseguran que serán firmes hasta la muerte! Todo cuanto hacen y dicen parece la mera verdad. Son mas dulces y

derretidos que caramelos en boca de muchacho. ¡Vaya! ¡si mienten con tanta viveza, que aun ellos mismos lo creen! Pero ¡infelices de las tontas que tienen la desgracia de rendirse! porque apenas lo hacen, cuando saben ustedes dar la vuelta y dejarlas, y á algunas ¡quién sabe como! y esto es á buen componer, si no es que despues de abandonarlas, hablan de ellas las tres mil leyes, cuentan cuanto ha pasado á sus amigos, dicen que Fulana es una loca, una fea, una zonza y una coquetilla comun, riéndose todos alegremente á costa de la desgraciada muger, y mordiendo su honor públicamente en los paseos, tertulias y villares. ¡Bien haya la que no se fia de ustedes como dice el señor cura! pues entre los hombres, apenas habrá bueno uno entre ciento, y creo que me extiendo mucho.

Con iguales expresiones acaba sus versos la monjita que cité, dijo el cura, y Eufrosina le suplicó los repitiera, á lo que contestó: Con mucho gusto lo haré, señorita: pero pues ya hemos concluido, y están alzando los manteles, daremos gracias á Dios de que nos ha dado de comer sin merecerlo.

Señor cura, dijo D. Dionisio, vd. está en su casa, y hará lo

Nos ofrece alguno su casa ó su empleo, aunque sea de boca, le damos *muchas gracias*: dicen que nos desean un bien estar ó el alivio de nuestras enfermedades, y pagamos el que nos lo digan con *muchas gracias:* nos dan expresiones para algun deudo, y volvemos nosotros *muchas gracias:* nos convidan á alguna parte adonde no queremos ó no podemos asistir, y nos excusamos con *muchas gracias:* nos ofertan alguna cosa que perjudica nuestra bolsa, y lo rehusamos dando *muchas gracias* al oferente. En fin, ya dije, somos liberalísimos para dar gracias por cuanto hay, y no como quiera, sino *muhas, á miles, infinitas.*

Solo para con el Autor de la naturaleza somos en esta materia demasiado económicos, ¡qué digo! somos escasos, mezquinos, miserables. Para todo el mundo tenemos mil gracias en la boca; pero no quedan ningunas que tributar al Hacedor Supremo que cria los manjares que comemos, que nos facilita el tenerlos, y nos conserva la salud y apetito para gustarlos. ¿Si tendrá Dios alguna obligacion de darnos algo? ¿ó si nosotros tendrémos tan merecidos todos los beneficios que recibimos de su liberal mano? porque solo así pareceremos menos culpables ante sus ojos, aunque no le manifestemos nuestra gratitud ni con palabras.

Yo bien sé que en algunas casas se tiene por incivilidad ó payada esto de dar gracias á Dios despues de comer, y algunos se abstienen de hacerlo, aun estando acostumbrados en sus casas, especialmente cuando se hallan en mesas de funcion, que llaman de cumplimiento; porque los demás no lo hacen, y les da vergüenza de parecer cristianos en lo público; pero por lo que toca á mí, digo, que mas quiero pasar entre los muchos por incivil, rústico ó payo, que no entre los sensatos, por Hugonote ó irreligoso cuando menos, y así procuro dar buen ejemplo por mi parte. De algo me ha de servir tener sesenta años de adad, y treinta y cuatro de ministro del Dios de los cristianos.

á otra por fácil culpais.

¿Pues cómo ha de estar templada
la que vuestro amor pretende,
si la que es ingrata ofende,
y la que es fácil enfada?

Mas entre el enfado y pena,
que vuestro gusto refiere,
¡bien haya la que no os quiere,
y quejaos enhorabuena!

Dan vuestras amantes penas
á sus libertades alas,
y despues de hacerlas malas,
las quereis hallar muy buenas.

¿Cuál mayor culpa ha tenido
en una pasion errada,
la que cae de rogada,
ó el que ruega de caido?

¿O cuál es mas de culpar,
aunque cualquiera mal haga,
la que peca por la paga,
ó el que paga por pecar?

¿Pues para qué os espantais
de la culpa que teneis?
Queredlas cual las haceis,
ó hacedlas cual las buscais,

Todos aplaudieron los versos, especialmente las señoras; pero el Licenciado en un tono burlon dijo: No hay duda de que están buenos los versos que ha dicho el señor cura; pero con su licencia, son mejores unos que yo sé, y dicen así.

Cierto artífice pintó
una lucha en que valiente
un hombre tan solamente
á un horrible leon venció
Otro leon que el cuadro vió
sin preguntar por su autor,
en tono despreciador
dijo: Bien se echa de ver
que es pintar como querer,
y no fué leon el pintor.

¿Qué tal? ¿no está la fabulita que ni mandada á hacer? ¡ya se vé! como del númen del dulce Samaniego.

Bien, dijo D. Dionisio; pero ¿á qué viene aquí la fabulita? Claro está á lo que viene, contestó el Licenciado: se hecha de ver que no fué hombre sino muger la autora de las estrofas que ha referido el señor cura: y así escribió á su favor, y acaso sin la mayor noticia en la materia, como que era una religiosa enclaustrada en un monasterio, y no una muger del mundo. En atencion á esto, no fué mucho que manejara la pluma tan á favor de su sexo, porque no fué leon el pintor, y así ella pintó á los hombres y disculpó á las mugeres como quiso. Si hubiera sido hombre el autor de los versos, hubieran estos salido á favor de los hombres, y se vieran pintadas las mugeres en ellos con unos colores nada ventajosos.

Efectivamente, en este caso poco trabajo costaria al poeta probar que las mugeres siempre tienen la culpa de que las seduzcan los hombres. Ellas dan la materia y los hombres disponen la forma. ¿Qué importa que no rueguen descarada-

mente que las seduzcan ó enamoren, si lo dan á entender con sobrada claridad?

Ustedes, señores, habrán advertido el modo con que las pateras llaman á los marchantes. *Aquí hay pato grande,* dicen, *venga vd. mi alma: aquí hay pato grande, venga vd.* Las almuerceras obran de distinto modo en la apariencia; pero tienen igual ó mas eficaz virtud en la realidad, pues aunque no llaman con la boca á los que pasan, provocan su apetito con mas arte, poniendo en sus puertas las cazuelas de sus almuerzos ó meriendas, muy olorosas y compuestas con ramilletes de rábanos y chugas.

Así son las mugeres que quieren ó captar la venevolencia de los hombres, ó arrancarles el dinero. Todas llaman: la diferencia está en el modo. Las coquetillas infelices se paran en las puertas de sus accesorias, ó pasean de noche por los portales y lugares acostumbrados, acompañadas de un muchacho ó criada trapientos, con los que van diciendo: *Está casa se alquila.* ¿Quién no advierte el espíritu de estas pobres? Pues estas son las pateras.

Las no infelices, no se valen de estos arbitrios vergonzosos:

Desengañémonos, señores: siempre los hombres han buscado la disculpa de sus extravíos en las mugeres, y estas en aquellos; pero lo cierto es que tan malos son unos como otras; mas por lo que toca al punto de seduccion, ellas son peores que ellos, porque si los hombres las seducen, es porque las mugeres se dejan seducir, y no solo les facilitan el camino, sino que los incitan á ello y casi se los ruegan, como lo he probado; y últimamente, si no hubiera tantas mugeres descocadas, no habria tantos hombres atrevidos.

Dejó de hablar el Licenciado, y Eufrosina, disimulando mal la incomodidad que tenia, dijo: ¿Que le parece á vd. señor cura, y qué buen concepto debemos las mugeres al maldito *Naniguetas?* Para él no hay una buena, ni sabe hacer distincion de estados, clases ni condiciones. A todas mide con una misma vara. La casada honrada, la doncella virtuosa, la viuda honesta, la señora decente, son lo mismo que las abandonadas de la calle. ¡Vamos, que esto es una picardía intolerable, y solo vd. señor Licenciado Narices, se puede producir de esta manera! Si yo no creyera que hablaba de chanza y solo por hacernos enojar, diria que era vd. temerario y un malcriado; pues aunque fuera verdad cuanto dice, deberia no decirlo delante de unas señoras que lo entienden. Esto es falta de política y buena crianza. Ni mi lacayo se produciria de ese modo.

No, no hay que atufarse, caballera, decia con mucha sorna el abogado; yo no barro con todas las mugeres. Sé que las hay muy virtuosas, honestas y ejemplares; pero se pueden perder entre las que no lo son, en fuerza de su escaso número, si se pone en comparacion, hablo solamente de las descaradas, profanas y provocativas. Si aquí no hay ninguna que lo sea, como yo lo creo, no hay para que enojarse, pues yo no cito ejemplares señalados. En una palabra, entren todas, y luego salgan las que yo no he metido; pero estoy seguro de que nada he dicho que no lo demuestre la experiencia. ¿Qué dice vd. señor cura?

¿Qué he de decir, respondió el cura, sino que, haciendo la distincion debida, y la protesta que vd. acaba de hacer de que no habla en general, sino solo de las mugeres que con sus trages ó acciones poco honestas incitan á los hombres, dice muy bien; pero advierta vd. que tampoco á esas mugeres defiende la madre Juana Ines en los versos que escribió y yo he dicho; sino á las timoratas y recatadas, que son seducidas dentro los muros de su misma honestidad. Bien se colige de sus mismas palabras que este fué su espíritu, y no el de defender la liviandad de muchas de su sexo. Oiga vd. sus palabras otra vez.

Combatís su *resistencia*,
y luego con gravedad
decis que fué liviandad
lo que hizo la diligencia.

Bien claro está que nuestra monja habló en pro de aquellas que hacen *resistencia* á la seduccion, y no de las que convidan á ella. ¿A estas quién las ha de defender cuando se hacen objetos de abominacion para Dios y para los hombres? Hable

ninguna manera, respondió el párroco: en esta sociedad hay variedad de clases, y en cada clase debe guardarse el órden que le toca, pues saliendo de él se hace cualquiera singular.

Tan extraño y ridículo seria en un capitan de milicia traer una capilla de fraile, como en un fraile, lampazos de capitan. Esto quiere decir, que cada uno debe vestirse segun su estado y condicion, y por eso dice aquel refran vulgar: *Vístete como te llamas.* No se ha de vestir la secular como la monja, ni la casada como la viuda, ni la jóven como la vieja, ni la señora como la plebeya, ni la ama como su criada, ni nadie con trage que no le pertenece. Entónces seria un desorden y una asombrosa confusion.

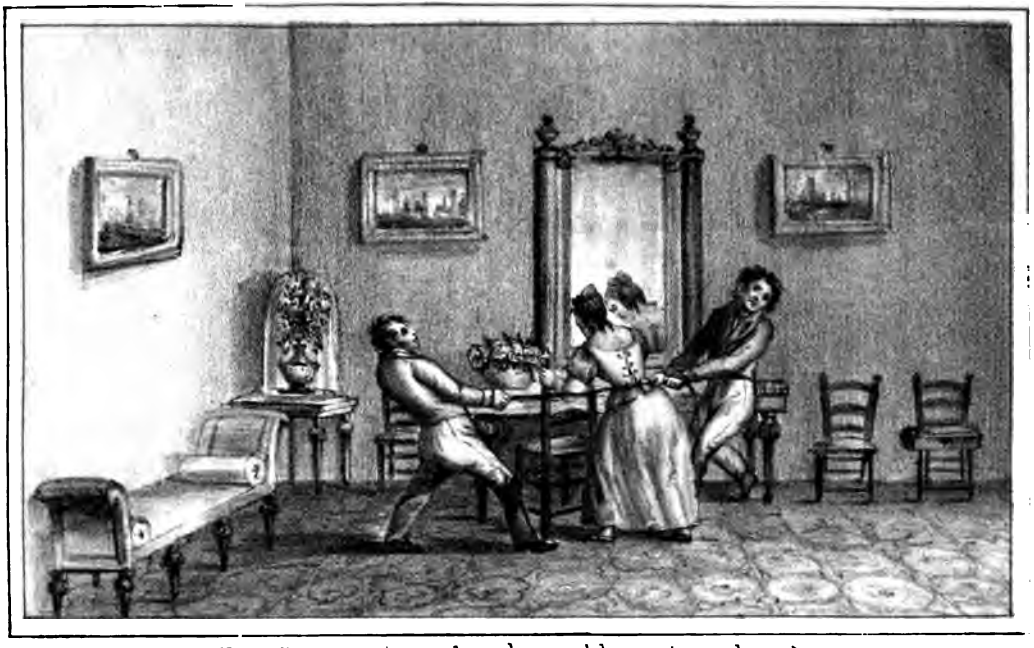
En esta inteligencia, yo no estoy mal con la decencia, respectiva á cada clase de personas, ni con la misma moda. Declamar contra ella en lo general, mas es un capricho de la ignorancia que un celo por la virtud. Moda no es otra cosa que el uso de esto ú aquello nuevamente introducido entre los hombres. Hay modas útiles, las hay indiferentes y las hay malas. Estas son y deben ser reprobadas por todo hombre sensato: las primeras deben seguirse, y las indiferentes pueden, ó no, adoptarse, segun el gusto de cada uno. Por ejemplo: ¿quién negará que el túnico en las mugeres, y el pantalon en los hombres, á mas del adorno, proporcionan comodidad y economía? Luego esta moda es útil, y debe admitirse entre las personas de buen gusto sin el menor escrúpulo.

Ahora, que el túnico ataque por detrás ó por delante, que el pantalon sea de casimir ó de punto, es una cosa indiferente, porque puede ser ó no ser, segun el gusto de cada uno; y de que sea así ó asado no se sigue ningun reato moral.

Pero si el pantalon es de algun género trasparente, si está tan ajustado al cuerpo que de á legua se conoce que es hombre el que lo trae: si el túnico es tan delgado y estrecho que al dar el paso se deja ver la pierna, si el corpiño es tan pequeño y muy escotado que descubra los brazos, pechos y espalda, en-

tonces ya esta es moda obscena, escandalosa y abominable, y por tanto digna de reprobarse por toda persona de virtud. Lo mismo puede decirse de todas las modas. No el uso, el abuso que se hace de ellas, es lo que las convierte en pecaminosas é ilícitas. Dije que de *las mas*; y no de todas, porque hay algunas que son malas en sí y no tienen por donde cohonestarse.

Los corcés que han substituido á las antiguas cotillas son un ejemplo de esta verdad. El uso de ellos es una moda harto perjudicial, y no tienen con que disculpar su maldad. Yo no soy tan temerario que me atreva á decir que se use para elevar los pechos y hacerlos saltar como naturalmente fuera del escote del túnico. Dios me libre de ser tan malicioso. Allá se la hayan las señoras, pues cada una sabrá el santo fin con que se sujeta á esta mortificacion; pero en lo físico es innegable que es tormento demasiado pernicioso á la salud desde que se pone hasta que se quita. He observado que algunas señoras, espetadas en estos malditos cinchos, no tienen ni libertad para moverse.... poco he dicho, no son árbitras ni de comer á gusto, porque temen, y con razon, que el volúmen del alimento las oprima mas, ó les reviente el corcé; y así el dia que



Hay señoras a quienes el cochero y el lacayo atacan el corsè

ayan enfermado por este uso, capaz de matar con su conti-
nacion á cualquiera señora delicada.

Bastante conocen esta verdad y temen sofocarse si se qui-
n de repente los tales corcés, y por esto tienen cuidado de
e se los aflojen poco á poco. Muy bien hecho; pero ¿no
ra mejor ahorrarse de esas incomodidades y esos riesgos?
gase en hora buena la moda cuando sea útil é inocente; mas
nos constituyamos unos partidarios tenaces de todo uso
evo, solamente porque es nuevo, por mas que estemos con-
ncidos de que puede acarrearnos muchos perjuicios físicos
norales. Esto no es ser modista, sino esclavos serviles de
s modas.

Pues segun eso, señor cura, decia Eufrosina, bien puedo yo
guir las modas sin cargo de conciencia.—Las útiles y ho-
stas, sí, señora; las que no lo sean, no.—Y ¿con qué regla
sdiré yo esa utilidad é inocencia?—¡Oh señora! respondió el
ra: ahí está toda la dificultad de la materia.

Cuando no queremos sujetar nuestro amor propio á la razon,
o seguir sus naturales impresiones, entonces confundimos
cilmente lo útil y honestó con lo agradable. Todo lo que
haga nuestros sentidos y lisonjea nuestras pasiones, nos agra-
, y tenemos por útil é inocente, á lo menos en aquellas cosas
e no son enormemente criminales ó expresamente prohibi-
s por la ley: y esta es la causa de que frecuentemente se
ngan por virtudes los vicios. Por esto el espadachin pro-
cativo se tiene por valiente, el avaro por económico, el pró-
go por liberal, y la muger profana por inocente partidaria
l lujo.

La prudencia, señora, la prudencia es la mejor regla que
s debe servir para conocer cuándo una cosa es útil y ho-
sta, y cuándo sea solamente deleitable, y este conocimiento
es dificil de adquirirse haciendo á un ladito el amor propio.
Hecha esta diligencia, ¿se le ocultará á ninguna muger que

todo exceso degenera en vicio? ¿Ignorará que toda profanidad es un exceso de la moda, ó lo que se llama lujo sobresaliente? ¿Y no sabrá que este exceso no puede menos que traer funestas consecuencias, ya por el escándalo que ocasiona á los que lo notan, y ya porque en estos gastos superfluos se arruina á los padres ó maridos? Es imposible, porque á nadie se ocultan estas verdades.

Pues ya tiene vd. señora, en pocas palabras, la regla con que conocer hasta qué punto puede seguir la moda. Vístase vd. conforme á su estado, pero sin disipar lo necesario ni arruinar á su familia: adórnese en hora buena segun su clase; pero sin ser profana ni escandalosa: atavíese como una señora decente, pero nunca como las trasparentes coquetillas, y entonces puede creer que entra en las modas con seguridad de conciencia.

Oiga vd. por último, lo que el sabio Blanchârd dice sobre esto, para que viva mas tranquila y para que vea que nuestra religion no es un espantajo aterrorizador, ni un tirano que nos impide el uso de los bienes que el Criador nos dispensó

, una magnificencia igual á su grandeza, pues no ha prodido tantos beneficios á los hombres para prohibirles su uso. ro lo que la razon nos prohibe, es un lujo excesivo ó daño. es todo goce superfluo que no está prescrito ni por lo que justo conceder á su calidad, ni por lo que exige el uso legíao de la nacion en donde se vive, y cuya modificacion no ede dejar de merecer la aprobacion de las gentes sensa. . . . ."

„¿De qué sirve á las mugeres el exceso ridículo de adornos, loca pasion de modas y novedades, que cuestan tan caras y san tan pronto?"

„Yo sé que la sabiduría permite seguir las modas que no son so indiferentes, y que no ofenden las costumbres ni desarreun la hacienda.: Aunque las modas no sean lo mas frecuennente, sino hijas de la inconstancia y del capricho, las pernas mas sábias se ven algunas veces obligadas á conformar- y someterse á ellas por no parecer ridículas."

„La moda es un tirano peligroso,
del cual nada nos libra, y es forzoso
á su gusto y capricho acomodarse.
Pero siendo preciso sujetarse
á las leyes que impone locamente,
el sabio como piensa rectamente
nunca el primero es para seguirlas,
ni el último en dejarlas ú omitirlas."

„Si es permitido á ciertas condiciones el llevar vestidos ri- s y magníficos, es mas glòrioso y estimable el quedarse un co inferior á su estado. La modestia y el pudor serán siemp para la mugeres el mas bello ornamento y el mas noble orno."

De lo dicho inferirá vd. señora, la diferencia que hay entre a moda racional y la profanidad escandalosa: entre la de-

cencia correspondiente á cada persona y el excesivo lujo, y segun este conocimiento tomará el camino mas seguro.

Dejó de hablar el eclesiástico, y tomando la palabra el coronel, añadió: Cierto que el señor cura se ha explicado con bastante solidez, y su doctrina no deja que desear en la materia; pero yo quisiera que las señoras mugeres que son tan aficionadas á la excesiva compostura, advirtieran que prescindiendo, si es que se puede prescindir, de los fundamentos morales que condenan el demasiado lujo, hay aun otra razon muy suficiente para contenerlas en los límites de lo honesto, y obligarlas á no singularizarse ni en el trage, ni en el andar, bailar conversar, &c.

Saben muy bien que es un axioma incontestable el que dijo el señor Licenciado, de que si no hubiera tanta muger liviana, no habria tanto hombre atrevido; pero tambien saben que no es menos cierto que no siempre basta á las mugeres su honestidad y recato para dejar de ser seducidas.

Hay hombres tan atrevidos y procaces, que cuando tratan de llevar al cabo su pasion ó su capricho, atropellan fácilmente con la autoridad de los padres, con los respetos del marido,

Lo peor es que muchas veces no para en esto todo el mal, quiero decir, no se contentan con tenerlas por coquetas, sino que lo aseguran así á sus amigos, jactándose falsamente de haber conseguido de ellas muchos triunfos. ¿Qué se sigue de aquí? Que aquella pobre niña pierde el crédito entre las demás, porque de boca en boca pasa por una fácil, y por esta mala fama, si es doncella, tal vez pierde un ventajoso casamiento, y si es casada, acaso se turba la paz del matrimonio por una inesperada casualidad. Bien conocen las mugeres que esto no es una ponderacion, sino una verdad innegable: saben que abunda esta clase de hombres habladores, á quienes distinguen con el vulgar adjetivo de *alabanciosos*.

Ellos hacen mal, ¿quién lo duda? Pero si las señoritas se vistieran con menos profanidad, ellos no se atrevieran tan fácilmente á difamarlas, pues es cierto que la muger honesta casi siempre enfrena la lengua y el arrojo del hombre libertino.

Conque cuando el temor de Dios y el amor del prójimo no estimularan á cualquiera muger á presentarse con modestia en el público, su amor propio la debia persuadir á ello, considerando que los hombres de que hablamos, por el trage infieren la conducta de la muger, y sin mas datos despedazan su honor alegremente.

„Nada se debe temer tanto en las mugeres como la vanidad, dice un autor muy respetable. * Los caminos que conducen á los hombres á la gloria † y autoridad les están cerrados, y así aspiran á distinguirse por las gracias del cuerpo y ciertas exterioridades del espíritu. De aquí nace aquella corversacion dulce y atractiva, aquel grande aprecio de hermosura y gra-

* El señor Fenelon en su Educacion de las hijas.

† A la gloria mundana, que consiste en el poder, autoridad ó fama. Esta advertencia es inútil para los sensatos; pero como los libros andan en manos de todos, no queremos que algun ignorante crea que á las mugeres les están cerrados los caminos que conducen á la gloria ó bienaventuranza eterna

cias exteriores, y la demasiada aficion á los vestidos y demas adornos del cuerpo. Una peineta, un lazo, un túnico, * la eleccion de un color, un rizo un poco mas alto ó mas bajo, son para ellas negocios importantes.»

„Este exceso va tomando cada dia mas fuerza: el amor mudable de las mugeres, la aficion á los vestidos, la pasion á las modas, juntas con el amor á la novedad, tienen para con ellas tanto poder, que llegan á trastornar las clases y á corromper las costumbres. Desde que se vive sin regla en trages y muebles, se vive tambien casi sin distincion de personas....»

„Este fausto arruina las familias, y á la ruina de las familias se sigue la corrupcion de las costumbres....Esta es la causa de extinguirse incesantemente el honor, la fe, la probidad y el amor natural, hasta entre los parientes mas cercanos.»

„Todos estos males provienen de la autoridad que las mugeres se han tomado, ó que algunos hombres lisonjeros les han dado de decidir sobre las modas.»

„Procúrese, pues, dar á entender á las mugeres desde niñas, cuánta mas apreciable es la distincion que se logra por el ca-

mo una esclavitud, y solo la seguirian en lo qne no pudieran evitar....

„Sobre todo, es necesario tener un grande horror á la desnudez de pechos, y á todas las demás indecencias del cuerpo. Aun cuando se cometan estas faltas sin alguna intencion ó pasion desordenada, no deja de ser una vanidad culpable y perjudicial, causada de un excesivo deseo de agradar. Esta vanidad, culpable ante Dios y los hombres, es prueba de una conducta escandalosa y contagiosa al prójimo. Este ciego deseo de agradar, de ningun modo conviene á una alma cristiana que debe mirar como una especie de idolatría todo lo que la aleja del amor á su Criador, y del desprecio de las criaturas. ¿Qué se pretende cuando se quiere agradar por estos caminos? ¿No es el excitar las pasiones de los hombres? ¿No pasan demasiado adelante, por poco que se les alumbre? ¿Acaso está en poder de las mugeres el refrenarlos, cuando pasan mas allá de lo justo? ¿A quién, pues, se deben imputar los excesos? Prepara la muger con su indecencia un veneno sutil, y lo vierte sobre los que la miran; ¿cómo se podrá juzgar inocente?"

Hasta aquí este sabio moralista; pero concluyamos esta conversacion que acaso ya fastidiará por lo larga, aunque ha sido demasido interesante. ¡Ojalá en todas partes se reflexionara con atencion sobre estas verdades! tal vez algunas familias se librarian del deshonor y la miseria.

Finalizó su discurso el coronel, y despues de haber hablado cada uno de los concurrentes un poco sobre lo que quiso, se desbarató la asamblea.

CAPITULO X.

En el que se cuenta la caritativa conferencia que tuvieron estas señoras acerca de sus maridos, y la célebre aventura que por una de ellas sufrió un viejo enamorado.

Así como no basta que la semilla sea buena para que fructifique si no se siembra en buena tierra, así tampoco aprovechan las mejores máximas morales, si no se reciben en un corazon bien dispuesto. Fácil es concebir que Matilde no solo gustó de la conversacion anterior, sino que se aprovechó de toda ella, como que era naturalmente modesta y enemiga de singularizarse.

No así Eufrosina y sus amigas, que habian estado en un brete durante la plática de aquellos dos buenos señores, el coronel y el cura.

Inmediatamente que se desbarató la concurrencia y se quedaron solas, comenzaron á murmurar á rienda suelta de los piadosos consejeros, sin contenerlas mi presencia: ¡ya se ve! que

tienes tú de que el maldito Nariguetas sea un bufon malcriado, ni de que el cura y tu cuñado sean unos imprudentes, impolíticos, que quieran convertir los estrados en iglesias ó santas escuelas? Déjalos que hablen mas que un loco, que con no hacerles caso se compone.

Ya se ve que sí, decia Eufrosina, ¿pues qué caso habia yo de hacer de sus sermones? Mi hermano los echa bien seguido, y con tanto fervor como el que han oido; pero yo me rio de él y de sus sermones, y le digo que ha errado vocacion de medio á medio; pues para misionero no tiene precio; pero aunque me burlo de su sencillez en persuadirme que alguna vez he de acordarme de sus ideas, no dejo de enfadarme de cuando en cuando con su tenacidad.

Yo no puedo negar que lo quiero, pues á mas de que es un buen hombre, al fin es mi cuñado, y basta que quiera tanto á Matilde: ¡ya se vé! que ella le ha cogido el lado del morir, porque mi hermana es el amén de cuanto dice su marido. Yo no he visto muger mas zonza ni mas condescendiente. Si D. Rodrigo dice: *sal*, sale: si dice: *no salgas*, no sale: si quiere que se vista así, se viste: si quiere que de otro modo, tambien: en fin, ella lo obedece con mas puntualidad que una novicia á su prelada: y lo mas célebre es que se conoce que lo hace contenta y no por fuerza. Ya ustedes la conocieron de doncella, y se acuerdan de que era muy alegre, y tan curra como la que mas; y ahora ya la ven hecha una vieja sesentona que apenas sale de casa, y eso vestida como quiera. Toda su diversion es su almohadilla y su clave, y todo su encanto, su hija y su viejo. Yo no sé como Matilde dió tan repentina vuelta.

No te admires, niña, decia Adelaida: si los viejos son el mismo diantre: cera y pabilo vuelven á una pobre muger como la conozcan buena desde el principio. En este caso, los muy pícaros se vuelven unos santos delante de sus mugeres, y á fuerza de sermones y de meterlas en escrúpulos, haciéndoles

de todo cargo de conciencia, se salen con cuanto quieren; y así las tienen indecentes, encerradas y hechas unas criadas de honor. No tienen ellos la culpa, sino las bobas que los creen y los obedecen como las niñas á las maestras. ¿No advertiste que cuando predicaba tu cuñado, ni pestañaba Matilde? Pues para qué veas que bien enseñadita la tiene.

Sí, decia Eufrosina, si es mi hermana una pobre tontita, cuanto dice su marido lo crée como si lo dijera un santo Padre; no en balde él la quiere tanto y está tan contento con ella: como que no tiene muger, sino una hija que lo obedece al pensamiento. Yo en parte me alegro, porque no la he visto reñir ni una vez. Deseos tengo de verlos enfadados siquiera un dia, y ya ven ustedes que esto es un milagro, porque casi todas las mugeres andamos á mátame y te mataré con nuestros maridos por cualquiera pamplina.

Sí lo es en efecto, decia Rosaura: yo tengo un marido que no lo merezco, porque me quiere en extremo; pero por no dejar de mortificarme, tiene un grandísimo defecto, y es ser mas zeloso que Júdas. ¡Ay niñas! ya no tengo vida con

ido acompañado con él á visitarme: si me asomo al balcon y veo por una parte y por otra, dice que si por allí ha de venir el señor: si estoy triste, piensa que es por otro: si estoy alegre, lo mismo; en fin, yo no puedo hacer nada que no lo enzele: de todo teme, todo lo asusta y de todo desconfia, y con esto me da una vida de los perros.

Sí lo creo, decia Adelaida; pero ¿en dónde dejaremos las mugeres de ser infelices? Mi marido peca por el extremo opuesto: él me permite cuanta libertad quiero, y no se mete conmigo para nada; pero no es porque me estima, sino porque ya se ha enfadado de mí y no me hace caso: y eso ¿por qué? Porque de pocos dias á esta parte está embelezado con la maldita tuerta de todos mis pecados; pero me la ha de pagar. Sí, jurada se la tengo; no me la ha de ir á penar por vida de Adelaida.—¿Pero qué tuerta es esa que yo no la conozco? decia Eufrosina.—¡A Dios, no la conozco! como á tus manos la conoces. ¿No te acuerdas de aquella que vive por Santo Domingo?—¿Cuál, la Hipólita?—La misma.—Pues niña esa no es tuerta. Es un poco turnita; pero le agracia porque tiene los ojos dormidos, y es una muchacha muy bonita.—Para mí es mas fea que el mismo diablo, decia Adelaida; será porque no la puedo ver.—¿Pero qué motivo tienes para pensar que tu marido la trata? decia Eufrosina, porque D. Felix es muy hombre de bien, y la Hipólita es una muchacha de mucho juicio: yo sé que frecuenta los sacramentos, y dias pasados estaba pretendiendo en las Brígidas.

¿Ya ves todo eso? pues yo sé mi cuento, decia Adelaida: esa es de las que las cogen á tientas y las matan callando. Con toda su hipocresía no le parece mal Felix.—¿Pero qué le has visto?—Nada; pero ¿qué mas he de ver sino que el otro dia en el paseo se rompió su coche, y Felix la hizo entrar en el nuestro con su madre, y desde entonces dió en visitarme? ¡ya se vé que no por mí, sino por el caballero! á mí no me acomodó na-

da semejante visita, y así, traté de desterrarla de casa, y lo conseguí muy breve, poniéndole mal modo y no visitándola. ¡Santo remedio! con esto se ha desterrado; pero ¿qué importa si él va á su casa segun me han dicho?

¿Conque tú no lo sabes, decia Eufrosina, ni los has visto juntos?—No, niña, Dios me libre de ver tal cosa, á pesar de que he hecho ya mis buenas diligencias para cogerlos, y nada he podido conseguir.

Pues niña, decia Rosaura, yo pienso que tú pasas mala vida por zelosa, y yo porque me zelan sin motivo. Yo sufro á mi marido, y tengo que sentir con su genio zeloso y endiantrado; pero tú á tí misma no te aguantas tus zelos, y no tienes razon para quitarte la vida: porque esa niña que dices la conoces bien, y sabes que es medio parienta de tu esposo, y así el haberle ofrecido tu coche estuvo muy en el órden. No podia haberse excusado, el lance no era para menos: la política y el parentesco lo estrecharon, y así, á la verdad, tú no tienes razon de haberte formado tan mal concepto de esa pobre niña: y sobre todo, déjate de ser zelosa, porque te quitarás la vida en cuatro días.

¡Bien hayas tú que has dado en el punto de la dificultad, decia la chata! la mezquindad y la miseria de muchos maridos, es la que los hace tan considerados y virtuosos, y los convierte en predicadores y misioneros contra las modas, como al cuñado de Eufrosina, á quien acabamos de oir predicar con tanto fervor.

A mí no me hace fuerza que predique contra el lujo mi cuñado, decia Eufrosina: él es algo mezquinillo, y no tiene mayores proporciones. Lo que sí me incomoda demasiado, es que todo viejo, gaste ó no gaste, convenga ó no convenga, ha de declamar contra todos los usos nuevos, sin advertir que lo que se usa no se excusa.

¡Ay, niña! ¿No sabes en que está eso? decia la chata. Pues no está en otra cosa sino en que como ya pasó su tiempo, todo lo del nuestro les enfada. Menosprecian el mundo, no porque no les gusta, sino porque ya el mundo los abandonó á ellos.

No verás viejo que no haga del santurron, que no predique desengaños y reniegue de las modas y las modistas; pero, ya digo, esto es porque no pueden mas. Saben que no hay muchacha que los apetezca, y mas si son pelados, y así se desquitan hablando mal de lo mismo que quisieran. ¡Arredro vayan los vejancones hipócritas, que ya bien los conozco! Se parecen á la zorra, que no pudiendo alcanzar las uvas de un parral por diligencias que hizo, fingió una santa conformidad, y se marchó diciendo: *¡Al cavo están verdes!*

¡Qué mala eres, chata de mis pecados, qué mala eres! decia Eufrosina: mira qué juicio tan temerario has formado de los pobres viejos. Pero despues de todo, es necesario confesar que dices bien, porque yo he conocido unos viejecitos verdes y arriscados como los mozos, que delante de la gente los he oido predicar contra las modas y abominar de las muchachas compuestas; y á solas los he visto mas enamorados que Cupido. Yo pudiera nombrar uno que otro que á mí misma me

han echado mis polvillos de cuando en cuando con bastante empeño, y si los oyeras platicar de la virtud y contra las modas y las mugeres, dirias que era la mera verdad, porque hacen unos consejeros, que hasta ellos mismos lo creen.

Sí, sí lo creo, decia la chatilla, á mí me ha pasado lo mismo, y no de ahora, sino desde doncella. Tú conociste á mi madre (Dios la haya perdonado), y ya te acuerdas que era una señora verdaderamente virtuosa.... ¡Ojalá fuera yo como ella! Pues, niña, iba á mi casa un maldito viejo de mis pecados á quien mi madre queria mucho, y lo tenia por un santo, porque todas sus pláticas eran del infierno, de la eternidad, de la gracia y de la virtud. Desde que entraba á visita hasta que salia, todo se le iba en contarnos la vida de S. Alejo. Tenia la cabeza llena de oraciones, jaculatorias, ejemplos y milagros, y todo lo vaciaba á presencia de mi madre; y la buena señora estaba encantada con su D. Ciriaco, que así se llamaba el caballero.

¿Hablar delante de él de modas? ni por pienso. Todas, decia, que eran invenciones del diablo. No se podia decir en

queria arder para siempre en los infiernos, que tomara su consejo y no me llevara.

Mi madre, que habia menester poco, porque era una santa, si me llevaba alguna vez á un baile, era solo á ver bailar y sin despegarse de mí para nada, y eso porque no la tuvieran por desatenta; pero si antes oia al viejo condenado, resolvia no llevarme, y se disculpaba lo mejor que podia. Con esto me quedaba echando zapos y culebras contra el entremetido consejero, y muchas veces estuve por decirle á mi madre lo que pasaba; y si no lo hice, fué porque temí que no me creyera, y me echara un buen regaño.

¿Pues qué te sucedió, niña? decia Camila; porque ciertamente que mirándolo despacio, el señor D. Ciriaco decia el Credo, y no podia menos sino ser un hombre muy cristiano y muy arreglado.

No era sino un pícaro muy hipócrita, decia la chata: como mi madre estaba alucinada, y no solo lo tenia por hombre de bien, sino por un hombre ejemplar, le permitia la entrada franca en mi casa, y muchas veces me dejaba sola con él en el estrado, cuando tenia que hacer en otra pieza; y entonces se descosia el perro viejo á su salvo.

Primero me empezó á enamorar con las majaderías del tiempo antiguo, dándome muchas perlas, diamantes y rubies.... ¡Hola! dijo Eufrosina: esas no son majaderías, sino un bello modo de enamorar. Si yo hubiera tenido un pretendiente tan rico, sin duda no me caso con Langaruto; porque, mi alma, dádivas quebrantan peñas. Tú fuiste una tonta en no haberlo admitido mas que fuera mas viejo que la sarna.

No, no fuí tonta en eso, sino muy hábil, respondió la chata tendiéndose de risa: pues qué ¿piensas que las perlas y los diamantes que me daba, eran engastados en oro ó plata en algunas halajitas? No, hermana, me las daba envueltas en papel.... Entiéndelo de una vez; me las daba en verso, y no solo eso, sino soles y estrellas á millares. Ya verás y qué ri-

ca estaria yo con semejantes preseas; pero en fin, este fué su primer ensayo.

Yo lo desprecié como era justo; y viendo él que no me alucinaba con tonterías, apeló á los cariños y ternezas. Si tú lo vieras suspirar y llorar en mi presencia, hincarse delante de mí y querer besarme los piés como si fuera santa, levantarse de repente desesparado, jurar, votar, renegar, y darse de bofetadas, hubieras echado las tripas de risa, porque no hay rato mas divertido que ver á un viejo verde enamorado y despreciado delante de la muchacha que lo burla. ¡Vaya, si estos viejos supieran el ridiculísimo papel que hacen en semejantes lances, y la mofa que hacemos de ellos, sin duda que no se meterian á enamorar!

Yo le decia á este abuelo mil claridades; pero él las escuchaba como si fueran requiebros. ¡Es gana! le dije muchas veces: vd. se cansa, y pierde el tiempo. No quiero á vd. no lo quiero. Yo soy muchacha, y si me caso, ó quiero á alguno, será algun muchacho como yo; no á un tata señor que me espante con su tos. Ya vd. es muy viejo y muy baboso, ya tiene un pié aquí y otro en la sepultura: piense vd. en rezar, y en en-

mo he dicho, trató de provocarme contándome los cuentos mas obscenos que se pueden imaginar, leyéndome unos versos dictados por el mismo Asmodeo, y propasándose á hacer en mi presencia algunas acciones tan feas, que yo no quiero ni acordarme.

¡Ay, niña! dijo Rosaura: esa era una grandísima picardía. Yo creo que eso lo hacia cuando estabas sola con él; pero ¿por qué no lo dejabas con la palabra en la boca, y te ibas adonde estaba tu madre?—Porque mi madre me hubiera regañado, diciéndome que no fuera malcriada, ni dejara sola la visita.—¿Pero por qué no le decias lo que pasaba?—Porque no lo hubiera creido.—¿Y por qué no le decias que te espiara, y escuchara al viejo cuando te quedabas sola con él?—Porque el viejo era muy malicioso, y solo me hablaba de esto cuando estaba bien seguro de que mi madre estaba en parte desde donde no lo podia escuchar.—Pero yo, en ese caso, hubiera procurado tener alguna compañía á mi lado.—Cuando podia, lo hacia así; pero no siempre habia esa proporcion, porque mi familia era muy corta. No se cansen, niñas: el viejo era muy malicioso, y mi madre muy cándida. Ahora conozco que es verdad que no conviene que las madres sean tan buenas, esto es, tan sencillas y confiadas, porque cualquiera las engaña.

Bien que, por otra parte, yo no culpo á la pobrecita de mi madre: porque ¿quién no se hubiera engañado con la hipocresía de ese santurron maldito? La inocente señora (que en paz descanse y mis palabras no le ofendan) solia decirme algunas veces: Hija, ¡qué bueno es el señor D. Ciriaco! toma sus consejos, mira que de estos hombres ya no hay muchos. Cuando yo lo veo sentado platicando contigo, me parece que estoy oyendo á tu difunto padre, y suelo decir entre mí: ahora en mi casa está *la virtud en el estrado.* Así se explicaba mi madre.

Consideren ustedes ¿cómo no estaria aturdida, ni cómo yo

era capaz de haberla persuadido á que aquel viejo era mi constante y lascivo seductor, cuando muchas veces estaba él diciéndome cosas que por no oirlas hasta me tapaba las orejas! entraba mi madre á este tiempo, y el perro viejo al instante bajaba los ojos, mudaba de tono y enredaba la conversacion con ella de este modo: ¿No es verdad, señora, que le digo bien á esta niña, que no hay cosa como el pudor y la honestidad en las doncellas, porque así se hacen amables de todo el mundo, y particularmente de Dios, que es á quien debemos agradar sobre todas las cosas? Pues, porque en todas partes está, y ve hasta nuestros mas escondidos pensamientos.

Otras veces decia: Le digo á esta niña que sea muy recatada con los hombres, y muy devota de S. Luis Gonzaga, para que el santo le alcance la castidad, que es una virtud angelical. Yo le traeré una semanita del santo para que la reze y se le encomiende muy de veras. ¡Ojalá yo viera á mi Vicentita (á mí) de monja! Pero Dios hará lo que le convenga.

Así engañaba este malvado á mi madre; y en fuerza de este engaño, ¿qué efecto habia de haber hecho en su corazon ningun aviso mio? El que hizo al fin, y fué el caso que un

No fue él tan pronto en intentar su lisonja como yo en plantarle una buena bofetada.

¡En qué habia de parar! en tragedia. El viejo condenado se volvió un veneno con mi cariño, y enfurecido comenzó á levantar la voz y á maltratarme, llamándome mocosa, atrevida, insolente y ¡qué se yo! al tiempo que mi mamá entró á la sala y lo halló temblando y con el papel en la mano. ¿Qué es eso, D. Ciriaco? le dijo, ¿qué ha sucedido? ¡Qué ha de suceder, señora, dijo el viejo, qué ha de suceder sino lo que le tengo á vd. dicho muchas veces! ¿No se lo he dicho á vd. no se lo he dicho, que á las muchachas de estos tiempos es menester tenerlas en un puño, porque son la deshonra de las madres? Pues eso es lo que ha sucedido. Mire vd. qué papel tan escandaloso le he hallado á su niña en la almohadilla. Si teniendo vd. tanto cuidado con ella, admite esos papeles, que no los admitiera la ramera mas pública de México, ¿qué fuera si vd. se descuidara con ella? Siento el decirlo; pero ya me parece que á la hora de esta su niña de vd. perdió todo lo que tenia que perder. En fin, lea vd. el papel y haga lo que quiera, que es su madre, y quien ha de dar cuenta á Dios de ella. Diciendo esto, dió el papel á mi madre, y se marchó para la calle.

Mi mamá tomó el papel, y mientras se puso los anteojos para leerlos, pensaba yo en huir ó disculparme; pero á nada me resolví, y me quedé como una estatua, temblando mas de cólera que de susto.

Apénas leyó el primer verso, cuando escandalizada y llena de enojo, rompió el papel, me afianzó de los cabellos, me tiró al suelo, y me dió tal tarea de golpes y patadas, que si las criadas no me defienden, me mata allí mismo sin remedio.

Ya yo libre de sus manos, me disculpé como era natural, y le contó cuanto me habia pasado con el viejo. Esto, léjos de serenarla, la irritó de tal modo, que si hubiera estado sola, me vuelve á dar otra tanda de bofetadas. ¿Eso mas? me decia; ¿eso mas, grandísima puerca? ¿tambien eres habladora y deslenguada? ¿no te basta ser una cuzca disoluta, sino que quieres echar

la culpa de tus liviandades y picardías á un hombre tan virtuoso y tan honrado? ¿qué dieras, grandísima perra, por parecerte á la suela de un zapato viejo del señor D. Ciriaco? Pero anda, hija vil y deshonesta, que no me has de volver á poner á otra vergüenza. Has de acabar tus dias en San Lucas * ó en la Casa de Pobres.

Consideren ustedes cómo me quedaria yo en este lance, viéndome golpeada y aborrecida de mi madre, y al mismo tiempo con mi honor en opiniones entre las criadas. pues mi madre en lo mas vivo de su cólera se produjo indiscretamente con peores expresiones que las que he dicho.

Yo temia que cumpliera su palabra, porque era muy resuelta, y que de la noche á la mañana me pusiera en unas Recogidas; pero yo no sentia tanto tan injusto castigo, cuanto que se quedara riendo el maldito viejo.

¿Y se quedó? preguntó Camila. ¡Cuándo se habia de quedar! dijo la chata. Yo me vengué de un modo muy bonito, y fué este. Andaba en solicitud mia el que ahora es mi marido, á quien yo, la verdad, no queria mucho; pero ¡lo que es el deseo de una venganza! No tenia otro hombre de quien ve-

una de las ruedas del mismo coche, le quitaron los calzones, y con la cuarta del cochero le dieron una vuelta tan desaforada, que por poco lo matan. A lo menos mas de veinte dias estuvo en cama.

No paró en esto. Luego que se acabó el cruel *miserere*, lo subieron al coche, encendieron un cerillo, sacó mi novio un pedazo de papel y un tintero, y poniéndole una pistola á los pechos, le juró matarlo allí mismo si no ponia una carta á mi madre restituyéndome mi crédito, contando el pasage como fué, y pidiendo perdon de la calumnia que me habia levantado.

El triste viejo que se vió entre aquellos sayones, que tales le parecieron, sin el menor recurso y bien azotado, creyó de buena fe que cumplirian su palabra si no obedecia en el instante, y así, quiso que no quiso, puso el papel como se lo dictaron, y lo firmó como era regular.

Hecha esta diligencia, le intimaron que cuidado como volvia ni á pasar por mi calle, porque lo habian de hacer tasajos. El infeliz viejo juró y rejuró que ni se volveria á acordar de mí. Con esto, lo llevaron hasta cerca de su casa, adondo el pobre llegaría casi arrastrándose. Ya yo no volví á saber de él.

Pues niña, ¿qué no volvió á tu casa cuando sanó? dijo Eufrosina, porque era regular que él se quisiera vengar de tu venganza. Pues ya no le quedaron esas ganas, decia la chata. Lo cierto es que al otro dia cuando mi madre me dijo que me vistiera para llevarme ante el corregidor, ya tenia yo la carta en mi mano, y con esta satisfaccion le dije: Mamá, voy á vestirme, pero no para ir á ver ese señor, sino para que nos váyamos á misa como siempre. Irá vd á donde yo la llevare, me dijo mi madre muy enojada. Pero yo le dije muy humilde: Sí señora; mas antes será bueno que lea vd. esa car-

ta que le envia el señor D. Ciriaco, á quien no sé como pagarle los favores que le debo.

Mi madre me echó una mirada muy séria: tomó el papel y se puso los anteojos. Hemos de estar en que su merced conocia muy bien la letra y firma del viejo, como que habia sido su apoderado en cierto negocio; mas con todo eso le cogió tan de sorpresa este papel, que lo leyó mas de cuatro veces, no queriendo creer á sus ojos. Sacó otras firmas de él, las confrontó, y asegurándose en que la última era de la misma mano, no pudo menos que llenarse de gusto y de ternura al ver que yo no era como habia dicho D. Ciriaco; y echándome sus brazos, comenzó á pedirme perdon, y las dos á llorar á un mismo tiempo.

Así que nos serenamos, me preguntó ¿cómo habia llegado aquel papel á mi poder? y entonces yo le referí sencillamente lo que habia pasado, quién lo habia hecho, por qué interes, y la palabra que yo tenia empeñada, y que cumpliría con su licencia.

Mi madre me prométió que como el sugeto fuera igual á mí,

hacernos ver que cuando declaman contra las modas, contra los bailes y contra las mugeres compuestas, no es por virtud, sino de corage de que ellos ya no pueden gozar de estas cosas. ¡Ya se vé, que tú no dirás esto tan en general!

No, ni lo permita Dios, decia la chata: ¡cómo habia yo de ser tan temeraria! Uno es uno, y otro es otro. Una cosa es la chanza, y otra son las veras. ¿Cómo hemos de dejar de conocer y confesar que hay muchos viejos muy honrados, y verdaderamente virtuosos, (así como hay jóvenes lo mismo) que hablan contra los vicios ó por obligacion, como los padres de familia y los predicadores, ó por caridad y en clase de consejo como ahora el señor cura y tu cuñado? De todo hay, y yo solo hablo de los viejos verdes, hipócritas y mezquinos que quieren hacer de la necesidad virtud, pues con los buenos no me meto ni quiero oirlos, porque no me acomoda que me asusten. Yo conozco que dicen bien; pero soy muchacha, y me gustan la moda, los bailes, el coliseo, los toros, la Orilla, la Alameda, y todo cuanto hay, y tengo dinero, y no me he de enterrar en vida, sino que he de pasear, y me he de divertir bien y á mi gusto, que para eso me casé, y no me quise meter á capuchina.

Bien hayas tú, niña, decia Eufosina; bien ayas tú que eres de mi modo de pensar. Nos divertiremos ahora que somos muchachas y tenemos con qué, mañana serémos viejas y tal vez pobres, y no habrá ni quien nos dé la mano si nos caemos. Así se lo suelo decir á mi cuñado; pero no es meneter mas para que comienze á predicar.

Luego me dice: Sí, todo se puede hacer, pero con órden, sin escándalo, sin profanidad, sin desperdicio: porque ese dinero que se gasta tan superfluamente en modas y bureos, al fin hace falta á la familia. Llegará tiempo en que muchos hijos desearán para carnero lo que sus padres han tirado en toros.... De que mi hermano se suelta por este tono, no hay

quien lo pueda sufrir, y yo lo que hago es dejarlo y no hacerle caso.

Y eso es lo que debemos hacer, decia la chata, porque los hombres son fatales y amigos siempre de llevar la suya adelante, y así lo mejor es no hacerles caso.

Mi marido es un Juan Lanas que no me mortifica demasiado; sin embargo, por no dejar de tener alguna falta, ha dado en que sus hijos han de ser muy bien criados, y sobre esto cada rato hay en casa campaña, porque él quiere criarlos de un modo y yo de otro.

Yo dejo que los muchachos corran, griten, traveséen, que coman cuanto hay y á las horas que quieran; y él siempre anda riñendo porque ya uno se rompió la cabeza, porque el otro está empachado, porque aquel es soberbio, porque este es vengativo; y así por todo.

Yo luego le digo: Déjalos, hombre, que hagan lo que quieran; están en su edad, y es fuerza dar tiempo al tiempo: no pueden ellos comenzar por donde nosotros acabamos, son muchachos, &c. pero nada me vale: al señor no le entran pun-

contra mí. Esa es mucha indolencia, me decia, y mucho consentimiento. Así salen los muchachos licenciosos, soberbios y malcriados, enseñándose á salirse con cuanto quieren, sea justo ó injusto. ¿Qué respeto te han de tener tus hijos cuando crezcan, si desde muchachos los enseñas á que tú has de hacer lo que ellos quieran y no lo que tú les mandas? Ahora dices que son chiquitos y no saben lo que hacen; pero lo cierto es, que los muchachos saben mas de lo que tú piensas. Conocen muy bien que con llorar han de conseguir lo que quieren: están acostumbrados á que por no oirlos les den gusto, y por eso lloran y mas lloran hasta que lo consiguen.

Semejante modo de consentir y malcriar á los muchachos, mas que amor es tiranía, pues así se hacen soberbios, orgullosos, descontentos, ambiciosos y poco sufridos, con cuyas bellas cualidades no es mucho que sean infelices mientras viven.

La semilla de los hombres pícaros y de las mugeres sin honor, no son sino los muchachos y muchachas malcriados. Consiente á Luis como hasta aquí, que él te dará el pago cuando crezca. Si ahora me rompió el relox, de grande te romperá la cabeza. Aun no tiene malicia, y ya tiene caprichos. Ya te acuerdas del mal rato que te dió el otro dia por los imposibles. Conque sigue, sigue malcriándolo, que tú lo llorarás.

Tal fué el sermon que me echó mi buen marido, que los echa largos como el cuñado de Eufrosina, y me fué preciso aguantárselo hasta la bendicion, porque estaba el hombre muy enojado por su relox.

Y se enojó con justicia á mi entender, dijo Camila. ¿Qué fué eso de los imposibles?—Cosas de los muchachos, contestó la chata. Mira tú que el otro dia empezó Luis á llorar porque queria jugar con mi hilo de perlas; y tanto me molió, que se lo dí, y al dárselo le dije: toma, que un dia eres tú capaz de querer imposibles. ¿Quién se volvió á acordar de semejante expresion? Pues cátate ahí, que cuando menos pen-

sé comenzó á llorar otra vez con mas fuerza, y á pedir los tales imposibles. Le dábamos dulces, bizcochos, fruta y cuantas golosinas habia en casa ó pasaban por la calle; pero no habia modo de callarlo, porque como todo lo conoce, no se la podian pegar. Este es dulce, decia, estas son rosquitas, estas son peras; yo quiero imposibles, yo quiero imposibles, denme imposibles. Ya me desesperaba yo, no sabiendo cómo contentar ó qué darle al maldito muchacho para que se callara, hasta que la costurera advirtió darle una cosa que no hubiera comido, y en el aire nos acordamos de esos frijoles gordos que llaman *ayecotes*, los que él no habia visto en su vida.

Al instante fué una criada á buscarlos á los bodegones, y no paró hasta que los encontró y los trajo. Los peló en el momento, y se los dimos secos y con sal. Como él no los conocia, y le ponderamos que habia costado mucho trabajo hallarlos, creyó que así era, y pasaron los frijoles por imposibles. Todos los dias se acuerda su padre de este chiste, y me da con esto en la cara.

En verdad que estuvo bien gracioso, y tú te verias harto

CAPITULO XI.

Que trata de la primera educacion de los niños, y de otras cosas que no disgustarán al lector.

Como me dilaté en la vivienda de Eufrosina, me extrañó el coronel y preguntó el motivo. Le contesté que habia estado divertido oyendo platicar á la señora Doña Eufrosina con sus visitas. Esto excitó su curiosidad, y quiso saber las materias que se trataron en la conversacion, y yo lo satisfice contándole lo que no le podia agraviar, cómo fué lo de los imposibles de Luisillo.

Reian grandemente los señores con este cuento, especialmente Matilde, que apenas lo queria creer, hasta que su marido le dijo: No te haga fuerza, hija mia, la tal impertinencia de ese niño, porque todos los consentidos son lo mismo. El Abate Blanchârd trae otro caso igual. Tenia una señora un niño de estos enseñado á que le habian de dar cuanto queria. Los criados estaban impuestos á obedecer su gusto, porque el niño no habia de llorar sin que se complaciese. Engreido con esta costumbre, un dia comenzó á llorar y mas llorar, con tal tenacidad, que lo oyó su madre, y llena de cólera reconvino al criado que lo cuidaba, diciéndole que ¿por qué no le daba al niño lo que queria? El criado respondió: Señora, es imposible que yo le dé lo que quiere, pues me pide que le baje la luna y la ponga en un vaso de agua. Bien puede, pues, estar llorando hasta el fin del mundo, que yo no le bajaré la luna. La señora quedó convencida de la impertinencia de su hijo; pero el autor no dice si quedó corregida.

Ninguna cosa contribuye tanto á corromper las costumbres de los niños y hacerlos orgullosos y malcriados, como la indiscreta condescendencia de las madres. Conducidas por un amor excesivo y por un imprudente cariño, contemporizan

con ellos en cuanto quieren. Por tal que el niño no llore, le dan todo lo que apetece, en el momento que insinúa su voluntad con las lágrimas. De aquí nace que se crian indóciles, orgullosos é impertinentes: pierden el respeto á sus padres y el amor á un mismo tiempo; y enseñados á hacerse obedecer con el llanto, no agradecen los mismos agasajos, creyendo que se les deben de justicia.

Como estamos convencidos, dice Blanchârd, de que los llantos de un hijo bien ó mal comprendidos, y bien ó mal dirigidos por la ternura de las madres, hacen casi todo el arte de la primera educacion, añadiremos algunas reflexiones juiciosas que hace á este asunto *Mr. Rousseau* en su *Emilio*, en donde entre tan gran número de errores perniciosos, se hallan verdades útiles. „Los primeros llantos de los niños, dice, son ruegos: si no se cuida de ellos, en breve llegan á ser órdenes; comienzan por hacerse asistir, y acaban haciéndose obedecer....”

„Los largos llantos de un niño que no está atado ni enfermo, y á quién no le falta nada, no son sino llantos de hábito y

misma causa que los hace llorones á los tres años, los hace sediciosos á los doce, díscolos á los veinte, imperiosos á los treinta, é insoportables toda su vida."

Luego que un niño manifiesta las primeras señales de conocimiento (continúa el Abate citado) es necesario precaver en él toda obstinacion é indocilidad. La porfia es el defecto de la mayor parte de los niños; pero se puede decir que lo deben, casi siempre, á la primera educacion, pues se condesciende á todas sus fantasías. Lo que se ha negado á sus ruegos, se concede á su importunidad, á sus llantos y á sus violencias: y aun los dejan vengarse y dar golpes. „Yo he visto, dice el autor del *Emilio*, ayas y madres imprudentes animar la porfia de un niño, excitarlo á pegar, dejarse pegar ellas mismas, y reir de sus febles golpes, sin pensar que eran otros tantos homicidios en la intencion del niño furioso, y que aquel que quiere pegar siendo chico, querrá matar siendo grande."

Estas son, querida Matilde, unas verdades tan evidentes, que no necesitariamos que nos las recordaran los autores, si atendiéramos con reflexion á la experiencia. No son los niños mas consentidos los menos llorones, lo contrario, son los mas impertinentes y enfadosos.

Yo convengo en que es muy tierno y natural el amor á nuestros hijos, que causa pena el verlos afligidos y llorando, y soy de parecer que se les debe dar gusto en cuanto sea inocente y razonable; pero no generalmente en todo, solo porque no lloren y por excusarles un ligero sentimiento. Aquí está todo el daño de la imprudencia. Es lo mismo que querer curar un mal pequeño con uno grave.

No es menester mucha penetracion para conocer los funestos resultados que trae á los hijos y á los padres la ciega condescendencia de estos, ni es tan dificil el poderla reprimir en los principios. Mientras los padres ó las madres amen á sus hijos como deben, les será fácil el desentenderse de sus llantos cuando convenga, para hacerlos sumisos y obedientes.

Si un niño llorara por coger con su manita un alacran, seguro está que la madre mas indolente se lo diera aunque llorara hasta no mas. ¿Y por qué? Porqué conoceria que aquella sabandija era venenosa, y que podia picarlo y acarrearle la muerte, ó un gravísimo daño á su salud. ¿Pues por qué no tiene igual cuidado en no permitirles que logren sus caprichos, como que son siempre nocivos y bastantes á envenenarles el espíritu, y acarrearles unas enfermedades morales que no podrán curar en toda su vida?

Por desgracia, ordinariamente los niños no se ven rodeados sino de un enjambre de mugeres ignorantes, que con muy buena intencion conspiran á hacerlos malcriados é insufribles. Las madres, las nodrizas ó *chichiguas*, las ayas ó *pilmamas*, las maestras, las parientas, las amigas y hasta las criadas de las casas, ¿qué hacen sino pervertir el espíritu del niño desde los principios, fomentar sus caprichos, inspirarle errores, apoyar sus falsas ideas, defender sus extravagancias y adular sus inclinaciones á diestro y á siniestro?

La ira, la envidia, la venganza, la falsedad, el disimulo y otros defectos como estos, no se notaran tan temprano en las

él, hasta que se lo dan, y así le fomentan la envidia: se tropieza con el perro, se cae y llora, y al momento cogen al perro y se lo presentan para que lo golpée, y así le inspiran la venganza: llora otras veces por lo que se le antoja, y para callarlo le dicen: „no, mi alma, no llores: los niños lindos como tú. no lloran: eso se queda para esos muchachos feos como el hijo de la cocinera": y este es un modo muy propio de inspirarles soberbia y vanidad, haciéndoles formar un alto concepto de sí mismos, y enseñándoles á abatir y despreciar al infeliz. Si con esta y otras diligencias semejantes, aun no se calla, le hacen un ruido extraño, ó le señalan un cuarto obscuro, diciéndole que por allí ha de salir el viejo, el coco ó la bruja, que se lo ha de comer, y con tan terrible amenaza se logra que no llore; pero de paso se hace pusilánime, y se dispone su fantasía para admitir en la mayor edad las mas crasas supersticiones. Si quiebra un vaso ó hace otra travesura y lo regañan, no falta quien lo defienda, diciendo que no fué el niño sino el gato, y así aprende á mentir y á disculparse á toda costa.

Pero ¿para qué he de insistir en probar con ejemplares una verdad que se nos entra por los ojos? Ello es cierto que hay personas que si estudiaran por principios el arte de malear á los muchachos, no lo habian de hacer con tanta gracia como lo hacen sin ningunos estudios, sino por una mera aficion al niño.

Lo peor es, que mil veces los hijos se educan mal contra las sanas intenciones de sus padres; ya porque no pueden encargarse de observarlos todo el dia, ó porque las madres son abandonadas y opuestas á su modo de pensar, y entonces tienen los padres que ceder conociendo el perjuicio, por no chocarse, y acaso perder la paz del matrimonio. ¡Felices los casados cuyas voluntades van acordes en un asunto de tanta gravedad; pero mas felices los hijos á quienes cupo en suerte tener tales padres!

Así hablaba el coronel, cuando interrumpió su conversacion una visita. Esta fué la madre de la niña Gertrudis ó Tulitas, como le decian, aquella ahijada del coronel á quien confió el cuidado de Pudenciana siendo muy tierna. Tenia ya Tulitas como diez y seis ó diez y siete años, y era no solo bonita, sino muy hacendosa, humilde y grángeadora. Su madre.... (parece que la estoy mirando) era una señora como de cincuenta años, blanca, entre cana, de ojos azules, de una nariz muy afilada, de un cuerpo muy bien proporcionado, y aunque con muchas arrugas y pocos dientes, se conocia que no seria despreciable en sus quince.

Su trage era un túnico azul de indiana con holancito blanco, un rebozo de Sultepec y un pañuelo con que se abrigaba la cabeza. Luego que encontró y pasaron las acostumbradas salutaciones, se sentó, y dirigiendo la palabra al coronel, le dijo: ¿Qué habra vd. dicho, compadrito, que cuánto ha que no parezco por acá? Pero ya ve vd. los trabajos de una pobre muger sola, que le aseguro á vd. que no tengo lugar ni de rascarme la cabeza. Todo el dia se me va en hacer la diligencia: y con todo ¡sabe Dios los trabajos que he pasado: no

y me ha preguntado que si no tengo nada seguro, que de qué me mantengo, y otras cosas: y cuando le he dicho que no tengo sino tal cual costura y la caridad que vd. me suele hacer, se ha compadecido mucho de mí; pero desde el otro dia que le dije que tenia una niña acá, se compadeció mucho, y me dijo: ¡Válgame Dios! ¡qué lastimas, qué miserias se ven en este México! ¡Estar una madre separada de su hija, y una pobre niña arrimada en casa agena ¡y fuera del abrigo de su madre! ¡Jesus, qué cosas! Pero vd. señora, me decia, ¿por qué tiene á esa niña léjos de su lado? ¿No sabe vd. que al ojo del amo engorda el caballo, y al lado de la madre se hacen felices las hijas? Vaya, que vd. no debe de querer á esa pobre criatura.

¡Sí la quiero, señor! le decia yo: de fuerza la he de querer si es mi hija, y no nació de las yerbas: ¡sabe Dios lo que lloro cuando me acuerdo de ella, sin embargo de que está como en su casa! Entonces me preguntó que dónde estaba y cómo se llamaba. Le dije que acá con su padrino, que ella se llamaba Tulitas, y le dí sus señas. El señor se alegró mucho al oirme, y me dijo que ya la conocia, que era de mucho mérito, y era una lástima que careciera de su madre: que si la única causa de esta separacion era la pobreza, que no tuviera yo cuidado, pues él era rico y solo, y no tenia en que gastar su dinero sino en hacer obras de caridad: que sacara yo á mi niña para que me acompañara: que contara todos los dias con dos pesos diarios: que buscara una casita de diez ó doce pesos y una moza para que nos sirviera. Por lo que hace á la ropa, que él tendrá buen cuidado de que no nos falte nada. Y para que yo no pensara que estos eran ofrecimientos de boca, me dejó dos onzas de oro encargándome que buscara la casa, y que en cuanto la hallara le avisara para que se compraran los trastos que me hicieran falta.

Ya ve vd. compadre, que de estas fortunas no se hallan todos los dias, y quizá Dios ha tocado el corazon á este caballero para que nos remedie: y así vengo a darle á vd. los agra-

decimientos por el tiempo que ha tenido á Tulitas en su casa, y á llevármela para que me acompañe, porque ya tengo yo tomada la casa, y está en ella la moza, que el mismo señor me la buscó. Tiene mil gracias: ayer me llevó dos camas muy buenas y un baulito con dos piezas de bretaña, diez varas de indianilla fina, cuatro pares de medias, dos tápalos, uno de seda y otro de trafalgar, y otras muchas cositas que solo me enseñó, y cerró y se llevó la llave: porque dice que hasta que Tulitas esté en casa me la dará, y le regalará á ella una cajita de alhajas que era de su muger y no tiene á quien dársela; y así, compadre, yo vengo por Tulitas, porque esta ocasion no es de perder.

Oyó el coronel todo el razonamiento de la vieja, y luego que acabó le dijo: En verdad, comadre, que ese caballero es demasiado bueno. ¿Conque conoce á Tulitas, la ha visto en el balcon, y dice que tiene mucho mérito, y despues de esto quiere hacerle á vd. bien y buena obra? ¡Válgate Dios por caridades! Si vd. fuera sola, ó si la hija que tiene fuera fea, yo le apostara mis orejas á que no encontraba un caritativo semejante;

sidad y por moda, para que les digan niñas de convento: que allí lo que aprenden son muchas monerías y ridiculeces, que salen mas hipócritas que cristianas, pues acompañándose con muchas viejas supersticiosas, sirvientas necias y niñas forzadas, ó que están allí á fuerza, y que tienen bastante malicia para enseñar sus malas mañas, las aprenden fácilmente sus amigas, y pierden en los conventos la sencillez que conservan en sus casas al lado de sus madres: y por último, dice el señor que es bobería meter en colegio ó convento á una niña que no tenga vocacion de ser monja, sino que piensa en casarse, pues en una clausura con dificultad se proporcionan novios; y que supuesto que mi hija no ha de ser monja, porque ó no tiene vocacion, ó no tiene dote, que mejor es que se quede en la calle conmigo, pues así se consigue que me asista y acompañe, y que tal vez mañana ú otro dia se case con ventaja, lo que no sucederá si la metemos en conventos, porque santo que no es visto, no es adorado.

Todo esto me dice el señor, y ya ve vd. compadre, que dice muy bien, porque yo he visto mucho de lo que me ha dicho, y tengo muchísima experiencia, como que de muchacha estuve en convento, y allí supe muchas cosas, y aprendí mil tonteras y malas mañas: porque lo que era bueno y lícito, lo tenia por pecado, y escrupulizaba de ello, y así se enfadaba el confesor conmigo cuando le decia: „acúsome padre que dije delante de los hombres en reja, que me dolian las piernas, que tenia un tumor en una nalga, ó una roncha en el ombligo" que son partes del cuerpo que yo llamaba con unos nombres que aun en los fandagos hacen reir. Mi confesor, como dije, se incomodaba de esto, y me regañaba muy seguido. Me acuerdo que un dia, víspera por cierto de la Ascension, me dijo: Ya le he dicho..... Porque mi confesor era muy santo y muy seriote. A nadie hablaba de tú ni platicaba, sino por mucha fuerza, fuera del confesonario, ni recibia ningun regalito de sus hijas, ni queria á unas mas que á otras, ni admitia papeli-

tos. ni escribia ningunos, ni servia de empeño, ni hablaba en el confesonario sino de asuntos de conciencia, ni aprobaba virtudes, ni creia revelaciones, éxtasis ni arrobamientos, * ni.... Déjese vd. de tantos *nis*, comadre, decia el coronel, que yo no quiero saber la vida de su confesor, aunque por lo que me ha dicho conozco que era un buen ministro de Dios; pero eso no viene al caso. Diga vd. qué fué lo que dijo la víspera de la Ascension, y acabe su cuento antes que se me olvide lo que yo le he de contestar.

Pues, compadre, decia la vieja, lo que me dijo mi padrecito.... ni así queria que le dijéramos sus hijas, sino mi confesor ó mi director. Vea vd. que tal era de serio; pero en fin, me dijo: que era menester un diccionario particular para confesar á las necias de conventos, ó una singular inteligencia para comprender sus fraudes y gazmoñerías. Ya le he dicho que se confiese en castellano y no en esa gerigonza que no entiendo, sino á costa de mil preguntas. Tambien le he dicho que se confiese sin rodeos, y sin buscar frases con que ocultar ó disimular sus faltas, porque este modo de confesarse

be que no es virtuosa, como aparenta, sino una soberbia que viene á la sagrada piscina de la penitencia, no á purificarse de sus culpas con corazon contrito y humillado, sino á revolcarse en su mismo cieno, y á salir del baño saludable mas manchada de lo que entró.

Le he dicho que la verdadera virtud no está reñida con la sinceridad: que los escrúpulos son perjudicialísimos para adelantar en el camino de la perfeccion: que hay escrúpulos de almas timoratas, y escrúpulos de hipócritas, como los suyos. Se viene á confesar de que le dió un palo al gato de su nana, * y no se confiesa de que se lo dió por vengarse de ella, ni de que se quiso vengar, porque la regañó por haberla desobedecido yéndose al patio á platicar con esa moza que le ha enseñado tantas cosas que nunca debia saber, y por que le ha evitado esa compañía que ha sido tan perjudicial á su conciencia.

¡Cuánto trabajo me ha costado sacaros todas estas cosas, y haceros confesar las culpas mortales que os queriais ocultar ó con malicia ó con ignorancia culpable! pues seguramente no queriais confesar otra cosa sino que le disteis un palo al gato, lo cual no puede ser culpa grave. ¡Ya verá vd. que tal seria mi confesor.

Era muy bueno, dijo el coronel; pero no sé si me admire mas de la candidez de vd. en confesar sus pecados, ó de la memoria que conserva de la reprension de su director, pues la sabe como una relacion; porque ese estilo se echa de ver que no es el de vd. sino el de su confesor.

Pero, despues de todo, es necesario que vd. advierta que ese señor no dice bien en todo lo que ha dicho. Es verdad que en los conventos ó colegios de mugeres hay defectos que seria de desear se corrigiesen. ¿Mas en qué parte no los hay en es-

* Así llaman las niñas á las monjas à cuyo cargo estàn.

ta vida mortal y miserable? Es tambien verdad que algunas se entran en los conventos, ó por deseo, ó por antojo, ó por necesidad, ó por fuerza, y no son estas seguramente las que cumplen mejor con sus obligaciones; pero no es menos cierto que tales casas no se fundaron para ser hospicios de disipadas, frívolas, ni holgazanas, sino para ser los planteles de la virtud, y los asilos de la inocencia, como efectivamente lo son. Los confesonarios son crisoles donde esta se prueba, y los púlpitos teatros en que se publica y se panegiriza cada dia. Y si no hubiera sido por los conventos, colegios y casas de enseñanza y clausura, establecidas para defender la virtud y honestidad de muchas, ¿cuántas á esta hora hubieran sido tristes víctimas sacrificadas á su indigencia y al libertinage de una tropa de infames seductores?

La utilidad de semejantes piadosas fundaciones es innegable, por mas que en ellas entren algunas personas díscolas, y no falten defectos que seria muy del caso corregir.

Llamo defectos á muchas preocupaciones que no dejarán de parecer ridículas á los sensatos, por mas que sus patronos

ó prostituida; y aquí se verifica que el hábito no hace al monge.

Ahora se debia advertir por las enemigas de los túnicos y trages del siglo, que no todas las niñas que entran en los conventos llevan designios de quedarse en ellos, ya por falta de vocacion ó ya de dote. Muchas entran por aprender las labores, costuras y curiosidades que aprenden las mugeres hacendosas, muchas por necesidad, muchas por antojo y algunas por fuerza. Todas estas van con la intencion de salirse luego que aprenden lo que quieren, ó cuando mude su suerte, ó cuando ya no quieran estar, ó no quieran que estén los que las mandan.

¿No es cosa bien extraña que se les prohiba á todas estas su propio trage? Y por último, si el túnico, si el tápalo, si el pelo así ó asado, son escandalosos en los conventos, si se han de ver como retraentes de la virtud, ¿por qué en muchos se permite? ¿Diremos que en esto son las preladas mas laxas, ó menos preocupadas?

Los perjuicios que acarrea esta preocupacion contra los túnicos, no son ni raros ni remotos. Hay muchachas pobres que desean recogerse en un convento: acaso hallan este ó el otro bienhechor que las ayuda para pagar su colegiatura, ó piso, como llaman vulgarmente; y ¿qué sucede? Que no entran, y pierden esa coyuntura, y tal vez se extravian en la calle, porque no tuvieron ó valor para dejar el trage con que las criaron, ó proporciones para variarlo; y he aquí un daño para esa pobre, el que puede acaecer con demasiada frecuencia.

Si yo quisiera que dentro de los conventos ó colegios se admitieran todos los trages que usan las señoras en la calle, seria un temerario; porque esta permision general abriría la puerta al lujo y la profanidad, opuestos á la moderacion y modestia que debe sobresalir en tales casas; pero, léjos de tal necedad, solo deseara que se permitiera que se vistieran las niñas en las clausuras segun se visten fuera de ellas las jóvenes

honestas y timoratas, pues de este modo sin ofensa de la virtud, se corregiría esta preocupacion, que mil veces he oido apellidar ignorancia y ridiculez.

No quisiera hablar de otros defectos que se notan en semejantes comunidades, que si no son tan públicos como el que acabamos de refutar, no son menos frecuentes y perjudiciales. Las predilecciones que las *nanas* * tienen con esta niña mas que con aquella: las amistades íntimas de unas niñas con otras: las confianzas mùtuas entre unas, y la indiferencia con otras: la estimacion y aun distinciones que gozan las ricas sobre las pobres: ‡ la acepcion de chismes: los cuentos que libremente se permiten, y aun se fomentan de espantos, de visiones, y aun de milagros apócrifos ó imaginarios, † y otras cosillas á este modo, originan zelos, envidias, rencillas, murmuraciones, escrúpulos necios, pensamientos temerarios, supersticiones y un enjambre detestable de vicios, y tanto mas detestables cuanto que se provocan y ejercitan entre muchas personas que tienen que vivir juntas, y fiscalizarse muy de cerca. Si el Santo Rey David decia que era bueno y agradable el vivir los hermanos enlazados por la caridad como si fueran todos uno solo, yo di-

qué frase nos valdriamos para ponderar la malicia y gravedad de la culpa de aquellas que se aborrecen de muerte, que se procuran poner en mal con las superioras, que hacen cuantos daños pueden, que se malquistan mutuamente, y llegan hasta á negarse las comunes salutaciones, ó lo que dicen, *quitarse la habla?* Apenas se pudiera creer, *si no se viera*, que entre cristianos prevaleciera tanto el espíritu del odio y la venganza, que llegara hasta á tenerse por agravio la vista y el eco de la voz del objeto que aborrecen. ¡Teman estos infelices, teman la ira de Dios en el último dia de los siglos! El mismo dice en las sagradas letras: *Aquel que quiera vengarse, sentirá la venganza del Señor, y Dios no olvidará jamas sus pecados. El hombre se encona contra el hombre, y conserva contra él su enojo: ¿y así se atreve á pedir á Dios misericordia? El no la tiene con sus semejantes, ¿y así pide se le perdonen sus pecados? Acuérdate, miserable mortal, de tus novísimos, y déjate de enemistades.* * Así habla un Dios en provecho del prójimo, y el hombre vengativo habla muy al contrario con ofensa de Dios.

¿Pero acaso porque en algunos conventos y casas de comunidad se noten extravagancias ridículas y viciosas, habremos de hablar con impiedad de semejantes fundaciones? ¿Echaremos á sus institutos la culpa que tienen los vicios? ¿Nos escandalizaremos de ver en ellos lo que no falta en parte alguna? ¿Querremos que las comunidades de las mugeres sean perfectas y limpias de todo individuo díscolo y quizá extraviado, cuando no hay una corporacion exenta de esta plaga? ¿Olvidaremos que la congregacion de Jesucristo se compuso de solos doce individuos escogidos por la suma Sabiduría, y sin embargo, entre solos doce se halló un Pedro infiel y un Júdas pérfido, traidor y criminal hasta el extremo? Pero ¡qué mucho! La primera asociacion que hubo en el mundo fué de dos indi-

* Eccles. cap. 28.

viduos, Adan y Eva, y ya vemos lo que sucedió. El primer hombre acaso no hubiera prevaricado, si la muger primera no lo hubiera seducido. ¿Y así querrán los falsos virtuosos que en los conventos no haya defecto alguno, ó lo que es lo mismo, que los frailes, monjas y niñas enclaustradas sean impecables? Así seria de desear; pero esto no es dado sino á los habitantes del paraiso celestial, que están confirmados en la gracia.

Mas por último, señora comadre: lo que no tiene duda es, que cuando ese D. Gervasio su nuevo protector, repugna tanto que éntre Tulitas en convento, no lo anima seguramente el espíritu de S. Pablo, ni el de algun otro Apóstol ó Santo Padre, sino la concupiscencia de la carne. Bien claro me explico; pero si vd. no lo entiende, sépase que no la quiere encerrada, porque no puede serle útil dentro de la clausura. Afecta compasion hácia la muchacha, y disuade á vd. de que la asegure en un colegio, no por virtud ni por amor que le tiene, sino porque en la calle tiene libertad para seducirla, y esperanza de satisfacer sus apetitos, lo que no seria tan fácil en un convento. ¡Malditas sean esas caridades! Oiga vd.

y ya verás qué vida nos pasamos.
Te llevaré á comer la verde grama,
te paseará por todos los sembrados:
el tomillo y el maiz, alfalfa y trigo
te prevendrán un delicioso plato.
Un lobo malicioso y lleno de hambre
así le hablaba á un corderillo incauto.
El tonto lo creyó: salió, y al punto
el *compasivo* lo hizo mil pedazos.
¡Oh cuántas jovencillas infelices,
víctimas son de un seductor tirano,
por creer, como el cordero incautamente
su fingida promesa y falso halago!

¡Qué tal, comadre! ¿le gusta á vd. la fabulita? pues aprovéchese de ella en beneficio de Tulitas. En casa no le falta nada de lo preciso. Si no come en banquetes, no tiene hambre: si no viste con lujo, no está desnuda, y si no la tiene vd. á su lado, vive segura de que está en una casa de honor.

Conque vea vd. lo que hace, y no la exponga á ser víctima de un lobo seductor; no sea que despues tenga vd. y ella que llorar su ligereza y falta de consejo.

¡Ay! no, compadre, decia la vieja. Vd. piensa muy temerariamente del señor D. Gervasio. ¡Sobre que es tan bueno el pobrecito! tan rezador, tan caritativo: y despues de todo, ya es señor grande, y no se ha de meter en esas cosas.

¡Vaya, comadre! decia el coronel: ó vd. es muy cándida, ó quiere parecerlo. Ese señor tan bueno, tan rezador, tan caritativo y tan viejo, es un hombre, y un hombre que quiere beneficiar á vd. porque sabe que tiene una hija bonita que le gusta, y no se resuelve á hacer toda la gracia que ha ofrecido, sino hasta que la muchacha esté fuera de mi casa. ¡Eh! no sea vd. ignorante: él quiere que le venda vd. á su hija, satis-

facer su apetito á costa de cuatro pesos, y despues abandona á las dos.

Deseche vd. sus favores, desprecie sus promesas, deje á su hija en mi casa, confórmese con su suerte, sirva á Dios en su estado, y viva segura de que no le faltará que comer, porque primero faltará el sol que deje de cumplirse su palabra divina. No se espante vd. señora, ni arrugue la cejas al oirme asegurar que no le faltará la subsistencia si teme á Dios, porque yo no lo digo, sino el mismo Señor que no puede engañarse ni engañarnos, porque es infalible en sus promesas. Atienda vd. sus palabras: *No padecen pobreza los que temen á Dios. Los ricos se vieron necesitados y con hambre; pero á los que buscan al Señor, no les faltará todo bien.* *

¿Quiere vd. mas seguridad que la palabra del Todopoderoso? No es vd. la primera madre que expone á sus hijas á la mas vergonzosa prostitucion, queriendo escudarse con la pobreza que padecen; mas vd. y cualquiera que lo haga cargan con una terrible responsabilidad ante el tribunal supremo, y no tendrán allí la mas mínima disculpa que les valga; porque estas prostituciones no se efectúan por la pobreza, no, es mentira: á

arbitrios que vd. y Tulitas! ¡Y cuántas que se han atenido á los criminales auspicios de los hombres, vivieron alegres cuatro dias, y casi subieron á la cumbre de la felicidad temporal, para ser precipitadas en su edad avanzada hasta el horrible abismo del deshonor y la miseria! Vd. y yo conocemos muchas de una y otra clase, y nos seria fácil hacer un catálogo de sus nombres.

Conque no sea vd. boba, conozca el mundo, conozca á los hombres, no fie de sus promesas, cuídese á sí misma, y deje á su hija en mi poder, que esto les importa, y nada mas.

Cuando yo esperaba que la buena vieja agradeciera los saludables consejos del coronel y el interes que tomaba por la felicidad de Tulitas, se levantó de la silla, y con un aire de enfado dijo: Vd. dice muy bien, compadre; pero yo he venido resuelta á llevar á mi hija; porque lo que no le doy no se lo debo quitar, ni he de echar esta fortuna á puerta agena. A mas de que, ¿quién la ha de querer mas que yo que soy su madre, y sabe Dios lo que me ha costado? y con todo eso, muy bien sé que va segura, porque el señor D. Gervasio Protasio es muy hombre de bien, y muy cristiano, y muy caritativo, y muy liberal, y muy honrado, y muy todo: y por fin, yo no debo juzgar vidas agenas, ni Tules es chiquita: ya sabe bien donde le aprieta el zapato; y si ella fuere tonta y se dejare engañar, allá se lo haya: su alma y su palma, y Cristo con todos. Y así compadre, yo le agradezco á vd. mucho y á mi comadrita los dias que la han tenido en su casa, y con su licencia me la llevo. Anda, niña, recoge tus trapitos, y vámonos.

El coronel se incomodó, como era regular, con la terquedad de la vieja, y así se retiró diciéndole que hiciera lo que quisiera. La niña repugnaba el irse por el amor que tenia á los señores, y porque era naturalmente juiciosa; pero instando su madre mas y mas, tuvo que obedecer contra su gusto.

Recogió su ropa, y abrazando á Doña Matilde y Pudenciana con la mayor ternura, sin poder articular una palabra,

dispuso el coronel mi marcha, la q
sentimiento que Tulitas.

CAPITULO

**En el que el coronel discurre sobre lo
aprendiesen algun arte ú oficio mecànico
necesidad.**

**Al fin de cinco años de auser
y luego que llegué á ella, fuí á b
coronel.**

**Se deja entender que al efecto
Dionisio Langaruto, quien con su
recibió con bastantes muestras de
preguntas y repreguntas acerca de
bia estado, á las que yo contesté
otras sin ella, seguro de que todo
creer, solo porque yo decia que lo h**

ció su salud, tomó casa frente de la Alameda, por ser mas cómoda que la que ocupaba en su compañía.

Luego que supe esto, les pedí las señas de la casa, me las dieron, y al instante me despedí de aquellos señores, porque ya se me hacian siglos los minutos que tardaba en ver á mi apreciable D. Rodrigo.

Cuando entré, estaba Doña Matilde tocando en su clave y el coronel leyendo un libro; pero no bien me vieron, cuando dejaron ambos los objetos de su diversion, y se levantaron apresuradamente para abrazarme.

Yo correspondí sus cariñosas demostraciones con las palabras y señales que en semejantes casos dicta la urbanidad, el amor y la gratitud. Doña Matilde disparó sobre mí una descarga cerrada de preguntas acerca de las particularidades de mi viaje y de las tierras que habia visto, á las que yo contesté con mas prudencia qué en casa de Doña Eufrosina, y procuré cuanto pude economizar las mentiras, como que sabia que el coronel no era nada vulgar, y podia sorprenderme cuando yo estuviera mintiendo mas alegre.

Mucho sentimiento manisfestaron estos señores cuando supieron que habia fallecido mi padre. „Ciertamente que me es muy desagradable la noticia, me dijo el coronel, porque tu padre fué mi amigo verdadero, lo traté mucho, analicé su carácter, y siempre lo advertí virtuoso sin supersticion, sabio sin vanidad, benéfico oculto, buen padre, buen esposo, buen amo, y hombre de bien á toda prueba. Los que lo conocieron como yo en esta capital, y los que por tantos años lo trataron así dentro como fuera del real colegio de Tepotzotlan, donde fué un médico apreciable, serán perpetuos panegiristas de sus virtudes. Ni dudo que los pobres de aquel pueblo llorarían su falta y acompañarían con lágrimas su entierro. El llanto de los infelices socorridos siempre riega los túmulos de sus benefactores. Procura, pues, no olvidar las máximas que te inspiró de religion y de moral cristiana, y de esta manera

do esto, nos levantamos de los asie
denciana.

Entramos á su cuarto, y la hallar
do un pañuelo. Luego que me vió, s
recibimiento que yo debia esperar c
da educacion.

Muy diferente fué el tratamiento
estaba allí de visita, pues embelesad
se miraba al espejo con tal atencion
darme, hasta que Doña Matilde la l
dole: mira, niña, quien está aquí. ¿Q
blale. Entonces Pomposita volvió
breve rato, y con un aire de protec
vd. la mano.

Yo no pude menos que sorprende
tan vano y petulante, que se prope
sin hablarme otra cosa, dirigió la pa
Estoy hecha un veneno contra la m
que caracoles me hizo tan feos, pare
Unos mas altos, otros mas baios: est

Beso á la mano

esto, nos fuimos todos á la sala, y la dejamos atareada en su importantísimo negocio.

Pudencianita me contó como ya sabia leer, escribir, contar, coser, bordar, dibujar, y estaba aprendiendo á tocar el clave con su madre. Otra cosa sabes que no le has dicho á Joaquin, dijo el coronel. Es verdad, dijo Pudenciana, se me habia olvidado: ya sé componer relojes. ¡Componer relojes! repetí yo con mucha admiracion. Ese oficio ó arte es propio de los hombres, y por lo mismo en vd. será una rara habilidad. Pasará por tal, dijo el coronel; pero solo entre aquellas personas preocupadas que piensan que en la almohadilla se encierra todo lo que necesitan ó lo que pueden saber las mugeres. Aunque yo no encuentro una razon sólida para que sean excluidas del conocimiento de las artes y oficios en que se ejercitan los hombres. De aquellas artes digo que no requieren fuerzas fisicas, sino solo una constante aplicacion.

Mucho mas extraño esta exclusion, cuando considero que las mugeres son infatigables en el trabajo que pueden soportar por prolijo que este sea. ¿Quién tendrá la paciencia que ellas para sacar de un cambray superfino con mucha cuenta y cuidado, treinta mil hilos, para dar dobles puntadas y lazaditas, y hacer unas filigranas primorosas? ¿Quién no se cansará solamente de verlas ensartar guardando dibujo y proporcion, millares de cuentecillas de chaquira para hacer una trenza, una cigarrera ú otro cosa? Lo mismo digo de todos sus artefactos.

Pero si á proporcion del premio hemos de juzgar del mérito de las obras, ninguno tienen las de las mugeres, porque ningunas hay mas mal pagadas. ¿Y esto de qué proviene, sino de que la aguja, el dedal y las tijeras son los únicos instrumentos que manejan todas? esto es, todas las que son mugeres. Para una camisa hay doscientas costureras, y para una cosita de primor y curiosidad, hay comunidades y congregaciones

aguja; y si alguna lo consigue, es á c
pre á las orillas de la miseria.

La viuda que queda pobre y con
como no tenga mas arbitrio que la aln
las, bien se puede considerar en el cam
ser que la detenga una virtud muy sól
la constante seduccion que les ofrece n
momento, y por otra, la necesidad que u
son unos alicientes que conducen á la p
hemencia, que para resistirlos es neces
vina gracia. Para precaver estas fatal
ria de desear que todos los padres de fi
los pobres, enseñasen á sus hijas algu
fuese compatible con la delicadeza de su
yo embarazo para que las mugeres pobres
se dedicasen á ser sastres, músicas, plate
ras y aun impresoras. ‡ Cualquier oficio
les proporcionaria mas ventajas en los ti
necesidad, que las costuras mas bien trab

Mas esto no quiere decir que no se apli

la aguja, á la cocina y á todos los quehaceres domésticos en su primera edad. Esta fuera una heregía social. Cada miembro del estado debe estar en aptitud de desempeñar aquellos cargos á que ordinariamente se destinan los de su clase, y siendo el primer cargo de la muger cuidar de su marido, de sus hijos y su casa, es de su primera obligacion aprender á cumplir con este cargo, el que no llenará nunca la muger rica ó pobre que ignore á lo menos cómo se sazona un puchero, cómo se hace una camisa, se asiste á un enfermo, y se conserva el órden económico y el aseo en una casa.

Por tanto, toda muger desde su niñez debe instruirse en estos pormenores solamente porque es muger, aunque sea rica, porque no sabe si llegará á ser pobre; pero las que no tengan facultades, despues de saber lo mas preciso, podrian con mejor fruto aprovechar el tiempo que gastan en aprender á bordar, deshilar, labrar, embarcenar, ensartar chaquira y hacer florecitas de seda ó de papel. Yo hablo aquí como en mi casa y como padre de mi hija, cada uno en la suya hará lo que le dicte su prudencia ó su gusto.

A este tiempo entró Pomposita en el comedor hecha una Filis, con los rizos tan bien puestos como si se los hubiera medido á compas, y con la mas exacta geometría.

Nos sentamos á la mesa, y durante la comida se habló de varias cosas. Entre ellas me contó el coronel como Doña Eufrosina habia dado á luz dos niños, que existieron poco en el mundo, porque las *chichiguas* y *pilmamas* les dieron prontamente sus pasaportes para el cielo. Doña Matilde no tuvo mas que á Pudenciana, y acaso se esterilizó por alguna imprudencia con que la trataron en su parto segun el coronel temia.

No dejó de hablar Pomposita; pero con un aire de orgullo y satisfaccion, que yo no cesaba de admirar, y no tanto por su vanidad, cuanto por su estilo ampollado y pedantesco.

posa y á sus padres, añadia el coro
marme con sus costumbres. Una d
contrapeso para la educacion de mi
posa y el mal ejemplo que le daba.
ter y el de Matilde, como que casi
ya verás qué bien me pareceria que
ciana andariega, ociosa, bailadora, v
pues todo esto y algo mas seria al la
porque las malas costumbres se con
mas cuando hay ejemplos que las ins
las justifiquen ó que pretendan justific

Yo siempre procuraba irle á la man
chas cosas, pero gastaba en vano mi
pricho; y quererla persuadir de una ver
es lo mismo que querer ablandar una l

Reflexionando seriamente en las falt
podia acarrearnos su tan inmediata c
do, pretextando primero la enfermedad
la comodidad que me proporciona esta
hemos salido en paz

con instancia; y lo peor es que muchas veces es preciso contemporizar, por no ofender las leyes de la amistad ó de la política, por no parecer ridículo y misántropo.

Apoyé, como era justo, el discurso del coronel, y por saber qué juicio hacia del afectado estilo de su sobrina, le dije: Entre las nulidades que vd. ha observado en la niña Pomposita, luce su instruccion lo mismo que una perla entre muchas piedras falsas. A lo menos, así me parece, despues que en la mesa la oí explicarse en algunas materias con términos técnicos ó propios de lo que se trataba, lo que me hace creer que estaba bastante instruida.

Debia estarlo, contestó el coronel, porque tiene bastante capacidad; mas ha llenado su entendimiento de impertinencias y bagatelas, y con esto ha conseguido hacerse una erudita á la violeta, y bachillera perdurable. Los hombres de juicio la compadecen, al mismo tiempo que los tontos la celebran.

Toda la causa de la ignorancia y pedantería de Pomposa ha sido la indolencia y falta de precaucion de su padre. Al principio no cuidó de que se instruyera, y despues le permitió leer indistintamente los libros que él habia comprado para adornar su gabinete. Con esto la muchacha ha picado de todos y de cada uno sin el menor discernimiento, y se ha llenado de multitud de ideas heterogéneas ó diferentes entre sí, las que saca á la plaza cuando quiere: y como carece del verdadero conocimiento de las materias que trata al mismo tiempo que de la legítima significacion de los términos con que se expresa, las mas veces habla unos desatinos tremendos: y en verdad que es una lástima que no haya aprovechado sus luces, pues cuando raciocina con juicio se conoce que no es tonta y ha leido algo.

Y aun eso es una maravilla, dije yo, porque siempre he oido decir que la muger mas hábil no pasa de tonta.... Vd. dispense, señora Doña Matildita, que yo no digo lo que siento,

... la misma aptitud que

Ahora, que esta disposicion sea que en otras, que las mas no la cult. tengan, ó que no la puedan ejercitar viertes que hablo del entendimiento. lo mismo: entre ellos unos tienen mas lo emplean mejor que otros.

La educacion bien ó mal dirigida e da á que nacen sujetos, hace que uno ilustrados, y otros vulgares ó incultos necedad decir que todo payo, que todo tonto por ser cochero, cargador ó cam dirse á que toda muger es tonta solan pues la que tenga una regular capaci aprender lo que le enseñaren y hacerse cho innumerables, cuyos ejemplares p el afecto.

Un gran catálogo se podia formar de distinguido en el mundo por sus sebres el siglo XIII comenzó á brillar el se ciencias.

más hechizos de su sexo. A los veinte y seis recibió el grado de doctora, y leyó públicamente en su casa la Instituta de Justiniano. A los treinta logró por su grande reputacion una cátedra en que enseñó el derecho á un prodigioso concurso de todas las naciones. Reunió en sí las gracias de muger y las ideas de hombre, y cuando hablaba, hacia olvidar el mérito de su belleza.

En el siglo XIV se renovó el mismo ejemplar en dicha ciudad, y se repitió otro semejante en el XV.

Por los años de 72 y 73 del siglo pasado desempeñó una muger una catedrá de física en Bolonia.

En el siglo XIV se distinguieron en Venecia dos célebres mugeres: la una (Modesta di Pozzo di Zorzi) compuso muchas obras buenas en verso serio, jocoso, heroico ó tierno, y algunas églogas que fueron representadas en los teatros. La otra (Casandra Fidele) una de las mugeres mas sábias de Italia, escribió con igual suceso en las tres lenguas de Homero, Virgilio y Dante, así en verso como en prosa. Fué muy sábia en la filosofía de su siglo y demas precedentes: cultivó la teología, defendió conclusiones, enseño públicamente en Padua muchas veces, añadiendo la música á todos estos conocimientos, y ensalzó mucho mas sus talentos por sus buenas costumbres, las cuales le grangearon el aplauso de los Sumos Pontífices y el homenage de los reyes.

En Milan hubo una ilustre doncella de la casa de Tribulcio, que pronunció en la lengua antigua de los romanos muchos elocuentes discursos en presencia de algunos soberanos.

En Nápoles, la llamada Sarrochie que compuso un famoso poema, y fué en su vida comparada con el Taso.

En España lució una Isabel de Foya y Roseres, que habiendo predicado con aplauso en la catedral de Barcelona, fué á Roma en tiempo de Paulo III, donde convirtió muchos judíos

Aloisia Sigea de Toledo, mas céle
dentes, además del latin y griego, sup
siriaco: escribió una carta en estas cin
lo III, y fué despues llamada á la corte
puso muchas obras, y murió jóven.

Ustedes se cansarian de oir hablar
si yo tratara de compilar sus nombre
todos tiempos han sobresalido mucha
todos los pueblos cultos, á proporcion q
el buen gusto.

En lo antiguo maravillaron á Roma y
derno á Italia. España, Francia, Ingla
da han sido teatros en que han lucido lo
las mugeres. Aun hoy vive en España
ría Rosa Galvez, famosa poetisa, como l
y especialmente sus tragedias.

Ni se ha quedado nuestra América e
rias. Muchas señoras americanas han
verdad, y si no fuera por no singularizar

padres y madres no solo no se afanan en cultivar los talentos de sus hijas, sino que se creen exentos de esta obligacion, y tienen por perdida toda la instruccion que pudieran recibir. ¿La niña lée mal, escribe peor, no conoce un número, ignora los fundamentos de su religion, comete al hablar mil barbarismos, está llena de supersticiones, y últimamente, es una criatura la mas ignorante de la familia? No importa, *es muger*, no ha de ser sacerdotiza, ni jurista, ni médica, &c. &c., y así nada se pierde con que no sepa ni hablar.

Así se explican muchos padres con su método de educacion, creyendo que porque sus hijas son mugeres quedan á cubierto de la nota de ignorantes, y ellos de la que les acarrea su indolencia; pero en realidad ellos siempre pasan por unos descuidados entre los sensatos, y hacen á sus hijas un agravio, pues abandonar á estas por mugeres, es lo mismo que decir: *Mi hija es muger, pues aunque sea una bestia.*

Lo peor es que al tiempo que se descuidan en enseñar á las mugeres lo útil, se pone el mayor esmero en llenarles la fantasía de necedades, y en que aprendan lo que jamas debian saber.

Si son bonitas, desde muy tiernas se les hace conocer su mérito con las repetidas alabanzas que se les tributan: si son de genio vivo, se les persuade que tienen gran talento: si son locuaces ó habladorcillas, se les significa que son sábias: y en una palabra, si bailan, si cantan, si tocan ó tienen alguna mínima habilidad, se la encarecen con los mas lisonjeros encomios. Las pobres mugeres creen que no tienen mas que saber y que son en su clase Salomones.

Con semejante método ¿qué hay que extrañar que el comun de las mugeres sea necio, superficial, vano y soberbio? ¿Pueden ser mas, cuando no se les enseña otra cosa? ¿Y culparemos al sexo de ignorante é inutil, ó á los padres que lo educan entre las bagatelas ó ignorancia?

Los ejemplos de estas mugeres ilustres que he citado, prueban hasta la evidencia que el sexo es capaz de saber y de pensar lo mismo que los hombres enseñados; mas no por esto digo que se dediquen todas las mugeres á los estudios sérios y abstractos, ni que todas aspiren á merecer regentar una cátedra, ni pronunciar una oracion en una iglesia. Esto seria pretender que saliesen de su esfera. Las mugeres sábias y varoniles no son comunes; pero se citan para demostrar que el sexo no es embarazo para tener ni saber cultivar un buen talento, como se piensa vulgarmente.

Sin embargo, estas mugeres raras * son mas para admiradas que para seguidas, y yo estoy muy léjos de persuadir que se hagan las mugeres estudiantes. A la verdad, que no han nacido sino para ser esposas y madres de familia. En sabiendo cumplir con estas obligaciones, seguramente serán mugeres sábias en su clase, y utilísimas á la sociedad. ¿Pero acaso es muy poco lo que tienen que aprender las que desean desempeñar estos cargos perfectamente?.... A este tiempo entró el ranchero Pascual, y su visita interrumpió el discurso del coronel, que continúa en el capítulo decimotercio.

mo les ido? ¿cómo está su prenda?—No hay novedad, Pascual, dijo el coronel: ¿qué ocurrencia te trae á la ciudad?

—¿Qué he de traer, señor amo, sino un asunto de muy gravísima importancia? Y yo espero en que sus mercedes me sacarán del apuro, por vida de la niña Pudenciana. El cuento es que Culás, mi hijo el grande, ha dado en que se quere poner en gracia de Dios, con Marantoña la hija de tio Benino, el marido que fué de la Carranza, aquella que tenia arrendado el molino prieto años pasados, cual molino vendió D. Celidoño á D. Andrés el cojo, por la malobra que le hizo á su hija Petrona del mayordomo Juan Blas, cuando hubo aquellas heridas por el amigo de....

Bueno está, Pascual, decia el coronel: sigue tu cuento, y déjate ahora de ensartar cosas que no vienen al caso. Estás diciendo que tu hijo se quiere casar con esa hija del tio Benigno: ya esto queda entendido. ¿Cuál es el empeño que traes?—El empeño es que yo, como quera que no soy muy ansina, sino que sé muy bien que tengo mi alma, y me he de morir como todos se mueren, y sé la doctrina de cuerito á cuerito, y sé que el catacismo dice: Darles estado no contrario á su voluntá, no me quero disponer al gusto del muchacho. Y ansina lo dejo que haga lo que quijiere; y una vez que se quere casar, que se case muy denhora buena, yo no se lo impido, á bien que ya es grande; mi compadre el mestro escuelero, dice que no es tonto, sino muy ladino y muy destruido; porque á lo menos el diantre del muchacho sabe mas que no yo, porque sabe leer, y echa unos retos en las loas sin turbarse, porque es muy memorista, y lotro dia hizo un diablo en una pastorela, que la gente se quedó con la boca abierta; y yo tuve miedo que no le hicieran daño....

—Como yo te lo voy teniendo á tí, pues segun lo impertinente y cansado que estás, creo que no acabas tu relacion en ocho dias.—Perdone su mercé, señor amo, que yo no estoy cansado. Quedara yo bien de cansarme de Tacubaya acá que

no está mas que un paso. Pero el cuento es que Culás se quere poner en gracia de Dios, y yo quero que su mercé y mi ama sean los padrinos, porque solo así será todo bueno.

—Si así te hubieras explicado desde el principio, se habrian ahorrado tantos episodios importunos. Está muy bien, seremos tus padrinos con mucho gusto; pero dime, ¿cuáles son las circunstancias de la novia?—Ella no es fea, ni muy bonita, respondió Pascual, es pasaderita: tendrá diez y ocho años, y muy trabajadora, y es para cuanto su mercé la busque. Si es para la cocina, hace unas tortillas que parecen un papel de blancas y delgadas, y si sus mercedes comieran de sus manos unos chiles rellenos, un mole de guajolote, una chanfaina y y otros guisados como estos, hasta se chuparan los dedos. Si es por lo que hace á cuidar á un hombre, es un reguilete, porque sabe coser, lavar y tejer unos ataderos y ceñidores que es un primor. Y ¿qué le diré á su mercé de cuidar las cosas de la casa, y del campo y de los animales? ¡Oh! pareso es una lumbre el diantre de la muchacha, porque ella sabe donde dan quince y el sope, y volverse con el medio: porque sabe cuando está *culeca* la gallina, cuándo se ha de echar, cuál es el cochino echon, cuál el de medio echa, cuál vaca está jorra y cual

pa, queren lavandera: para hacer la cama y barrer la casa, queren recamarera: para hacer los mandados, mandadero, para dar el gasto, ama de llaves: para cerrar la puerta de su casa, portero; y para cada cosa un criado, de manera que yo me espanto de ver cómo su mercé y mi ama Doña Matildita viven con una ó dos mozas cuando mas, y no luego esas señoras que yo no sé de qué les sirven á sus maridos, pues hasta para criar á sus hijos nesesitan *arquilar chichis*, como si ellas no tuvieran las suyas. Ya se acuerda su mercé del cuento de los perritos. ¡Ya se vé que si no saben hacer nada, saben deshacer los caudales con esos puntos, telarañas, modas, coliseos, tertulias, toros, bailes, pascos, y todas esas cosas en que gastan el dinero de sus maridos y el ageno! ¡Ah! *fucha* en semejantes mugeres. ¡Qué gusto que mi hijo Culás se va á casar con una *probe* ranchera, y no con una señorita de *suidá*. ¡Ya se vé qué cuándo lo hubiera yo consentido, aunque me hubieran pesado á puro oro al muchacho y me lo hubieran ido á pedir padres descalzos! ¡Gracias á Dios que mi Culás no fué de la *suidá!*

Y gracias mil á la eterna Magestad, dijo el coronel, porque has acabado tu narracion imprudente aunque sencilla. Para alabar las virtudes de tu nuera, no es preciso murmurar las costumbres de las ciudadanas. Es cierto que hay algunas de estas lo mismo que las has pintado; pero no lo son cuantas te parecen. En todo cabe la reflexion juiciosa, y no debemos aventurarnos á confundir los culpados con los que tienen solo las apariencias, lo que sucede á cuantos como tú no saben hacer las justas distinciones.

Es una verdad incontestable que hay algunas mugeres de mediana, y aun de escasa fortuna, que olvidándose de su condicion, aspiran á competir en lujo con las señoras de la mas elevada gerarquía, y para realizar sus desordenados deseos, no excusan á sus pobres maridos mil disgustos y continuos empeños, con los que arruinan sus casas, pierden el crédito, se

hacen el objeto de la murmuracion de los conocidos, y dejan por último á sus infelices hijos por patrimonio, la holgazanería y la miseria. Este es el fruto ordinario de la inmoderacion y desperdicio.

Pero cuando confesamos que estas mugeres obran con desarreglo y sin cordura, no hemos de asegurar lo mismo de aquellas señoras que por razon de su estado sostienen una decencia sobresaliente al comun de las demas, y mucho menos si tienen suficientes proporciones pora sostenerla. Cada individuo de la sociedad debe portarse como los demás de su clase, cuando puede hacerlo buenamente. Este es el órden, el que se invierte ó por un exceso de disipacion, ó por un abandono ó mezquindad miserable.

Un mismo mueble puede ser necesario, indiferente y gravoso, segun fuere la persona que lo tenga. El coche, por ejemplo, será necesario á una señora de título, muger de un togado, &c., será indiferente para una señora particular, y será gravoso para una que no tenga lo preciso para mantenerlo. Si todos nos contuviéramos en nuestra esfera, tendriamos me-

pobre? Raras han sido estas á la verdad, pero no falta una que otra en nuestro siglo corrompido. Ninguna alabanza es igual á su mérito en mi concepto; pero viven seguras de que su caridad queda bien escrita en el libro de las eternas recompensas.

Como Pascual se quedaba en ayunas de las tres partes de lo que el coronel nos decia, no pudo sufrir mas; y así á este tiempo, que le pareció oportuno, le dijo: Pos señor amo, ya me voy: á bien que ya voy contando con el favor de sus mercedes para el apadrinamiento de Culás; y agora solo quero que su mercé me preste veinte y cinco pesos que me pueden faltar para el completo de los derechos del señor cura, y otras cosas.

El coronel le dió el dinero, y le previno que volviese á avisar la víspera de la boda. Con esto se fué Pascual muy contento, dejándonos harto que reir con sus simplezas.

Apenas habia salido el ranchero, cuando entraron las niñas Pomposita y Pudenciana, y se sentaron con nosotros.

A mí no se me ha olvidado que el coronel cortó el discurso á la entrada de Pascual, y como deseaba oirlo hablar, le supliqué acabase de decir qué cosas debian saber las niñas que se criaban para ser algun dia madres de familia.

D. Rodrigo condescendió con mi gusto, y nos dijo: No es poco lo que tiene que aprender una niña que probablemente se haya de sujetar al matrimonio, porque tiene que instruirse en muchas cosas que deberá despues enseñar.

„Es indispensable, dice un autor respetable, * que una niña de estas aprenda á leer y escribir correctamente. Es una vergüenza, pero cosa muy comun, el ver que mugeres dotadas de entendimiento y de civilidad, no saben pronunciar lo que leen ellas, ó se paran donde no deben, ó leen cantando, cuando debieran pronunciar simple y naturalmente, con firmeza y arreglo á la puntuacion. En órden á escribir come-

* El Ilmo Sr. D. Francisco de Salignac de la Mote Fenelon, arzobispo de Cambray, en su librito titulado: *Educacion de las hijas.*

ten frecuentemente muchos errores notables, ó en el modo de formar los caracteres, ó en el modo de juntarlos. Enséñeseles, pues, á las niñas, cuando ménos, á hacer las líneas derechas, y á formar los caracteres limpios y legibles."

„Tambien es necesario que las niñas sepan la gramática de su lengua. No es esto decir que la aprendan por reglas, como los gramáticos aprenden la lengua latina, sino que se les acostumbre sin aire de leccion, á no tomar un tiempo por otro, á servirse de términos propios y puros, y á explicar sus pensamientos con órden, con limpieza y de un modo correcto y preciso. Por este medio se les pondrá en estado de que puedan enseñar algun dia á sus hijas á hablar bien sin ningun estudio. Se sabe que en la antigua Roma, la madre de los Graccos contribuyó mucho con su educacion á formar la grande elocuencia de sus hijos."

„La ciencia de la aritmética y su uso es indispensable á las niñas. No ignoro que esta ciencia es espinosa para muchas gentes; pero el hábito tomado desde la infancia de hacer varias especies de cuentas con el socorro de las reglas, facilitará la exactitud, y dulcificará la amargura. Todos saben que

nómico, experimentarán la necesidad de estos conocimientos para manejarse y para no ser engañadas.»

„Si ha de ser casada, dénsele reglas para la economía doméstica, para criar bien los hijos, para conducirse con la familia; y finalmente, enséñesele el modo de gobernar bien todas aquellas cosas que segun las apariencias ha de manejar.»

Todo esto y mas, quiere el señor Fenelon que sepan las hijas que han de ser madres; y aunque todo es útil y necesario, ya nos contentariamos con menos. Mucho sabrá en nuestros tiempos una señora que sepa ser muger, cuidar lo que el marido adquiera, asistir en su casa, y no desentenderse de la educacion de sus hijos, sin prescindir de estas forzosas tareas, fiada tal vez en que tiene dinero, pues este suele faltar, y entonces los hombres echan de ver al instante todos los defectos de las mugeres.

Las riquezas mientras duran, suplen la inhabilidad de las mugeres; pero luego que faltan se hace mas intolerable su ignorancia. Por esta razon se puede decir que en cierto modo el dinero es perjudicial á aquellas personas que naciendo con él, no tuvieron la fortuna de lograr unos padres activos y prudentes que dirigieran bien su educacion. Esto es comun en hombres y mugeres. El pobre instruido y laborioso padece sus cuitas, pero jamas pisa los umbrales de la miseria; antes mil veces se labra su fortuna con su industria; pero el rico inútil, vano y perezoso, luego que lo desamparan los doblones, cae de plomo en la mendicidad mas vergonzosa.

No es esta plaga poco comun. ¡Cuántos ricos hay que no saben, no digo adquirir un peso, pero ni conservar los que heredaron, y que si los gobiernos no los pusieran en clase de pupilos bajo la tutela de las leyes, disiparian en dos dias los mas pingües capitales! Ricos he conocido que no saben leer una carta, y cuyas firmas apenas las conocerá el boticario mas hábil, y ricas que no saben echar un punto en una media, ni un dobladillo en un pañuelo. ¿Pero qué se puede esperar

de unas personas criadas entre la adulacion, la holgazanería y la ignorancia? ¡Felices son sin duda aquellos niños, cuyos buenos padres aprovechan su dinero gastándolo en hacerlos útiles á sí y á sus semejantes! Estos hijos no sentirán el peso de la miseria en el mas ingrato revés de la fortuna.

Cuando decia esto el coronel, paró un coche á la puerta de la casa, se asomó Pomposita al balcon, y entró luego, luego diciendo: Mi mamá, mi mamá, y viene con la señora Jacobita y con Labin. ¿Qué Labin es ese? preguntó el coronel. Y la niña respondió: D. Enrique Labin, tio, el mayor de Ungría. —¡Oh! bien: yo pensé que era algun criado de tu casa. El caballero Labin es un hombre muy circunspecto, y por su edad podia ser tu padre.

En esto entraron las visitas, y pasados los primeros cumplimientos, dijo Eufrosina: Hermano, no perdamos tiempo: Jacobita tiene un baile esta noche con motivo del casamiento de su hermana Teodora. Le he merecido que ella misma haya ido en persona á convidarnos; pero quiere que vd. le haga la gracia de asistir á su diversion con Matildita y Pudencia.

no, respondió el coronel, cada dia hay nuevas cosas que observar; pero ¡ya se vé, que todos los maridos quisieran que los que cortejan á sus mugeres, fueran tan honrados como el señor Labin, con quien mi cuñada está demasiado segura de toda seduccion! Yo apostaré á que estaba vd. de visita en su casa cuando fué la señora Jacobita á convidarla para el baile, y ella le suplicó á vd. que la acompañara á casa. Así fué, dijo el oficial: las dos me instaron á que viniera, y me han comprometido á asistir á las bodas, de las que juzgo serán tan tristes sus fines, como son alegres sus principios.—¿Y por qué?—Porque la novia tendrá diez y siete años, y el novio no pasa de diez y ocho. Ya vd. verá, compañero, qué resultados podrá esperar una muchacha que se casa con un muchacho. En esta edad agita la sangre en los dos todo el fomes de la lascivia, se entregan á sus placeres á rienda suelta, debilitan su salud y se anticipan la vejez. La muger, ó por su constitucion mas débil ó por los efectos de la concepcion, parto y lactancia, lleva siempre la peor parte: se enferma mas, se avejenta mas pronto, y cuando el marido tiene treinta años, se halla conque tiene por muger una vieja achacosa. Entónces abre los ojos, y se arrepiente de verse atado á una estantigua, que tal le parece su muger. A este arrepentimiento se sigue la aversion del objeto que la causa, y á este un odio que suele durar hasta la muerte. Tales son los efectos de los casamientos muy tempranos, especialmente por parte de los hombres. Yo, la verdad, siempre los reprobaré. Y con razon, dijo el coronel: porque los efectos que vd. ha dicho son consiguientes á las causas. Los antiguos debieron de observar los mismos funestos resultados que se notan en el dia en semejantes matrimonios Aristóteles es de sentir que el hombre debe tener doble edad que la muger con quien se case: de modo que el hombre de treinta años y la muger de quince, harán un enlace proporcionado en razon de la edad, pues cuan-

do el sea de cincuenta, ella será de treinta y cinco, y todavía no le parecerá vieja. Bien que aquellos que no son llamados para el celibato, y cuya continencia corra peligro en tal estado, deben casarse muy jóvenes, conforme al consejo del Apóstol.

A este tiempo salieron las señoras y las niñas muy compuestas, y habiendo dejado Doña Matilde prevenido todo lo necesario, y encargada su casa al cuidado de una señora vieja que la acompañaba, se fueron para la de Doña Jacobita, donde los esperaban los novios con una porcion de convidados.

Era muy cerca de anochecer cuando llegaron ó llegamos, que yo tambien gocé de esa funcion. La sala estaba completamente iluminada y surtida de señores y señoritas jóvenes, sin faltar algunos viejos y viejas, de aquellos que no se cansan de divertirse en toda la vida, ó que van á estas *frascas* solo por comer de valde. Los ojos se les iban hácia las mesas del refresco que se dejaban ver en uno de los cuartos inmediatos; pero aun no era llegada la hora del combate, y así se contentaban los mas golosos con lamerse los bigotes, como el gato cuando ve el jamon que no puede atrapar entre sus

prisa. Efectivamente, se procedió á las solemnes ceremonias, y se enlazó ante Dios y los hombres aquel nudo que hace las delicias de la vida cuando lo aprietan las voluntades de los contrayentes.

Concluido lo principal de la funcion, y pasado los abrazos y parabienes que en tales ocasiones se prodigan, entramos con los novios, padrinos, convidados y entremetidos, á la sala del refresco.

Allí competia la profusion con la curiosidad. Habia dos mesas: una surtida de todo género de dulces y helados, y otra de masas de bizcocho, buen queso, jamones en vino, aceitunas, y cuanto podia provocar el apetito de los exquisitos licores que abundaban. Mil arcos de flores y ramos de carturina hacian la mas agradable perspectiva.

Colocados los circunstantes en forma de batalla, se dió por los padres y padrinos de los desposados la señal de ataque, y al instante acometieron á los dulces y demas golosinas con la mayor intrepidez, de modo que en pocos minutos fueron todas derrotadas y desaparecidas por la glotonería mas decidida.

Yo me divertí aquel rato, observando los genios y educaciones de todos, y decia para mi sayo: No hay duda sino que en una concurrencia de estas, cada uno manifiesta sin querer sus principios; porque ví que los hombres que los habian tenido finos, solo se ocupaban en servir á las señoras con el mayor comedimiento, cuando á otros todo se les iba en aprovecharse de lo mejor, despedazar sin órden, y embaular desaforadamente. Muchos haciéndose corrientes, no solo comian ó devoraban cuanto podian, sino que llenaban las bolsas y pañuelos de lo mas exquisito, sin perdonar las botellitas de licor. Yo creí que alguno se habria guardado una fuente de plata, si se la hubiera podido acomodar en el bolson de la levita. En

fin, el refresco se concluyó sin quedar ni migajas para los sirvientes.

Ya con los estómagos habilitados, pasaron á la sala, y se comenzó el baile que acompañaba una completa orquesta. A los principios se bailaron unas boleras y algunos minués; pero los mozitos, cansados de bailar estas piezas, comenzaron á bailar wals y contradanza. Entónces todo se volvió bulla y alegría en los dos sexos.

En breve pasaron revista y manoseo con todas las jóvenes de la sala. Pomposita se llevó las atenciones y los primeros aplausos, no sé si por su cara, por su habilidad ó por su desenfado en el bailar, aunque seria por todo seguramente. Tuvo la gloria de cansar en el wals á cuatro señoritos y á los músicos, que ya daban al diablo la perseverancia de la infatigable bailadora.

Pudenciana no dejó de hacer su deber ni ocupó el asiento en valde, porque con permiso de sus padres bailó dos versos de boleras diestramente. Querian los curiosos probarla en el wals; pero ella bien enseñada por su padre, se excusó con que no sabia, y todos se quedaron deseando verla bailar este son

CAPITULO XIV.

En el que se descubre la causa de la visita de Eufrosina, que fué un sentimiento que tenia de su cuñado, y la satisfaccion que este le dió.

Almorzando estábamos, cuando Doña Eufrosina entró con su marido, muy cuidadosa, al parecer, por la salud del coronel; pero á poco rato no pudo disimular el motivo verdadero de su visita; y así le dijo: Muy bien conocí, hermano, que vd. anoche no tenia otra enfermedad que su maldito genio hipocondriaco y escrupuloso. ¡Caramba, que es vd. fatal! me hizo vd. desesperar, y me desairó como acostumbra, no consintiendo que bailara Pudenciana un walsesito, y esto, solo porque era empeño mio y se habian interesado al efecto aquellos caballeritos. Sí, por eso fué, por eso: porque decir que no sabe bailar wals Pudenciana, es negar la luz del dia; y á mas de que semejante muela se les podia encajar á los demás; pero no á mí que estoy cansada de berla bailar con Pomposita. Pero ¡ya se vé! que vd. lo hará porque se crie su hija recatada; aunque en esto de buena crianza nada le va á deber á la mia, porque yo y su padre tambien sabemos lo que se hace, y al fin es una grosería que una muger no sepa bailar cuanto se usa, ni que por ser zonza desaire á los que en una concurrencia la conviden. Yo por mí, hermano, ya me guardaré de suplicarle á vd. nada en una publicidad, pues tengo mucha experiencia de que siempre se empeña en que quede mal.

No es para tanto, hermana, dijo el coronel; vd. no debe sentirse porque no vailara wals Pudenciana. En verdad que se lo tengo prohibido, y me parece que con razon. Soy su padre, y tengo cuanta autoridad necesito para impedirle todo aquello que me parezca mal.

No por eso pretendo que la educacion que yo le doy á mi

hija sea norma por la que se sigan los demás. Cada uno es dueño de su casa y padre de sus hijos y obrará como le pareciere. El mundo se compone de opiniones.

¡Vaya, vaya! eso es tirar la piedra y esconder la mano, decia Doña Eufrosina: á vd. no le acomodan los bailes, porque ya es viejo.... sí, por eso, y no quisiera que ninguno bailara; pues yo he oido decir que los bailes son buenos y en todo el mundo se baila, y yo y Pomposa hemos de bailar sobre el diablo. Quedábamos bien con meternos á recoletas tan temprano. Mi hija está en la flor de su edad, y cuando yo no pueda bailar por vieja, no he de embarazar que baile la muchacha, que eso fuera como el perro del hortelano. A mas de que hasta en los conventos de frailes y monjas bailan de cuando en cuando, ¡vea vd. por qué no hemos de bailar nosotras que estamos en el mundo y todavía se nos menea un pié!

Dice vd. muy bien, hermana, prosiguió el coronel; pero no ha dicho sino lo que yo, esto es, que todos piensan con su cabeza, y cada uno hará en su casa lo que le pareciere.

No por esto crea vd. que aborrezco toda clase de bailes por mi humor tétrico ni por mi edad madura: mas vicio que yo

litas al rededor del becerro; pero ¡cuán diverso fué el espíritu de estos bailadores!

Bailar por alegría, bailar conservando las leyes del honor y la modestia, es buen bailar, no hay quien lo condene. Los reyes, los hombres mas juiciosos y timoratos han autorizado esta diversion, no solo asistiendo, sino dando ellos mismos unos bailes suntuosísimos. Tales fueron los que dió Catalina de Médicis á los reyes de España, el memorable que dieron los padres del Concilio de Trento en esta ciudad á Felipe II, año de 1562, y el muy distinguido que dió Luis XII en la de Milan, rompiendo el baile el mismo monarca, y danzando en él los cardenales de S. Severino y de Narbona.

Estos bailes, y todos los que sean arreglados, son loables y pueden frecuentarse sin riesgo; pero no son todos así seguramente. Yo asistiré y llevaré á mi hija á los que me parezcan tales, acordándome que el sabio Blanchârd dice: „Que en cuanto á saber bailar es un ornamento que es bueno procurarse, porque seria llevar el rigorismo muy léjos, impedir absolutamente el baile á las personas del mundo, y no se puede condenar sino el abuso de él.” Pero en virtud del parecer de este autor y por las obligaciones que me impone la religion sé que no debo llevarla á ciertos bailes que comienzan con ceremonia y etiqueta, y acaban en manoseo y retozo. Esto haré yo; pero no me opondré á que vd. y los demás hagan lo que quisieren. Calló el coronel, y Doña Eufrosina, no pudiendo sufrir mas esta reprension, varió de plática, y á poco rato se despidió con su marido.

A pocos dias encontré á Tulitas la ahijada del coronel; pero en un estado tan infeliz que no la conocia, porque estaba muy sucia, trapienta, descolorida, flaca y enmarañada. La pobre me habló y en un instante me contó sus desgracias, y cómo habia estado en la cárcel y acababa de salir del hospital, y que estaba arrimada en casa de una vieja que habia sido

amiga de su madre. Yo me compadecí de ella, la socorrí con lo que pude, y me despedí.

Le conté este pasage al coronel delante de Doña Matilde y de su niña, y me dijo: No te admires: tal es, casi siepre, el paradero de las jóvenes bonitas que no se saben apreciar ni conservar su honor con constancia. El mundo las seduce, las alhaga y las lisonjea por unos dias; pero al fin las abandona con infamia en los brazos de la miseria y de una vejez harto infeliz.

Despues que corren alegremente un poco de tiempo pisando flores por el camino de la prostitucion, despues que marchitan su juventud con los placeres, bailes, fiestas y bureos, cuando menos lo piensan se hallan despreciadas de sus adoradores, hechas el juguete de todos, y encuentran en el hospital ó la cárcel los mejores lugares en que llorar el fruto de su mal apreciada libertad. Gertrudis me compadece, pero tiene mil compañeras dignas de la misma compasion. ¡Ya se vé, que esta muchacha no se hubiera perdido, si no hubiera sido por su madre!—¿Le preguntaste por ella?

Sí le pregunté. Me dijo que habia muerto, y añadió mu-

Gertrudis. La frase con que ella culpa á su madre es bien adecuada. Por la codicia venden muchas á sus hijas y las hacen desgraciadas toda su vida, y con razon estas las hacen acreedoras al desprecio universal: ¿de qué execraciones no serán dignas las madres impías que trafican vilmente con sus hijas?

En esto estábamos, cuando entró el ranchero Pascual muy contento á avisar al coronel como para el inmediato domingo estaba prevenida la boda de Culás. D. Rodrigo recibió la noticia con agrado, y le dijo que el sábado estuviese en México con ocho caballos buenos, porque queria ir la familia de su cuñado. Pascual ofreció hacerlo así, y dejando muchas memorias á su ama, se fué para su rancho.

Me gusta este Pascual, decia el coronel, por hombre de bien y candoroso. Sin embargo de que la malicia ha extendido su imperio por todas partes, se encuentran entre estos pobres rústicos algunas almas tan sencillas y algunos corazones tan limpios, que es preciso amarlos luego que se tratan. Por lo comun no conocen el disimulo, la mentira, ni la vanidad, y esto los hace recomendables para toda gente sensata. Ellos es verdad que ignoran la finura, cumplimientos y faramallas de las ciudades; pero en cambio poseen muchas virtudes morales y cristianas, con las que pasan en su estado una vida feliz, y al fin aseguran la eterna. Por esto dice S. Agustin que los indoctos arrebatan el cielo. Es una lástima que se eduquen tan groseramente, y que se instruyan tan poco en su religion.

Si muchos de estos tuvieran mejores conocimientos de Dios, de sus atributos y perfecciones, de la naturaleza en comun y de la suya propia, serian menos idiotas y mejores padres y maridos, y darian á sus virtudes mas brillo y elevacion, conservando las que poseen y adquiriendo las que no conocen.

¿Pero en que está, dije yo, que á pesar de la natural buena inclinacion de estas pobres gentes, las vemos algunas veces cometer unos delitos enormísimos, y los advertimos incurrir en

unas boberias casi increibles, especialmente los indios, en los que se notan unos defectos tan comunes y generales, que no parece sino que pasan por herencia de padres á hijos? porque los indios son mezquinos, rudos, embusteros, supersticiosos, desconfiados, y muchos borrachos y ladrones. ¿En que estará esto? quisiera yo saber, porque no comprendo por qué en cada clase de gentes sobresale cierta clase de vicios que parece que le son privativos. En los ciudadanos veo resaltar la intriga, la falsedad, la adulacion, la vanidad, la soberbia y el orgullo si son ricos; * si son pobres, los veo holgazanes, descuidados, atrevidos, sinvergüenzas, necios y abandonados á los vicios mas torpes. En los payos ó gente rústica veo que sobresale la barbarie, el despilfarro, la grosería y la supersticion, y en los indios lo que ya tengo dicho, y así discurriendo por las demás clases del estado.

Hijo mio, tu duda es curiosa é interesante, dijo el coronel: yo no sé si te la podré satisfacer. El clima, las costumbres, las leyes y la religion del pais donde se nace, influyen poderosamente para formar el carácter de los hombres. Entiendo por carácter aquel apego y entusiasmo con que cada nacion

En esta inteligencia, no es extraño que los payos, los pobres y los indios tengan un carácter diferente ó unas diferentes inclinaciones respecto de los ciudadanos ricos é instruidos. La educacion y los principios de estos son diversos de los de aquellos: por consiguiente, debe ser diverso el carácter de unos y otros. Esto nada tiene de raro.

Busquemos en la educacion el orígen de los vicios y de las virtudes de los hombres, y no nos será dificil encontrarlo. Mientras la educacion sea burda y abandonada, los hombres serán groseros y se inclinarán á los vicios mas torpes. En el estado natural, cuando el hombre abandonado á sus pasiones, sin religion, sin leyes ni gobierno, sin seguridad y sin cultura, vagaba por los montes ya oprimiendo al desvalido, ó huyendo del mas fuerte, ¿qué eran sino unos bárbaros que tan pronto se engreian con el mas criminal despotismo, como se encorvaban bajo la esclavitud mas vil? De cualquier modo deshonraban la humanidad, ya tiranizando á los infelices, y ya sirviendo de infames instrumentos para que los poderosos satisfacieran sus caprichos.

En medio de estos casos progresivamente apareció la religion, se reunieron en sociedades, se juraron las leyes, se establecieron los gobiernos: y mira aquí al hombre convertido de asesino en filántropo, de ladron en custodio de los interes de sus semejantes, de holgazan en laborioso, y últimamente, de salvage temible en ciudadano provechoso.

Tal ha sido la suerte de los pueblos, y tal es y será la de todos los individuos de la especie humana. Segun la idea que se formaren de la religion y del gobierno, segun la sociedad en que se crien, la educacion que reciban y las costumbres que vean practicar, así saldrán ellos como he dicho.

El pobre ranchero, el infeliz indio, el plebeyo abandonado, que ignora la religion que dice profesa, que no conoce la justicia de las leyes, ni advierte la gravedad de los delitos que comete, y á mas de esto, se ha criado en medio de una familia

soez, educado con los pésimos ejemplos de unos padres viciosos é ignorantes, ¿qué podrá ser sino un inculto barbajan, y acaso un vicioso perdurable? Sin advertir la mútua conveniencia que nos resulta de sujetarnos á las leyes civiles, sin saber cuánto nos obligan las eternas, sin probar jamas los dulces frutos de las ciencias, y sin noticia de lo que es probidad, honor y vergüenza; ¿qué puede ser, repito, un hombre de estos, sino un necio, un mal padre, un peor marido, y un pésimo individuo de la especie humana?

Tú me preguntarás ¿á quién le toca poner el remedio sobre estas cosas, y velar acerca de la buena educacion de estas gentes? y yo no me detendré para decirte que al gobierno.

Los reyes en primer lugar, y en segundo los que hacen sus veces, son los que tienen esta sagrada obligacion conforme al sagrado texto: ¿Te ha constituido Dios, (dice el Eclesiástico), * superior de estos individuos? Pues ten cuidado de ellos.

Nuestros soberanos, penetrados bien de este principio, han querido siempre desempeñar este divino precepto. Las repetidas y piadosas órdenes que en todos tiempos han expedido para que se establezcan escuelas en todos los pueblos, las aca-

te las disposiciones de los reyes, publicando sus órdenes y iéndolas valer en lo posible. Pues si esto ha sido así, di- ¿En qué consiste que en el reino haya tanto holgazan, orante y vicioso como se ve? No sé si atinaré con la resta; pero escucha. No siempre depende de las primeras intades el que se cumplan sus benéficas intenciones. Ni reyes, ni los vireyes, ni los magistrados, ni cualesquiera eriores son como Dios, que con un solo acto hace cumplir voluntad por sí, sin necesidad de ageno auxilio. Todos hombres son muy miserables y limitados: siempre estamos endientes unos de otros, y necesitamos valernos de los de- para verificar muchas veces nuestros designios. He aquí esolucion del problema.

os reyes han querido que sus vasallos se instruyan y se quen rectamente: para esto han mandado se establezcan y enten escuelas en todas partes: sus viceregentes han co- icado las reales órdenes á los jueces y curas de los pue- , como que estos son los agentes inmediatos y á quienes esponde llenar las benéficas intenciones del soberano. Y : ¿se cumplen en todas sus partes y como debia ser? Los ltados dicen que no, por mas que los subdelegados y pár- s digan que hacen cuanto pueden.

o ignoro que algunos de estos se desvelan y se afanan ue los indios de sus pueblos reciban la instruccion mas veniente y proporcionada á su capacidad; pero tambien ue no son los mas, y por esta verdad responde la estupi- de los indios de casi todas las provincias del reino.

o solamente en los pueblos se lamenta este descuido en la era educacion de los pobres. En las ciudades y en la ca- l misma no se observa mejor con corta diferencia. ¿No la multitud de muchachos trapientos y haraganes que va- todo el dia por las calles? ¿No te encuentras á cada paso una tropa de vagamundos que andan jugando á los clavi- y al picado en las esquinas y plazuelas, sin mas aparente

ocupacion que vender villetes? ¿No te ha escandalizado el ver pedir limosna unas criaturas de cuatro y de cinco años? Pues esto ¿qué prueba sino que tienen unos padres indolentes, y unos curas que tal vez ignoran que tienen semejante clase infeliz de feligreses?

Despues que yo veo la abundancia de muchos perdularios que sobrecargan con su peso la sociedad, no me hace fuerza encontrar unos hombres borrachos tirados en las calles como unas bestias, ni me admira que haya tantos ladrones y viciosos arrastrando una cadena, sufriendo unos azotes afrentosos ó pagando en el último suplicio sus delitos. Nada de esto me admira, porque es consiguiente á la abandonada educacion que recibieron; y seria un delirio esperar frutos sazonados de semillas ruines.

Ya ves aquí descubierto el orígen de los vicios que especialmente notas entre la gente pobre é ignorante, y ves como no bastan á impedirlos las mas sanas providencias de los reyes ni las ineficaces diligencias de los que gobiernan en su nombre. Los ojos que miran de cerca á sus pueblos y las manos que están destinadas para repartirles el pan de la doctrina, son los que deben cooperar á esta grande obra.

il encontrar sujetos de probidad é instruccion que des-
en el título de maestros á satisfaccion de los curas; pe-
indolos regularmente. Mas querer hallar hombres ins-
y á propósito que se sujeten á esta fastidiosa tarea
inte ó catorce reales semanarios, es imposible.
ense bien esas plazas, y sobrará quien las ocupe digna-
Si se me preguntara ¿de qué fondos debian salir
lotaciones? Yo dijera, que de las cajas de comunidad de
lios y de las particulares de los comerciantes y hacenda-
sus pueblos, pues á todos alcanzaba el beneficio de la
educacian de los muchachos.

es esto tan dificil como parece. Si los señores párro-
rsuadieran á los indios de las ventajas que resultarian á
á sus hijos de la buena educacion que estos les dieran,
hicieran ver que era mas grato á Dios y provechoso á
ue educasen bien á sus hijos, que no que gastasen su di-
n fiestecitas, ni en vestidos de soldados en la semana san-
comedias, loas, retos y otras frioleras inútiles cuando
rniciosas á ellos mismos, seguramente recibirian los pa-
es consejos de sus curas; porque el indio en concibiendo
interesa alguna cosa, se presta á ella á costa de los ma-
sacrificios, y abrazada por ellos esta idea, franquearian
cas, y se hallaria con que dotar maestros hábiles, que
nasen sus escuelas, que es la primera condicion que se
re para la buena educacion de los pueblos.

segunda no es menos importante, y consiste en celar que
uchachos vayan á ellas; porque si no ¿de qué servirán los
s maestros? Esto me parece menos dificil que lo prime-
queriendo que lo sea los que mandan en los pueblos.
dificultad hay para saber cuántos muchachos hay en un
o? ¿por qué no se podrán llamar por lista todos los dias
se hace con los soldados? Faltando alguno, ¿qué teolo-
necesita para averiguar en quién consistie la falta, si

en el muchacho, ó en su padre, ni para castigar irremisiblemente al culpado? y por último, ¿qué no pudieran hacer el maestro y el gobernador, auxiliados por el subdelegado y el cura? Seguramente se conseguiria el fin, y se llenarian muy en breve las intenciones de nuestros benéficos monarcas.

Lo mismo y con mas facilidad se podria hacer en las ciudades; y ves aquí, segun me parece, realizado en dos palabras el plan de educacion general, que hasta hoy tenemos en un pié lamentabe: *Buenos maestros que enseñen, y mucho cuidado para que los muchachos aprendan.* Si por fortuna á este cuidado se juntara algun amor del bien público de parte de los párrocos y jueces, y procuraran animar á la juventud con algunos premios y cariñosas distinciones, entonces yo aseguro que no muy léjos, dentro de diez años, se harian demasiado perceptibles las ventajas.

Pero yo me he distraido mucho en esta conversacion, que quizá te habrá enfadado por prolija; aunque tú has tenido la culpa por haberme tocado en un punto que siempre he visto con el mayor interes y compasion. Son ya las doce, y se me habia olvidado que tengo que ir á casa del marqués

CAPITULO XV.

En el que se cuenta la desgraciada aventura de Pomposita, y el casamiento de Culàs y Marantoña.

El dia siguiente pasé mi catre, mi baúl y mi corto ajuar á la casa del coronel, y el inmediato sábado llegó Pascual con los caballos. Sin pérdida de tiempo se avisó á Doña Eufrosina para que dispusiera el paseo por su parte, y ella contestó que por estar enferma iria en coche con unas amigas suyas; pero que D. Dionisio y Pomposita irian á caballo.

En esa noche se dispuso todo lo necesario en las dos casas. A otro dia oimos misa temprano, y cuando volvimos de la iglesia ya estaba prevenida Doña Eufrosina y sus amigas, D. Dionisio, el anciano eclesiástico, el señor Labin, el Licenciado Narices y algunos otros.

¡Santa Bárbara sea conmigo! dijo Pascual al ver tan grande y lucida comitiva. Todos oimos su desaforado grito, y lo vimos coser la barba con el pecho; pero á ninguno le ocurrió preguntarle la causa: tal estábamos de entretenidos.

Se ensillaron los caballos, y el de Pomposita se adornó con un famoso sillon: cada uno fué montando en el que le tocaba. Pero ¡cuál fué mi admiracion y la de muchos cuando vimos salir á la niña Pudenciana y á su mamá vestidas con sus túnicos de montar, calzadas con sus zapatos de botin, con acicates de plata, y adornadas sus cabezas con unos gorros muy preciosos!

Inmediatamente que llegaron adonde estaban sus caballos, montaron en ellos con bastante ligereza, y comenzamos nuestra agradable caminata.

El acompañamiento era tan grande y tan lucido, que traia sobre sí la curiosidad de las gentes que encontrábamos por las

calles, siendo Matilde y su hija los objetos que mas llevaban la atencion.

Los caballeros que nos acompañaban se deshacian en elogios de Pudenciana, cuyo garbo les era demasiado agradable.

Unos decian que parecia una Pálas, otros una Amazona; estos, la emperatriz de las Rusias cuando fué al frente de sus ejércitos á atacar á la Puerta Otomana: y todos á porfia la colmaban de alabanzas y le dirigian sus comparaciones mas ó menos adecuadas, pero segun podian.

Tan repetidas alabanzas lastimaban fuertemente los oidos de Pomposita, quien no pudiendo ya sufrir que ensalzasen tanto á su prima en su presencia, dijo: ¿Qué te parece, niña? Cierto que has caido en gracia á estos señores. ¡Qué bien ha hecho mi tio en enseñarte á andar á caballo como los hombres! Yo la verdad, estoy envidiosa de esa tu rara habilidad, y desde ahora prometo que voy á empeñarme con papá para que Lailson * me instruya en el arte de la equitacion, por si algun dia me viere en necesidad de hacer maromas en el circo; aunque tú estás muy adelantada, y podrás hacerme el fa-

ser tan ridícula ni tan machorra que montara á caballo como hombre! Mi papá y mi mamá dicen bien, que eso es una indecencia en una muger, y es querer hacerse muy singulares entrar por semejantes monerías.

—Sus padres de vd. dirán lo que quisieren; pero pienso que seguramente se equivocan. Yo he andado por diferentes partes de la Europa, donde he visto que casi todas las señoras no montan de otra manera. Aquí en México hemos visto seguir esta costumbre á algunas extrangeras y españolas. Pero prescindiendo de los ejemplos, la razon y la experiencia nos manifiestan la bondad y la inocencia de este uso *. Nada tiene de nocivo á la salud, cualidad que no falta á estos sillones †. Yo aseguro que con el movimiento del caballo, ya no lleva vd. la cintura muy á gusto, y no hemos andado media legua. ¿Qué seria en un camino largo?

Tampoco tiene nada de indecente usándose con las precauciones que esta niña. Ya vd. habrá visto que apenas se apea, cuando, si quiere, con abrocharse los botones de otro modo, ya está con túnico y enteramente en trage de muger.

Careciendo este uso de las malas cualidades de indecente y nocivo á la salud, tiene las ventajas de facilitar á una muger

---

* El señor Labin tal vez no ignoraria que Dios en el capítulo XXII del Deuteronomio, prohibió expresamente que el hombre se vistiera como muger y la muger como hombre; pero sabia que un caso de necesidad indulta de esta observancia y el caminar puede ser este caso: por eso defendió la costumbre solo con esta ocasion, dejando á los teólogos la resolucion decisiva de la materia.

Nota del Editor. Es falso que el trage de que se habla en este lugar y usan las señoras para montar á caballo sea de hombre, aunque algunas piezas lo parezcan, pues nadie ni aquí ni en Europa ha visto á los hombres usar el túnico abierto que para esto se visten las mugeres.

† Las propensas á hemorragias ó flujos de sangre y las grávidas, pueden resentir el montar á caballo de cualquier modo que sea.

el cabalgar, de hacerla menos pesada á los hombres que la acompañan, de proporcionarle la carrera sin riesgo, de librarla por consiguiente de un peligro; y de precaverla, aun en el caso que caiga, de que se ofenda su honestidad.

Que me señalen iguales ventajas en el uso de los sillones; y si no las pueden señalar, sujetémonos á la razon: y cuando mas, que no admitan la moda; pero tampoco se burle nadie de quien la sigue, pues en esto se acreditará su necedad. Tan malo es seguir las modas malas por capricho, como no seguir las buenas por preocupacion, y mas cuando la razon nos convence de su utilidad.

Tanto se embobó Pomposita oyendo al señor Labin, que se le cayó el paragua sobre las orejas del caballo. Esto, sin embargo de su mansedumbre, se espantó al verse con aquel embarazo delante de los ojos, y sin esperar razones, dió la estampida, y *á poco trecho cayó en tierra mi señora Doña Pomposa, mal de su grado;* pero en tan indecente postura, que cuando menos, nadie dudó de qué color eran sus ligas. Los mozos corrieron á atajar el caballo, y nosotros fuimos apriesa á socorrer á la desventurada.

Inmediatamente la levantamos y la metimos en el coche. Por fortuna no recibió mas daño que una ligera contucion. Su vanidad sí quedó bien abatida, y mas cuando el señor La-

A poco trecho cayó en tierra mi señora D.ª Pomposa mal de su grado

rosa exclamacion que acababa de hacer en México á Santa Bárbara no pudo menos sino preguntarle con el mayor empeño la causa de su afliccion. ¿Qué tienes, Pascual (le decia), estás enfermo?—No, señor.—¿Te has arrepentido de que se case Culás?—¡Ojalá fuera ese mi cuidado!—¿Te falta dinero para alguna cosa precisa?—Aunque me falte y aunque lo tenga, de nada me sirve agora.—¿Pues qué tienes, hombre? ensánchate, á ver si podemos consolarte?—Apurarme mas podrán sus mercedes por hora; pero eso de consolarme, cuándo.—¿Conque nosotros podemos afligirte? ¿De qué modo? Vamos explícate, no nos tengas en duda de ese enigma.

—Pues señor amo, si no se ha de enojar su mercé, voy á confesarle la purísima verdad, aunque me cueste harto trabajo decirla; pero por eso se dice que mas vale vergüenza en cara, que rencilla en corazon: y que es mas mejor ponerse una vez colorado que ciento descolorido, pues al buen pagador no le duelen prendas.....

—Vamos, hombre, acaba con tantos refranes, que te nos vas volviendo Sancho Panza entre las manos. Despacha, ¿qué es lo que tienes? ¿qué te aflige?

—¡Qué me ha de apurar, señor! ya sabe su mercé como el diablo que no duerme hizo que mi muchacho Culás viera de buen ojo á Marantoña, esa que va á ser su muger agora mismo; y luego que me lo dijo, le dije yo: „Hijo, yo estoy opuesto á cuanto tú quieres, porque la muchacha es buena, y mas mejor es que te cases que no te quedes ansina." Y yo luego luego dí traza para pedírsela á su padre el tio Benino, quien no se hizo mucho de rogar, y como ya todo estaba de punto, quije que no quije fué menester buscar dinero, porque para todo quieren dinero en esta triste vida, y por el dinero baila el perro, como su mercé sabe....

Estimo tus favores, dijo el coronel; pero sigue tu cuento sin

rodear tanto, pues segun vas, pienso que no lo acabas en ocho dias....

El eclesiástico y los demás señores suplicaron á D. Rodrigo que dejase hablar á su criado cuanto quisiera, y que se explicara conforme fuera su gusto, porque ellos no lo recibian menos al escucharlo. El coronel dijo á Pascual que continuara, y este con la misma sencillez que comenzó, prosiguió su cuento de esta manera: Pos señor, como era menester dinero, ¿que hago? Cojo y vendo un burro mestro, con perdon de sus mercedes, y dos vacas paridas, que por todo me dieron cincuenta pesos; á juera de esto, empeñé las tierritas de Culás en veinte pesos, que hacen treinta.... cuarenta.... cincuenta.... setenta pesos; y como no alcanzaba para los gastos, se acordará su mercé que le pedí veintecinco pesos prestados, que son cincuenta.... sesenta.... setenta.... setenta y uno, setenta y dos, setenta y tres, setenta y cuatro, setenta y cinco y veinte, son noventa y cinco pesos cabalitos, sin medio mas ni medio menos; y de este dinero gasté diez y seis pesos que le dí al señor cura por el casamiento; seis varas de indianilla para la novia, que costaron á once reales y medio

por contar el motivo de su afliccion, dijo: Perdone su mercé que la encuarto; pero yo he gastado todo ese dineral, pensando quedar bien debajo de ser un probe; pero como no hay gusto cumplido en esta triste vida, de una hora á òtra se me cayó el gozo en el pozo, porque la verdad, yo pensé que vinieran solo sus mercedes y la señora Doña Frosina y su niña; y me voy jallando esta mañana con todo el patio lleno de gente, y estoy que se me quée la cara de vergüenza, al ver que agora vamos entrando en Tacubaya con coche y tantos caballos, y señores y señoras tan decentes, que parece que van al casamiento de la virreina, y todo el pueblo se alborotará; y yo quijiera quedar bien, y en esto que no alcanza la comida, pues cuando mas y mucho habrá para veinte almas, y solo aquí vamos mas de los veinte, ajuera de los parientes y conocidos que estan allán casa, que no se como nos vendrá la gurupera. Vea su mercé si mi apuracion es moco de pavo, y si tengo razon no digo para ir triste, sino para llorar lágrimas de sangre; porque será bravo dolor que despues de despulsarme por quedar bien, no tenga agora ni que darles de comer á estos señores, que para su mercé no faltará.

Rieron todos á carcajada suelta luego pue Pascual acabó su relacion, porque al concluirla miró á todos, suspiró y puso una cara de jugador cuando se le arranca el último peso, y no tiene á quien pedirle.

La bulla y algazara que armaron fué tal, que la oyó Eufrosina, quien hizo parar el coche para informarse del motivo. Se lo contó el señor Labin en dos palabros, y todas las niñas que iban en el coche alternaron en la risa con los hombres.

Pascual no dejó de ciscarse,* y no quisiera verlos tan alegres á su costa. El coronel advirtó la incomodidad de Pascual, y para sosegar un poco la risa general, llamó la atencion de to-

* Ponerse colorado por la vergüenza.—*E.*

dos, diciendo: Señores, la candidez del pobre Pascual me trae á la memoria el cuentecillo de aquel rey que habiendo salido á caza, le anocheció, y perdido sin encontrar el camino real, no tuvo otro arbitrio que hospedarse en un cortijo ó rancho miserable, donde los monteros, soldados y criados acabaron con cuanto habia para dar de cenar al rey y su corte, y cenar ellos. Pasó la noche, y el dia siguiente al despedirse el rey del pobre viejo, dueño del rancho, le dijo que le pidiese alguna merced. El entónces con lágrimas en los ojos le dijo: Señor, el mayor favor que pido á vuestra Magestad, es que en la vida me vuelva á hacer otra visita, porque si en una noche han destruido sus criados todo el fruto de mi trabajo de muchos años, en asegundando otra visita, me echará vuestra Magestad á pedir limosna con mi familia. Al rey le cayó en gracia la ingenuidad y sencillez de aquel labrador, y lo dejó consolado, resarciéndole sus pérdidas generosamente. Tú, Pascual, consuélate tambien, y está seguro no solo de que alcanza la comida que has dispuesto, sino que sobra; porque todos estos señores son de muy poco comer. No calmó mucho esta esperanza la tristeza de Pascual; y así continuó en

la misa, trató de que fuésemos á la casa de la novia para conducirla á la iglesia.

Ya estaban esperándonos los novios, sus padres, amigos y parientes. Culás estaba de gala con sus calzones de pana azul galoneados y bien surtidos de botones de plata: unas buenas botas picadas y bordadas de oro y azul: sus zapatos abotinados de cordoban, de los que llaman de boca de cántaro: una muy curiosa cotona de indianilla verde guarnecida de listoncito de color de rosa: su mascada del mismo color: su sombrerito redondo, pardo y con toquilla y galon de plata, concluyendo este lujo con una famosa manga de paño azul con dragona carmesí y flecos de oro.

La novia no estaba menos decente en su clase, porque tenia un trage de indiana fina de fondo lacre: su mascada de las que llamaban de arco-iris: sus aretes de piedra inga muy relumbrantes: unos tres ó cuatro hilos de perlas finas, aunque menudas, sus cintillos de iguales piedras que los aretes: una porcion de listones en la cabeza, á los que sujetaba una peineta de carey; y remataba su compostura con unas medias de seda, nuevas de primera, y unos zapatos de raso color de rosa bordados de plata.

Culás era un moceton alto y bien formado, rubio y como de veinte y seis años de edad; y Marantoña, como lo decia Pascual, seria como de diez y ocho ó diez y nueve, gordita, no muy alta, blanca, *huera*, colorada y con unos ojos grandes y negros, los que juntos á una buena tez de cara y á una boca pequeña, encarnada y habilitada de buenos dientes, hacian una figura agradable.

Luego que pasaron las humildes salutaciones de todos aquellos pobres, sacó Doña Eufrosina un túnico negro, una mantilla y un abanico: todo muy bueno, como que era de gala, y queria que luciera la ahijada de su hermana; pero esta luego que entendió que la iban á vestir con aquella ropa, poniéndose mas colorada de lo que era, le dijo: ¡Ay! no señora; yo con

su licencia no me pongo esos sacos prietos. Esos se quedan para las señoras como su mercé; pero ¡para mí que soy una pobre paya! En mi vida me he puesto eso: ¿qué dirán mis amigas si me lo ven puesto? Ya parece que las oigo. Dirán: Mire la ranchera motivosa: ayer andaba arreando vacas con sus enaguas de gerguetilla, y agora sale izque con túnico negro, como una marquesa ó una conda. Así dirán, y otras cosas mas peores. Conque no señora: yo iré á la iglesia con mi rebozo de seda que me ha comprado mi señor padre, y que se queden esos vestidos para los ricos, ó para los probes que quieran ser ridículos.... ¿Pero esto como se trée? Preguntaba por el manejo del abanico. Se lo enseñó Eufrosina, y abriendolo con las dos manos, se soplaba con mucha gracia y decia: "Pos mire, este si que es un bonito aventador. ¡Ay! cuánto muñequito tiene! cuántas florecitas! y qué varitas tan doradas!"

Este sí lo llevaré para soplarme en la iglesia ansina que me apure la calor.

Todos se reian por la sencillez de María Antonia, que hubiera llevado el abanico como decia, si se lo hubieran dejado; pero Doña Matilde le dijo: Hijita, esto no lo puedes llevar si

con ella.... No es eso lo que te digo: me agrada en ella su carácter sencillo y su juicioso modo de pensar. ¿No oiste que oportuna leccion de conformidad dió á mas de cuatro que la escuchaban cuando rehusó ponerse el túnico negro? Esta es mucha humildad y moderacion en una payita jóven, de quien se debia esperar que estuviera deseosa de parecer bien y de componerse, aunque fuera de prestado, como lo hacen tantas aunque no estén de boda; pero María Antonia ha conocido la vanidad de este deseo, y no quiere exponerse á que sus iguales, envidiosas de su decencia, se la murmuren llamándola *rota y motivosa*, como ella misma dice.

Como la iglesia estaba inmediata á su casa, de donde salimos, no tuvo tiempo el coronel para hablar mas sobre esto, y mucho menos, porque luego que de la torre nos vieron ir, hicieron señas de dejar. Con esto nos apresuramos.

Estaba ya el cura revestido, y luego que entraron los novios y padrinos, procedió á las sagradas ceremonias del matrimonio, y cantó la misa despues de ellas. Concluida, salió de la sacristía y nos condujo á todos á su casa.

Pascual estaba entreverado, unas veces alegre y otras triste, acordándose de que no alcanzaba su comida para tantos, y mas triste se ponia al acercarse la hora de almorzar.

Pero ¡cuál fué su sorpresa y su alegría cuado oyó decir al cura: Señores, vamos á la huerta á tomar alguna cosita, porque ustedes ya lo han de menester, como que madrugaron y han caminado, aunque poco! Diciendo esto se levantó el cura de su asiento, hicimos todos lo mismo, y nos dirigimos á la huerta.

Al entrar en ella se acabaron de trastornar Pascual, los novios, sus parientes, y poco faltó para que á nosotros sucediera lo mismo, al ver la magnifica sencillez con que estaba todo prevenido.

La naturaleza por una parte, y por otra la curiosidad del cura, habian formado en aquel frondoso sitio una huerta útil

y un pensil ameno y delicioso. Las varias frutas que matizaban el alegre verde de los árboles, colocados en bien dispuestas calles; las diferentes flores que adornaban una multitud de arriates y tiestos curiosos; los agradables aromas que las yerbas y rosas exhalaban; el gorgeo de mil hermosos pajarillos que trinaban alegres saltando de rama en rama; el suave murmullo de las cristalinas aguas que se deslizaban por los caños para regar las plantas y las flores, y el conjunto de todas estas cosas, halagaban los sentidos y suspendian el espíritu dulcemente.

En medio de la huerta estaba una graciosa fuentecilla, y á su lado se formaba una hermosa galería, en la que estaban colocadas las mesas en donde se habia de servir el almuerzo.

Mil lazos de amapolas, *xúchiles*, claveles y rosas se entretejian con el mejor órden de un árbol á otro, fingiendo las paredes del salon, y haciendo un tapiz tan alegre como natural. Los rayos del sol no penetraban en aquel lugar delicioso, porque sobre las copas de los árboles estaba formado un magestuoso pabellon de damasco carmesí con cordones de seda verde y oro, y el pavimento estaba entarimado y cubierto con

cido, pensando, segun despues nos dijo, que esperaban el alimento de su casa.

El señor cura dispuso que el padre vicario fuera á cumplimentar á los parientes y convidados de los novios en otra mesa que tenian prevenida muy léjos de la nuestra.

Ya todos sentados en sus correspondientes lugares, tiró el cura de un cordon, sonó una campanilla, y al momento se presentaron cuatro graciosas inditas, ricamente vestidas segun su trage, y comenzaron á servir los platos y las copas.

El primer brindis se dirigió á la salud de la novia, y á seguida comenzamos á escuchar un agradable concierto de música; aunque no veiamos la orquesta, porque el cura la ocultó sagazmente tras de un emparrado para que nos cogiera mas de nuevo.

Lo opíparo del almuerzo, lo divertido del lugar, el golpe de la música y el trato dulce y cortés del coronel, del cura y otros señores, contribuia á aumentar en todos la alegría mas inocente. No se hablaba en la mesa de cosa que no entendieran bien los novios y sus padres. El campo, las siembras, las semillas, las cosechas, los carneros, los toros y las vacas dieron asunto para toda la conversacion, que manejaron muy bien los entendidos, haciendo hablar sobre todo á Pascual, á su hijo y aun á la novia; y como se les hablaba sobre materias que entendian, estaban contentos, menos vergonzosos y muchas veces satisfechos, porque quinaban en asunto de campo al coronel, al cura y á otros, como que hablaban con instruccion y con experiencia. ¡Qué cierto es que cada uno es voto en su profesion.

El señor Labin y el otro eclesiástico excitaban aun mas nuestra alegría con sus chistes salados y corteses. A todos hacian reir de cuando en cuando, especialmente á la novia, á quien dirigian sus chanzas sazonadas, dejándola contenta. Dos cosas aprendí con la ocasion de asistir aquellos señores á

la mesa: la primera, que así como en cualquier concurrencia decente se hace despreciable el fàceto que á cada instante quiere á costa suya y de avergonzar á otros, arrancar la risa á los que lo oyen, así se hace apetecible un hombre de talento que sin hacer profesion de hazme reir ó de bufon, sabe mantener en todos la alegría sin ofensa de ninguno. Esto fué lo primero que aprendí, y lo segundo: que la chanza para que agrade es necesario que tenga cuatro circunstancias: *jovial, inocente, oportuna y discreta:* de suerte que en careciendo de cualquiera de ellas, ó degenera en sátira picante, ó en una insulsez fria y sin gracia. Por lo cual no es tan fácil desempeñar con aire el papel de chancero en una funcion pública, y no debe meterse á ello el que no se considere dotado del talento y gracia particular que se requiere, para no pasar la plaza de ridículo ó desatento.

Finalmente, con general complacencia y satisfaccion se concluyó el almuerzo: despues nos levantamos todos, y nos fuimos á pasear por la huerta.

Nada le faltó que prevenir al señor cura para que nuestra diversion fuera completa. En los árboles mas copados se veian

La Inocencia y la Alegria habian bajado de lo

sofá leyendo un libro: ya otra cantando una aria ó un terceto, mientras las mas jóvenes se divertian apedreando los árboles para bajar frutas sazonadas, ó meciéndose en los columpios, ó jugando en los cañitos de agua, ó cortando las mas fragantes rosas, con que se adornaban el pecho y las cabezas.

Parece que *la Inocencia y la Alegría habian bajado de los cielos á aquel lugar ameno y delicioso.* Yo observé que en un instante las mugeres cortesanas depusieron el aire de etiqueta, y las payitas su natural encogimiento. Todas conversaban, corrian y retozan alegres y contentas con la mayor familiaridad. Hasta Marantoña que por razon de novia debia haber estado mas cuitada * que las otras, andaba con todas saltando como una cabra, y trepándose á los árboles con mas ligereza que una ardilla, para tirarles á las niñas los chabacanos mas grandes, y las peritas mas maduras.

Así permanecieron jugando y divirtiéndose como hasta la una y media del dia, á cuya hora mandó poner las mesas el señor cura, y trató de que fueran todos á comer. Fácil es conocer que las muchachas llegaron muy cansadas de retozar, muy coloradas por el sol y el ejercicio, y las mas con alguna avería; porque unas llegaban con los túnicos rasgados, otras con los zapatos llenos de lodo, esta con un brazo raspado, aquella con la peineta hecha pedazos; pero todas llenas de risa, sudando y rebozando la alegría por todas partes.

El señor cura las recibió con mucho agrado, y despues de que todos nos sentamos á la mesa, decia el coronel: Vea vd. con disimulo, cuánto gusto tienen estas niñas y qué contentas han estado. Ciertamente que si todas las señoritas de la ciudad tuvieran proporcion de divertirse si quiera cada ocho dias de esta manera, padecerian menos flatos é histéricos que los que padecen.

* No hay razon para que las novias se avergüencen ó se acuiten: pero ya lo han hecho costumbre, principalmente las aldeanas.

El ejercicio en el campo y entre personas alegres y joviales, es mucho mas provechoso para la salud y mas inocente en lo moral que los bailes que apadrinan por lícitos muchas personas. Pues, hablo de los bailes en general, que en lo particular ya sabemos que puede haber bailes donde se junte la honra y el provecho; pero el campo, el campo es el depositario de la alegría, de la salud, de la riqueza y de la inocencia.

De esta manera alternaron sus conversaciones ya serias, ya jocosas; pero todas instructivas é inteligibles á aquellos pobres rústicos que nos acompañaban; y luego que se concluyó la comida, dió gracias á Dios el eclesiástico de quien hablamos en el capítulo 8.° que se llamaba D. Jaime: seguimos conversando un poco mas por sobre mesa, y despues fuimos cada uno tomando nuestro sofá ó canapé de los muchos que habia debajo de la sombra de los árboles, y nos acostamos á reposar la siesta.

A las cuatro nos sirvieron café y chocolate, y subimos á la vivienda del párroco: allí se aguardó á los demás de la comitiva, mientras que el coronel, su esposa, su hija, la familia de Doña Eufrosina y yo fuimos á dejar á los novios y sus pa-

odos agradecer, porque ninguna obligacion tenia de hacerlo. Entonces redobló sus expresiones Pascual y todos los suyos, confesándose esclavos del coronel, de su familia y de su cura. El fervor con que prorrumpia aquella buena gente sus agradecidas expresiones, manifestaba que las decian de corazon, y el alegre semblante con que el coronel las escuchaba, daba á entender que estaba satisfecho de su sinceridad: ¡ya se ve! que los beneficios que se hacen á los pobres, como que van desnudos de interes, por lo comun se perpetúan en sus corazones para el agradecimiento.

En fin, llegó la hora de despedirnos. Todos abrazamos á los novios, y les felicitamos su enlace con palabras mas sencillas; pero Pomposita acordándose de su genio cortesano pedantesco, dijo á María Antonia: Me alegraré de que disfrute vd. el amable consorcio de su esposo los años de Nestor y con la paz del tiempo de Augusto César Octaviano. Atónita se quedó la pobre ranchera con esta arenga, que entendió lo mismo que si se la hubieran dicho en griego. Doña Matilde y Pudenciana hicieron por disimular la risa, y no pudiendo, volvieron los rostros á otro lado y se taparon las bocas con los abanicos: esto lo advirtió la payita, y pensando que se reian de ella, se acortó mas, y le dijo á su Madrina: ¿Y agora qué digo yo, porque maldito lo que entiendo á esta niña? Dile que viva mil años, le respondió el coronel. Lo dijo así, se repitieron los abrazos, y nos marchamos para la calle.

Cerca de las oraciones de la noche llegamos á las casas curales, donde nos sirvieron el refresco, y concluido, nos despedimos del señor cura y regresamos á esta hermosa capital adonde llegamos en media hora, acompañados de dos mozos que nos puso Pascual para que cuidasen y volviesen al rancho los caballos.

CAPITULO XVI.

En el que se refiere el principio de la triste historia de Carlota y de Welster. Este resuelve incorporarse á la Iglesia católica: hace un análisis de los fuudamentos mas sólidos de nuestra religion, recibe el Bautismo, y va á la Habana á negocios de comercio.

ENTRAMOS en México, paró el coche en la casa de Doña Eufrosina, y todos nos apeamos en ella, llevando los mozos los caballos á su destino.

Cuando subimos á la sala encontramos en ella á un jóven como de treinta años, muy bien presentado, que habia llegado á esta capital esa misma mañana, y habia ido á casa de Doña Eufrosina en solicitud del caballero Labin, á quien venia recomendado de la ciudad de Washington de donde era natural, y se llamaba Jacobo Welster.

Este individuo nos captó la voluntad luego que comenzó á platicar y darnos razon de su patria y del fin de su viaje, que

Desde luego el amor enredó los corazones de ambos, y por mas que hacian uno y otra por disimular mutuamente su pasion, no podian. Cada vez que concurrian juntos, tenian sin duda un rato muy amargo. Los ojos de Jacobo se encontraban con los de Carlota y se expresaban con demasiada viveza: esta recibia las miradas con agrado; pero en el momento apartaba la vista de su amante, manifestando la mayor indiferencia. De manera que Carlota estaba asegurada de la voluntad de Jacobo; pero este no estaba cierto de la correspondencia de su amada.

Así pasaron como seis meses, hasta que una noche, agitado fuertemente su corazon con la memoria de su adorado objeto, y no pudiendo dormir, comenzó á dar vueltas y mas vueltas en la cama, á suspirar y hablar solo con tal tono de voz, que su compañero el señor Labin, temiendo no estuviese enfermo, le preguntó desde su catre ¿qué tenia? Jacobo le respondió que nada; pero que no podia dormir. Disimuló entonces, y se sosegó por unos cuantos minutos, al cabo de los cuales volvió á su primera inquietud.

El señor Labin temió que su compañero estuviese para perder el juicio, y como lo queria mucho, trató de ver como lo serenaba, haciéndose primero informar de la causa de su afliccion.

Resuelto de esta manera, se levantó, se cubrió con su ropon, se puso sus chinelas, se dirigió á la cama de Jacobo, y sentándose en ella, con el mayor cariño le dijo: Welster amigo, ¿qué tienes? ¿que te aflige? ¿por qué me disimulas tu cuidado? ¿Tienes algun motivo para desconfiar de mi amistad, ó ya me he hecho indigno de la tuya....? Qué, ¿inclinas la cabeza sobre el pecho? ¿me miras con vergüenza? ¿enmudeces, y las lágrimas destilan de tus ojos? Vamos, Welster, háblame por tu vida: yo me intereso en tus desventuras tanto como tú mismo: declárate, ensánchate, ¿qué tienes?

Entónces Welster, desarrollando sus sentimientos de una vez, y apretando la mano del señor Labin contra su pecho, le dijo: ¿Qué he de tener, amigo, qué he de tener? una rabia, una desesperacion, un fuego que me consume el alma. Tengo amor, sí: adoro á una jóven hermosa, cuyas recomendables circunstancias han avasallado mi corazon, en términos que no soy dueño de mí.... Este abatimiento es vergonzoso en un hombre de mi carácter, lo confieso; pero tú eres discreto, sí; tú conoces que no siempre le es muy fácil al hombre el resistir á sus pasiones: muchas veces estas nos dominan y avasallan contra los mas poderosos gritos de la razon. En este caso me hallo, compadéceme.

Desgraciado de tí, dijo el señor Labin, si has pensado alguna vez estar exento de las humanas flaquezas. Welster, todos los hombres tenemos nuestras imperfecciones: nadie vive sin delitos, dijo un antiguo, y el mejor hombre es el que tiene menos. El amor es una pasion propia de las almas generosas y sensibles como la tuya. Las virtudes por sí mismas son amables, y cuando se hallan en una muger hermosa nos parecen aun mas atractivas. ¿Qué hay, pues, que extrañar

y te he empeñado mi palabra. Duerme ya sin cuidado, que mañana escribirás, y yo haré porque todo se allane. Con esto se sosegó un poco Welster, y se recogieron.

A la mañana siguiente, cuando el señor Labin se levantó, ya tenia Jacobo escrito el billete para su amada, el que puso en manos de su amigo, y este salió para la calle.

Llegó á casa del coronel, con quien estábamos almorzando, y allí nos contó lo que va referido. Doña Matilde no pudo reprimir su curiosidad, y así rogó al señor Labin que si no desmerecia su confianza, y si el billete estaba sin lacre, se lo leyera; porque deseaba ver como se explicaba Jacobo. El señor Labin condescendió con su ruego, y les leyó el papel que decia de esta manera.

Bella Carlota: yo os amo con pureza: no puedo ya resistir al dulce imperio de vuestros ojos. Decidme si os ofendo, ó si algun dia podré esperar que hagais para siempre venturoso al infeliz

JACOBO.

¡Qué poco escribe! dijo Matilde; pero se explica bien. ¿Y vd. cómo piensa salir de su cuidado? Fácilmente, respondió el señor Labin: la señora su hermana de vd. tiene mucho arte para todo, y además lleva una amistad muy íntima con Carlota. De ella pienso valerme, y creo que pronto tendremos la respuesta en nuestra mano.

Así fué en efecto. A los dos dias volvió el señor Labin, y nos manifestó la contestacion de Carlota concebida en estos términos.

Caballero Welster: una de las virtudes que mas me agradan es la ingenuidad y sencillez. No hay para qué desimular los afectos cuando son inocentes. En esta inteligencia, si vd. me ama, está correspondido, y se lograria sin duda nuestro amor

con el honroso enlace que vd. por su parte facilita; pero por la mia hay dos obstáculos insuperables que lo impiden. Las leyes civiles y eclesiásticas están en nuestra contra. Yo no puedo casarme sin licencia de mi padre, opuesto siempre, no sé por qué motivo, al matrimonio; y menos puedo unirme en este estado con quien no profesa la religion católica. Si vd. me ama como dice, haga por allanar estos incovenientes, y podrá asegurarse de que será suyo el corazon de

CARLOTA

La carta me parece muy bien puesta, dijo Matilde: da á entender que la muchacha no es tonta ni loca, y piensa con juicio; pero tambien es demasiado fácil para corresponder: no parece sino que estaba deseando la ocasion. Cuando así sea, contestó el coronel, yo no se lo tengo á mal, pues si ella está tan apasionada como él, desearia dar desahogo á su pasion correspondiendo á su amante. No tienen las mugeres menos derechos que los hombres para usar de la verdad lícitamente, y la misma Carlota lo da á entender cuando dice que *no hay para que disimular los afectos cuando son inocentes*, en lo que

do lo abandonaria, porque todo se debe abandonar por Carlota.

¿Pero de qué manera piensas vencer los dos inconvenientes que ella dice? le preguntó el señor Labin; y Jacobo sin detenerse respondió: Por lo que toca á la reilgion, estoy resuelto á abrazar la católica. Este debe ser el primer paso: y por lo que respecta á persuadir á su padre para que le conceda su permiso, creo que no habrá mayor dificultad, pues yo no carezco de bienes suficientes para sostenerla con decencia, y tú y el amigo coronel tienen, á lo que entiendo, mucho influjo sobre el caballero Tadeo, y no dudo que ambos hareis por mí cuanto os sea dable.

Puedes estar seguro, dijo el señor Labin, de que el coronel y yo te serviremos en cuanto esté de nuestra parte; pero en confianza de la amistad, debo advertirte, que examines bien tu corazon: mira que las pasiones, aun las mas puras, cuando son vehementes, nos ofuscan, y no nos dejan ver lo mas cercano. Se necesita vocacion así para entrar en el cristianismo, como para abrazar el matrimonio. Yo te he oido hablar siempre bien de nuestra religion; pero jamas te he observado tan dispuesto como ahora para recibirla, y esto me hace pensar que Carlota ha hecho esta repentina mutacion. Si así es, entiende que no se debe seguir á Jesucristo por particulares intereses, sino únicamente convencidos por la pureza de su ley y por la efusion de la fe. Conque si quieres ser cristiano, mira lo que haces, registra tu interior, examina el orígen de tu deseo, instrúyete en nuestros principios; y si despues de bien explorada tu intencion, resultare que es recta, adopta como la mejor y la mas cierta la religion catotolica.

Advierte tambien, que no es lo mismo desear la posesion de una muger como muger hermosa, rica, ó prendada, que desearla para esposa, madre de familia y compañera única hasta la muerte. Para lo primero basta ser hombre, porque todo hombre se inclina á la muger; pero para lo segundo es nece-

sario creer y conocer la gracia y virtud del sacramento del matrimonio.

Aun cuando el casamiento era solamente un contrato natural, desagradaba á Dios tanto que se hiciese únicamente por saciarse con los placeres sensuales, que en las sagradas letras se nos cuenta de aquellos siete maridos que tuvo Sara muertos por el demonio Asmodeo en las mismas noches de las bodas, y temiendo Tobías casarse con ella porque no le sucediera otro tanto, lo animó el ángel S. Rafael diciendole: *El demonio solo tiene poder sobre aquellos que se casan sin acordarse de Dios, y únicamente para satisfacer su liviandad, como el caballo y el mulo que carecen de entendimiento.* Si esto sucedió segun te dije, cuando el matrimonio era un mero contrato natural, ¿qué se deberá esperar hoy que se halla elevado por Jesucristo á la dignidad de sacramento?

Verdad es que no oimos referir ejemplares tan terribles como el pasado. Se cansan muchos, muchísimos con el mismo fin que los maridos de Sara, y con todo eso no los mata Asmodeo; pero sobre estos casados llueven treinta mil plagas, que

bores del estado, porque ya sabes que en esta vida miserable no hay uno que no los tenga, y seria un necio el que se representara el matrimonio como un jardin lleno de flores, y sin ningunos abrojos ni malezas. Así lo pinta el amor, visto de léjos; pero luego que entramos en él, advertimos que en el mejor, en el mas pacífico y feliz no faltan algunas espinitas, que aunque no hieren, lastiman. Conque, vuelvo á aconsejarte que antes que te resuelvas lo pienses bien, con la prudencia propia de tu carácter.

Así desempeñaba el caballero Labin el cargo de amigo verdadero de Welster, y este correspondia agradeciendo su instruccion, y observando en cuanto podia sus consejos.

No dejó de traslucirse en la tertulia de Doña Eufrosina la mutua inclinacion de los dos nuevos amantes, y tanto, que las amigas de Carlota la llamaban *la inglesita*, sobrenombre que á ella no le desagradaba.

El señor Labin, ufano con la resolucion que tenia su amigo Jacobo de hacerse católico, fué á casa del coronel y la participó muy placentero. Doña Matilde, desconfiando de la verdad de la vocacion, le dijo: Yo me alegraré de que piense el inglés * en ser cristiano, pero dudo de que lo quiera ser de veras. Carlotita se puede lisonjear de esta repentina conversion, aunque yo no quiero creerla todavía; antes juzgo que si como ella es cristiana, fuera mora ó judía, Welster se volviera judío ó moro con la misma facilidad que quiere ser cristiano. Es mucha la fuerza del amor.

Es cierto, le dijo su marido; pero aun cuando Jacobo quiera abrazar la religion católica por interes de Carlota, no es extraño. En verdad que siendo este solo el motivo, no es muy puro; pero la muger fiel santifica al marido infiel, y muchas veces Dios se ha valido de las mugeres como de medios

* Aunque no era inglés lo llamaba asi Matilde por su idioma, pues como era anglo-americano hablaba inglés.—*E*

oportunos para la conversion de los gentiles y aun de reinos enteros. Escribiendo S. Pablo á los de Corinto, é instruyendo con doctrinas sagradas á la Iglesia de Cristo que comenzaba entonces, y no estaba aun bien enseñada, entre otros preceptos que les dió fué uno, este: "Si alguna muger cristiana está casada con varon infiel, no lo deje, ni se aparte de él: porque algunas veces ha sucedido que el marido infiel vino á ser santo por medio de la muger cristiana." Estas palabras trasladó S. Gerónimo á una noble señora romana llamada Leta, muger de Toxacio, hijo de Santa Paula, del cual tenia una hija del propio nombre.

¿Pero para qué hemos de citar casos particulares en prueba de esta verdad, cuando sabemos que las mugeres cristianas colocadas en los tronos, hicieron cristiana la mayor parte de la Europa, atrayendo al cristianismo á sus maridos? Por medio de ellas recibieron el Evangelio la Francia, la Inglaterra, parte de la Alemania, la Baviera, la Hungría, la Bohemia, la Lituania, la Polonia, &c. y tambien por su medio renunciaron el arrianismo la España y la Lombardía. Con que nada nuevo será que Carlota sea el instrumento de la conversion

buena suegra. En efecto, esta empleó las caricias, las amenazas, la autoridad, el desprecio y los ultrajes hasta llegar á arrastrarla de los cabellos; pero todo fué en vano, pues la reina cristiana resistió con una inflexible firmeza sus malos tratamientos, y con tan heróica paciencia, que todo lo disimuló y ocultó á su marido, sin quejarse jamás, ni faltar al respeto y afabilidad á su cruel enemiga.

Sin embargo, fueron tales los excesos de Gosvinda que llegó á saberlos Hermenegildo, y admirado de la virtud de su esposa, conoció en el contraste de ambos procederes, la diferencia de las dos religiones, y juzgó que la de Ingunda no podia inspirar tanta virtud sin ser la verdadera.

Con este pensamiento se dirigió á su tio S. Leandro Obispo, quien lo instruyó en los misterios de la fe, y abjuró el arrianismo. Este fué el dia de mayor gozo para su virtuosa muger, que no le duró mucho, pues habiendo sabido Leovigildo la conversion de su hijo, se irritó contra él furiosamente, y procuró reducirlo á su antigua secta á toda costa.

Probó los medios de la dulzura; le salieron vanos, y se valió del poder. Se dirigió á Sevilla, la sitió, la tomó, y cayó Hermenegildo en sus manos.

Fué puesto en una prision, y cuando Leovigildo se cansó de mortificarlo, le envió á ofrecer su libertad, y restituirlo á su trono como se convirtiera al arrianismo. El santo preso despreció las ofertas con resolucion cristiana.

Por segunda vez le envió su padre á su hermano Recaredo, asegurándole que lo admitiria á su gracia con la condicion sola de que recibiese la comunion de mano de un sacerdote arriano. Respondió Hermenegildo que la religion católica no permitia estos disimulos en la fe. Esto irritó á Leovigildo tanto, que inmediatamente mandó que le cortasen la cabeza en la prision. Su esposa huyó con su hijo Teodorico á la Africa, donde á poco murieron los dos.

Leovigildo despues lloró la muerte de su hijo, y su sentimiento se convirtió en un odio mortal contra los católicos. Desterró á los obispos y al mismo S. Leandro su cuñado: despojó las iglesias de sus bienes y ornamentos: quitó la vida á los mas ricos y poderosos señores, y cometió otras crueldades semejantes.

En el mismo año se enfermó de muerte, y sucedió una cosa rara estando próximo á ella, y fué que mandó llamar á S. Leandro para que instruyese á su hijo Recaredo. en los dogmas de la religion católica, y deseando que su hijo fuera cristiano, él murió herege, sin querer abrazar una religion cuya verdad conoció á las orillas del sepulcro. En una palabra, la virtud de Ingunda convirtió á Hermenegildo, y la sangre de este mártir se logró en la conversion de su hermano Recaredo y de toda la nacion de los Godos de España.

Esta es en breve la historia, que hace ver como una muger fué el medio de que Dios se valió para que en menos de dos años casi toda la nacion Goda abjurase el arrianismo. ¿Por qué no se podrá valer de Carlota para que Jacobo deteste los errores de los Anabaptistas que es la secta que profesa, segun

che, dijo el señor Labin.—Pues quedamos en eso: no se olvide.

¿Cómo habia de quedar mal el señor Labin? A la noche fué con su camarada Welster, segun que lo ofreció, y ambos fueron recibidos de todos los de la casa con general complacencia.

Se les sirvió un refresco que se les habia prevenido, y poco despues no pudiendo Matilde resistir mas á la curiosidad que la deboraba, dijo: Señor Welster, ya hemos sabido la resolucion de vd. sobre hacerse católico, y nos hemos alegrado mucho, y hemos dicho que semejante resolucion prueba bien su talento.

Gracias, señora, contestó Jacobo, por el favorable concepto en que ustedes me tienen; pero mi determinacion mas es obra del convencimiento de la verdad, que del escaso talento mio.—

¿Pues qué, está vd. plenamente convencido de la verdad de nuestra religion?—Si no lo estuviera, desde luego no variaria de comunion; no soy tan débil.—No puedo comprender cómo haya sido tan pronto este convencimiento.—Oiga vd. señora: el largo tiempo que he vivido con los católicos, la íntima amistad que he llevado con algunos de las luces y probidad del caballero esposo de vd. y del señor Labin, y la tal cual instruccion que he tenido por los libros que he leido, despertaron dias hace en mi corazon unos vehementes deseos de incorporarme en vuestra religion; pero siempre resistí á ellos haciéndome violencia, porque esperaba volver á mi patria, y no me determinaba á sufrir con constancia los desprecios y aun los ultrajes que tendria que experimentar de los mios cuando supieran que habia variado de religion; pero ahora que estoy resuelto á domiciliarme para siempre en esta capital, no tengo ya que temer, y así quiero acallar los incesantes gritos que la verdad me da en el corazon, haciéndome católico con todo gusto, y convencido de la solidez de los principios de vuestra religion.

Vd. dispense mi curiosidad, dijo Matilde; pero yo quisiera saber ¿qué principios fundamentales son los que han persuadido á vd. á esa verdad? Voy á darle á vd. gusto, señorita, dijo Welster, y prosiguió de esta manera: Seis son para mí los principios mas fundamentales de vuestra religion, que me han atraido á su gremio, y que me parece serian bastantes para persuadir á cualquiera que los examinase sin pasion.

Primero, las revelaciones. Segundo, la pureza de la moral de Jesucristo. Tercero, sus milagros y su resurreccion incontestables. Cuarto, el modo con que se estableció la religion. Quinto, la constancia y la uniformidad de la tradicion. Sexto y último, la perseverancia y union de la Iglesia católica. *

Si atendemos á las revelaciones, se ven exactamente cumplidas en la persona de Jesucristo, habiendo sido escritas en tiempos muy anteriores á su venida, en diversos lugares, en distintas épocas y por distintos profetas. De estas revelaciones fueron algunas tan circunstanciadas y prolijas, que mas parecen historias de lo pasado, que predicciones de ló futuro.

nuestros apetitos, dar á otro nuestros bienes, perdonar los agravios, y hacer bien á los que nos injurian, son sin duda unas leyes muy desconformes con nuestra natural inclinacion; pero por eso son tanto mas elevadas y heróicas las virtudes que deben resultar de su observancia.

Los milagros de Jesucristo y su resurreccion, fueron muy públicos. Sus mismos enemigos, los que lo aborrecian de de muerte, los que lo calumniaron en los tribunales, lo malquistaron con el pueblo y lo hicieron morir en un suplicio, jamás se atrevieron á negar que los hizo. Ellos quisieron deprimir su mérito fingiendo patrañas y atribuyendo su virtud al poder de Beelzebú ó del Demonio; pero no se atrevieron á negar los hechos. ¿Ni cómo podrian hacerlo, cuando estos fueron tan públicos y repetidos? Todos los milagros del Mesías fueron hechos delante de testigos, que á veces se contaron á millares.

Su resurreccion tuvo igual carácter de verdad. Predicha por él mismo, cosa que no se atrevió á hacer Mahoma ni el seductor mas famoso, se verificó. Sus enemigos la habian oido muchas veces de su boca, y la temieron: por eso tomaron todas las precauciones oportunas. Pusieron guardias que custodiaran el sepulcro y serian escogidas y bien pagadas. Este sepulcro estaba bien cerrado con una losa bien pesada; sin embargo, Jesucristo resucitó dentro del plazo que habia prefijado, y sus enemigos, no pudiendo negar la sobrenatural falta del cadáver, dicen que los centinelas se durmieron, y que mientras, se robaron el cuerpo los discípulos. Mas ¿es creible que todos se durmieran? ¿es creible que los amigos de Jesucristo rompieran el sepulcro, levantaran la pesada piedra y extrajeran el cuerpo con tanto silencio, que no despertó ninguno de los soldados? ¿Acaso estarian ébrios? Pero ébrios ó dormidos, ellos no vieron robar el cadáver, segun aseguraron, y sin embargo fueron creidos sobre su palabra. Tenian

los ojos cerrados, y depusieron del robo como testigos de vista. ¡Qué contradicciones tan absurdas!

Si atendemos á la moral de Jesucristo y al modo con que estableció su religion, nos hemos de confirmar en su verdad. La moral opuesta á las pasiones, es desagradable á los hombres: por lo mismo debia de haber sido poco seguida la del Mesías, y mucho menos segun el modo de su establecimiento. Este fué mas raro y mas maravilloso.

Considerémoslo comenzado por Jesucristo y perfeccionado en su virtud por los apóstoles. ¿Quién fué Jesucristo en el mundo? Un hijo de un artesano y de una costurera, * nobles en su orígen, pero humildes, obscuros y abatidos por su mucha pobreza y ningun nombre. ¿Quiénes fueron los Apóstoles, sus principales agentes? Unos pobres idiotas, sin dinero ni representacion en la república: estos establecieron la religion católica. ¿Y cómo? No prometiendo riquezas ni delicias temporales, no ampliando el libertinage de los hombres, no auxiliados de la fuerza de las armas, no alucinando con fábulas ni mentiras á los pueblos idólatras y necios, como lo hizo el impostor Mahoma para establecer su ridículo y absur-

cuando lo recibieron con ramos cantándole: *Alégrese en las alturas: alégrate, Hijo de David.* ¿Esto no maravilla? ¿no pasma? ¿no prueba hasta la evidencia que este Jesucristo era el Mesías verdadero? ¿Cuál de los seductores que ha habido, ha establecido su ley tan áspera, tan contradicha por los hombres, tan desagradable á sus pasiones, tan sin humanos auxilios, y milagrosamente acreditada?.... Señores, perdonen ustedes que me exalte. Yo me entusiasmo en favor de la religion cristiana cuando hablo de ella seriamente, y considero que sus principios son tan evidentes, que me pareco basta el criterio humano para convencernos de su verdad.

Siga vd. señor Jacobo, dijo el coronel, pues vd. mismo no sabe el gusto que nos da cuando se explica en una materia que nos debe ser la mas interesante.

Yo agradezco mucho á ustedes su política condescendencia, dijo Welster; pero ciertamente me enageno cuando considero estas cosas, y ya quisiera hallarme perfectamente instruido en vuestra religion para recibir cuanto antes el bautismo, que es la puerta, segun enseña la fe, para entrar al gremio de la Iglesia.

¿Pero cómo no se ha de arrebatar mi espíritu, señores, al considerar lo que me falta que decir? Mientras que Jesucristo, este sagrado Legislador vivió, pudieron haberse engañado los que lo seguian en fuerza de sus promezas: pudieron haber creido con la esperanza de mejorar de fortuna; ¿pero qué debian haber hecho cuando lo vieron preso y acusado ante los jueces por hechicero, revolucionario y traidor contra el César romano? ¿Qué, cuando lo vieron morir por esta causa en un afrentoso suplicio? La razon natural nos dicta que debian haberse arrepentido de haber seguido su doctrina, y detestado para siempre sus máximas y hasta su nombre. Mucho menos que esto se necesita para que los hombres se abandonen unos á otros. Solo el ser pobre es una causa muy eficaz para

que se desconozcan hasta los parientes. ¿Qué se debia esperar que hicieran los apóstoles con Jesucristo despues de verlo muerto afrentosamente en una cruz por su doctrina? A los principios hicieron lo que se debia esperar de cualquier hombre: huyeron, lo negaron, se escondieron y lo abandonaron, refugiándose con María en un meson. Y despues ¿qué sucedió? Bajó sobre ellos el espíritu de Dios, vieron á Cristo y predicaron al Mesías con la mas santa intrepidez. S. Pedro, el mas cobarde de los apóstoles, pues espantado por una mugercilla negó á su Maestro asegurando que ni lo conocia, fué el primero que predicó su doctrina en Jerusalen; pero ¿con qué viveza y con qué espíritu? Sus primeras palabras mas parecen reconvenciones de juez que persuasiones de orador; y sin embargo, se convierten millares de enemigos de Jesucristo á Jesucristo mismo en el primer sermon. Esto no es obra de los hombres.

Comenzaron á verse perseguidos los apóstoles por su predicacion: fueron aprisionados, fueron entregados á las afrentas y á la muerte que sufrieron por sostener el crédito de su Maestro.

[redacted]

dice que *es preciso creer unos testigos que se dejan degollar*.

Si atendemos á la tradicion, ¿qué cosa mas igual ni mas constante? Desde Jesucristo hasta nosotros todos han profesado una misma fe, han creido unas mismas cosas, y han ido fundados sobre unos mismos principios. Es increible que si hubiera habido falsedad en este sistema, no se hubiera descubierto entre tantos hombres sabios que han predicado la pureza de de la religion, como un Pablo tan inmediato á Jesucristo, y como un Agustin, un Gerónimo y otros no muy distantes de la pulicacion del Evangelio; pero todos inmediatos ó distantes, han ido acordes con sus principios.

Por último, yo he leido el Tratado de las variaciones de las Iglesias protestantes, sabiamente escrito por el señor Bossuet, y veo en él como cada Iglesia ó comunidad ha padecido notables alteraciones en sus artículos, en sus dogmas y en sus cultos; cosa que no advierto en la verdadera religion de Jesucristo, pues esta, á pesar de sus muchas y sangrientas persecuciones, ha sido siempre una, santa, católica, apostólica, romana. *Una*, porque es uno el Dios á quien adora, una la fe que profesa, uno el bautismo, una la cabeza invisible de la Iglesia que es Jesucristo, y una su cabeza visible que es el Pontífice de Roma. *Santa* es, porque es santa su cabeza invisible, santa la fe que profesa, santa su ley, sus misterios y sacramentos, y solo en ella puede haber santos, como los ha habido, los hay y los habrá hasta el fin del mundo. *Católica* se llama, que es lo mismo que *universal*, porque en todas las naciones que le abrazan es una misma, sin variacion alguna en la fe, en los preceptos, en los sacramentos ni en cosa substancial; y porque ninguno puede salvarse fuera de su gremio. Llámase tambien *apostólica*, porque fué fundada por Jesucristo en sus apóstoles; y por último, se dice *romana*, porque su príncipe visible, que es el Papa, reside en Roma; y por cuanto los católicos son miembros de una iglesia que tiene tan honrosos epítetos, se

honran llamándose *cristianos, católicos, apostólicos, romanos.*

Estos son en breve, señorita, los motivos que yo he tenido para decidirme por la religion de vuestros padres. Decidme si tengo razon ó si he procedido con ligereza.

Doña Matilde enternecida no supo responder; pero el coronel la desempeñó abrazando á Jacobo y diciéndole: Vd. verdaderamente pertenece á la herencia del Señor: él lo condujo, aquí lo ha hecho radicar por unos caminos imprevistos. Yo me glorío de que ha de ser vd. muy buen cristiano, pues se ha explicado mas bien como un instruido catequista, que como un neófito. Dele gracias al Padre de las luces, pues se las ha querido comunicar tan ampliamente, y apresúrese para recibir el bautismo.

Jacobo correspondió estas afectuosas expresiones manifestando sus deseos, y el señor Labin dijo que estaba muy próximo á recibirlo, porque apenas le faltaba que saber, de manera que para el domingo inmediato tenia dispuesta la funcion que debia de ser en el *Sagrario*, por ser la parroquia á que corres-

do Bautismo, que se dignó adminisirarle el ilustrísimo señor arzobispo de esta diócesis. ¡Feliz acto en que la Iglesia católica recibió en su seno á tan buen hijo, regocijándose con este nuevo triunfo de la fe!

Despues que recibió el sagrado baño, en el que á peticion suya le pusieron por nombre *Agustin*, se cantó un solemne *Te Deum*, y se celebró el santo sacrificio de la misa, en cuyo tiempo recibió el adorable Sacramento del altar con la mayor humildad y manifestando la mas devota compostura.

Concluida la funcion religiosa, se desnudó en la sacristía la vestidura blanca, y habiendo correspondido los abrazos y parabienes que le dieron los convidados, tomaron todos sus coches, y se dirigieron á la casa de Doña Eufrosina en donde se habia preparado el refresco.

La sala estaba llena de señoras, y ya se deja entender que no faltaria entre ellas Carlotita. Estaba allí en efecto, vestida muy de gala y mas hermosa que nunca. Su regocijo era inexplicable en el instante que vió á Welster: este tuvo mucho que hacer para disimular su pasion; mas ella no tenia entónces la prudencia necesaria, y mas de dos veces advertí que estaba á pique de declarar su amor, á pesar de la presencia de su padre, cuyo respeto la contenia. Sin embargo, como la alegría era general y la bulla mucha, se ocultaron sus cariñosas imprudencias, á lo menos para los que ignoraban sus amores. Todo aquel dia se pasó en pláticas y diversiones agradables, y á la noche concluyeron con un lucido baile.

Despues que se acabó, se retiró D. Tadeo con Carlota para su casa, Welstor con Labin para la suya, y todos hicieron lo mismo.

Muy contento Welster, de verse admitido en el gremio de la Iglesia católica, trataba ya de arreglar sus intereses temporales, para lo que le fué necesario ir á la Habana; pero antes tuvo cuidado de asegurarse de la firmeza de Carlota. Hizo mil experiencias, que todas correspondieron á sus deseos, y

cuando ya no le quedó ninguna duda de que lo amaba muy de veras, le dió por escrito palabra de esponsales, y un rico cintillo de brillantes en señal de que la cumpliria.

Carlota recibió ambas cosas con el gusto que se deja conocer, y las correspondió de igual manera. Le dió su palabra firmada de su mano, y un relicario de oro con su retrato, que recibió Welster con la mayor satisfaccion.

Llegó por fin el dia de la partida, y como Doña Eufrosina estaba ya impuesta en los negocios de Carlota, se le facilitó á esta la ocasion de despedirse en su casa de su amante. Para esto fué á visitarla con Adeilada á la hora en que la habia citado Welster; pero no bien se vieron, cuandó asomó á sus ojos el sentimiento de sus corazones. Esta visita pareció de duelo. El señoor Labin procuró disminuirles el martirio, acelerando la despedida. Llegó el momento crítico, y no pudiendo disimular la vehemencia de su pasion, se abrazaron los dos públicamente, se juraron de nuevo su firmeza, renovando con mil tiernas expresiones las promesas que se tenian hechas por escrito, y se separaron con el dolor que es fácil co-

ria; pero por fin se redujo y consintió, y lo mismo será contigo. A los principios se opondrá, te reñirá, y aun te llenará de amenazas; pero despues poco á poco se irá amansando, hasta que consigas tu deseo. Yo misma te prometo ser tu empeño, y te juro que no me saldrán vanos mis esfuerzos.

Con estas expresiones se consoló un poco mas Carlota, y se despidió de Eufrosina. ¡Pobrecita! el éxito no correspondió á estas lisonjeras esperanzas, como se verá en el capítulo que sigue.

CAPITULO XVII.

Descubre Adelaida los amores de Carlota á su padre: se indigna este, y le hace recibir por fuerza el hábito de monja: pasa el año del noviciado y llega Welster la víspera de la profesion.

¡Que cierto es que el interes es la piedra de toque de la virtud y la amistad! Muchos afectan muy bien la probidad y la amistad mas constante; pero apénas media el mas ligero choque por causa de intereses, cuando se quita el oro aparente del honor y la constancia, y se descubre el vil metal del vicio y de la falsedad. Esto mismo experimentó Carlota con su hermana.

Un mes hacia que se habia embarcado Welster, cuando un dia de repente llegó á casa de Carlota una criada con un papelito de su hermana, por el que esta le pedia prestado el cintillo que le habia dado Jacobo.

No era mezquina Carlota: varias cosillas le habia dado á su hermana en clase de prestadas, y ni habian vuelto, ni ella se las cobraba nunca; pero no fué tan generosa con el cintillo de su amante. Redondamente se lo negó, diciéndole que ya sabia que podia mandar en todo cuanto tenia, menos en el cin-

tillo de Welster, porque llegar á lo suyo era llegar á las niñas de sus ojos. Adelaida, como no acostumbrada á semejantes negativas, se enfureció, y propuso vengarse de su hermana.

Dejó pasar como ocho dias, y al cabo de ellos fué á visitarla, y la halló cosiendo con Doña Ana, que era una señora viuda, ya vieja, y tia de las dos, que tenia D. Tadeo en su casa para que acompañara á Carlotita. Esta señora queria mucho á su sobrina y era depositaria de sus secretos, motivo por que no receló de ella Adelaida.

Luego que entró abrazó á su hermana con mucho cariño, y comenzaron á parlar. Le preguntó ¿cómo le iba de ausencia? á lo que Carlota respondió con sencillez, que cada dia extrañaba mas á su Jacobo. Ya te considero, mi alma, como estarás, decia la pérfida hermana; y tienes mil razones de estar triste: no es para menos el lance, porque ciertamente que Welster tiene mil prendas; yo no he visto jóven mas fino ni mas amable: ¡sobre que yo no tengo las relaciones que tú con él, y lo quiero tanto, que ya no veo las horas de que venga, y que

gente; pero yo no queria el cintillo mas que para cotejarlo
uno que me venden. Aquí lo traigo; míralo, y préstame
tuyo á ver si se parecen.

Entonces sacó Carlota el cintillo de uno de los secretos de
almohadilla, donde tambien estaba la palabra de Welster y
unas cartas. Adelaida lo observó todo, vió el cintillo, y se
volvió diciendolé: ahí puedes guardar la purerita. Carlo-
recibió el consejo, y platicaron de otras cosas. Le sacó á
hermana vino, queso y bizcochos, y dentro de breve rato se
pidió.

Quién habia de esperar de una hermana tal villanía, y
nos no habiendo dado motivo? Ello es que sucedió, por-
es mucha la malicia de los hombres, y no se queda atras
le las mugeres. A los cuatro ó cinco dias espió Adelaida
hora en que su hermana salia á misa con la tia Doña Ana,
uando la vió en la calle, se entró en su casa, donde halló
viejo D. Tadeo contando dinero. Lo saludó con mucho
iño, le besó la mano, se sentó y comenzó á hacer su nego-
de este modo: Papá, ¿qué está vd. haciendo balance para
le su parte á Carlotita? ¿Y para qué quiere dinero Carlo-
? dijo su padre. ¿Cómo para qué? ¿pues no está ya para ca-
se?—¿para casarse Carlota?—Si señor: ¿ahora está vd. en
? Dias hace que está prendada y apalabrada con D. Agustin
obo Welster, ese inglés que se bautizó el otro dia en el Sa-
rio y que visitaba tanto á Eufrosinita. ¡Vaya, tú has ve-
o de gorja! decia el viejo: ¿cuándo la pobre de mi hija pien-
en eso, y mucho menos con extrangero á quien apenas ha-
visto tres veces?

Tres veces? dijo Adelaida; trescientas se han visto en cua-
dias ó cuatro meses que se conocen.... ¡Vaya, no dude
ni lo quiera alucinar mi hermana! Registre vd. su almo-
lilla, y se convencerá de que no vine á engañarlo, sino á
cubrirle la verdad; porque vd. al fin es mi padre, y me duc-

le mas que ella. ¡Ya se vé! que si vd. quiere que se case, que se case enhorabuena. V. es tambien su padre, y sabe lo que hace.

¿Que se case? decia el viejo echando lumbre por los ojos: primero la vea hecha pedazos. Espérame aquí, voy á sacar su almohadilla. La sacó en efecto, y la traidora hermana puso en sus manos los papeles, el cintillo y la purera. Cuando el viejo vió las cartas y la palabra de Welster, poco faltó para que no se echara por un balcon: tal estaba de ciego de la cólera.

La pérfida Adelaida lo serenó diciéndodolé: No es menester, señor, que vd. se incomode tanto, ni que lo pague su salud: con modo se harán bien todas las cosas. Vd. es su padre, y si no quiere que se case, no se casará aunque el mundo se venga abajo. El caso es que sepa vd. sostenerse para que otra vez no le pierda á vd. el respeto. Castíguela vd. pero sin encolerizarse, y eso que sea el castigo moderado, pues, porque es mi hermana, y es fuerza que me duela. Diciendo esto se despidió.

¿Conoces esta purera, ves este cintillo, entiendes la letra de estos papeles? ¡Vamos! hija ingrata, indecente, sinvergüenza: ¿no te confundes convencida de tus criminales procederes? Habla, responde, discúlpate si puedes.

La desdichada Carlota, no pudiendo negar lo que tantos documentos aseguraban, hecha un mar de lágrimas se arrojó á los piés de su padre y le dijo: Es verdad, señor que he tenido la debilidad de corresponder á los afectos de Welster. Si es delito el amar, yo he amado, lo confieso; pero ahora ya no tengo mas remedio que pedirle á vd. perdon de mi delito. Sí, amado papá: perdone vd. á esta desdichada.

Está bien, contestó D. Tadeo con toda gravedad; pero me has de dar palabra de ser monja y de aborrecer para siempre á ese infame Welster. ¿Qué dices? ¡Ah señor! respondió Carlota: no merece Welster que lo aborrezcan. Cuando el rayo se desprende de la nube no hace mas estrago que el que hicieron estas expresiones en el corazon de aquel tirano padre, quien arrastrando á la infeliz Carlota y bañándola en sangre á bofetadas, le decia: hija vil, hija ingrata y atrevida, ¿así me faltas al respeto? ¿Aun no estás contenta con proceder mal, sino que en mi propia cara haces alarde de tu inicua liviandad? Yo te pondré en las Recogidas para siempre.

Así que se cansó de golpearla, se paseaba furioso por el cuarto, miéntras la triste Carlota permanecia en un rincon hincada de rodillas, lavando la sangre de su rostro con las lágrimas que corrian de sus ojos.

Un espectáculo semejante hubiera enternecido á un tigre; pero aquel viejo estaba empedernido. Se paseaba apresuradamente frotando una mano con otra; la barba le temblaba debajo del pañuelo que tenia flojo y descompuesto: sus ojos despedian sobre Carlota unas miradas de fuego, y con un tono de voz de condenado le decia: „Conque, maldita, ¿no quieres darme gusto, no quieres aborrecer á ese vil, ni ser monja? ¿te has em-

peñado en llenar de amargura el corazon de tu pobre padre? ¿Quieres abreviar mis dias y dar conmigo en el sepulcro? Pues anda, hija ingrata y desconocida: no seas monja, no; pero así el cielo derrame sobre tí sus maldiciones: confundida y arrastrada te veas en estemundo: jamás tu corazon pruebe los placeres de la paz: sea toda tu vida un círculo de afrentas, dolores y miserias, y en la hora inevitable de tu muerte, el Dios eterno que me escucha permita que no halles confesor que te absuelva, para que muriendo impenitente, recibas en los infiernos por toda la eternidad el premio de tu tenáz inobediencia."

No pudo la inocente Carlota soportar el temor que le infundieron estas impías execraciones * y así, tremula, descolorida y palpitándole fuertemente el corazon, se abalanzó á los piés de su cruel padre, se los besó mil veces, los empapó con sus lágrimas, y apenas articulando las palabras le decia: „ya está, papá de mi alma, ya está: yo seré monja y cuanto vd. quisiere; pero deje ya de maldecirme...."

Entonces el cruel viejo, aparentando una alegre serenidad, la levantó á sus brazos, y estrechándola en ellos, le decia: ya no hay nada, Carlota, ya no hay nada. Tú eres mi hija y

padre. Con tal que me des gusto y me cumplas esa palabra, ya no te reñiré en mi vida, antes te recibiré á mi gracia, y te daré gusto como siempre.

¡Vamos! siéntante, serénate, no llores: si yo te quiero mucho, si eres mi hija, ¿no te he de amar? Ahora, ¿qué imposibles te pido? Que seas monja: mira tú cual es el daño que te hago. ¿Acaso cres que en los conventos se pasa mala vida? No, hija, todo lo contrario: cuantas están allí, están contentas, sin echar menos la calle para nada. ¿Qué te podrá faltar en el convento? Allí tendrás tu celda muy compuesta, tus macetas, tus pajaritos y cuantas golosinas apetezcas. No te faltara un peso que gastar con libertad, ni amigas con quienes amistarte. Tampoco carecerás de diversion, pues en los conventos tienen sus dias de recreo, sus rejas, sus visitas y azoteas: hacen tambien sus máscaras y mogigangas, sus comedias, sus jamaicas. . . . En fin, no extrañan la calle para nada.

A mas de esto, ya sabes que mi hermana es la abadesa: con ella vivirás, y te tratará como tu tia, y como que te quiere y te ha querido tanto. Por esta misma razon, las monjas y las niñas te traerán en las palmas de las manos. Ultimamente, tú vas á asegurarte de los peligros de este mundo, vas á llenarte de la gracia de Dios, á merecer la bienaventuranza con tus virtudes, y á ser nada ménos que esposa del mismo Jesucristo. ¿Quieres mas dicha? ¿quieres mas satisfaccion? ¿quieres mas gloria?

Conque, ¿qué dices? ¿te resuelves á aborrecer á Welster y á ser monja? ¡Ay papá! respondió Carlota sin poder interrumpir su llanto, ya le dije á vd. que seré monja; pero aborrecer á Welster es imposible.—¡Vaya, vaya! tú estas apasionada, te disculpo: al fin eres muchacha y no sabes lo que hablas ni lo que haces. Me contento con que seas monja. En el convento, despues que no sepas de Welster, cuando pasen dos años y no tengas ni esperanza de verlo, se apagará en tu pe-

cho esa llama que ha encendido tu infame seductor, y ya no te volverás á acordar de él; pero es preciso acelerar este paso antes que se enfrie esta vocacion. Mientras vuelvo, vístete y serénate. Te dejo encerrada, porque no quiero que tu tia ni las criadas te vengan a incomodar ni á informarse de lo que ha pasado. Ya vuelvo.

Diciendo esto el viejo, la encerró y se salió para la calle. Fácil es concebir que Carlota viéndose sola se desahogó á su satisfaccion, se bañó en su llanto mil veces besando el retrato de Welster, que no se le caia del pecho, le decia como si hablara con él mismo: ¿Dónde estás? ¡ay! Jacobo de mi vida, hechizo de mis ojos, bien de mi corazon.... ¿Para qué veniste á esta tierra que te habia de ser tan azarosa; para qué me amaste tan de veras, y ya que me amaste, ¿para qué te ausentaste de mis ojos? ¡Ah Welster desdichado! Ven, vuela en las alas del amor á socorrer á tu infeliz Carlota: mira que te la arrebatan de los brazos.... Sí, yo te voy á perder eternamente. Ya no volveré á ver ese semblante tan lleno de candor y de inocencia; ya no escucharé de tu boca aquellas tiernas expresiones, aquellos nobles sentimientos que me manifiestaban

sí, y advirtiendo que habia pasado largo rato y que podia ya volver su padre, escondió el retrato, se limpió los ojos y se vistió.

Apenas habia acabado, cuando entró D. Tadeo, y le mandó se pusiera el túnico negro y la mantilla. Obedeció al instante; y tomándola el padre de la mano, bajaron la escalera, y entrando los dos en un coche, la llevó al convento, en cuya portería la estaba esperando la abadesa.

Esta la recibió con mil cariños y la introdujo en su habitacion. Como D. Tadeo tenia dinero, facilitó todas las cosas de modo que al tercer dia tomó el hábito de religiosa.

Esto fué con tal secreto, que ni Doña Eufrosina, ni ninguna de sus amigas, ni su hermana Adelaida, ni las mismas criadas de su casa lo percibieron, ni pudieron rastrear su paradero por mas pequizas que hacian.

El viejo se unió con la abadesa, y entre los dos tomaron las precauciones necesarias para impedir que Carlota avisara á nadie donde estaba. Continuamente tenia sobre sí los ojos de la tia ó de una monja de su confianza: no se le permitia jamás bajar á la puerta, subir á la azotea ni tener reja: se le prohibió absolutamente toda amistad dentro del convento; se le quitó de la celda el tintero; se le impidió bajo de graves penas que hablara sino con la abadesa ó con la monja su perpetua centinela; y para acabar de quitarle todo recurso, se le hacia dormir sola en un cuarto, bajo de llave.

La infeliz novicia cayó en la mas negra melancolía. Siempre llorando, sola, y sin hablar con nadie del convento, se entregó á rienda suelta á la tristeza. A muchas instancias y regaños comia un bocado: el sueño se retiró de sus ojos, y con semejante vida en cuatro dias se estragó su salud notablemente. Ella se puso flaca y descolorida, en términos que infundia compasion á cuantos la miraban. Su confesor con quien podia haber tenido algun desahogo, estaba coludido con su pa-

dre, y así en vez de consolarla, la reprendia ásperamente, tratándola de loca y de inconstante.

Tantos verdugos juntos dieron con ella en una cama, donde padeció mas de seis meses. Cuando avisó la abadesa á su padre que estaba de peligro, y que no la aseguraban los médicos, respondió: ¡Ojalá se muera! mas bien la quiero muerta que casada.

No se cumplieron sus indignos deseos, porque ya por la resistencia de su edad y su constitucion, ó por los auxilios de la medicina, se fué restableciendo poco á poco, hasta que logró ponerse en pié.

Cuando se levantó de la cama se halló con otra niña que tenia la abadesa, llamada Irene, con quien le permitieron amistarse, pero sin perderla de vista como siempre. Esta jóven era muy amable y padecia la misma enfermedad que Carlota, esto es, estaba apasionada por un hombre de bien; pero era pobre, y los padres de ella para ver si lo olvidaba, la pusieron en el convento. Así que las dos se comunicaron sus penas, estrecharon mas su amistad, y se consolaban mútuamente ó

Carlota. Tres veces le escribió, y otras tantas se quedó esperando la repuesta; ¿pero cómo la habia de tener si en México no sabian sus conocidos donde estaba? El señor Labin, á quien venian las cartas de Jacobo, se volvia loco por inquirir el paradero de Carlota; pero todas sus diligencias eran vanas. Mil veces llegó á pensar que la habia matado su cruel padre. Como que era amigo verdadero de Jacobo, tomaba el mayor interes en serenarlo, y así, unas veces le decia que estaba en una hacienda al tiempo que salió el correo marítimo; otras, que estaba algo enferma, y otras, que se habia extraviado la contestacion en el camino.

Esto acongojaba demasiado al sensible Welster, porque atribuia el silencio de Carlota á alguna inconstancia mugeril; y así apenas se alivió, cuando se embarcó para este reino, sin dar noticia de su viaje á su íntimo Labin.

Ya se acercaba el tiempo en que estos dos amantes apuraran de una vez el amargo cáliz de su última separacion. Las horas volaban para apresurar el fatal momento. Jacobo desembarcó sin novedad en Veracruz, y como su pasion era vehemente, no pudo sosegar: trató de acelerar su viaje á esta capital, y lo verificó á marchas dòbles.

Dos dias faltaban para la profesion de Carlota, y ella no habia tenido un rato proporcionado para escribir al señor Labin como deseaba, porque su vigilante cuidadora estaba en esos dias mas alerta que nunca por especial encargo de su padre.

Pero no todas han de ser desgracias en la vida. Un accidente que pudo ser funesto, facilitó esta ocasion deseada. La antevíspera de la profesion, como á las doce de la noche, acometió á la abadesa un fuerte insulto apoplético. Se alborotó el convento: llamaron al confesor y al médico, y en estas horas nadie pensaba sino en restablecer la salud á la prelada: entraban y salian en su selda atropelladamente, y nadie se acordaba de Carlota, ni su perpetua cuidadora. Ella aprovechó estos preciosos instantes, y cogiendo una pluma y una poca de

tinta en un vasito, se entró á escribir en su recámara, quedándose Irene guardando la puerta con disimulo para que no la sorprendiera.

A las cinco de la mañana volvió en sí la abadesa, sin sentir ningunas resultas temibles del pasado ataque. Todas se retiraron, y la centinela de Carlota, no pudiendo ya resistir el sueño, se quedó dormida como una piedra, y esto sirvió para dar lugar á enviar el papel á Labin. El interes todo lo vence, y así no se dificultó encontrar una moza que desempeñara bien su encargo.

Todo salió como se habia de menester. A las ocho del dia ya habia recibido el señor Labin el papel de Carlota, y luego que lo leyó, se penetró de compasion hácia ella, y de rabia contra su indigno padre. Despidió á la mandadera muy contenta porque le dió dos pesos, rogándole mucho que pusiera la repuesta con todo recato en mano de la misma que le habia dado el papel primero.

No bien salió la mandadera de su casa, cuando el señor Labin se dirigió á la de su amigo el coronel, á quien dió parte del suceso.

A todos interesó la desgracia de Carlota, y le rogamos que

Todos nos enternecimos con la lastimosa despedida de Carlota, y cuando estábamos compadeciéndola, entró en la sala su padre el tirano D. Tadeo. Su visita nos sorprendió, y al coronel lo llenó de tal colera, que apenas pudo disimularla. La sangre se replegó á su corazon, segun lo dió á entender lo descolorido del semblante; pero como estaba dotado de bastante prudencia, recibió al impío viejo con su acostumbrada urbanidad. Este, á pocos momentos, aparentando que hacia un gran favor en revelar el gran secreto, refirió que su hija era monja, que iba á profesar el dia siguiente, y concluyó convidándolo y á todos sus amigos para la funcion prevenida.

Entonces el coronel, no pudiendo encubrir su indignacion, le dijo: Temo mucho, señor D. Tadeo, que esta niña va á profesar contra su voluntad una vida, de que quisiera desprenderse este instante. El secreto que vd. ha guardado ocultándonos por un año el lugar en donde se hallaba por mas preguntas que se le han hecho, me asegura de este temor. Si ella hubiera entrado con verdadera vocacion, con pleno conocimiento de lo que hacia, y con deliberada voluntad, no habia un justo motivo para que vd. negara la verdad. Lo cierto es que mi cuñada, sus amigas, y su misma hermana Doña Adelaida no han sacado de vd. sino equívocos pueriles cuando le han preguntado por ella: luego nada mas se necesita para inferir, y aun para asegurar, que su ingreso al convento fué forzado, lo mismo que será su profesion.

Si así fuere, yo me admiro, me asombro, extraño esta violencia en el juicioso talento de vd. y considerándolo padre de esta niña desgraciada, me espanto de que en un padre quepa semejante crueldad. Accion menos tirana fuera que vd. dividiese su corazon con un puñal, que no que la obligue á condenarse por su boca á una prision eterna y sin delito.

No es vd. ignorante, amigo D. Tadeo: sabe vd. muy bien que la autoridad de los padres no llega hasta el extremo de

violentar á los hijos á que abrazen un estado para el que no tienen vocacion, esto es, para violentarlos sin justicia.

El mismo autor de la naturaleza, aquel gran Dios que nos crió y nos conserva, y que es árbitro de la vida y de la muerte de los hombres, no quiso apropiarse su alvedrío, sino que los dejó en plena y absoluta posesion de su voluntad, para que obrasen en todo segun les pareciese. Pues si el dueño de los hombres les deja esta inestimable libertad, ¿por qué los padres han de querer apropiarse unos derechos que el mismo Dios renunció en favor de los míseros mortales? Si este Supremo Monarca hubiera querido, nos habria quitado la libertad, y en este caso obedeceriamos su voluntad con el mismo mecanismo que el sol, la luna y las estrellas; pero no seriamos merecedores del premio ó del castigo. La voluntad del hombre, bien ó mal dirigida, hace que se haga digno del odio ó del amor del Ser Supremo, y por lo mismo acreedor á unas penas ó á unas felicidades eternas. Vea vd. amigo, si podrán los padres forzar á sus hijos á abrazar un estado de cuya buena eleccion depende su felicidad temporal y eterna.

El santo y general Concilio de Trento, inspirado por el Espíritu de Dios y en consideracion á estas cosas, fulmina una

contra su voluntad en monasterio, ó á tomar el hábito de cualquiera religion, ó á hacer la profesion; y la misma pena fulmina contra los que dieren consejo, auxilio ó favor; y contra los que sabiendo que entra en el monasterio, ó toma el hábito, ó hace la profesion contra su voluntad, concurren de algun modo á estos actos, ó con su presencia, ó con su consentimiento, ó con su autoridad.... (Sesion 25 cap. 18.)

Todo está muy bueno, dijo el obstinado viejo; pero no habla conmigo, porque Carlota va á profesar con su voluntad, y ella misma me encargó que no publicara que era monja hasta este dia, porque no queria tener visitas, y yo no he hecho mas que condescender con su gusto.

El coronel, conociendo la malicia de D. Tadeo, le dijo: Está muy bien, amigo: la niña profesará como vd. quiere; pero yo sé y muy bien, que no profesará con su voluntad. En fin, vd. es su padre, lo quiere así, y basta; pero acaso en los infiernos se acordará del coronel Rodrigo, cuando maldiga su avaricia, que es la causa de sacrificar al claustro la voluntad de Carlota, ofrecida por ella misma á Welster. Todo lo sabemos, y ya no puedo disimular mi justa indignacion. Es vd. un hombre pérfido, un ciudadano inútil, y un padre verdugo. Por no desmembrar su capital, dándole á su hija la legítima que le corresponde, la va á entregar á la última desgracia separándola de su inocente amante, y condenándola á á una eterna desesperacion. Pero vaya vd. señor D. Tadeo: haga creer á su hija que tiene sobre su voluntad un poder que Dios no le concedé: compre seductores á su antojo: válgase de medios reprobados, y haga las infamias que pueda, que algun dia, algun dia se ha de acordar de mí en los infiernos, cuando sorprendido por la muerte, conozca la fuerza de estas verdades, y maldiga en los abismos el poder de su maldito dinero.

No, no será vd. el primer padre que gemirá en aquellos obscuros calabozos. ¡Cuántos están allá por la misma causa! Muchos, D. Tadeo, muchos han ido á los infiernos por violen-

tar el alvedrío de sus hijas. Las han hecho ser monjas por reservar el dinero, el mismo dinero que no aprovecharon sus hijas, pero lo tiraron sus sobrinos en juegos, bureos y diversiones.

En fin, señor D. Tadeo; vd. dispense si me he excedido en favor de la infeilce Carlota, de quien presumo ó sé con evidencia que va á profesar contra su voluntad, y deme por excusado del convite.

Todos dijeron lo mismo, y D. Tadeo. se salió avergonzado; pero no arrepentido de su maldito proceder. Luego que llegó á su casa se le olvidó la seria reprension del coronel, y se entretuvo en disponer las cosas para el siguiente dia. Es mucho el poder de la avaricia.

Toda aquella mañana la ocupó en sus particulares negocios, y á la tarde.... pero hagamos una visita en su convento á la desventurada Carlota. Hasta las tres no tuvo lugar Irene de darle la carta de Labin. Abrióla muy sobresaltada, y apenas vió la de su querido Welster y reconoció la letra, cuando se enterneció su corazon sensible, y las lágrimas salieron á sus ojos. Besó el papel innumerables veces, lo humeció con

salian muy alegres los mozos de servicio metiendo cajones de dulces y bizcochos, fuentes, vasos, mesas, ramos de flores, y otras cosas. No pudo contenerse, y acercándose al portero poniéndole en la mano un peso para tabaco, le dijo: Amigo: vd. dispense: dígame vd. ¿quién vive en esta casa, y por qué causa hay ahora tanta bulla? ¿Estos preparativos son para alguna boda? porque á lo menos así me lo parece. Señor, dijo el portero, aquí vive mi amo el Señor D. Tadeo Gonzalez de la Mora, y la bulla que vd. ve es porque se está disponiendo el refresco para mañana que profesa de monja su niña la señorita Doña Carlota, en el convento de.... ¿Quién, amigo, quién dice vd. que profesa? preguntó Welster con mucha precipitacion; y el portero le decia con igual flema: ¿ya no dije, señor, que la niña Carlotita?—¿La hermana de Doña Adelaida? —Sí señor.—¿Aquella jóven muy hermosa que tiene un lunar debajo de la barba?—Sí, señor, esa, esa mismísima es la que va á profesar.—Hombre, vd. se engaña. ¡Si eso no puede ser! ¡sobre que esa niña está para casarse!—Eso yo no sé; pero vaya vd. mañana al convento, y allí saldrá de la duda, y vd. perdone que no le dé mas contesta, porque me está gritando el amo. Con esto se despidió el portero, y Welster se fué para el meson, lleno de las ideas mas tristes, y no queriendo creer lo que pasaba.

No pudo conciliar el sueño en esa noche, y así luego que vió la luz del dia, se vistió y comenzó á pasearse por su cuarto, deseando que llegara la hora de ir á la iglesia para ver por sus ojos lo que le habia dicho el portero; y haciendo contra la inocente Carlota los mas injustos discursos.

Llegó por fin la hora funesta, tomó una taza de café, y entrándose en el templo vió é hizo lo que sabrá el lector, si quiere leer el capítulo que sigue.

CAPITULO XVIII.

En el que se concluye la historia de Jacobo y de Carlota.

No hay que esperar firmeza en esta vida. Todos los hombres son variables; pero mas que los hombres las mugeres. Ellas son el depósito del fingimiento y la superchería. Sus ternezas son adulaciones, y sus mas firmes juramentos no pasan de unas mentiras estudiadas. Mal haya el que se crée de unos entes tan débiles y miserables, que abusan de los dotes de la naturaleza y de la ternura de su sexo para engañar un corazon sensible y generoso. Mas ¿quién no se creerá de una muger hermosa, cuando jura y promete ser firme hasta la muerte; y mas si llama el llanto para que sostenga su mentira? Las lágrimas y los suspiros son unos arbitrios eficaces, que tienen á mano estas viles criaturas intrigantes para alucinar á los incautos....

de diez y seis años * supiste despreciar la vanidad, y con pié firme hollaste un mundo falaz que te seducia con sus placeres y pompas lisonjeras, para seguir con tu cruz á Jesucristo tu esposo predilecto....

Jacobo oía el sermon, y cada palabra del orador heria su espíritu vivamente, renovando el mal juicio que se habia formado de Carlota.

Concluida la misa, el preste y los ministros del altar se dirigieron al coro para solemnizar la profesion. Las religiosas se ordenaron en dos filas con vela en mano, la abadesa tomó el lugar que le correspondia, y entonces Welster que estaba muy inmediato á la reja pudo ver bien á su amada Carlota. Esta tenia los ojos bajos, y su macilento semblante manifestaba su estragada salud. Jacobo la veia de hito en hito, observaba las ceremonias religiosas, y observaba los cánticos sagrados con una atencion imperturbable. Amaba tiernamente á Carlota, y su vista renovó su cariño; pero al mismo tiempo que se creia abandonado de ella sin motivo, en un instante convertia en odio mortal aquel afecto que volvia á desechar para quererla. De modo que su atribulado corazon batallaba á un tiempo con dos pasiones opuestas entre sí, el aborrecimiento y el amor, y sintiéndose agitado de las dos, no tenia libertad para decidirse por ninguna.

Entre estos amargos momentos llegó el de la profesion de Carlota. El sacerdote le hizo una exhortacion breve y patética acerca de la vida religiosa, durante la cual, ella no alzaba los ojos de la tierra que estaba regando con sus lágrimas. Así que el sacerdote concluyó; pasó la novicia á hacer la profesion en sus manos. Cada movimiento, cada palabra de ella era un puñal con que atravesaba el corazon de Jacobo sin sa-

---

* Solo cumplidos los diez y seis años se debe admitir la profesion: haciéndose con menos edad es nula por disposicion del citado Concilio. *Ses.* 25, *cap.* 15.

berlo. Este la contemplaba sin moverse; pero cuando la oyó cir, aunque con débil voz. *Yo, sor Carlota de Jesus, hago to y prometo....* no pudo contenerse: perdió el juicio, se ol dó de la prudencia, y sin atender al lugar en donde esta con una voz fuerte é indignado, le dijo: *¿Qué prometes, p jura?.... ¿Me conoces?*

El formidable grito de Jacobo penetró los oidos de Carlo Levantó sus ojos abatidos, y los dirigió hácia donde oia el e pavoroso; conoció á su amante, y con una voz desfalleci dijo: *¡Ay Welster.... la fuerza....* No pudo articular o palabra. Un sudor frio bañó su hermoso rostro: su vista eclipsó: la convulsion sacudió sus miembros fuertemente hubiera caido en tierra desmayada, si no la hubieran sos nido las monjas.

Todos se sorprendieron con tan inesperada novedad. l sordo murmullo se extendió por el templo: Labin, que hal ido con el cura D. Jaime para cerciorarse de la profesion estaba cerca del coro, luego que oyó á su amigo Welster, c rió adonde estaba y le dijo: Ya es menester que te sostengi El escándalo es mucho. Hazlo tú por mí, le respondió We ter, porque yo no estoy para hacer ni decir cosa á derech

Aeredia II.

mente notificara á la abadesa en su nombre que le diese su ropa de secular, y se la entregara; lo cual verificado, pasara aquella señora á la casa del conde de la Roca, en la que se mantendria en clase de depositada, hasta que el señor virrey determinase si podia ó no casarse.

Entre tanto que esto pasaba en Palacio, volvió en sí Carlota, y creyéndose ligada con los votos, y desunida para siempre de su amante, prorrumpió en tan amargo llanto, y en tan lastimosas exclamaciones, que enterneció á todos los circunstantes. Solo su padre estaba inflexible, y como le dijeron que habian ido á consultar al Arzobispo, temia se le frustraran sus intentos, y agitaba á la abadesa para que recibiera la profesion de su hija; pero el sacerdote que presidia aquel acto, lo embarazó cuanto pudo, hasta que volvieron Labin, el cura Welster y el secretario.

Sin pérdida de tiempo practicó este último las órdenes del prelado; y habiendo Carlota protestado la fuerza conque iba á profesar, porque su intencion era ser esposa de Welster, notificó á la abadesa se la entregara, pena de excomunion mayor reservada al Arzobispo. La abadesa obedeció al punto. Llevaron á Carlota para adentro, la vistieron de secular, y despues la bajaron á la portería donde la esperaba Welster y sus amigos.

Luego que se la entregaron al secretario y se vió libre de las monjas, corrió hácia Jacobo y lo abrazó sin hablar una palabra, porque las lágrimas se lo impedian. Ella no tuvo ni miramiento ni vergüenza en aquel acto. ¡Qué cierto es que una pasion vehemente no deja reflexionar en nada! D. Tadeo, que todos estos lances presenciaba, hubiera querido matar á su hija y á Welster, cuando los vió abrazarse; pero sus amigos le impidieron acercarse á ellos.

Sin embargo, ya que no podia usar de su mano contra ella, usaba de la lengua, llenándola de los oprobios y confundién-

dola entre sus acostumbradas maldiciones, que no atendió Carlota, embriagada con el gusto de haber visto á su esposo, y de haberse escapado de ser monja: bien que el secretario y los demás señores, hicieron mucho por no dar lugar á que oyera á su padre, apresurando la despedida de las monjas; y luego que esta ceremonia se concluyó, la subieron al coche y la condujeron á la casa del conde.

Naturalmente nos interesa el bien de nuestros semejantes, y así todas las gentes que habian precenciado este raro suceso, y se habian informado de la causa y circunstancias de él, felicitaban á Carlota. ¡Pobrecita! decian: ¡gracias á Dios que ya no fué monja á fuerza! ¡Maldito sea el viejo codicioso de su padre!

Ya se sabe cuanta es la desvergüenza de un pueblo comovido. Estas palabras no las decian en voz baja, sino muy recio para que las oyera D. Tadeo, que se quedó pateando y blasfemando en la portería. Sus amigos fueron desfilando uno por uno, hasta que lo dejaron todos, y él se quedó solo repitiendo: „Ya no es monja, maldito sea sea su padre.» El cochero y el paje temiendo que las gentes rabiosas no hicieran

dispensara la edad, y concediera su permiso para que se casasen cuanto antes.

Se despidió Welster y los demás señores de los condes, y suplicando al secretario que los acompañase, fueron á palacio en la misma hora, é informaron á S. E. de lo acaecido. E virrey dijo á Welster que pusiera su pretension por escrito, y que resultando cierto cuanto exponia, podria esperar un decreto favorable en justicia. Con esto se retiraron todos muy consolados, dejaron al señor secretario en el arzobispado, despues de haber dado las debidas gracias á su Illmą. Luego el señor Labin llevó á Welster á su meson, y él con el cura fué á casa de D. Tadeo para consolarlo y persuadirlo á que desistiera de la tenaz resistencia que oponia para el casamiento de su hija.

Trabajo costó al cochero poner el coche frente á la puerta de D. Tadeo, porque la gente plebeya se habia agolpado allí, y casi no dejaba pasar á nadie por la calle. La causa era, que D. Tadeo les estaba arrojando por el balcon los dulces, bizcochos y licores prevenidos para el refresco. Subieron Labin y el cura, y lo encontraron solo en su sala y en la mas ridícula figura, porque estaba sin casaca, con el chaleco desatacado, la camisa rota hasta la cintura, con la barriga y la calva al aire, porque habia tirado la peluca, y todo él hecho un asco, lleno de dulce, empapado en vino; pero muy afanado en tirar á la calle hasta los vasos, repitiendo sin cesar: „Ya no es monja, maldito sea su padre."

El señor Labin y el cura se compadecieron del miserable viejo, procurando consolarlo y hacerlo sosegar; pero todo era en vano. Por momentos se ponia mas furioso.

A este tiempo entró su hija Adelaida, y apenas la vió cuando creyendo quizá que era Carlota, lleno de la furia mas infernal, le dijo: no hay herencia, maldita, no la esperes. Diciendo esto le tiró con un frasco de cristal con tanta fuerza y

tal tino, que se lo hizo pedazos en la cara. Cayó en tierra Adelaida bañada en sangre, y su padre sobre ella dándole furiosas puñadas, y aun la hubiera ahorcado con sus manos, si no entraran el cochero y el page, con cuyo auxilio pudieron librarla el Sr. Labin y el padre cura.

Lo ataron como era regular, y lo metieron en su recámara: pusieron en otra á la desventurada Adelaida: llamaron un médico, y se encargó el cura de cuidar la casa en compañía del escribiente, que por casualidad llegó á ese tiempo, y el Sr. Labin pasó á informar á S. E. quien, como conocia su honrada conducta, le previno por órden escrita que recogiese todos sus papeles, las llaves de las arcas, y se hiciese cargo de todos los intereses, inventariándolos con noticia del cajero mayor, y reteniéndolos en custodia, cuidando al mismo tiempo de la salud de D. Tadeo.

Todo se hizo como el virrey determinó. A Adelaida la pasaron á su casa en una camilla, porque podia perjudicarla mas el movimiento del coche. Alguna terrible puñada recibió en el pecho, porque echaba sangre por la boca. Luego que entró á su casa y la vieron en tal estado su marido y sus

sia: se dispuso cristianamente: otorgó su testamento, mejorando en gran parte á Carlota: mandó que entrase su escribiente y despues que le dictó una carta reservada, la cerró con su sello, se la entregó al Sr. Labin, suplicándole que despues de su muerte y funerales, la pusiese en manos de su hija, á la que no se atrevia á ver, confundido de su inicua conducta. Recibió los santos sacramentos, y el dia siguiente murió como cristiano quien habia vivido como idólatra de su dinero.

No se pudieron ocultar estas cosas al esposo de Adelaida, porque esta lo enviaba diariamente á saber de la salud de su padre; pero tenia bastante prudencia, y así fué fácil que las hijas ignoraran la muerte de su padre, hasta que Adelaida se restableció. Ella padeció mas de un mes y quedó con la cara señalada para siempre, lo que no fué poca fortuna.

El señor Labin, el cura, el coronel, y Welster mismo emplearon sus talentos para dar á las hijas la triste noticia del fallecimiento de su padre, y para inspirarles la debida conformidad con la voluntad divina, especialmente á Carlota que como la mejor hija, lo sintió mas; pero por fin, las dos se conformaron á la fuerza.

Entonces se vistieron los lutos de costumbre, y cuando al señor Labin le pareció las hizo estar juntas, y en su presencia abrió la carta de su padre, á su ruego la leyó, y oyeron que decia de esta manera.

Carta de D. Tadeo a su hija Carlota.

Querida hija mia: á las orillas del sepulcro hiere la luz de la verdad poderosamente nuestros ojos. Apasionado por la maldita codicia del dinero, creyéndome inmortal, y temiendo me faltara, te iba á precipitar en un abismo de miserias, te iba á hacer infeliz eternamente, precisándote á abrazar un estado para el que no tenias vocacion, sin considerar que no era mi autoridad ilimitada, y que el Dios de bondad y de justicia no exige de

nosotros sacrificios violentos, ni aprecia los que se hacen á costa de su ley sacrosanta; mas yo, ciego por el vil interes, me desentendí de estas verdades, sufoqué el continuo clamor de mi conciencia, desprecié los avisos de los hombres de bien, y atropellé con las censuras de la Iglesia, haciéndome á un tiempo odioso al cielo y á la tierra.

Pero ya que el Dios de las misericordias ha querido derramarlas sobre mí con tanta liberalidad, concediéndome el uso de la razon que habia perdido, quiero yo corresponder en algun modo á su bondad, y aprovechar estos pocos instantes que me restan.

Conozco mi error, lo confieso, lo detesto, y con lágrimas de mis ojos te pido perdon, hija mia, de los agravios que te inferí. Perdóname, Carlota, perdóname, hija de mi corazon: no te acuerdes que tuviste un padre cruel, ni ceses de rogar á Dios por él.

Pídele tambien de mi parte perdon al jóven Welster, al coronel, al señor Labin, y á cuantos escandalicé con mi mala conducta para contigo.

Perdona asimismo á tu hermana, que fué causa de estas esce-

dilate tus años en la mas perfecta salud: Dios te llene de bienes y de gracia, y te haga feliz eternamente.

A Dios, hija querida; á Dios para siempre, hija Carlota; recibe en tu corazon el de tu arrepentido padre

TADEO.

Bien se deja entender la conmocion que causaria en todos la lectura de esta carta, especialmente en los interesados. Cada uno manifestaba su dolor, á proporcion de la parte que tenia en él. Carlota y Adelaida levantaban sus ayes hasta el cielo: Welcster estaba sin moverse apoyando la frente en sus dos manos: Doña Matilde y las demás señoras no podian interrumpir sus sollozos cuando consolaban á Carlota: el coronel y el cura se paseaban en silencio por la sala, limpiándose los ojos cada rato: el señor Labin le dió la carta á Welster humedecida toda con sus lágrimas, y se fué á sentar en un rincon. En una palabra, todos estaban penetrados de la ternura y el dolor.

Este se aumentó vivamente cuando Adelaida, hecha un mar de lágrimas, se arrojó á los piés de Carlota, y abrazándola por las rodillas, entre avergonzada y compun gida le decia: „¡Ay hermana de mi alma! yo he sido la causa de tus desgracias y de la muerte de mi padre. Soy una vil, una indigna, que por un ratero interes tomé de tí una venganza cruel; pero el cielo me castigó por la mano de nuestro mismo padre. Yo llevaré en mi cara toda la vida las señales de mi maldito proceder; pero las llevaré con gusto si logro volver á tu amistad. Perdóname, Carlotita, perdóname, hermana de mi vida."

Era muy sensible Carlota para dejarla proseguir; y así levantándola á sus brazos, la estrechó en ellos, la besó mil veces en la cara, y mezclando sus lágrimas con las suyas, le decia: „Callate por Dios, Adelaida: ya basta, ya todo se acabó: yo jamás te he tenido rencor: siempre te he amado, y desde ahora te juro que te he de amar, mas que nunca....."

Todos los concurrentes se interesaron en separarlas, y cuando á fuerza de llorar calmó un poco la congoja de las dos, dijo el coronel: Ya basta, señoras, ya esta bueno: seamos sensibles, pero no nos entreguemos á la pena sin prudencia y sin moderacion. No se hable ya otra palabra sobre los pasados agravios. D. Tadeo y esta señora han borrado muy bien sus flaquezas con su sincera compuncion, ni Dios nos pide mas para perdonarnos, que un arrepentimiento verdadero.

Por lo que respecta á sentir la muerte de vuestro amado padre, es muy justo; pero ya se ha dado harto desahogo al sentimiento: ahora es menester sostenerse en los motivos que teneis de consuelo. Advertid, que vuestro padre descansa en paz. Esa carta manifiesta una disposicion cristiana, y esta le abrió las puertas del Paraiso.

Así lo debemos esperar de la misericordia del Señor. Si no lo hubiera querido para sí, si su condenacion hubiera estado decretada, la muerte lo hubiera sorprendido en uno de los accesos de su locura; pero pues Dios le restituyó el juicio, y él se previno con tan cristiana disposicion, señal es que fué para salvarlo, pues Dios nada hace por acaso. ¡Ojalá que

CAPITULO XIX.

Discurre el coronel sobre el estado religioso, y comienza á instruir á su hija acerca del matrimonio.

Don Rodrigo, que de todo procuraba sacar partido para la instruccion y aprovechamiento de Pudenciana, cuando estuvieron juntos en la mesa, dirigiéndose al padre D. Jaime, le dijo: ¿Qué le parece á vd. señor cura, de la extraña historia de Carlota?

¡Qué me ha de parecer, respondió el prudente eclesiástico, sino que la mano del Señor ha andado entre todos sus actores, pues ha sido una grande felicidad que haya rematado de esta suerte! ¿Qué fuera de Carlota si hubiera profesado sin vocacion? Su vida seria muy infeliz, y su muerte quién sabe como. Welster acaso hubiera prevaricado, creyendo que la religion católica sostiene estos abusos. Por otra parte, ya que Carlota por fin no profesó, Adelaida pudo haber muerto entre las propias manos de su padre, que ya la ahorcaba, no pudiendo el señor Labin favorecerla solo, porque yo como viejo débil, apenas hacia cosa de provecho; y por último, D. Tadeo pudo haber muerto en su demencia, en cuyo caso se hubiera condenado sin remedio. Nada de esto sucedió, y todas estas desventuras se excusaron por unos caminos poco comunes: conque vea vd. si anduvo en esto la mano del Todopoderoso.

Así fué en efecto, dijo el coronel: yo de todo me alegro; pero mas, de que hubiera muerto D. Tadeo como cristiano, y de que no hubiera profesado Carlotita. El estado religioso es el mas perfecto, ¿quién lo duda? pero no es siempre el mas seguro. La clausura perpetua, el voto de pobreza y de obediencia, son como la castidad, de consejo evangélico, no de precepto: por tanto, la vida monástica no se debe abrazar sino con verdadera vocacion, conociendo muy bien lo que es, y á

le que obliga, y consultando nuestras fuerzas. El que no sufre sobre sus hombros el peso de dos arrobas, ménos sufrirá el de seis: y si se las echa acuestas con imprudencia, caerá en tierra sin poderse mover por mas que quiera.

Así es en lo espiritual. Si apenas puede Palmira cumplir los diez preceptos del Decálogo, ¿cómo se atreve á cargarse de otros cuatro mas, que son los votos?

Antes de tomar el hábito debia toda niña entender que no es lo mismo ser monja que religiosa. Para lo primero, basta con vestir el hábito, y cumplir, aunque sea á fuerza, con lo material de las reglas; para lo segundo, es necesario saber desprenderse del todo de su propia voluntad, renunciar de corazon y para siempre el mundo, y sus placeres, y no perder un instante sin aspirar á la verdadera perfeccion.

Esto es muy fácil decirlo; pero no es así para cumplirse. ¿Cuántas muchachas entran á los conventos, toman el hábito y profesan, llevadas de un fervor mundano, que ellas juzgaban vocacion? ¿cuántas ignoran qué cosa es, ni á qué obliga el voto de castidad? ¿cuántas lo hacen sin estar en edad, para saber cual es su vicio opuesto? ¿cuántas se retiran á los mo-

se el hombre á sí mismo, dice S. Pablo, examine cada uno su vocacion, su espíritu, sus inclinaciones, su fervor, el fin que lo lleva al claustro y las obligaciones respectivas que le impone el nuevo estado que pretende abrazar, y si despues de un exámen serio, detenido y consultado, hallare que le conviene, abrázelo enhorabuena; pero si lo hace sin estas condiciones, abrirá despues los ojos, reconocerá sus pocas fuerzas, advertirá que no son bastantes para soportar el grave peso que se impuso, y cuando reflexione que no hay remedio para eximirse de él, entonces llorará su imprudencia, trabajará sin fruto, y se precipitará á la desesperacion, especialmente si es muger.

Para las que entran en los monasterios con verdadera vocacion, todo es suave, todo llevadero, todo fácil. La castidad es una virtud angelical, la obediencia un sacrificio humilde, y la clausura un asilo contra los peligros del mundo.

No así para aquellas que entran por alguno de los motivos que he indicado. Para estas la castidad forzada que guardan sin ser vírgenes en cuanto al espíritu, es un martirio: la obediencia una esclavitud: la pobreza una miseria, y la clausura una prision insoportable. ¿Cuál será la vida de estas mugeres infelices? No es mucho que algunas se hayan desesperado con tal vida. El Dr. D. José Boneta en su librito titulado: *Gritos del infierno,* hablando sobre esto, refiere de una monja que estando para morir, preguntó al confesor: *Padre, si me muero ¿dejaré de ser monja?* Sí, hija, respondió el confesor; y la miserable al instante comenzó á acelarse la muerte apretándose el cuello con las manos. ¡Cuál seria la vida de esta monja desesperada, dejándonos tan malas señales en su muerte!

Todos los estados necesitan tiempo y madurez para elegirlos y especial vocacion de Dios para abrazarlos; pero entre una casada y una monja que hayan errado vocacion, encuentro yo notable diferencia. La casada que no consultó bien su

eleccion, y se halla ligada con un hombre que le da mala vida, tiene aun dos esperanzas que la consuelan: una es el divorcio que protegen las leyes y los cánones en ciertos casos, y otra es que muera el marido. En el primer caso se substrae de su dominio, se separa de su compañía y se libra de su tirano cruel; y en el segundo, se rompe el vínculo en lo absoluto, y queda libre para siempre.

La monja no es así: si no tiene un derecho muy claro para anular la profesion y dinero suficiente para dirigir á Roma su negocio, lo que no se facilita sino de tarde en tarde, bien puede creer que no tiene remedio si no es á costa de su vida, que es lo mismo que no tenerlo.

No por eso se crea que yo pretendo malquistar el estado religioso. Estoy muy léjos de tal extravagancia. A nadie, ni á mi propia hija, disuadiré en ningun tiempo de que sea monja. Sé que el Santo Concilio excomulga igualmente á los que violentan ó persuaden á las mugeres á ser monjas, como á los que *sin justa causa*, impidieren de algun modo el santo deseo que tengan de tomar el hábito, ó de hacer la profesion las vírgenes

Pocos dias despues, estando Doña Matilde sentada en el estrado haciendo una labor con Pudenciana, se levantó esta á buscar no sé qué cosa, y al volver dijo su madre: ¡Qué larga se va poniendo esta muchacha! El coronel tomó de estas palabras ocasion para dar una oportuna leccioncita á Pudenciana, diciéndole: En efecto, hija, ya estás bien grande. El tamaño de tu cuerpo señala tus años, y me avisa que debo ya darte las instrucciones correspondientes á tu edad.

Jamás me has hablado de mongío, ni yo exigiré de tí tal cosa. Has presenciado la historia de Carlota, y me oiste discurrir el otro dia acerca de la perfeccion que se requiere para profesar en la vida religiosa. Si esta no es de tu vocacion, no hayas miedo que yo te la persuada; pero si lo es, concurriré con mucho gusto al logro de tus santos deseos. Conque ¿qué dices? ¿quieres ser monja?—Hasta, ahora, papá, la verdad no lo pienso, respondió Pudenciana; y prosiguió su padre: Pues eso es lo que me agrada, que me hables la verdad. Pero supuesto que no quieres ser monja, tal vez te agradará el matrimonio, ¿no es asi?.... Vámos, no te pongas colorada: no hay para qué.

El matrimonio es un sacramento santificado por el mismo Jesucristo. En él se puede servir á Dios como en cualquier otro estado elegido con verdadera vocacion; y si la tuya es para el matrimonio, yo contribuiré al logro de tus deseos, pues pueden ser tan santos como los de entrar en la religion mas perfecta, si se reducen á servir á Dios en ese estado; mas para que seas buena casada, es preciso que sepas qué cosa es el matrimonio, y cómo te has de manejar para contraerlo: cuáles son las obligaciones que impone, y cómo las ha de desempeñar una muger cristiana.

Pero antes, hija mia, te voy á dar un consejo muy útil, de cuya observancia depende toda tu felicidad. „Ahora que tu infancia ha pasado, no nos mires solamente como tus padres, si-

no como tus mas antiguos, tus mas fieles y mejores amigos, á quienes ciertamente la vida es menos apreciable que tu bien estar, á quienes no les falta experiencia ni los conocimientos necesarios para darte en cada ocasion los mejores consejos.

Con este convencimiento, abre tu corazon á tu padre y á tu madre sin ninguna reserva: deposita en nuestro seno todos tus pensamientos, tus sentimientos, tus deseos: nada nos ocultes, ni aun tus faltas y flaquezas: bien persuadida de que nunca abusaremos de tu confianza filial, que nunca contestaremos á tu franqueza con amargura ni severidad, sino siempre con una ternura verdaderamente paternal, y que dirigiremos tus pasos con tanta bondad como celo. *»

¿Has entendido, hija?—Sí, papá.—Creo que no me has entendido bien. Te lo diré mas claro. Ya tienes quince años ó cerca de ellos, posees algunas habilidades que te recomiendan, y si no tienes una hermosura peregrina, á lo menos tu cara no carece de gracia y atractivo. Debo tambien advertirte, que vas á entrar en un mundo nuevo que no conoces, y así es necesario que te ponga el farol en la mano para que no tropieces entre sus innumerables precipicios.

advertirlo. Las calles, los zahuanes, los paseos, las casas y los mismos templos, serán para tí otros tantos lugares en que pueda peligrar tu honestidad con los repetidos asaltos que te dará el libertinage de un corrompido seductor. ¿Y qué deberemos hacer para asegurarte de esos asaltos? Fácil es la respuesta. Tu madre deberá cuidarte sin cesar, yo aconsejarte con prudencia, y tú, seguir con mucha docilidad mis consejos.

El primero que te doy es el que ya escuchaste. Míranos, no solo como á tus padres, sino como á tus mejores amigos, y los mas interesados en tu bien. En esta inteligencia, deposita en nuestros pechos tu confianza, ábrenos tu corazon, nada nos reserves, ni tus mas ocultos pensamientos, satisfecha de que te hemos de atender con dulzura, y te hemos de aconsejar con amistad.

Llegará tiempo en que las criadas, el aguador, tus amigas, tus parientas mismas serán los agentes del que solicite tus favores. ¡Infeliz de tí, si mas que de nosotros te fiares de ellos! En tal caso tú pensarás que lisongean tu gusto, y que son acreedores á tu reconocimiento, y engañada con este falso juicio, les descubrirás tus secretos, y pondrás en sus mano tu opinion, y entonces á Dios honra, á Dios crédito, á Dios reputacion. De boca en boca no quedará uno que ignore tus flaquezas, si (lo que Dios no quiera) tuvieres la desgracia de cometerlas.

Pero si reservándote de todo el mundo, te descubrieres únicamente con tus padres, entonces, ¡cuánta será la diferencia! ¡con qué amor no te enseñaré á conocer los artificios de los hombres! ¡cómo me valdré de mi experiencia, dándote lecciones oportunas para que te burles de las asechanzas que te quiera poner un libertino seductor! ¡con qué cuidado te libertaré de los peligros! ¡con qué prolijidad te evitaré las ocasiones que á ellos te puedan inducir! Y si algun dia tú llegares á amar algun hombre de bien que te merezca, ¡con cuán-

to gusto me prestaré á realizar sus intenciones, si estas fueren unirte con él en el estado santo del matrimonio! ¡Dichosa tú, hija mia, si cooperares por tu parte á que se verifiquen mis deseos! Estos no son ni pueden ser otros sino los de tu verdadera felicidad. A ella he aspirado toda mi vida, y que seas feliz será mi único conato, hasta que la muerte cierre mis ojos para siempre.

Pudenciana abrazó á su padre, y le besó la mano enternecida, dándole las debidas gracias por sus paternales consejos, y prometiéndole seguirlos ciegamente, pues estaba convencida de que se encaminaban á su bien.

Entonces el coronel le dió su bendicion y la envió á la cocina, diciéndole que queria cenar aquella noche un bocadito de su mano. Pudenciana fué á hacerlo muy contenta, y luego que se retiró, prosiguió D. Rodrigo hablando con su esposa de este modo: ¿Ya oiste el consejo que acabo de dar á Pudenciana? pues tú necesitas de otros dos que no son de menos importancia.

El primero es, que le abras los ojos á tu hija.... No, no me mires, ni te asustes sin acabarme de oir. Las mucha-

virginidad corporal. Dile en qué consiste esta virginidad, cómo se puede perder y cómo se conserva: adviértele que perdida una vez, no se restaura el honor sino mal, tarde y pocas veces: haz que se llene de temor cuando sepa que de su conservacion depende el honor de las mugeres en el estado de doncellas, y que cuando se pierde no se pierde sola, sino juntamente con la honra y la opinion: instrúyela en los artificios de que se valen los hombres para seducir á las incautas, siendo el mas trillado y el mas antiguo el proponerles un ventajoso casamiento: aconséjalo que á nadie de estos crea ni corresponda sin darnos parte de cuanto le pasare: dile que los hombres que parecen mas rendidos y apasionados son los mas sagaces seductores, los clarines que publican la debilidad de la muger que encuentran fácil á sus antojos: enséñale que lo que los hombres de bien aprecian mas en una muger para casarse con ella, es el recato y su integridad corporal: declárale que los hombres de honor se conducen con mucha medida cuando solicitan una niña para esposa: dile que la que llega al tálamo sin su virginidad ignorándolo el marido, se expone á pasar una vida amarga é infeliz, pues á la menor queja ó incomodidad que haya, le estregará en la cara su anterior licenciosa conducta, avergonzándola á cada instante, desconfiando siempre de su fidelidad, y mirándola con una indiferencia que en breve llega á ser un aborrecimiento declarado: repítele una, dos y tres veces en qué consiste el mérito y honor de una niña doncella: explícale mas claro lo inestimable que es la presea de la virginidad, y cuánto le conviene conservarla: y por último, dile que para esto debe en primer lugar, huir todas las ocasiones de familiarizarse sola con los hombres, sean de la clase ó condicion que fueren: é insiste en que nos descubra su pecho con la confianza mas sincera.

Esto es por lo que respecta á su bien moral: por lo que toca al fisico, permítele que cuando se ofrezca, oiga hablar de las

pasiones y gravámenes que son consiguientes á su sexo: déjala que sepa como se debe conducir una muger en las diferentes épocas de su vida: de qué cosa se debe precaver, cuáles debe observar en obsequio de la conservacion de su salud y bien de sus hijos y familia: hazle ver que una muger enferma por su descuido y desarreglo, hace una mala madre para sus hijos, una esposa de bastante gravámen para al marido, y un eterno fastidio de su casa. Todo esto debes enseñar á tu hija en esta edad, y esto será abrirle los ojos con provecho.

Es una ridícula preocupacion la de muchas madres que con pretexto de no abrirles los ojos á las niñas, las crian con tal encogimiento y con tal ignorancia, que ni saben qué es ser doncellas ni casadas, madres ni esposas. Esto no llamo yo recato, sino groserísima tontera. ¡Cuántas pobres muchachas han dejado de ser vírgenes sin saber lo que han perdido, ni las funestas resultas de esta pérdida! ¡cuántas se han hecho enfermas toda su vida por no saber manejarse en los tiempos de sus enfermedades periódicas! ¡y cuántas se casan sin saber qué obligaciones contraen en tal estado!

Léjos de tí, hija mia, semejantes absurdas preocupaciones

ya él muy bien lo sabe. Y he aquí el segundo importante consejo que debes observar en la presente educacion de Pudenciana. Ningun cuidado, ninguna vigilancia ni precaucion está demás en su presente edad....

¿Pero no la cuido yo? dijo Matilde, qué ¿quieres que la traiga yo como llavero? Sí, señora, sí, decia el coronel, no debe apartarse de tus ojos un instante. En la calle, en la casa, en las visitas, en el templo, en todas partes ha de ser su custodia tu presencia. Si al ojo del amo engorda el caballo, al ojo de la madre se conserva la honestidad de la hija. Siempre las niñas han estado expuestas á una misma enfermedad, y siempre se les ha ordenado el mismo remedio de precaucion. S. Gerónimo que conocia bien el mundo, instruyendo á una señora llamada Leta en el modo con que debia criar á su hija Paula, le dice: *No la dejeis jamás ir á parte alguna, si no fuere en vuestra compañía; y ni á visitar las capillas de los mártires ni á las iglesias vaya sin su madre. No consientas tampoco que se ria y burle con ella ningun mancebo, ni de los que traen copete; y cuando hubieres de velar ó trasnochar para celebrar la fiesta de algun santo,* * *hágalo nuestra doncellita de tal modo que no se aparte de su madre, ni aun por espacio de una pulgada.* Hasta aquí el Santo Doctor á nuestro intento.

Su toridad es muy recomendable; pero sin comparacion lo es mas la del Espíritu Santo, quien dice en las Sagradas Letras: ‡ *Si tienes hijos, enséñalos, corrígelos desde niños; si tie-*

* En la primitiva Iglesia acostumbraban los fieles celebrar à los santos mártires en los templos, empleando en ellos toda la noche de las vísperas en cànticos y alabanzas. A este desvelo se llamaba vigilia; pero por los abusos y desórdenes que se cometian despues que se fué enfriando el primer fervor del cristianismo, està reducida en el dia al ayuno y abstinencia de carnes, exceptuàndose solamente la de la Natividad de Nuestro Señor Jesucristo, en la que se cantan maitines y se celebran misas à media noche.

‡ Ecclesiast. cap. 7, 25 y 26.

nes hijas, guárdales sus cuerpos, esto es, su virtud, su virgin-dad. ¿Y cómo cumplirá con esta obligacion una madre abandonada que permite que la hija ya grande salga sola á la calle, ó cuando mas con una criada ó una amiga? ¿que se esté sola, si se ofrece, en el estrado, charlando y aun retozando con el caballerito cortejante? ¿que con pretexto de visita se aparte de su madre dos, tres ó mas dias? ¿que á título de pobre, salga á la tienda y á hacer otros mandados? ¿ó lo que es peor que todo, á pedir prestado á algun hombre un peso ó dos? Pues todo esto se ve, y no se quedan ocultas las resultas. Lo mas gracioso es que muchas madres de estas, despues que ellas mismas permiten á sus hijas cuanta libertad apetecen, se asustan y se escandalizan así que las muchachas traen á sus casas el fruto del abandono con que las tratan. Entonces son las lágrimas, los gritos, los regaños y los golpes; golpes que mas bien los merecen ellas que sus hijas, porque son la causa original de su ruina. Ello es cierto que si no hubiera tantas madres descuidadas, no hubiera tantas hijas prostituidas....

Aquí llegaba el coronel, cuando entró Pudenciana avisando que ya estaba la cena. El coronel mandó poner la mesa, y se

Ya hemos visto la conducta del coronel y de Matilde para con su hija, y las sanas instrucciones que le daban, y tambien hemos observado el modo con que educaron á Pomposa sus padres. Nada extraño es que fueran ambas primas tan distintas en costumbres, como fué la doctrina que recibieron.

Pomposita todo el tiempo lo empleaba en componerse, en mirarse al espejo, en hacer ademanes ella sola, ensayarse á hacer dengues y favores con los ojos, ayudada del cristal en que se pintaba su carita, y en recibir lecciones de su madre.

Es verdad que esta era su menos nociva directora, pues no veia en ella ni oia cosa descaradamente opuesta á la sana moral. Otras tenia de mas infame condicion. Tales eran sus buenas amiguitas.

Entre estas habia una llamada Rosamunda, muchacha pobre, alegre y lisonjera. Esta habia cautivado el corazon de Pomposita, de suerte que era la depositaria de sus secretos, y la plenipotenciaria de sus negocios. El lector querrá hacerse cargo de su carácter, y debemos en esto darle gusto.

Una tarde estando sola con Pomposita, sin advertir que yo la espiaba por el agugero de una mampara, platicando con ella le decia: En verdad niña que.... no es por levantarte los cascos, pero no eres bonita sino linda. ¡Caramba! que tienes una cara como el sol. Es mucho que á la hora de esta no tengas un sin fin de enamorados: yo no soy ni para descalzarte, y con todo eso tengo cuatro.

¿Cómo no? decia Pomposa, yo tambien tengo diez que me solicitan para casarse conmigo, y ninguno me gusta. Mira tú: uno es oficinista, tres son militares, y me han enamorado por sus grados, porque uno es teniente, otro capitan y otro te-

---

to está de su parte para que sus hijos se logren, y sin embargo, estos se pervierten por sí mismos; poro esto es lo mas frecuente. Regularmente los hijos aprenden de las costumbres de sus padres, y corresponden a la educacion que se les da.

niente coronel; mas ¿qué me puede dar ninguno de ellos, si todos están á racion de hambre? Otro de mis enamorados es médico, muy bueno para ponerme á dieta: otro es abogado, que me dará muy lindos pareceres: tres son colegiales, de los que ya sabes que no llega su principal á una peseta: el último, que es el mejor de todos, es comerciante y no pasa de un trapero. Ya verás tú qué tales son mis novios.

¿Conque en resumidas cuentas, decia Rosamunda, ninguno de ellos te gusta?—No, ninguno, porque el mejor es el comerciante, y no pasa de un baratillero por mayor. Aunque me pueda dar lo que yo necesite, ¿quién sabe si tendrá para ponerme coche? y por fin, yo no me tengo en tan poco, que ya que me case, me contente con quedarme con mi nombre. No, yo he de mudar de nombre cuando me case, ó no me caso nunca. Pero, mi alma, ¿cómo te has de mudar nombre? Solo las monjas hacen eso, decia Rosamunda: esa mudanza que tú quieres hacer, me coge muy de nuevo. Pues entiéndelo, proseguia Pomposa: yo aspiro á casarme con un título para que no me digan la señora Doña Pomposita, sino la marquesa de aquí ó de acullá. Mi sangre es ilustre, no soy pobre

gracias, cada dia tienes mas de que preciarte; pero volviendo á nuestro cuento, tú haces muy bien de pensar de ese modo. Y ¡cómo que sí! contestaba Pomposa, yo he de ser de título, y pésele al que le pese. ¡Ay, niña! ¿habrá gusto como oirse llamar de señoría, y no ese vd. y ese doña fulanita por aquí, y doña fulanita por allí, que ya me tiene hasta los ojos? Marquesa he de ser, ó me he de quedar para vestir imágenes. Si yo quisiera casarme, ya ves tú que me sobran novios; pero ninguno de ellos es marqués, y así se quedarán *sinque;* * pero eso de que yo les dé mi palabra *¿cuándo amores?* †

Ello es cierto que á todos los entretengo, y les doy esperanzas; pero no mas por chonguear y pasar el rato, y no porque los quiera.

Haces muy bien, niña, decia Rosamunda, de entretenerte con esos babosos. Tú no tienes necesidad; pero si la tuvieras, te diria que les arrancaras á todos cuanto pudieras, cosa que es muy fácil en sabiendo el modo. El asunto es decirle á cada uno de por sí, que es el preferido en nuestra estimacion, que es el único que queremos, y que no amaremos á otro, ni por todo el oro del mundo. Con esto se engañan todos á un tiempo, y se dejan desollar vivos.

Pero no apruebo yo el modo de algunas tontas pedigüeñas que enfadan á los hombres, pidiéndoles luego, luego y por lo claro. Esto no es saber vivir. Lo que debe hacer una muchacha de mérito como tú, es escasear mucho sus favores á los amantes: irlos poco á poco apasionando, y cuando ya están borrachitos, entonces no se les pide nada por lo claro, sino que se les da á entender que una necesita esto, ó que le cuadra lo otro. Apenas una muger se expresa con ellos de este modo, cuando los muy bobones se endrogan, se despulsan y se sacrifican; pero traen lo que una quiere, y entonces hace una que

* Refrancillo muy vulgar.

† Id.

agradece la cosa, pero que no la quiere recibir, porque eso seria un chasco, y ¡qué se yo, y qué se cuando! Ellos se apuran porque se les reciba lo que han traido: una se resiste, hasta que por fin se coge, porque no digan que es desaire, y se dan muchísimas gracias.

De este modo se pelan vivos, y se quedan muy contentos los hombres, creyendo que una no es interesable, y que le hace mucho favor en pelarlos. Tal era el carácter de la directora de Pomposa, y de estas tenia varias. ¿Qué tal saldria ella?

En efecto, era cierto que visitaban su casa algunos colegiales, y que le echaban sus polvillos, pero de colegial; quiero decir, la chuleaban y se entretenian con ella, dándole á entender que la adoraban, y la pobre creia sus mentiras como los artículos de la fe. Algo hubiera dado porque no hubiera pisado su casa un colegial, pues á esta familia debió el titular contra su gusto, como vamos á ver.

Siete de ellos visitaban á Doña Eufrosina y á Pomposita, que mas valia que la hubieran visitado los siete pecados capitales. Todos eran la piel de Barrabás; pero el mas maldito era un payo alto, obeso, chato, carirredondo, de ojos alegres y saltones

Así que acabaron, sacó cada uno su paño de narices y se limpió el dulce de las manos y la boca. Iba uno á tomar el bandolon; pero lo embarazó nuestro payo, quien sentándose en el lugar preferente, les dijo con mucha seriedad: Señores, amigos y compañeros mios: despues que habemos refosilado las barrigas con estas pocas migajas que nos han hecho favor de regalarnos, bueno será que tratemos un negocio de gravísima importancia que dias ha estoy para comunicaros, fiando el acierto de vuestra sapientísima resolucion. Atendedme.

„Ya sabeis como por constitucion inmemorial de los colegios, cada uno debe tener su sobrenombre. Yo cuando vine hallé esta costumbre establecida, recibí el mio con la mayor humildad, y despues acá he procurado cumplir con mis deberes, poniendo á todos su nombre, segun mi corta capacidad. Tú, por mi cuenta te llamas *Séneca*, por sentencioso: tú, el *Aplastado* por chaparro: tú, el *Alambique* por tus desaforadas narices: tú, el *Discreto* porque eres de Querétaro: tú, el *Zorro* por astuto é hipócrita: tú, la *Niña* por bonito y afeminado: á mí me llamais *Sanson Carrasco*, por panzon, por grandote, ó por lo que os da la gana: de manera, que cada uno de nosotros los presentes, ausentes, pretéritos y por venir, tienen, han tenido y tendrán su sobrenombre *usque in saecula*, hasta el fin de los siglos, sin que ningun bicho viviente en el colegio se quede sin el suyo, *de capite ad calcem*, esto es, desde el rector hasta el portero."

„Reflexionando esto con la debida atencion y madurez, y considerando que nuestra jurisdiccion ó autoridad de poner nombres, no está limitada dentro de las paredes del colegio, sino que se puede extender *ad libitum*, á nuestro antojo, he acordado que seria muy bueno y muy loable, poner su nombre á una señorita á quien visitamos, y en cuya casa nos hacen agasajo. ¡Qué mejor prueba podemos darle de nuestra gratitud? ¿Ni de qué mejor modo le pagaremos los bizcochitos y el chocolate que nos da su madre, sino titulando á

su hija *more nostro*, segun nuestro modo y nuestra crianza?"

„En este caso encajándole un título á cuestas á la hija de nuestra protectora, obraremos no solo con justicia, sino con habilidad magnífica "

„En esta inteligencia, habeis de saber, preclaro é ilustrísimo congreso, que la señora Doña Pomposa Langaruto y Contreras, que en paz descanse...." ¿Pues qué ha muerto? dijo el *Zorro* muy espantado, y *Sanson* respondió siguiendo su discurso: „Ella no ha muerto; pero su nombre propio murió en ella desde esta misma noche, y en virtud de hallarse sin nombre, os he convocado, sapientísimos y prudentísimos señores, para que determineis cuál es el que se le debe poner."

„El caso es de los mas graves, y de los mas urgentes: conque resolved *hic et nunc*, ahora y sin separarnos de aquí, qué nombre se le deberá poner á esta señora."

Por mí que se le ponga la *Arentada*, dijo el *Alambique*, con alusion á su mucha vanidad. Aunque hay alusion, dijo el *Aplastado*, es nombre muy bajo y muy equívoco, pues quien no sepa por qué se le puso, creerá que está enferma, y esto cede en contra de su honor, lo que por ningun caso nos es lícito.

bien á los infinitos caracoles de Pomposa. Es verdad, replicó la *Niña*; pero ese nombre por ese motivo está mal puesto pues aquí han dicho que se trata de ridiculizar su carácter, no su cuerpo ni su modo de vestir: y así si mi sentir valiera, yo le pondria la *Desdeñosa*. Eso no significa nada, dijo otra vez el *Aplastado*, porque nada particular especifica de ella. ¿Qué muchacha bonita hay que no sea desdeñosa? y así, ponerle ese nombre, es lo mismo que no ponerle ninguno, pues lo que á todos es comun, á nadie es particular; y pues que entre nuestras opiniones hay tanta discordancia, diga V. S. su parecer, señor presidente.

„Nada extraño es, sapientísimo congreso, dijo *Sanson Carrasco*, que en los grandes asuntos haya tambien grandes dificultades, ni que se encuentren las opiniones entre sí. Yo, despues de admirar vuestro tino y vuestra ilustracion, ¿qué podré decir, que merezca vuestra aprobacion apetecible?"

„Sin embargo, pues me habeis honrado dias hace con el título de vuestro presidente, y en vista de vuestra indecision quereis que diga mi parecer, con el permiso de esta respetable asamblea, y protestando siempre sujetarlo al mejor voto, digo: que debiendo tener el nombre que se le ponga á Pomposita las cualidades de ridículo, significativo, gracioso y conveniente, creo que no hay otro que mejor le cuadre, ni que reuna en sí todas estas circunstancias, que el de la *Quijotita*."

„Si hacemos un paralelo entre la demencia, modales y carácter del caballero de los leones y la de Doña Pomposa Langaruto, hallarémos, que salvando la debida proporcion, hay entre ambos alguna semejanza. Probémoslo."

„D. Quijote era un loco, y Doña Pomposa es otra loca. D. Quijote tenia lúcidos intervalos, en los que se explicaba bellamente, no tocándole sobre caballería: Doña Pomposa tiene los suyos, en los que no desagrada su conversacion; pero delira en tocándole sobre puntos de amor y de hermosura. El fantasma que perturbaba el juicio de D. Quijote, era creerse

el mas esforzado caballero, nacido para resucitar su órden andantesca; el que ocupa el cerebro de Doña Pomposa es juzgar que es la mas hermosa y la mas cabal dama del mundo, nacida para vengar su sexo de los desprecios que sufre de los hombres, haciendo á estos confesar en campal batalla en el estrado, que la belleza es todo cuanto mérito necesita una muger para atraerse todas las adoraciones del universo. D. Quijote siempre esperaba llegar á ser emperador á costa de la fuerza de su brazo: Doña Pomposa siempre espera ser cosa grande, título de Castilla cuando ménos, á favor del poder de su belleza. D. Quijote tenia su dama imaginaria, á quien juzgaba princesa: Doña Pomposa ya tendrá en la cabeza algun amante prevenido á quien hacer digno de sus favores, y este será un embajador ó un general. D. Quijote en los accesos de su locura á nadie temia: Doña Pomposa en los suyos á nadie teme, y se expone á los mas evidentes peligros con los hombres, creyendo salir siempre victoriosa de sus asaltos. D. Quijote acometió una manada de carneros como si fuesen caballeros armados: Doña Pomposa entra á las batallas amorosas que le presentan mil batalleros armados de malicia, con

Resolvieron ponerle el nombre de QUIJOTITA, y se estendió el honorífico diploma.

lo sepa ella, y que lo sepan todos cuantos puedan. Para esto es necesario decírselo no á secas, sino con un versito que le guste. Este maldito *Alambique* es medio poeta, y él nos sacará del cuidado.

Soy contento, dijo el *Alambique*: ¿y qué se puede perder por servir á ustedes y á la bella *Quijotita*? A ver el tintero para acá....

En ménos de dos minutos escribió el poeta una decimita que á todos les gustó, y el dijo: Ya el verso está hecho, ahora ¿quién le pone el cascabel al gato? ¿quién lo lleva, y cómo se le da? porque á tanto no me arriesgo yo.

No hay que apurarse, dijo Sanson: el *Zorro* nos sacará de este cuidado, pues siempre los zorros son astutos. Amen, amen, amen, contestó el humilde *Zorrito*; y quedaron de acuerdo en que lo llevarian el primer juéves: que irian todos los siete juntos, y para que no pudieran culpar á ninguno de ellos, ni venir en conocimiento de que eran los autores del pasquin, llevarian otros cuatro compañeros mas, con eso habia muchos de quien pudieran sospechar, y ellos, los tertulios de la casa, echarian la culpa á los nuevos compañeros que llevaran, en caso de que la *Quijotita* ó su mamá les reconviniera. En esto quedaron, cuando la campana les avisó que era hora de cenar, y se fueron corriendo al refectorio.

CAPITULO XXI.

En el que se cuenta una conversacion que tuvo el coronel con su sobrina Pomposa, y la gran cólera que hizo esta, cuando supo que le habian puesto *Quijotita*.

El dia siguiente fué Pomposa, alias la *Quijotita*, á visitar á Pudenciana, para que le hiciera un cordon de chaquira, de que colgar un retrato suyo. Estaban las dos muy divertidas

mirando la miniatura, cuando entró el coronel á su cuarto, y le dijo Pudenciana: Mira papá, y qué bonito está el retrato de Pomposa. Si está, en efecto, y ya quisiera tu prima parecerse en todo al retrato.—¿Pues qué el retrato no se parece á mí? dijo Pomposa. El se parece á tí, le respondió su tio; pero tú no te pareces á él, porque el retrato tiene dos ventajas que tú no tienes. La primera es que está muy bien asegurado con el cerco y no le da ni el polvo, por estar debajo de vidrios: y tú no tienes mucha seguridad. ¿Con quién veniste?—Con la recamarera.—¿Y tu madre por qué no vino contigo?—Porque estaba ocupada.—Cualquiera ocupacion importa ménos que acompañarte, y no dejarte andar sola en la calle. ¿Pues no le digo á vd. que no vine sola, sino con la recamarera?—¡Grande persona para que te cuide!—¡A Dios, tio! ¿Pues qué me ha de suceder?—¿Cómo que? darte un tropezon. —¡Qué tropezon me he de dar! Si ya soy grande.—Por lo mismo. Las niñas grandes son las que tienen mas riesgo de tropezar, y cuando en uno de esos tropiezos caen de espaldas, no sanan del golpe en su vida.—Pues yo tendré cuidado de no caerme, tio.—Dios lo quiera.—¿Y no me dice vd. cuál es la

cuenta de ese frágil don de la naturaleza. Una fiebre, unas viruelas mal asistidas, ú otro accidente, de la noche á la mañana dejan fea á la muchacha mas bonita; si no es esto, y viven sanas las hermosas, los años les arrancan los dientes, les emblanquecen el pelo, les pliegan y manchan el cutis, y las desfiguran de modo, que ni ellas mismas se conocen al verse en el espejo. Solo una muerte temprana las libra de caer en la fealdad.

¡Ay, tio! pues mas que me muera yo muchacha, como no me ponga fea.—Esa es mucha presuncion, hija mia: estás muy pagada de tu hermosura; pero no te engañes.- Mejor es que conserves la belleza de tu espíritu que la de tu cuerpo. Esta es una prenda de la naturaleza, que debes apreciar, y darle por ella infinitas gracias á su autor; pero no debes de ninguna manera fiar tu felicidad de tu carita.

La belleza de las mugeres puede ser el orígen de sus dichas ó de sus desgracias temporales, segun el uso que hicieren de ella; pero como por lo comun, hacen mal uso, se sigue, que apenas hay bonita que no sea desgraciada, especialmente entre las pobres.

La carita hermosa es el iman de infinitos seductores: estos cercan al dueño, y tratan de poner todos los medios para rendir su honestidad, y su recato. Si entre estos medios se cuentan las dádivas y las promesas de parte de los hombres, y la necesidad de parte de las mugeres, será casi un milagro hallar entre mil de estas una siquiera, que tenga la firmeza necesaria para resistir tan poderosa tentacion.

Por lo regular estas bonitas se rinden muy fácilmente, y rendidas á uno, despues son el estropajo de todos. Andan de mano en mano como en el juego de los dados; y este es el modo mas corriente con que se labran su desgracia.

Las hermosas ricas no están muy libres de estos peligros. Tambien se ven acosadas de enemigos que las seducen ince-

santemente, aunque el maldito interes no influye en ellas tanto. Este medio inicuo, tan poderoso cuando se encuentra con la necesidad de la muger, no tiene fuerza ninguna, ó á lo menos se debilita mucho cuando esta no conoce la pobreza: por eso pienso yo que hay menos ricas infelices que pobres.

¿No has oido decir que *la fortuna de la fea la bonita la desea?* Pues esto no significa otra cosa, sino que hay algunas mugeres que no habiendo logrado de la naturaleza unos rostros hermosos, se dedicaron á cultivar su espíritu con la virtud y la instruccion para hacerse amables de los hombres: y como estos, cuando son prudentes, solicitan mejor para casarse una muger que no una miniatura, de ahí es, que muchas de estas no bellas encuentran algunas veces unos hombres de bien que las estimen, conociendo el mérito que tienen, y de esta suerte puede una fea * labrarse su fortuna: fortuna que deseará tal vez una bonita, que no teniendo mas atractivo que su cara, pasa mala vida, ó porque habiéndose concluido los dias de su belleza, la aborreció el marido, que solo se casó con ella por bonita, ó porque, el marido que pasa una vida tan amarga, ¿se la dará muy dulce á su muger?

principio que no debes olvidar) de la muger, trabajar por ilustrar su entendimiento con la instruccion, y adornar su alma con las virtudes morales, cuyos medios son mas eficaces que la belleza de la cara para hacerla amable de los hombres sensatos, y conducirla á una felicidad sólida y permanente.

¡Eh! insensiblemente ya les he dado un rato de conversacion. Sigan ustedes ensartando su chaquira. Diciendo esto, se retiró el coronel y las dejó solas.

¡Ah *caramba*, niña! ¡y que tieso es mi tio! decia Pomposa. Mira que sermon tan largo nos ha echado en tanto que el aire. ¿Qué siempre es así? Siempre, contestaba Pudenciana: mi papá no deja ocasion que no me instruya con buenos documentos y consejos. Dios se lo pague, y me lo guarde muchos años.—¡Ay, niña! ¿Pues qué te gusta que te esten sermoneando todo el dia?—Como esos sermones se reducen á mi bien, no me enfadan; antes los agradezco como es justo.—Es verdad; pero lo harás tú que ya estás hecha. Yo como no estoy acostumbrada, no sé que se me habia de hacer que me estuvieran predicando sin cesar.—Pues hermana, si no te gusta oir á mi papá, no vengas á mi casa, porque yo no le he de decir que se calle la boca por no disgustarte. A mas, que la instruccion de ahora te la dijo á tí para que yo la entendiera. Le tengo bien comprendido su modo: así no creas que dirigió el sermon á tí.

Pero, despues de todo, proseguia Pomposa, mi tio es muy escrupuloso, muy tétrico y adusto: me parece que te tiene en un puño, y que te pasarás una vida de monja recoleta.—Pues te engañas de medio á medio, porque mi papá me quiere mucho, y tiene un genio muy dulce y muy afable, y me da gusto en cuanto quiero. Si vieras cómo me acaricia como si fuera una criatura de tres años, variarías de concepto, y aun te llenaras de envidia si lo vieras cuando estoy enferma. ¡Jesus! si es mucho. De un dedo que me duela, ya no sabe el pobreci-

to de papá que hacerse conmigo. El me cura, me contempla y me chiquea con la mayor ternura. Yo fuera la hija mas ingrata del mundo si dejara de agradecer sus finezas. No tengo con que pagarlas sino con amarlo mucho, y dárselo á entender, obedeciéndolo en cuanto me manda: y esto lo hago tan de buena gana, como que conozco que nada me manda ni me aconseja que no sea por mi bien.

Pues entonces yo me habia engañado en pensar que te regañaba mucho, y te tenia muy oprimida; pero siendo como dices, haces bien de quererlo tanto. Lo mismo será mi tia, ¿no es verdad?—Lo mismo. Si mi mamá es un terron de amores.—Así son mis padres, niña. En todo me dan gusto, decia Pomposa: no hay baile, tertulia, paseo, comedia ni fiestecita á que no me lleven: no hay moda en que yo no entre, y de las primeras: no hay amiga que no me consientan: no hay visita adonde yo no vaya: no hago cosa que no me alaben, y si hago algo malo, todo me lo sufren con prudencia. En fin, ellos me dan gusto en cuanto hay, y yo puedo decir que soy dueña de mi voluntad, porque hago cuanto se me da la gana, sin que jamás se me embaraze; porque si alguna vez tienta el

Pudenciana. Mis tios sabrán lo que dicen; pero, segun papá, el respeto de los hijos á los padres consiste en la obediencia, no en el tratamiento, pues este puede ser en sí indiferente, y en caso de que sea lo mismo hablarles de *tú* que de *usted*, como en efecto lo es, mejor es hablarles de *tú*. Este tratamiento sin ser grosero inspira mas confianza: virtud necesaria en los hijos para amar á sus padres, y seguir sus consejos con firmeza. Entre los antiguos nunca se usó el *usted*. Todos se hablaban de *tú* lisa y llanamente, sin que por eso dejasen de respetar el hijo al padre, el criado á su amo, el esclavo á su señor, el vasallo á su rey, y todo súbdito á su respectivo superior.

La diferencia de tratamientos se ha introducido por la soberbia de los hombres; pero no por una necesidad, pues sin ellos sabrian hacerse respetar.

El tratamiento de *tú* ciertamente que inspira mucha confianza; ¿pero de qué confianza no es digno un padre y una madre? Nuestros padres nos engendraron, nuestras madres nos concibieron y alimentaron en sus vientres, y nos han nutrido con su sangre: la de ellos circula en nuestras venas: tenemos su misma substancia: somos unos con ellos mismos, y para decirlo de una vez, nuestro cuerpo es una parte del suyo. ¿Habrá cosa mas conexa y de mas íntima relacion? No tiene tanta entre sí el marido y la muger, y es corriente que se hablen y se traten de *tú*.

Todo esto dice mi papá, y en efecto, yo conozco que es una preocupacion ridícula el creer que es preciso que los hijos traten de *usted* á sus padres para que les conserven el respeto. Yo trato de *tú* á los mios, y á fe que no soy capaz de verlos disgustados un momento por mi causa.

Pero, por último, dime hermana, ¿á quien debemos tener mas respeto, á Dios ó á nuestros padres? seguramente me respondes que á Dios. ¿Y quién fué el mejor maestro de los hombres en todo, Jesucristo ó los mismos hombres? Jesucristo dirás.

Estas conversaciones tuvieron mi
cordoncito. A la hora regular com
á la tarde llegó el coche para llevar
ta le rogó á Pudenciana que no dejar
porque habia *frasca*, y se iba á cele
dres, y queria que la acompañara. Q
pidió Pomposita de sus tios.

Pero como no hay plazo que no se
y Doña Eufrosina envió á convidar
para que fueran á su casa.

En efecto, fueron todos el juéves, no
no despues de almorzar; pero ¿cuál fué
de Matilde y Pudenciana al hallarse c
te, y á Pomposa en medio muy colorad
de rabia, con un papel en la mano dic
sí, los malditos colegiales me han puest
jotita. ¿Qué me ven esos malditos de
so loca, flaca, ni trigueña como D. Q
¿Tengo Rosinante? ¿Tengo escudero?

nenos les prometo que no ha de volver á pisar mi casa
ın colegial.
esta manera se explicaba Pomposita, hecha una furia,
. que el coronel le dijó: Vaya, vaya: ¿qué te han hecho los
;iales, que estás tan enojada con ellos? ¡Que me ha de
ler, tio, respondió Pomposa! ¡qué me ha de suceder! esos
os, groseros, indecentes, me han puesto por mal nombre
otita, y me lo han dicho casi en mis bigotes.
ire vd. que atrevimiento. Este papel me dejaron esos
enados dentro del clave. Quien sabe como diantres lo
ron sin que yo lo viera, y luego, luego se despidieron y
eron.
cir esto Pomposa, y poner el papel en manos de su tio,
fué uno. Entonces el coronel se sentó, y como habia mu-
personas de visita, lo hubo de leer en alta voz, y todos
n que decia ni mas ni menos como sigue:

Pomposa: aunque seas bonita,
Y aunque ves que te queremos,
No por eso dejaremos
De llamarte QUIJOTITA:
Y pues tu locura incita
A ponerte este renombre,
Ten paciencia, y no te asombre,
Que ya sea en prosa, ó ya en verso,
Diga todo el universo:
Quijotita sea tu nombre.

abó de leer el coronel: las visitas prudentes se sonreian,
no prudentes soltaron la carcajada, con lo que se puso
or condicion Pomposa, y echando espuma por la boca de-
qué dicen ustedes;? no son infamias los de estos perros,
riados, indecentes? ¿*Quijotita* yo? ¿Yo *Quijotita*? ¡Voto á
ecados! Esto no es sufrible. ¿Qué me habrán visto de

Quijótita estos malditos? Pero como vuelvan, yo les prometo que les he de decir cuantas son cinco, y los he de echar muy mucho noramala de mi casa.

Así se explicaba la dolorida Pomposa, y por mas que hacian sus padres y las visitas por consolarla, diciéndole que ¡quién hacia caso de esas cosas! y que todo ello no pasaba de un mero juguete de muchachos, ella no se aquietaba, sino que con lágrimas y gritos repetia el nombre de *Quijotita*, y tanto, que no que no quedó ni un criado que ignorara el chiste y el nuevo dictado ó título de su ama, á la que despues no conocian por otro nombre entre ellos, á lo menos cuando esta los reñía con aspereza.

El coronel procuró que Pudenciana llevara á su prima Pomposa á la recámara, y cuando lo hizo, se levantó, fué adonde estaba, y le dijo: mira, no seas tonta: con esos gritos y escándalos que has dado, no has hecho otra cosa sino perfeccionar la obra de los colegiales. Ninguna necesidad habia de que todos esos señores y señoras que están en la sala hubieran sabido que te habian puesto ese nombre: si tú hubieras visto el papel sola, y lo hubieras ocultado con disimulo, habrias frus-

ra &c. valen un potosí para ahorrarnos de un sin fin de as y pesadumbres al cabo del año, cuando las sabemos ıodar á tiempo.

r ejemplo, si uno gasta conmigo una desatencion, y yo uiero incomodarme, la juzgaré como una *inadvertencia* ıe todo hombre es capaz, y en este caso lo disculparé, y) me daré por sentido.

mismo te hubiera sucedido á tí, si hubieras reflexionado e los colegialos son jóvenes, alegres, capaces de divertir- n un entierro, y de chancear con un anacoreta. En es- ıo, tú te hubieras reido, y hubieras tratado de vengarte los ingeniosamente y con secreto; pero como pensaste ıtropellaron tus respetos y los de tu casa, y atribuiste á ;rosería imperdonable su travesura, te incomodaste mu- :reyéndote no ménos que infamada sin razon por una soez.

s ya se acabó todo, hija, ya se acabó: serénate, sal afue- reséntate alegre como siempre en la tertulia, y no vuel- hablar sobre el asunto.

;o se serenó Pomposa con los consejos del coronel; pero garon tarde: el daño estaba hecho, y desde entónces co- ı á ser conocida entre todos por la niña *Quijotita*, lo que bria sido si ella hubiera sabido disimular. ¡Qué cierto la prudencia lo compone todo, mejor que los gritos y los lalos!

fin, aquella mañana se pasó en bullas, brindis y alegría, ıta del bolsillo de D. Dionisio, pero se festejaron los ıdres. A la noche se dispuso el baile, y á las diez se el coronel con su familia.

CAPITULO XXII.

Tan pequeño como interesante á los que lo leyeren.

No fueron suficientes las razones del coronel para calmar del todo la cólera á nuestra Quijotita. Cada vez que se acordaba de su nuevo título y de la decimita que halló en el clave, rabiaba contra los colegiales y los llenaba de improperios. Sus expresiones excitaban la risa de los que la escuchaban, y cada risa aumentaba el enojo de Pomposa.

Tanto se le exaltó la bilis, que no solo se negó á tomar alimento, sino que se resintió su salud de tal modo, que como á la media noche le atacó un violento cólico, que puso en bastante cuidado á sus padres.

A la misma hora, á pesar de los fuertes aguaceros que por desgracia de los criados estaban cayendo, se repartieron todos estos en solicitud de médico y confesor. ¡Qué trabajo les costó hallar estos auxilios! Pero en fin, al cabo de mucho

le, se expone á un aire frio ó á un aguacero, como yo ahora, llega á la casa y se halla con que ya no se necesita confesor, porque todo ha sido un chiqueo de la señorita. Ustedes dispensen que les hable tan claro; pero siento que me hayan incomodado sin necesidad. ¡Bien hayan los padres que no se levantan de noche ni por Dios ni por sus santos, sino que despachan á sus parroquias á los que los llaman, por mas ejecutivo que sea el caso!

Todos se sorprendieron con el regaño del padre, y aun iba á satisfacerlo D. Dionisio, cuando el médico, ahorrándole el trabajo, le dijo: padrecito, ¿qué hemos de hacer? vd. y yo estamos expuestos á semejantes lances por razon de nuestro ministerio. Yo tambien me he incomodado saliendo de mi casa. Es verdad, dijo el eclesiástico, pero á vd. le pagan.—Y á vd. tambien.—¿A mí quién me paga? ni aunque hubiera ignorante que me pagara, ¿crée vd. que yo seria capaz de cometer tal simonía como vender el sacramento de la penitencia?—¡Ya se ve que no, padre mio! estoy muy léjos de presumir de vd. ni de ninguno de su carácter tal exceso; mas á la primera pregunta que vd. me hizo de quién le paga, digo que Dios le pagará cuantas veces se incomode por cumplir con sus obligaciones. Y por lo que á mí toca, no crea vd. que soy un médico tan venal que solo me levanto de la cama cuando me promete mucho interes la visita. Yo, cuando me llaman á deshora, me informo de los síntomas que le advierten al enfermo, y si conozco que el mal es grave, me levanto al instante, y vuelo á socorrerlo, sin meterme en averiguar donde vive, quién es, cómo se llama, qué empleo tiene ni otras menudencias, para inferir si me estará bien ó no salir de casa, como me dicen que hacen muchos de mis compañeros, aunque yo no lo quiero creer de ninguno: pues este proceder es una falta de caridad, y no como quiera, sino una falta criminal: porque el que no socorre á su prójimo en necesidad grave, lo mata, y

yo no quiero ser reo de mas asesinatos de los que cometa por mi impericia en mi facultad, aunque estos son involuntarios, pues estudio y hago todas las diligencias que están á mis alcances para aliviar á los enfermos, no siempre con fruto, porque los mejores médicos andan á tientas poco mas ó menos, y solo el Autor de la naturaleza sabe infaliblemente el modo como esta obra.

Pero dejando esto aparte, padre mio, ni vd. ni yo nos hemos incomodado sin necesidad. Efectivamente esta niña estaba bien mala, y si los remedios no le hubieran laxado el vientre, acaso se hubiera muerto antes de amanecer. La naturaleza obedeció á la medicina, ó porque los remedios la obligaron ó porque Dios quiso; pero esto no prueba que la enfermedad no fuera grave. Todo dolor agudo puede ser pronóstico de muerte, si no cede á los medicamentos. Los dolientes de un enfermo ni pueden dirigir los remedios, ni prevenir la calidad del mal: y así, hacen muy bien en implorar en estos casos los auxilios espirituales y corporales, y el médico ó el confesor que se negare á impartirlos, es en mi juicio un reo de eterna condenacion: pues si el paciente por falta de socorros perece en esta

[redacted]s, señores, dispénsenme, que yo protesto la enmienda. [redacted]D. Dionisio y Doña Eufrosina procuraron complacer al [redacted]fesor y al médico del mejor modo que pudieron, y se con[redacted]yó este acto interesante.

CAPITULO XXIII.

En el que se trata de la historia de Irene.

[redacted]o todos han de ser disgustos en esta vida; algunos ratos han de consagrar á la alegría, y mas cuando hay quien nos [redacted]ce como Doña Eufrosina que se empeñó con Welster, pa[redacted]dos los dias del luto, para que tuviera un dia de diversion en [redacted] casa.

El anglo-americano, que era muy político, no quiso que se [redacted]nsara de él que era misántropo ni mezquino: y así dispuso [redacted] dia de *frasca* que apetecia Eufrosina, porque muchas veces [redacted] hombres hacen algunas cosas contra su gusto, por condes[redacted]nder con agenos respetos.

En efecto, se citó este dia deseado de Eufrosina y sus ami[redacted]s, convidando Welster á unos por ceremonia y á otros por [redacted]mistad, como lo hacen todos en tales casos.

Entre los convidados por amistad, fueron el señor Labin, el [redacted]ronel y su familia, el cura D. Jaime y otros. Carlotita se [redacted]resentó ese dia con todo aquel lujo que le correspondia en su [redacted]ase, sin degenerar en profano, porque no es necesaria la in[redacted]ecencia en la mugeres bien nacidas para parecer mas her[redacted]osas de lo que son; mas para parecer coquetillas les es in[redacted]ispensable el descoco y la desnudez.

Jacobo Welster era muy fino y poseia la ciencia del mundo, [redacted]iencia útil y necesaria á todos; pero que no todos saben ma-

nifestar. El y su esposa recibieron y trataron á sus convidados con la mayor atencion y generosidad, sin particularizarse con ninguno donde pudieran ser notados del comun de los concurrentes.

En esto me dieron una leccion apreciable de sociedad, y me proporcionaron un lugar para murmurar á aquellas gentes, que cuando tienen una diversion en su casa, hacen distinciones groseras entre los convidados, dedicándose á obsequiar á los mas ricos con visible desprecio de los que no lo son, aunque estos sean sus antiguos amigos y á quienes han merecido mas cariño y mas favores.

Estas cuitadas personas, todas se atrojan, y no sabiendo cómo cumplir con las leyes de la adulacion y de la amistad, faltan á las sagradas que esta prescribe, por llenar las viles que aquella impone.

Ordinariamente á los amigos y parientes se deja sin lugar en la mesa, sin contestacion, y si se ofrece, sin comer, por obsequiar á las personas de cumplimiento. La disculpa con que palian su ingratitud y su falta de ciencia de mundo, es harto ridicula. Perdona, mi alma, dicen las mugeres á sus amigas

cubierto, dejando algunos lugares vacios para los que se introduzcen de parte de señor *coladilla* sin ser llamados, y á proporcion de los platillos que se han de servir, sin dejar á los criados muertos de hambre en el dia de banquete.

2.ª No particularizarse con ninguno, sino hacer á todos igual aprecio y tenerles iguales consideraciones.

Se encierran en dos estos preceptos, y es fácil su cumplimiento en queriendo que se verifique.

Welster y su esposa los observaron. Ningun convidado comió fuera de la mesa, y en lo restante del dia apenas se sentaron los señores Jabobo por un lado, Carlota por otro, un rato con esta familia y otro rato con aquella; con todos conversaban, á todos divertian, y nadie tuvo ocasion para quejarse.

A la noche siguió el baile, y todos se divirtieron sin emulaciones ni etiqueta.

Como las diez de la noche serian cuando estando bailando Carlota en una contradanza, entró una señora vestida de negro, con el velo echado en la cara y un bulto bajo del brazo, a cual habiéndose detenido un corto rato en la puerta de la sala, luego que observó que Carlota no tenia que figurar en el baile, entró apresurada, la tomó de un brazo, le habló dos palabras, y se fueron á la recámara, ocupando otra señorita el lugar de Carlota.

Todos hicieron alto en esta novedad; pero ninguno fué en su seguimiento. A poco rato salió Carlota sola, y continuó el baile hasta su conclusion, que fué á las dos de la mañana, sin que nadie supiera quien era la tapada; pero el lector es fuerza que lo sepa.

Al dia siguiente fué Welster á casa del coronel, á tiempo que iba á almozar con su familia: lo recibieron todos con expresion, y le dieron asiento en le mesa para que los acompañara en el almuerzo.

Durante este, le dijo Doña Matilde. Por fin, ¿quién fué la tapadita de anoche? que cierto que nos dió algo en que pensar su silencio, la hora y el extraño trage en que entró. Aventuras, señorita, aventuras, respondió Welster: sobre esto vengo á consultar al señor coronel. El caso es que la tapada es una jóven de diez y ocho años, nada fea y bien nacida, segun dice: se llama Irene, fué muy amiga de mi muger en el convento, donde la pusieron sus padres para ver si olvidaba á un jóven llamado D. Jacinto, con quien ella quiere casarse. En efecto, despues de seis meses de encierro, Irene fingió tan bien que ya habia prescindido de su amor, que engañado su padre, la sacó y la llevó á su casa muy contento.

Ocho dias hace, que aun ignoraba Irene por qué motivo la habian sacado del convento; pero su padre la sacó muy presto de esta duda, diciéndole que le tenia ajustado un ventajoso casamiento, del que jamás tendria que arrepentirse, pues el novio la queria mucho y era muy rico. Irene preguntó quién era, y se le respondió que D. Cosme Santibañes. Irene conocia bien al dicho D. Cosme, como que visitaba su casa con frecuencia: y así, luego que oyó nombrar el sujeto á quien la

dia hacer lo que le estuviera mejor, aunque á él le costase la vida el perderla.

Irene recibió esta carta con la pena que se puede considerar, y resolvió no casarse con nadie, á no ser con D. Jacinto, y mucho menos con D. Cosme, pues dice que es un viejo, payo, muy barbajan, grosero y zeloso; pero como tiene dos buenas haciendas, ha alucinado no solo á su padre, sino á su madre y á su hermano, prometiéndoles á todos una ventajosa mudanza de fortuna, luego que se verifiquen sus bodas. Con esto, todos están interesados en que se case Irene con él, y aun cuando ella no manifestaba una declarada repugnancia, no dejaba de persuadirla á que verificara con gusto el enlace, de suerte que la infeliz Irene no tenia en su casa otra persona con quien desahogarse, sino con una vieja que la crió, llamada nana Felipa. Con esta pobre lloraba y se quejaba amargamente.

Mientras esto pasaba, su padre no perdia tiempo para agitar el casamiento, como que tenia dinero á su disposicion. Irene que es muy cobarde á lo que entiendo, y teme mucho á su padre y al hermano, no hallaba modo como decirles que no queria casarse, y nana Felipa, le aconsejó que se valiera de su confesor.

Lo hizo así Irene, y el buen sacerdote hizo tambien cuanto estaba de su parte, tanto para embarazar que se casara con D. Cosme, cuanto para que el padre diera su permiso para que se enlazara con D. Jacinto; pero todo fué en vano, porque D. Lúcas, que así se llama el padre de Irene, es un poco peor que mi difunto suegro.

El confesor de Irene le hizo ver que no debia ni podia violentar la voluntad de su hija para abrazar un estado que le era repugnante, ni ligarse con un hombre á quien no tenia la mas mínima inclinacion: que el D. Jacinto era un mozo bien nacido, que lo conocia mucho y á sus padres: que era muy hom-

bre de bien; y si no tenia el caudal que D. Cosme, no le faltaria á su hija lo preciso, pues tenia en una de las oficinas reales de esta ciudad destino decente y con escala: que para ella que era una niña pobre, no estaba desigual el casamiento: que era mejor dejar á las hijas casarse á su gusto, que no exponerlas á hacerse infelices toda su vida, y de camino á los los hombres con quienes se unen. En fin, el buen sacerdote le dijo cuanto pudo; pero, como he dicho, todas sus diligencias fueron vanas, porque D. Lúcas estaba inexorable. Decia que nadie sabia mas que él lo que le importaba á su hija, pues al fin era su padre: que era excusado lo persuadieran á que la dejase casar con el pelado de D. Jacinto, porque tenia á su favor la pragmática sancion publicada en Madrid en 27 de marzo de 1776, segun la cual no se casaria sino con quien él quisiera, mientras no estuviese habilitada de la edad, y que si se casara sin su consentimiento, ayudada de algunos que la quisieran favorecer, anularia el matrimonio, pues como era su padre, tenia facultad para todo.

El eclesiástico procuró sacarlo de estos errores, diciéndole que el espíritu de la ley era sujetar á los hijos para que no abusasen de su libertad en conocido perjuicio suyo; pero no

para otra cosa sino para irritar al encaprichado D. Lúcas, y el confesor, viendo que nada conseguia, se despidió.

Inmediatamente el malvado padre, consultando con D. Cosme, con su muger, con su hijo, y con todos, menos con Irene, trató de apresurar el casamiento.

Para esto, luego que se fué el confesor, salió él tambien á la calle con el mayor disimulo, y á la una del dia volvió, y encerrándose con Irene le dijo. Parece que tú no has escarmentado con el convento: aun te inclina mucho ese pelagatos de D. Jacinto, y repugnas casarte con el honrado D. Cosme, con un hombre maciso, de experiencia, que te quiere mucho, y nos puede hacer felices á todos, porque es muy rico y tiene dinero que le sobra. Si vieras lo que te ha prevenido para darte de donas el dia que des el *Sí*, te espantarias. Un ropero te tiene todo de ropa nueva, de última moda y hecha á tu medida: porque con tiempo se han pedido á tu madre, camisas, túnicos, medias, y hasta zapatos tuyos. Por lo que toca á alhajas, no tienen número, pues á mas de las de sus difuntas mugeres, que ha tenido dos, te ha comprado muchas del dia, y de valor. Fuera de esto, me ha prometido dotarte en seis mil pesos, por si muriere sin hijos: habilitarme con cuatro mil, para que yo los gire en lo que quiera, sin tomar él nada de las utilidades, y poner á tu hermano de administrador de una de sus haciendas con buen partido.

Conque ya ves que estas fortunas no se proporcionan todos los dias: que si esta coyuntura se pierde, no se ofrecerá otra toda la vida, y que tú puedes hacernos felices á todos, con solo que olvides al picarillo de Jacinto y te cases con D. Cosme.

Si yo te pidiera que ayunaras á pan y agua cuatro meses, que te desollaras á azotes, que te sacaras las muelas, ó que te dejaras matar, harias muy bien de no obedecerme, porque estos serian unos sacrificios muy costosos; pero que te cases con D. Cosme ¿qué dificultad hay en ello, qué inconveniente, qué imposible? Es verdad que él ya es viejo; pero debajo de

la barba cana vive la muger honrada. Es un payo tonto; pero tú no lo has de querer para que te predique sino para que te dé gusto. A mas de que, por lo mismo que es viejo, debes casarte con él de buena gana, porque en cuatro dias se muere, y poca guerra te dará: y como tú le sepas hacer la barba, te dejará heredera de todo cuanto tiene, que es bastante para hacernos ricos á todos. Cátate ahí que entonces quedas muchacha, bonita y con dinero, y te casarás con quien te diere gana. Conque, ¿qué dices, hija mia, te casas con D. Cosme? porque ya está todo prevenido.

Papá, dijo Irene, yo no aprecio el dinero mas que mi gusto, y si vd. me pregunta la verdad, yo con quien quiero casarme es con D. Jacinto, y por él despreciaré á un rey. ¿Esto me dices á mi, mocosa, perra, atrevida, malcriada, insolente? le respondió D. Lúcas. Pues oye: ya yo tengo empeñada mi palabra, y te has de casar con D. Cosme, ó se ha de llevar el diablo toda mi casa. ¡Ya me conoces! ¡eh! ¡ya me conoces! Conmigo no se juega. No pienses que yo soy como el pasguate del padre de la monja (lo decia por mi suegro) que se volvió loco, se murió y no hizo nada. No, yo no soy tan para poco. A mí me ahorcarán, pero no me moriré de pesadumbre, ni será por nada, sino por algo. Mira, ¿ya ves este puñal nuevecito? pues lo he comprado hoy para matarte si no me obedeces ciegamente. Esta tarde ha de venir el cura á tomarte el dicho, y yo he de estar presente. Conque resuélvete: *ó le dices que es tu gusto casarte con D. Cosme ó* ya puedes hacer actos de contricion, porque *esta tarde mueres á mis manos.* Diciendo esto, se salió del cuarto ó aposento.

Ya se deja entender el conflicto de esta infeliz muchacha. Comió por ceremonia. A la tarde á cosa de las cuatro llegó el cura de la respectiva parroquia con un notario: llamaron á Irene: salió la triste forzada, y parado su padre detrás de ella, metida la mano en el faldon de la levita, mirándola con ojos

O le dices que es tu gusto casarte con D. Cosme, o esta tarde mueres a mis manos.

la barba cana vive la muger honrada. Es un payo tonto; pero tú no lo has de querer para que te predique sino para que te dé gusto. A mas de que, por lo mismo que es viejo, debes casarte con él de buena gana, porque en cuatro dias se muere, y poca guerra te dará: y como tú le sepas hacer la barba, te dejará heredera de todo cuanto tiene, que es bastante para hacernos ricos á todos. Cátate ahí que entonces quedas muchacha, bonita y con dinero, y te casarás con quien te diere gana. Conque, ¿qué dices, hija mia, te casas con D. Cosme? porque ya está todo prevenido.

Papá, dijo Irene, yo no aprecio el dinero mas que mi gusto, y si vd. me pregunta la verdad, yo con quien quiero casarme es con D. Jacinto, y por él despreciaré á un rey. ¿Eso me dices á mi, mocosa, perra, atrevida, malcriada, insolente? le respondió D. Lúcas. Pues oye: ya yo tengo empeñada mi palabra, y te has de casar con D. Cosme, ó se ha de llevar el diablo toda mi casa. ¡Ya me conoces! ¡eh! ¡ya me conoces! Conmigo no se juega. No pienses que yo soy como el pasguate del padre de la monja (lo decia por mi suegro) que se volvió loco, se murió y no hizo nada. No, yo no soy tan pa-

O e dires que es tu gusto casarte con D. Cosme, o esta bar[illegible] es a mis manos.

centellantes, la obligó á dar el *sí*, y á decir que era su voluntad casarse con D. Cosme. Su mano trémula firmó su sacrificio, y se concluyó aquel acto terrible.

Al dia siguiente llevaron á su casa las donas, que segun ella dice, son de costo; pero las recibió con demasiada frialdad, y sobre esto la riñeron sus padres y su indigno hermano.

Esto fué el viérnes: el sábado le dijo su padre que ya estaba conseguida la dispensa de *vanas*, que es de amonestaciones ó publicatas: que el domingo seria la boda ó la dada de manos, como suelen decir. ¿Cómo se quedaria Irene con esta nueva? Fácil es inferirlo.

Llegó el domingo. En la mañana fué á verla el novio, y por primera vez le habló de amores; pero esto á presencia de todos sus tiranos. El paso seria de los mas célebres. La muchacha lo cuenta con mucha gracia, porque dice que D. Cosme es en efecto un macho cargado de plata: un vejancon muy rústico, criado en las Batuecas, y lleno de ignorancia y de engrandecimiento con su dinero: circunstancias que lo hacen ridículo y odioso hasta lo sumo.

Irene sufrió una hora de penitencia con estar hablando con él: la angustia de su corazon era mucha: no sabia como escaparse del próximo peligro que la amenazaba, ni tenia de quien fiarse sino de nana Felipa para avisar á su amante que en aquella noche debian verificarse sus desgraciadas bodas; pero aun de nana Felipa desconfiaba, porque dice que es muy tonta y muy escrupulosa.

Sin embargo, atropelló con todo, y con muchas lágrimas y cuatro escuditos de oro de á dos pesos le suplicó llevase á D. Jacinto un papel mientras comian, y que no se volviese sin respuesta. El oro todo lo vence. La vieja llevó el papel, y despues de siesta entregó á Irene la respuesta de D. Jacinto, que se reducia á decirle que desde la siete de la noche estaria un coche parado en la esquina, y él en un zahuan de

en frente de su casa, con otro compañero: que si se resolvia á no casarse, que hiciera por salirse, y que estando en la calle, verian entre los dos qué se hacia.

Trabajo le costó á Irene resolverse á una fuga tan inconsiderada; pero el tiempo corria, amaba á D. Jacinto, aborrecia al novio viejo, y ya le parecia que la casaban con él en esa noche: y así, ya cerca el toque de las oraciones se determinó á salirse de su casa. Hizo un lio con alguna de su ropa, guardó sus alhajitas, y lo escondió todo debajo de la escalera.

A esa hora llegó el peluquero, la peinó muy bien, y su madre la compuso como novia con el mejor túnico y las mejores alhajas, que le habia comprado el viejo, quien dice que andaba muy contento, rasurado, y hablador.

D. Lúcas no cabia en sí de gusto: la madre y el hermano estaban locos: los criados entraban y salian previniendo el refresco, y la novia hizo tan bien el papel de que estaba muy alegre, que los engañó á todos completamente.

Pendientes estaban los viejos y ella del relox. Los viejos deseaban que dieran las siete, á cuya hora esperaban al cura, á Irene las deseaba tambien para marcharse. Cada rato pre-

En fin, entre estos sustos llegaron al coche, subió y se alejaron de su casa á todo trote. Su querido Jacinto la procuró serenar y la obsequió del mejor modo, aunque ella nada quiso tomar.

En andar calles se les fué la noche sin atreverse D. Jacinto á llevarla á ninguna casa de sus conocidos, por no exponerla á que se hablara de su honor. Ella tampoco queria ir á ninguna casa de sus conocimientos, porque temia que se lo avisaran á su padre. Con esta irresolucion pasaron por casa á las diez de la noche, oyeron música, se informaron de que habia baile, y preguntando ¿quién vivia allí? les dijeron que la monja, ó la Carlota, la muger del ingles. Al instante se acordó Irene de su amiga y compañera, y le dijo á D. Jacinto que en ninguna parte se juzgaba mas segura, porque Carlotita la queria mucho, y era de muy buen corazon, y que á mas de esto su padre no podia presumir que estuviera allí, porque no la conocia sino por el nombre. Con esto se despidió de su amante, subió la escalera, se detuvo en la puerta de la sala para ver á Carlota, y luego que la conoció, se acercó á ella y se entraron las dos á la recámara como vieron ustedes. Esta es la aventura de la tapada. Ahora pregunto, señor coronel, ¿qué deberé hacer en este caso?

En verdad que no es muy fácil la respuesta, caballero Welster, contestó D. Rodrigo: por todas partes se presentan dificultades. Si vd. la tiene en su casa, hay el riesgo de que lo sepa su padre, y que no solo le acarrée á vd. mil incomodidades, sino de que lo comprometa á un lance de honor, porque él es un necio atrevido, y vd. no ha de consentir que la saque de su casa con tropelía. Si vd. se la entrega á él llanamente, es lo mismo que entregársela al verdugo. Si se le da parte al juez eclesiástico, dirá que no tiene que ver en eso; y si al juez real, puede mandar que la entregue vd. á su padre, ó que se ponga en un depósito á su disposicion, y de todos modos queda expuestísima la muchacha entre sus padres,

su hermano y el tal D. Cosme, pues todos conspiran á su ruina. ¡Válgate Dios por padres crueles, y á qué peligros exponen á sus hijas! ¿No ha consultado vd. esto con nuestro amigo Labin?

Se lo consulté, respondió Jacobo, y es de parecer que la tenga yo en casa unos dias, mientras se ve cómo se pone en un convento de órden del juez,sin intervencion de su padre; pero no debe de estar muy seguro de su parecer, pues él mismo me envió acá á consultar con vd.

Pues yo suscribo á la opinion del señor Labin; pero solo quisiera que se acelerara ese paso, porque importa mucho que el ingreso de Irene al convento sea muy pronto.

En esto quedaron, y Welster se despidió para buscar á Labin, y dar traza de asegurar á Irene.

A poco rato llegó Ponposita en coche, acompañada de la recamarera á ver á su prima con no sé qué pretexto. El coronel, al verla sola, le dijo: ¿Qué no hay otra persona en tu casa de mas respeto que te acompañé? ¿es fuerza que la recamarera sea tu custodio? ¿ó es la que le merece mas confianza á tu madre? ¡qué cosas!

Se conoció que se enfadó un poco D. Rodrigo, porque á po-

hacer en las visitas, ni delante de la gente, porque dirán que todas somos unas, y has de advertir que yo soy tu ama, y tú mi criada para que me trates con respeto.

¡Ay niña! ¡qué soberbia ha amanecido vd. ahora! La verdad que esas son muchas quijotadas.—Mira, Manuela, que no seas tan grosera ni malcriada, porque....—¿Por qué, niña? —Porque te haré escupir las muelas á bofetadas·—¿A mí? sí; *¡pues cuando!....* era menester que tuviera yo las manos amarradas para dejarme dar de vd.

Iba Pomposa á levantarse con el tenedor en la mano, hecha un veneno contra su altanera criada; pero Pudenciana la contuvo, y levantándose ella se encaró á la moza, y con la seriedad que pudiera proceder una señora de edad, le dijo: ¿Qué es esto, insolente, atrevida? ¿que no ves con quien hablas, ni dónde estas? ¡Eh! márchate pronto para fuera, ántes que llame yo á mamá y te mande echar á palos de mi casa, llanota, malcriada, indecente. Señorita, yo no me meto con su mercé, decia Manuela.—Ni te metieras; ¿pues cómo yo te habia de sufrir esas picardías ni esos retobos, que no se lo avisara á mi papá, y salieras de mi casa bien castigada? Sobre todo, yo no quiero conversaciones contigo. Múdate á la cocina, si quieres esperar á tu ama, ó vete noramala de una vez, que yo le avisaré á mi tia que te he echado. Sí, sí me iré, decia llorando Manuela; pero así que me paguen lo que me deben, que no habia de ver la niña sino lo que yo les aguanto, y lo que hago por ella; pero yo lo avisaré á la señora y á señor, y.... Vamos, Manuela, cállate la boca, decia Pomposita, ¿para qué es eso? ya sabes que yo y mi mamá te queremos mucho; pero no me gusta que delante de las gentes te propases conmigo. Con esto se contentó la criada y se salió al corredor á esperar á su ama.

Así que esta estuvo sola, le dijo Pudenciana: estoy muy admirada, no te conozco: ¿es posible que tú no solo hayas aguantado las perradas de esa grosera, sino que la hayas con-

de salario.

¡Qué cosas de mi tia! ¡c
porque nó le falta dinero.-
para todo; pero no le alcan
ra completar el gasto de la
lecitos....!—Yo soy una n
fiestecita por no verme apu
blaran los sirvientes. Pero,
tobos de Manuela; ¿y tú por

¡Ay niña! porque mira...
nadie que nos oiga?—No, Po
tamos seguras de que ningu
Pues oye. Entre las visitas
enamorados, me llenó el ojo y
Capitancito de milicias, en té
der á sus instancias. Ello es
buen mozo y muy fino: no m
miedo porque mas de dos vece
me.—¿Será para casarte, no e
me habia de comprometer á c
¡No digo, ni con un brigadier!

otra cosa sin que haya sido para eso. ¡Ya se ve! tales han sido los riesgos. Mira tú, que una noche me estuve platicando con él en el descanso de la escalera. Otra vez....—Cállate, niña: ¿y es posible que te expongas á esos riesgos? ¿Qué, no te ha visto mi tia, no lo sabe?—No, niña, ni lo permita Dios. ¿Sabes quién me ha valido mucho? Manuela, porque ella ha estado al cuidado para avisarme.—¡Ah! tú le sufres sus picardías, porque no te acuse.—¡Ya se ve que sí! por eso le aguanto; si no ¿cómo ella habia de alzar los ojos para verme? Pero no te admires de esto. ¿Acaso yo seré la primera niña doncella que tolere á sus criadas, porque ha tenido la debilidad de fiarse de ellas?—¡Ya se ve que no serás la primera ni la última que les tenga miedo, ni que pierda el crédito por su causa!

¿Que puede hacer una criada vil que se emplea en estos oficios, sino callar las flaquezas de sus amas miéntras estas les tapen la boca con dádivas? pero el dia que les dejen de dar ó que no esten de humor para sufrirles sus retobos y llanezas, entonces las descubrirán no solo á sus madres, sino á cuanos puedan, porque entre la gente sin principios no tiene límites la venganza.

¡Bien haya mi papá que me aconseja que yo le dé cuenta de cuanto me pasare, sea lo que fuere! ¿Hasta de tus enamorados? preguntaba Pomposa. Sí, hasta de eso.—¡Ay niña! ¡cuándo mi papá, ni mi mamá habian de permitirme tal cosa! Dirian que eso era perderles el respeto.—Mas se les pierde valiéndote de esa criada, y mas te expones, porque si tú hubieras tenido el permiso que yo, es verdad que le hubieras hablado á solas al capitan; pero tampoco te hubieras expuesto como dices.

Fuera de esto, para que las amas, sean las que fueren, tengan boca para sus criadas, es menester que estas no les sepan nada, que no tengan rabo que pisarles: porque de otra suerte, las mozas tienen á las amas como los cocheros á las mulas, su-

jetas del fiador, y cada dia se insolentan mas, porque están seguras de que les han de aguantar, por tal de que no descubran sus defectos.

Pepa la Gomez me contó el otro dia que una amiga suya le aguanta á una costurera que tiene, treinta mil porquerías, retobos y robillos de cuando en cuando. Su marido cada rato le dice que la eche; pero ella no se atreve ni á regañarla, antes es una vergüenza ver el abatimiento con que la sufre. ¿Y por qué? Porque la tal costurera es la depositaria de sus secretos, la criada de su mayor confianza y la que la acompaña á la casa de un señor: y el dia que lo sepa el marido, tal vez la matará, y hará muy bien, porque no se casó para ser mala. Pero ya ves qué lindo motivo tiene esa señora para ejercitar la paciencia con su criada. Yo, por mí, te aseguro que he de hacer cuanto pueda por manejarme toda mi vida con honor, por tal de que mis criadas, cuando las tenga, no se suban sobre mí, por el mal ejemplo que les dé.

Pomposita se avergonzó con la prudente reprension de su prima, y no teniendo qué decirle, varió conversacion, y á poco rato se despidió de ella y de su tia.

Cuando Welster hablaba con mi tutor acerca de poner á Irene en el convento, ¡qué ageno estaba de que á esa misma hora la estaban sacando de su casa! Así fué.

El á la tarde volvió á la del coronel, acompañado del señor Labin, y lleno de cólera le dijo: ¿Qué le parece á vd. señor coronel ¿no hemos quedado bien lucidos? cuando estuve acá esta mañana fué el pícaro de D. Lúcas á casa, y con la mayor tropelía se sacó á Irene, auxiliado de cuatro soldados y un cabo, y por mas que Carlota se opuso, no fué posible resistir á la fuerza. Lo que mas siento es que ni conozco á ese padre infame, ni sé donde vive, pues si así fuera, ¡juro á Dios que habia de saber quien era Jacobo Welster!

Envaine vd. señor Carranza, le decia con mucha gracia el señor Labin, envaine vd. y no se precipite. ¿Qué le importa á vd. que sea un grosero el tal D. Lúcas? en eso él se agravia y no á vd. Si hubiera ido á casa de vd. y en su presencia él solo hubiera sacado á Irene, entonces habria hecho mal; pero á lo menos se acreditaria de osado, y habria manifestado que no tenia ni atencion ni miedo; pero ir con cinco soldados y y cuando tú no estabas en casa, prueba que temió, y este temor te debe servir de gran satisfaccion.

El coronel y Doña Matilde apoyaron el discurso del señor Labin, y se sosegó Welster un poco. Mudaron conversacion y entre otras cosas, preguntó Labin al coronel si habia de ir al teatro á la noche, porque le aseguraban que la comedia era muy buena.

Pudenciana se empeñó para que su papá la llevara al coliseo: este se informó de la comedia que representaban, y habiendo sabido que era la *Misantropía*, le dijo: Sí, te llevaré, porque puntualmente es una pieza dramática que deben ver las mugeres. Su moralidad consiste en manifestar al alma los remordimientos, aflicciones y sustos que sufre una muger noble cuando ha tenido la desgracia de ser infiel á un marido honrado y amo-

roso. A esta comedia te llevaré de buena gana, y á otras como ella. Por ejemplo, á la que se titula *el Amor filial*, á la *Andrómaca*, al *Hombre agradecido*, á la *Reconciliacion*, á otra que se titula: *Si la muger es prudente, domina y vence al marido*, y á otras como estas; pero no te llevaré á aquellas que á más de oponerse al buen gusto del dia, corrompen las costumbres abiertamente, enseñando á las mugeres, especialmente á las jóvenes incautas, cosas que jamás debian saber, como, por ejemplo, los artificios y enredos que muchas damas de comedia usan para burlar la vigilancia de los padres y maridos cuando tratan de complacer á sus amantes.

Tales lecciones las aprenden las muchachas muy bien en las comedias tituladas: *Casa de dos puertas, no es muy fácil de guardar: De fuera vendrá quien de tu casa te echará: Guardar una muger, no puede ser*, y otras así, que fuera muy útil quo no se representaran jamás en nuestros teatros.

Aun aquellas comedias que no dañan sino al buen gusto, debian desterrarse por insípidas, inverosímiles y fantásticas. Ya ustedes conoceran que hablo de las comedias mágicas, que vulgarmente llaman los empresarios, *de pueblo*. Esto es, aque-

para hacer perder el tiempo á muchas gentes que parecen juiciosas ó instruidas.

Es verdad que contra esto me responderian los empresarios ó asentistas, que ellos tratan de sacar con ventajas el dinero que han invertido en la *empresa*: que tienen una larga experiencia por sí y por sus antecesores de que esta clase de comedias agradan al público, y con ellas se llena el coliseo, aunque sean ocho noches continuas, como se ha visto, y que segun esto, es preciso sacar la utilidad de estas comedias, y tener esperanza en ellas mejor que en las *de asunto*, pues á la comedia *del Diluvio*, que es un diluvio de disparates, van mas gentes que á la de la *Misantropía*. Esto prueba, dirán, que semejantes comedias son mas gratas al vulgo que las que se presentan arregladas al arte, y entonces alegarán con Lope de Vega, que *puesto que el vulgo las paga, es justo hablarle en necio para darle gusto*.

Pero D. Tomas de Iriarte ya dió por tierra con esta especiosa disculpa cuando dijo: *Que al pueblo si le dan paja, come paja; pero en dándole grano, come grano*. Trátese en el teatro de pintar las pasiones con viveza: de enseñar el modo de moderarlas: de divertir con provecho á los espectadores: de corregir y de mover rectamente el corazon, y se verá que el pueblo concurre á ellas con mas ansia que á la de títeres.

Eso pienso que es dificil, decia Matilde: ¿no ves como se atropella la gente en las comedias *de Sanson*, del *Bruto de Babilonia* y otras semejantes, especialmente las mugeres, de modo que en muchas de ellas se quedan los hombres sin cazuela porque aquellas no caben? Conque ¿cómo habian de dejar de verlas, ni cómo las habian de posponer á la *Misantropía*, ni á á ninguna de esas otras que se llaman de capa y espada ó de argumento?

¿Sabes, cómo, hija? conque se desterraran del teatro las comedias de títeres, y las que pueden corromper las costumbres.

El pueblo siempre anhela por diversiones en las ciudades populosas, y asiste á las que hay, sean las que fueren. Luego si solo se proporcionasen diversiones útiles, asistiria á ellas lo mismo que á las frívolas, y poco á poco iria perdiendo la aficion al mal gusto: porque hemos de estar en que la gente idiota siempre es amiga de la novedad, y como perciba algo de maravilloso en lo que ve, aunque la engañen con patrañas. Un trozo moral del *Otelo*, un retazo crítico *del Café*, no vale tanto para el necio, como ver volar una ninfa ó salir un sin fin de diablillos de una caja. Eso es muy material, provoca la risa, y no necesita mas que ojos para comprender su primor. Esta es la causa porque tienen semejantes comedionas mas espectadores y aplausos; pero quítensele al pueblo estos objetos materiales y ridículos, acostúmbrese á que juzgue de las comedias con la razon y no con los ojos, y á poco tiempo de esta rutina yo pongo mi cabeza á que silva una comedia de maravillas.

Pero oye, decia Doña Matilde: tú has dicho que la gente idiota es amiga de novedades y prodigios, y yo veo que á la Genoveva van muchísimas personas decentes. ¡Vaya! ¡si se lle-

el vulgo, y el que se divierte como el vulgo, es vulgar, aunque se vista ó se llame como quiera. De que se deduce que habiendo en todo el mundo vulgo rico, y vulgo pobre, vulgo decente y trapiento, no se debe extrañar que á estos comediones de pueblo concurra el vulgo de buena ropa con el de capa raida. Esto es claro.

Pero así como de un exterior lucido no se puede inferir un entendimiento ilustrado, así tampoco debes presumir que porque veas las bancas llenas de capas y levitas en tales comedias, van á verlas las personas de fino gusto. Por lo regular estas no van en esas noches, si ya no es por concurrir con algun amigo, ó por lo que se dice pasar el rato.

Todo eso está muy bueno, dijo Welster; pero dejando la reforma de los teatros para los que tengan el talento y la autoridad necesaria para introducirla, yo quisiera que me dijera vd. señor coronel, si será lícito ó no el frecuentarlos.

Esa pregunta se la debe hacer cada uno á su director espiritual, contestó el coronel, y seguir ciegamente su dictámen para asegurar su conciencia. Yo, hablando como padre de familia, soy de opinion que de ninguna manera puede ser lícita la frecuencia á los teatros: porque representándose en ellos dramas buenos y malos, es moralmente imposible que dejen de corromperse los espíritus en alguno de los segundos.

A mas de esto, todos saben que los cristianos debemos obrar de tal manera, que podamos ofrecer á Dios nuestras acciones y hacerlas meritorias á sus ojos; ¿y quién será el hombre ó muger arreglada que pueda decir al Señor: *Dios mio, voy todas las noches á la comedia por amor tuyo?*

Pero no tratando ahora de una verdadera perfeccion, á la que todos debemos aspirar, sino solo de saber si será pecado ó no ir al teatro, soy de opinion que el frecuentarlo no podrá menos que serlo, siquiera por el peligro á que casi con evidencia se expone el que lo frecuenta; pero no tengo por culpa ir

el coronel. A poco llev
go que refrescamos, nos
coliseo con la señorita C

Muy divertida estuvo P
cuando en cuando se inco
la gente que no dejaba oi
cia: ¿Has visto papá, qué
ca la de esos habladores?
irán á una visita ó á un vill
todo el mundo? ¡Bien haya
teatros, segun me dices, lue
habla sino en voz baja! Y
vertia que cuando le dejaba
de semblante; pero en la co
tener el llanto.

Despues que volvimos á
le habia parecido la comed
pero que lástima me dió Eu
arrepentida y avergonzada s
dones le pidió tan sinceros!
culpada! ¿y qué confusion n
sados extravíos!

forzada en un marido amante y ofendido, en cuyo corazon batallaban á un tiempo el amor y la honra.

Así es, prosiguió el coronel: Cárlos conocia la virtud de su esposa, la amaba; pero no podia sufrir sobre sí el juicio de los hombres, decidido contra él aunque con preocupacion. Habia perdonado á Eulalia: él mismo prevendria las disculpas para el perdon: advertia que fué seducida incautamente: estaba satisfecho de su amor y su arrepentimiento: quisiera estrecharla entre sus brazos; pero su honor ultrajado, su mal correspondido amor con la infidelidad de su esposa se ponian en medio de los dos y no los dejaban extrecharse. ¡Qué situacion tan triste para un corazon noble, sensible y enamorado como el de Eulalia!

A mí me compadeció demasiado, decia Pudenciana; pero mas lástima me daba Cárlos. Este padecia sin motivo, habiendo sido un buen marido. Eulalia padecia, pero con razon. Ella pagaba con humillaciones vergonzosas la facilidad con que se dejó engañar por un ingrato corruptor. Sin embargo, una muger en este caso seria digna de toda compasion. ¡Ay! ¡Dios me libre, papá, de verme jamás en la infelice situacion de Eulalia!

Este era el fruto que yo queria sacaras de la comedia, dijo el coronel: á tí te ha compadecido Eulalia; pero conoces que ella tuvo la culpa de las infelicidades que sufrió: advirtió que habia perdido la confianza de un buen marido, hombre de bien, y que la habia amado tiernamente; reflexionó en todas las desgracias que habia echado sobre sí y sobre sus hijos, y agitada por el incesante grito de su conciencia, arrepentida do su delito, no pudo en la ocasion hacer mas, sino implorar el perdon de su esposo en medio del dolor y la vergüenza.

Si hubiera logrado algunos dias las constantes caricias de su infame seductor, tal vez hubiera lisonjeado su delito y entretenido sus remordimientos. No tan pronto hubiera extra-

ñado á su marido ni conocido toda la malicia de su crímen, pero léjos de disfrutar este plácido sueño por algun tiempo considerable, apenas el seductor satisfizo su pasion, cuando huyó de ella, dejándola en brazos de la miseria, de la desesperacion y de la infamia.

¡Qué bella leccion es esta, hija mia, para hacerte concebir un justo horror contra el adulterio! Jamás olvides la comedia si Dios te destinare para casada, ni pienses que este pasage se queda en una ficcion del poeta, ni que es el único en su especie: muchos han acaecido y acaecen todos los dias por este estilo. Si fuera lícito exponer sobre el teatro las debilidades de muchas casadas infieles á sus maridos, la vil correspondencia de sus seductores, la agitacion de sus espíritus, el detrimento de su honor, y los amargos dias que tienen que sufrir con sus esposos, aun cuando estos han tenido la generosidad de perdonarlas, se verian las escenas mas tristes y funestas.

Escúchame, hija mia, con atencion. Así como las niñas doncellas honradas tratan de conservar su virginidad, así las jóvenes casadas deben conservar á toda costa, la fidelidad conyugal, si piensan con honor. Perdida esta virtud en la casa-

de esclavitud ó muerte, y las nuestras mandan sea entregada la adúltera á disposicion del marido; pero la religion tiene modificada esta ley, y así, habiendo queja de parte, la justicia las castiga con reclusiones temporales ó perpetuas.

¿Y no me dirás, papá, á que sentencian las leyes al marido en igual caso de adulterio? preguntaba Pudenciana. Y su padre le contestó: segun son las circunstancias, son los castigos; mas por lo regular despues de procurar la separacion del concubinato, si la muger propia solicita divorcio, se le concede, por ser este uno de los casos de la ley. Dios dice en los Proverbios que el hombre que á sabiendas vive con una muger adúltera, es no solo necio, sino impío; pero al marido se obliga á que ministre los alimentos á su muger y á sus hijos. Esta es la pena que las leyes imponen á los hombres.

Pues entonces, ¿por qué es tanta crueldad con las mugeres? decia Pudenciana: ¿no es en ese caso tan delincuente la muger como el hombre? ¿no es igual el pecado? ¿pues por qué á la muger se castiga con tanto rigor y al hombre con tanta suavidad?—Porque no es igual el delito como piensas: es mas criminal la muger que el hombre.—¿Y en qué esta esa mayor criminalidad?—En que el hombre solo agravia á la muger, pero esta no solo agravia, sino que infama al marido y perjudica la prole.—No lo entiendo.—Pues yo te lo explicaré mas claro, para que toda tu vida mires con horror el adulterio.

Al contraer el santo sacramento del matrimonio, se prometen el hombre y la muger una fidelidad mutua mientras vivan, y esta obligacion á que los dos recíprocamente se sujetan es tan extrecha, que siempre que uno y otro falta á ella, cometen un gravísimo pecado. Oye lo que acerca de esto dice Dios en los Proverbios por boca de Salomon: *Horrorízate del adulterio, pues el hurto que no siempre es pecado grave, cuando lo origina la miseria y la grave necesidad del hombre oprimido de la hambre, puede ser compensado por un precio septuplicado;*

ron una fidelidad inviolable,
pre que uno de los dos falte á
y agravia notablemente á su
muger, es mayor, porque infi
prole.

Ya has advertido y podrás
que cuando una muger tiene
infamada, es compadecida de
ta de Fulana! dicen, *¡qué ma*
pues que este se halla mal entr

No se habla ni se juzga así
una muger adúltera, aun cuar
pa. Por lo comun este infeliz
cias cáusticas, que suelen ser 1
el crímen de la pérfida muger

Pero ¿qué grave responsabi
cio que acarrea á la prole? ¡F
tas pueden ser irreparables!

Si una muger de estas lleva
?, ¿no conoces que aqu

il los poseerá de buena fe; pero la resposibilidad caerá sobre
ı madre. Considera ¡cuánta será la turbacion, el remordi-
iiento y la congoja de esta, especialmente en la hora de su
ıuerte, hora de desengaños, hora terrible, y en que debe co-
ocer toda la gravedad y reato de su culpa!

Sin duda, papá, decia Pudenciana, que ese lance debe ser
ıuy duro y muy pesado. Dios libre á todas de experimentar
ıos remordimientos. Por mí le aseguro á vd. que primero
eseo mi muerte que verme en semejante caso, si es que Dios
ıe tiene destinada para el matrimonio: y ahora conozco que
on razon las leyes son mas rigurosas con las mugeres que
on los hombres, porque estas agravian é injurian al marido,
perjudican á la prole. Ojalá que todas las mugeres casa-
as entendieran bien estas cosas, quizá así no se prostituirian
ın fácilmente!

Yo me alegro que pienses de ese modo, dijo el coronel, y
preciaré que siempre cultives esos tan cristianos y honrados
ntimientos.—

Ello es cierto, papá, que las mugeres deben ser buenas para
er buenas casadas. Ya he comprendido lo que me has ense-
ıdo acerca de las obligaciones que tienen de ser amables,
onradas, fieles á sus maridos, cuidadosas de sus hijos, y eco-
ómicas con su casa y familia; pero, ¿qué, conque la muger sea
ıena, si el hombre es malo? En este caso, por mas que ha-
ı, todo andará sin órden y la muger en un martirio de por
ida.

De todo esto saco que es menester mucha discrecion para
egir estado, y mucho mas para elegir marido, con quien se
a de vivir hasta la muerte. Yo quisiera que pues me has
ıseñado á consultarte todo con confianza, me dieras unas re-
las para conocer á los hombres, por si estuviere de Dios que
a casada. Estas reglas me servirán de mucho, y quizá de
ı observancia penderá la felicidad de mi suerte.

Si los hombres fuesen senci
guido, no fuera tan dificil c
ó aspectos como la luna, y la
y como les conviene, y he aqu
cultad de conocerlos.

Si tú vieras á un caballero
el sombrero en la mano, puest
halagüeño, y doblandose á fuer
bilidad que el arbolillo tierno
nes, dirás sin duda, que aqu
criado, afable, y humi'de; pero
guió el empleo que solicitaba.
lo advertirias orgulloso, soberbi
con sus subalternos é inferio
fué tu primer concepto equivoc
hagas sobre los hombres á este
tas máscaras con que disfrazar
to dificultoso el conocer á fond
un trato frecuente con ellos es

orzar entró una criada de Doña Eufrosina, dando un reca-
› ridículo como suelen usarse entre tales gentes: ¡ya se ve,
ie así se los darán en muchas partes! ¡Ave María Santísima!
ıcia la moza: muy buenos dias dé Dios á sus mercedes. Que
ce mi ama qué ¿cómo esta su mercé? qué ¿cómo le va á su
ercé? qué ¿cómo pasó la noche? qué ¿cómo está la señorita y
niña? y que por allá está muy apesadumbrada la niña Pom-
›sita: que aquí tiene su mercé este papel, y que á la tarde en-
iará el coche para acá, y que no dejen de ir sus mercedes.
iciendo esto, entregó el papel á D Rodrigo, y este, presente
ı su esposa, que acababa de entrar de la recámara, leyó de
ıta manera:

*Muy señor nuestro: La desgraciada Pamela falleció ayer á
ıs seis de la mañana, y deseosa toda esta casa de manifestar el
precio que le mereció cuando vivia, suplicamos á vd. y á su fa-
ilia se sirvan asistir esta noche á las exequias que se le harán
ı la sala, en la que dirá la oracion fúnebre el bachiller que se-
ı algun dia D. Leopoldo Arconas, cuyo favor perpetuarán en
ı memoria para su reconocimiento sus seguras servidoras q.
. s. m.—Fufrosina Contreras de Langaruto.—Pomposa Lan-
aruto y Contreras.—Carlota Gomez de Welster.—María An-
elma Rubio.*

Está muy bien, dijo el coronel: dí que iremos allá esta
ırde. Fuese la criada, y Doña Matilde decia: está bien gra-
ioso el tal convite. Otros he visto yo mas ridículos y con
ıtras de molde, contestó el coronel: lo que me hace mas fuer-
a es la bella disposicion de tu hermana para gastar el dinero
n boberías. ¡Vea vd. qué cosas! Porque se murió una perrilla,
rmará esta noche una *frasca* de baile y merendata, cuyos
ostos no le bajarán de treinta ó cuarenta pesos. ¡Eh! ¡quiera
Dios que no haga falta mañana ese dinero! Lo que yo sien-
› es que nos comprometen á desvelarnos y á pasar la plaza
e gorrones; pero, ¡cómo ha de ser! es preciso contemporizar

... ahora tengo q

En efecto, acabaron de al
calle, yo me despedí tambien, h
mos á comer, y despues de est
se vistieron Doña Matilde y s
esperar el coche de la herman
nes de la noche, con mucho gu
la hora de ir á la casa de su ti
á las honras de Pamela, de l
que sigue.

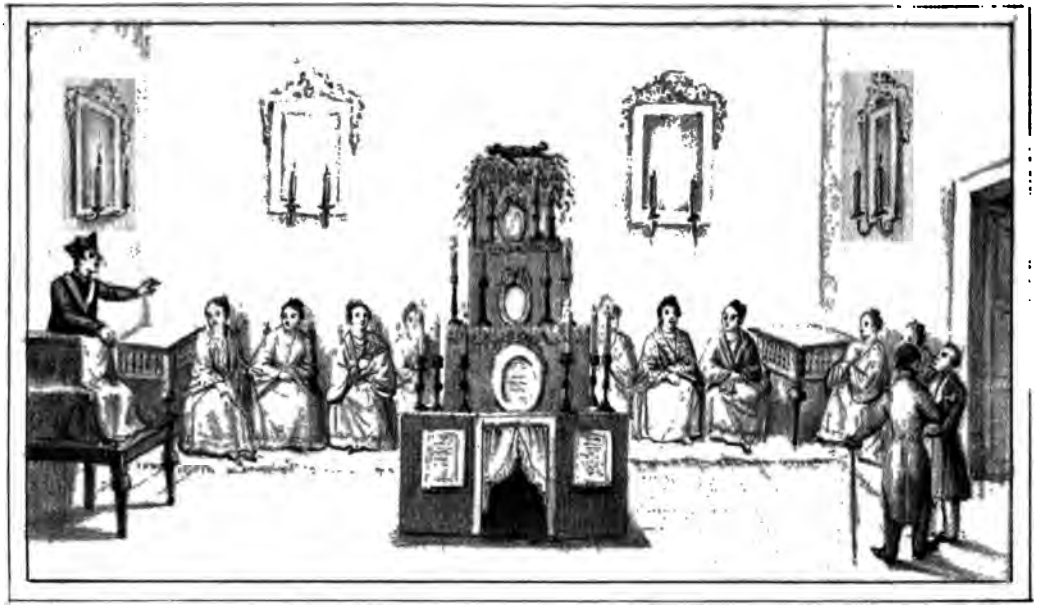
CAPITUL

En el que se da razon de las fam
muerte de Pamela, Doña Eu

[redacted]

[redacted]NMEDIATAMENTE que llega
sorprendimos con el aparato que
que la sala estaba completamente
lucida, *en medio* de ella *estaba col*

En el primer



Estaba enmedio colocada una muy curiosa Pira.

on dos inscripciones y dos sonetos, que expresaban el sen-
iiento debido á la enfermedad y muerte de Pamela.
En el lienzo ó costado principal se leia la siguiente inscrip-
n latina.

PAMELÆ

NOBILISSIMÆ. CANI

ONTIMÆ. STIRPITIS. ATAVIS. PROGENITÆ

ANGELOPOLI. NATÆ

OPPIDO. ACAXATENSI. EDUCATÆ

PRÆCLARIS. FACTIS. MEXICI. CORUSCANTI

INIBIQUE. OMNIUM. LACRIMIS

IMMATURA. MORTE. PEREMPTÆ

SECULO. XVIII. SPIRANTE

SUA. DOMUS

MAXIMO. MŒRORE. CONJECTA

MUNIFICENTISSIMUM. HOCCE. MAUSOLEUM

IN. AMORIS. MONUMENTUM. PERENNE

EREXIT.

En la frente opuesta se grabó la misma inscripcion vertida
castellano, para que la entendieran todos: pues aunque en es-
idioma no se han usado jamás, pareció que en obsequio de
a perra se debia dar principio á una moda tan importante. *

---

lre carmelita, (lo que es necesario saber para que se entiendan algu-
pasages de la descripcion de la Pira y de la oracion fúnebre) y con
notivo de la muerte de una perrita, que era el ídolo de las señoras,
mó, casi *currente cálamo*, este juguetillo satírico.—*E.*

* Despues de la inscripcion castellana de esta pira, la primera que
México fué la que en la puerta del teatro gravaron los cómicos al

A PAMELA

PERRITA FINISIMA,

DESCENDIENTE DE ABUELOS DE LA MEJOR RAZA,

NACIDA EN PUEBLA,

CRIADA EN ACAXETE.

ADMIRADA EN MEXICO POR SUS ESCLARECIDOS HECHOS,

Y ALLI MISMO CON UNIVERSAL SENTIMIENTO

ARREBATADA POR UNA MUERTE TEMPRANA,

AL ACABAR EL SIGLO XVIII.

SU CASA,

OCUPADA DE LA MAYOR TRISTEZA,

PARA PRUEBA PERPETUA DE SU AMOR

LE ERIGIO ESTE MAGNIFICO MAUSOLEO.

---

año de 1812 con motivo de la jura de la constitucion española. Desde
así, segun podemos acordarnos.

En el costado de la derecha se colocó el siguiente

SONETO.

Llorad, señoras, con amargo llanto:
Manifestad con lutos la tristeza,
Cubriendo de ceniza la cabeza,
Y el semblante vistiendo del espanto.
Melancólico y lúgubre sea el canto
Con que el aire resuene de esta pieza,
Y del dolor exprese la viveza
El enorme tamaño del quebranto,
¿No sentis de Pamela que cayendo
Se encojase su tierna piernecita?
Pues sollozad, que á un lance tan horrendo
Es fuerza que la pena le compita
Con mugeriles lágrimas, sintiendo
La cojera fatal de una perrita.

En el costado de la izquierda se puso el siguiente

SONETO.

Muere Pamela: ¡ó pena la mas dura!
Corta la Parca el hilo mas querido:
Los filos del cuchillo enfurecido
Trincan á la que hacia nuestra ventura.
Esto la casa entera desfigura:
Calla el pájaro el trino repetido,
Grita el loro, y el gato da un mahullido,
Y se afligen el uno y otro Cura. *
En caso tal, segun los pareceres

Véase la nota de la pág. 344—*E.*

De sabias plumas de pasion desnudas,
Invirtiéndose el órden de los seres,
Es dable, sin pararse nadie en dudas,
Que se metan á frailes las mugeres
Y los hombres á monjas calzonudas.

El segundo cuerpo lo llenaban cuatro octavas con sus correspondientes geroglíficos, expresando las principales virtudes de Pamela, corroborándolas con ejemplos de los perros célebres de la historia.

El primer costado tenia pintada un pierna de perro, y por orla aquel texto del Nebricense en su gramática latina: *Pedibus aeger*, y esta

OCTAVA.

De la suerte que Dúrides al fuego
Por su dueño Lisímaco se arroja,
Así Pamela sin tener sosiego
Da vuelta en la cornisa en que se atroja,
Y por ir á sus amas se cae luego,
Se lastima una pierna y queda coja;

Segun las propiedades de su raza:
Silenciosa ocupaba los umbrales
Elogios mereciéndose inmortales.

En el tercer costado se pintó una colita, y por orla las pa-
›ras de Marcial. *Blandior omnibus puellis*, y esta

OCTAVA.

Si Argo, perro de Ulises, fué famoso
Mostrando por su dueño sus conatos,
Será inmortal Pamela que gozoso
Tuvo siempre de su ama á los mandatos
Su rabito fiestero y obsequioso,
Digno de aplausos y recuerdos gratos:
De su lealtad celebre la memoria
La pluma fiel de la perruna Historia.

En el cuarto costado se veia pintada una cabeza de perro
n el epígrafe tomado de Horacio: *Merdis caput inquinet*, y
imamente esta

OCTAVA.

De Mera, perra de Icaro, se cuenta
Que á la hija de este guió porque lo hallase;
Mas porque de Pamela, siempre atenta,
Mayor conocimiento se mostrase,
La gana contenia: mas bien revienta,
Que sufrir que la ropa se ensuciase.
¡O cabeza de tal conocimiento,
De quien no se escapó ni el excremento!

Al tercer cuerpo adornaban cuatro décimas respirando moralidad, con relacion á los geroglíficos de sus correspondientes costados, y son las siguientes.

PRIMER COSTADO.

¡O tú que con paso lento
Vas siguiendo tu camino,
Ignorante del destino
De este triste monumento!
El pié deten un momento
Y esta pierna considera,
Que mudamente parlera,
Al mismo tiempo que espanta,
Te enseña á fijar la planta
Por librarte de cojera.

SEGUNDO COSTADO.

Caminante que en tu lira
O en un burro aparejado,

Como el mas robusto payo:
Pregúntale allá á tu sayo
Si esta cola debe hablarte:
Creo debes aquí pararte,
Aunque muy de prisa vengas,
Porque es dificil no tengas
Rabo que puedan pisarte.

CUARTO COSTADO.

Currutaco botarate
Y madama á la gineta,
Que vais tras de la retreta
Con magestad de petate:
Dejad tanto disparate,
Y humilde, rendido, atento
Os pido por cumplimiento
Pareis el coche ó caleza,
Y mirando esta cabeza,
Vacieis la vuestra de viento.

En el cuarto cuerpo, sobre que se levantababa el último; no en la figura regular, sino en forma de basurero, para representar el que fué sepulcro de Pamela, se pusieron cuatro epitafios en otras tantas endechas, correspondientes á los geroglificos de los respectivos costados.

1

Aquí yace Pamela,
Cubierta de basofia:
Si cojeas de algun pié,
Sin duda que te mandan á la porra.

2

Este lugar inmundo
A Pamela contiene:
A igual se deben ir
Las que descubren à cualquiera el diente.

3

Al muladar que miras
Vino á dar una perra:
Tú, que lo eres tambien,
Con el rabo vendrás entre las piernas.

4

Yace en un basurero
La compuesta Pamela:
Basura es el adorno,
Vanidad que trastorna la cabeza.

Todos nosotros y cuantas personas allí estaban, celebrábamos el dibujo, la idea y las curiosidades de la pira; pero el coronel luego que leyó los versos, me dijo: Las inscripciones hablan del siglo pasado, y así es que estas no son producciones de ninguno de los colegiales que visitan la casa, ni menos de mi cuñada ni sobrina. Infórmate de quien es su autor.

No me costó mucho trabajo desempeñar mi comision, porque no faltó quien me sacara del cuidado luego, luego; y así ya bien certificado, le dije á mi tutor que quien habia ideado la pira y compuesto la inscripcion, los sonetos y todo, era el Dr. D. José Miguel Guridi y Alcocer, autor tambien de la oracion fúnebre que dirá el colegial esta noche, lo que hizo con objeto de pasar el rato en una concurrencia, criticando al

ORACION FUNEBRE.

¡O crudelis Alexin! nihil mea carmina curas. Virg. Egl. 2. v 6.
¡O cruel! ¡te alejas sin que valgan nada los mios, el Carmelita y los Curas!

SOLO con estas tiernas expresiones puede explicarse la pérdida lamentable que lloramos. En el punto que experimentamos tan terrible golpe, nos sobrecogió un súbito dolor: se esparció por nuestros semblantes el aire lúgubre de la angustia: se convirtieron en rios de lágrimas nuestros ojos: poblamos la atmósfera de suspiros: nos desgreñamos, nos dimos de bofetadas, y rasgando nuestras vestiduras, cubrimos de ceniza las cabezas.

Pero qué, ¿semejantes demostraciones serán acaso suficientes para explicar nuestra pena? ¿No deberiamos usar de otras mayores para llorar la muerte de la muy noble, muy exquisita y muy fina perrita Doña Pamela? No, á la verdad: no era bastante detestar el hado, maldecir la fortuna, improperar las parcas y armarse de invectivas contra la guadaña de la muerte. Estas expresiones son comunes en las pérdidas ordinarias: era necesario para singularizarnos, avanzar á mas, maldiciendo hasta el naranjo y la carreta en que sale la muerte el Viernes Santo; * y aun era poco: deberiamos quejarnos hasta

* En la procesion del Viernes Santo se acostumbraba sacar en una carreta bajo de un naranjo un esqueleto, que representaba à la muerte, que se introdujo al mundo por haber comido nuestros primeros padres de la fruta del àrbol vedado, siendo tan completo su imperio, que ni el Hombre-Dios se libertó de su guadaña, habiéndose sugetado á ella para redimir al linagen de Adan.

Ya felizmente se han ido desterrando de entre nosotros poco à poco es-

de la difunta misma, como si ella hubiera tenido la culpa de su triste fallecimiento.

¡O tú, adolorida señora Doña Pomposa, † y la mas infeliz entre las damas! á tí pertenecía llenar la casa de gritos y alharacas, como que te toca mas de cerca la pérdida.

En efecto, el amor ardiente y correspondido de esta niña á Pamela, enlazó á ambas, uniéndolas y amansándolas de tal modo, que de ellas formó de pasta un cordon que ardia á lo léjos: *Formosum pastor Coridon ardebat Alexin.* Ella tenia en la perra sus delicias y el dominio. *Delitias domini,* de suerte que ya nada le quedaba que desear, ni que esperar. *Nequid speraret habebat.*

Pero descuidándose en que anduviese libre por todas partes tanto entre en danzas, *tantum inter densas,* que sufrió una horrible caida, de que no bastaron á curarla el andarla cargando, el discurrir mil remedios, ni el envolverla y ceñirla: nada pudieron los hombres, el cacumen y las fajas, *umbrosa cacumina fagos.* La embracilaban las señoras, y de ellas asida, venia ó iba: *asidue veniebat ibi,* hasta que desesperando de su salud, la dejaron en lo mas recóndito en el suelo: *hæc incondita solus.*

las manos, volviendo á un lado y á otro la cabeza, elevando los ojos al cielo y dirigiendo á Pamela sus voces, que arrebató de la boca del príncipe de los poetas, hizo resonar las paredes de la casa con estas lúgubres palabras: ¡O cruel, te alejas, sin que valgan nada los mios, el Carmelita y los Curas! *¡O crudelis Alexin, nihil mea carmina curas!*

Pero contengamos, señoras, contengamos las lágrimas en que nos obliga á desatarnos la memoria de aquel dia. Despues de la pérdida de Pamela no nos queda otro lenitivo que honrar sus cenizas, sacando aprovechamiento de nuestra propia desgracia. A este fin, yo vengo á haceros ver que su vida fué el mayor ejemplo, y su muerte el mayor desengaño. Este es el asunto y division de mi discurso.

Para promoverlo con la magestad que exige la materia, y corresponde á la sublimidad de la naturaleza canina, son de desear los influjos de los signos celestes, y en especial del Can, ó la Canícula, para cuya consecucion es conducente la deprecacion del sonesito de *la Cucaracha: zafa, zafa demonio: mal haya tu estampa.**

---

* Tanto para hacer inteligible la alusion, como para satisfacer la curiosidad de los lectores, pareció conveniente poner aquí una muestra de los versos que se cantaban en el sonesito de *la Cucaracha*, los que al mismo tiempo servirán para hacer juicio del buen gusto y moralidad de la época de nuestros padres.—*E.*

Coro. Un capitan de marina
Que vino en una fragata,
Entre varios sonecitos
Trajo el de la Cucaracha.

Duo. ¡Ay que te/me pica!
¡Ay que te/me agarra

cual es la hermana del herre
acostumbró desde su infanci
lomos el peso de un colchon
plomos: finalmente, describi
atravesando montañas y suf
ta que en el puerto de Chalc
mando de la famosa traginera
el lago, y avistando succesiv
costas de *Mexicalcingo, Ixtac*

Con sus col
La Cucarac

1.ª *voz.*

Zafa demonio,
Zafa la garra,
Que me lastima,
Y arde hasta el alma.

1.ª *voz.* No me divi
Chanzas pesad
Zafa, te digo:
Zafa la garra.

Duo Vete á la p

barcacion en el muelle del Puente de la Leña, y saltó en tierra Pamela para servirnos de ejemplo, que es á lo que debo contraerme precisamente.

¿Cuántos no hubiera dado si su temprana muerte, acaecida antes de cumplir el primer año de su edad, no hubiera truncado su carrera en la niñez? De este modo mas puede elogiarse por lo que pudo ser, que por lo que fué. ¡Qué halagüeñas esperanzas las que de ella concebimos! Todos nos prometiamos, y no sin fundamento, que en llegando á una edad adulta, sabria sentarse, pararse en dos piés, juntar las manos como quien pide, brincar para alcanzar un pedacillo de pan, abrir la boca para asestar el que se le tirase, hacer el muerto, y otras gracias que recomiendan á los de su especie, y con las que tal vez se hubiera hecho tan célebre como lo son en la historia Argo, perro de Ulises y Dúrides de Lisímaco; pero ¡ha! ¡que se frustraron nuestros deseos, quedándonos el dolor del sólido apoyo en que se fundaban! Tales fueron las acciones que vísteis y con las que dió un ejemplo singular.

Este era, á la verdad, el fin á que la destinó la naturaleza, al mismo tiempo que su buena suerte al servicio de una dama tan recomendable: y fuese ya por un efecto de su buena índole ó por el influjo de la superior estrella de su dueño, jamás se observaron en Pamela aquellas malas propiedades que tanto se detestan en los de su clase. No aturdia la casa con ladridos á la entrada de cualquier huésped, mortificando á sus amos: nunca mordió á persona alguna: no comia, sino lo que le daban: y guardó compostura y limpieza hasta en las operaciones mas precisas de la naturaleza. Puede decirse que tenia dientes, y no mordia: lengua, y no ladraba: boca, y no comia, y.... ¡qué sé yo de que frase oportuna seria conveniente usar, para decir que ninguna cosa ensució jamás! Su ama misma encarecia esta circunstancia hablando con Pudencianita. Nunca, decia, nunca manchó mi ropa ni mi cama.

No creas que hacia perjucio: es nulo, prima, que lo daba su excremento. *Nullum prima dabat crementum.*

Y ¿qué diré de las acciones positivas con que os enseñaba la sumision, la obediencia, el agrado y la docilidad? Acudia con prontitud siempre que se llamaba por su nombre, de cuya sumision le resultó la caida: no salia de la pieza en que se ponia: su colita parecia un sacudidor ó mosquitero, segun la batia, enarbolándola como arco á la presencia de sus amas para tenerlas gratas, y manifestó su docilidad, confederándose con el gato y enlazando con él la mas extrecha amistad. ¿Cuándo se ha visto ejemplar semejante? La expresion mas viva con que significamos una enemiga mortal entre los hombres, es decir que *andan como perros y gatos;* pues Pamela fué siempre superior á estas preocupaciones desde su niñez, haciendo migas con el gato, y como se expresa de la infancia, diciendo: *Cuando andaba á gatas*, de ella deberá decirse: Cuando andaba *á gato con el gato....* ¡Qué panegírico!

Pero fué mayor el que mereció por su paciencia en las enfermedades, enseñandoos con ella á sufrir las vuestras. Su dé-

fué capaz de abrigar deseos tan plebeyos, tuvo la sublimidad de vencerse y de no llevarlos al cabo.

Despues que se averiguó la materia, y se encontró no ser juicio temerario el que corria, se opuso su ama, y frustró tan detestable matrimonio, armándose con la pragmática prohibitiva de los casamientos desiguales, impidiendo toda comunicacion con el atrevido y mal aconsejado *excuintle*, que la inquietaba, y protestando que por embarazar tal enlace, mas bien la dejaría envejecer y convertir su virginidad en orejon.

Vosotras las que habeis escuchado tan singular narracion, y á quienes la dirige mi fervoroso zelo, os la debeis proponer como dechado, no en vuestras almohadillas, sino en vuestras mentes; no para vuestras costuras, sino para vuestras acciones. Júpiter soberano os ha manifestado visiblemente que destinó á Pamela para vuestro ejemplo.

Ella era flaca como Doña Pomposa: enferma de las piernas como Doña Eufrosina, de salud endeble como Doña Matilde: afluxionada como Doña Carlota: legañosa como Doña María: chaparra como Doña Adelaida, y perra como todas.

Deben pues, esforzarse á imitarla, cada una en aquella cualidad que la es mas conveniente. Doña Matilde, en sufrir las enfermedades sin desesperacion: Doña Pudenciana, en la sumision sin bachillería: Doña Carlota, en la paciencia, pero sin pachorra: Doña Pomposa, en el agrado, pero sin zalamería: Doña María, en la conservacion del doncellazgo; pero sin sambitatería: y todas en la finura, pero sin perrera. Porque á la verdad, solo lo bien obrado es lo que se saca de esta vida; todo lo demás tiene la misma substancia que el humo, que en el viento se desvanece, y pasa con la misma rapidez que la brillante luz de los relámpagos.

La muerte de Pamela fué el mayor desengaño en este punto, que es el segundo de mi perruna oracion.

PUNTO SEGUNDO.

Yo bien sé que la vida no es sino un viaje para la muerte, ó un dorado coche en que bonitamente y sin sentir vamos caminando á ella. El tiempo es el cochero: el tronco de caballos que lo tiran, blanco el uno y el otro negro, son el dia y la noche: la infancia, adolescencia y demás edades, son las jornadas: los placeres del mundo, ventas en que tomamos algun refocilo: las enfermedades son las cuestas y desvanes en que se precipita este coche para llegar mas breve: las canas son el polvo del camino que emblanquece el pelo: las rugas, efecto del calor y fatiga que consumen el húmedo: la corcova é inclinacion del cuerpo con el arrastrar de piés, denotan el cansancio, porque se ha andado ya mucho: la agonía es la garita del pais tenebroso: la sepultura, es la posada: y todas las cosas que nos rodean, pregoneros que nos recuerdan hácia donde caminamos. Tal es el deshojarse las flores, tronchar una hacha cortante aun los mas empinados ocotes, desplomarse los mas soberbios edificios, y girar los rios al sepulcro de

aun reciente, echar un velo. Aun no olvidais qne andando por los bordes del corredor, y llamándola á ese tiempo, al dar la vuelta cayó abajo, que se encojó y le resultó una apostema en la cabeza: que de dia en dia se fué extenuando y enflaqueciendo, hasta poder servir á una costurera, porque parecia aguja: que comenzó á arrojar materia por todas partes: y que dando la mas cruel penitencia á todas las narices vecinas, exhaló un pestífero hedor, y con él el último aliento, dejando á las señoras igualmente consternadas por su pérdida, como por la prueba que en ella palparon de lo caduco de las cosas mundanas.

¡Ay de mí, que apenas puedo sostenerme al recordar tan funesta catástrofe! Un nudo en la garganta me embarga las voces, y el corazon parece que se arranca, para derretirse en lágrimas amargas con estos recuerdos dolorosos. Yo mismo ví con estos ojos (con que veo á la venerable Doña María) la hermosura de Pamela convertida en podredumbre: su lozanía en languidez: su genio festivo y placentero, en tétrico y abatido: sin gracia sus ojos, sin accion todos sus cuatro piés, y aquel cuerpo que las damas abrigaban en su regazo, arrojado por asqueroso en un sótano cuando enfermó de gravedad, y despues de su muerte en un muladar. Este fué su túmulo, su mausoleo y tal su último paradero.

Y si este es el fin del animalillo predilecto, estremézcanse los demás, que sirven de diversion á las damas y á los niños, y espérenlo aun mas desastrado á vista del que experimenta el preferido entre todos. Ninguno á la verdad, es acreedor á mejor suerte. No al pajarito, que solo deleita el oido, y á quien no se hace mas cariño que meterle alguna vez la masa en el pico y tocarle blandamente la cabecita, aunque haya una docena de canarios, ó lo que es lo mismo, doce amarillos que silvan. *Doces, Amarilida silvas.* No el loro, á quien no se hace mas aprecio que darle una sopa porque nos divierta, preguntándole su estado como si fuera á confesarse: item, con

Ture tu patule. No en fin,
ficio suyo, como la mosca cl
te el ejercicio militar: el ra
hilo para verlo correr sin q
lago afianzado de las alas pa

A todos estos son superior
sus conocimientos, por sus fi
cias, dignos por lo mismo de la
mir en una misma cama con s
equiparen á los seres de su esp
un lugar muy preferente la in
el objeto de mi oracion, y cuya
no debeis engreiros en cosa alg
os ha faltado la que mas amába

¿Por qué, Pamela, (¡ó querida
alejas de nosotros? ¿Adónde te l
esperanza de volver á verte? ¿
mamento te ha arrebatado para
pescado y carnero, formando de
¿Has subido á agregarte al Can
en la Canícula? ¿Has descendid
l Cancervero á el

Pero ¡ay de mí! que en ninguno de estos lugares hemos de encontrarla. Ella sin duda se ha remontado á lo mas solitario del Nihilópolis, porque no ignoraba la grave sentencia del Nebricence: que la hembra sola reposa, *quae femina sola reposcit.*

Esto, señoras, sirva de lenitivo á vuestra pena, ya que para mayor desengaño carecísteis aun del consuelo de heredarla, repartiendo entre vosotras sus miembros. ¡Qué dulce os hubiera sido que hubiera dejado su pescuezo á Doña Pomposa, sus dientes á Doña Eufrosina, sus hígados á Doña Matilde, su espinazo á Doña Pudenciana, su colita fiestera á Doña Carlota, y sus ojos con su menudo entero y relleno á Doña María *

Pero ya que no lográsteis esta dicha, permita el Dios Pan, que lo es de los pastores y por consiguiente de los perros, ó bien Acteon ó la deidad, sea la que fuere, que preside á tan noble especie, y de cuya alta dignidad protesto á la faz del mundo no ser mi ánimo degradarla: permita, vuelvo á decir, que para reemplazar la perrita que llorais y amábais como á vuestros ojos, os nazcan en ellos innumerables perrillas: que cuando váyais á la iglesia, el perrero sea lo primero que os encuentre: que no hagais jamás sino perreras: que todas vuestras enfermedades se os emperren: que porque tengais cuanto pertenece á los perros, no os falte ni la rabia: y que por fin, como tan conforme á vuestros genios, paseis el resto de vuestros dias en una vida perruna. Esta os deseo.—

---

* En esta variacion de los nombres, se pierde la graciosa aplicacion que hizo el autor de la oracion funebre en este lugar y la conclusion del primer punto, á los defectos ó buenas cualidades de las señoras para quienes se trabajó.—*E.*

unos ponderaban el chist
extravagante y graciosa apli
erudicion y tropos retóricos
paraciones y deseos hácia las
moralidad que respiraba una
estéril.

Así que paró el fervor de la
el refresco, como en todo pés
duelos con pan son ménos. Y si
biera dejado su caudal á sus am
sido sus exequias? no habria fu
que haberlas comparado, porqu
duelos, sino gozos, contento y a

Finalizado el refresco, se sig
tres de la mañana, segun supim
á las diez con su familia.

Nadie pudo negar que tuvo
ronel que no se descuidaba en i
leccion, decia en el coche: ¡vaya
che bien alegre á costa de mi her
ta ahora medio bien, porque del t
estas *frascas*. Pero en fin, la ha

s risas se convierten en lágrimas de los pobres herederos espues de que fallece el principal. Yo no repruebo algunas versiones lícitas y moderadas, ni menos alabo la miseria ó mezquindad; pero tampoco aprobaré una decision general or toda clase de placeres como es la de Eufrosina. Para ella ada hay malo como sea fiesta, y cuando no las hay, ella las ace con cualquier motivo, como esta noche. ¡Eh! ¡quiera Dios, quiera Dios que nuestra sobrina no apetezca algun dia que esta noche ha tirado su madre!

Con estas conversaciones llegamos á casa, se dispuso la cena, cenamos, y nos fuimos á recoger hasta otro dia.

CAPITULO XXVI.

En el que continúa el coronel instruyendo á su hija acerca del matrimonio.

Así como el labrador arroja sobre la tierra fértil su semilla, complacido con la esperanza de recibir frutos sazonados y abundantes, así el coronel no regateaba á su hija sus instrucciones, asegurado de que su dócil corazon las recibia con la misma bella disposicion que recibe el campo las primeras lluvias del verano. De suerte, que tanto gusto tenia el coronel en enseñar á su hija, como esta en recibir sus lecciones.

Un dia, estando todos conversando sobre mesa, se tocó el punto de la malicia de los hombres que engañan con apariencias de verdad. Al momento se acordó Pudenciana de una promesa que le habia hecho su padre, y le dijo: papá, el dia que nos convidaron para las honras de Pamela me dijiste que me darias algunas reglas para conocer á los hombres, las que me serian muy útiles en el discurso de mi vida. Se han pasado ya algunos dias y no me has dicho nada: sin duda que se

ba, aunque es la mejor, no es
catada, que debe huir todo tr
bres, miéntras no salga de l
del matrimonio.

En esta inteligencia, las reg
y sencillas, y por lo mismo fác
ras. Atiende. En cuatro cl
bres, y en efecto me parece que
ménos, sino que cualquier ho
precisamente.

Primera clase. *Hombres de*
Segunda. *Hombres de buen*
Tercera. *Hombres de mal co*
Cuarta. *Hombres de buena*
Analizarémos estas clases, dá
una, para que conozcas los hom
nezcan.

PRIMERA

Hombres de buen coraz

A esta clase pertenecen aquello
to á hacer bien; pero muchas vece

en los errores que quieren evitar. Esos hombres son malos para superiores, porque se encaprichan, siguen el error, y apenas alguna vez y con mucha dificultad se logra que varien de dictámen, sujetándose á un consejo prudente. Son malos estos hombres, como he dicho; pero son malos sin voluntad de serlo, sino por ignorancia, y por lo mismo merecen alguna disculpa. Peores son los de la

Segunda clase.

Hombres de buena cabeza y mal corazon.

Estos son aquellos que tienen bastante talento é instruccion: pero al mismo tiempo un corazon emponzoñado, y muy á propósito pará cometer un delito, siempre que conciben que de él les puede resultar alguna satisfaccion ó conveniencia. Por lo general estos hombres son egoistas, intrigantes, interesables y perversos. Ninguna disculpa merecen, ni en el tribunal de su conciencia misma, que incesantemente los acusa y les reprende su proceder inicuo. Estos son malos para superiores, para compañeros, para amigos y para todo.

Tercera clase.

Hombres de mal corazon y mala cabeza.

Estos son los monstruos mas intolerables de la especie humana. Necios y con pésimas inclinaciones, apenas harán un bien por accidente: siendo el peor la gran dificultad que tienen de enmendarse, pues ciegos y contentos con su torpe ignorancia, están casi fisicamente impedidos de conocer su triste situacion. Dije *casi*, para excusarles la disculpa moral, si la quisieran alegar. El hombre, siempre tiene el camino abierto para salir del error, como quiera; pero los que están bien hallados con él, jamás preguntan si aciertan ó yerran, por mas que les remuerda su conciencia: y he aquí la ignorancia

que no tiene disculpa, porque se puede vencer si se quiere. Mas estos necios y perversos de que hablo, no tienen ni quieren tener otro maestro que su capricho. De consiguiente, como necios adoptan las mas detestables ideas, y como perversos las ejecutan siempre que pueden, y Dios nos libre de estar sujetos á esta clase de malvados con poder.

Cuarta clase.

Hombres de buen corazon y buena cabeza.

Ningunas alabanzas serán desmedidas en obsequio de los que corresponden á esta clase. Por el contrario de los anteriores, siempre piensan bien y obran mejor. Su entendimiento dócil é ilustrado les hace conocer la maldad y la virtud, y su voluntad bien dirigida, los incita á detestar aquella y abrazar esta. Y ¿quién dudará que semejantes hombres son buenos para todo? amigos verdaderos, vasallos fieles, esposos amantes, padres tiernos y ciudadanos útiles á cuantos tienen la dicha de tratarlos Estos hombres, dignos siempre de la memoria de los buenos, ni se envanecen con las honras, ni se

estimo demasiado, porque sé que te la dicta el mucho amor que me tienes, que es el que te hace formar un concepto tan ventajoso de tu padre. Yo te agradezco tu cariño, y procuraré no desmentir tu corazon; aunque es bien que entiendas que ni tengo la bond ad que piensas, ni aun cuando la tuviera, seria el único. Hay muchos hombres buenos, hija mia, sembrados sobre la haz de la tierra; pero es dificil conocerlos; y aunque hay muchos, la infinidad de perversos é hipócritas con quienes se hallan confundidos ó engastados, los hace parecer muy pocos y tambien muy raros en el mundo.

Tampoco debes olvidar que por desgracia, el mérito y la virtud las mas veces ó no se conoce, ó se arrincona ó se persigue. Así que, no es mucho que los hombres que poseen estas recomendables circunstancias, no estén siempre, ni todos en disposicion de comunicar á sus semejantes los efectos de su entendimiento y probidad; y ves aquí un motivo poderoso para que estos hombres ilustrados y benéficos nos parezcan menos de los que son en realidad. En el cielo hay muchas estrellas, y no las vemos todas, ó porque una distancia enorme las hace inaccesibles á nuestra vista, ó porque algunas nubes nos interceptan sus luces.

Todo eso lo siento mucho, dijo Pudenciana, por cuanto dificulta el conocimiento de semejantes genios bienhechores. ¡Ojalá supiera yo algunas señas inequívocas con que poder distinguirlos de los demás!

Bien conozco, prosiguió el coronel, la sinceridad de tu deseo, el que es muy justo, y si Dios te destina para casada, ¡cuánto apreciaria que encontrases un hombre de esta clase! Tú quisieras lo mismo. Es natural: por eso anhelas por algunas señas particulares para el caso. Yo quiero complacerte, dándote una sola, muy sencilla, pero inequívoca, y esta es, *la sólida y verdadera virtud.* El hombre que la posée es el verdadero hombre de bien, y de consiguiente, cumpliendo exactamente con las obligaciones que le impone su estado,

se hace útil y apreciable en cualquiera clase á que pertenezca en la sociedad.—

Pero, papa, hay tantos hipócritas con quienes un hombre de estos se confunda, que me parece una empresa muy ardua el distinguirlo.—Es en efecto dificil distinguir al malvado hipócrita del verdadero virtuoso; pero no es imposible, en teniendo idea de lo que es hipocresía y de lo que es virtud. Hipocresía es el fiingimiento ó la máscara del bien obrar, y la virtud es el constante ejercicio de este bien obrar.

Te parecerá quizá que esta difinicion dice poco; pero no, hija, en ella sola te doy el termómetro mas infalible para distinguir al hipócrita del virtuoso. El primero puede aparentar virtud, y engañar ó alucinar á los que no saben qué es virtud, ni en qué consiste; pero no puede ser constante en este fingimiento. Semejantes á algunas mugeres zonzas que pretenden pasar plaza de garbosas, fingiendo otro andar del que tienen por naturaleza, y á poco rato se les olvida y vuelven á su antiguo trote ó pasito cansado: así son los hipócritas, que por un momento fingen piedad, castidad, humildad, y si se quiere todas las virtudes; mas esta escena no dura mu-

mientras no lo sepa, no podré observar cual es el mas completo y verdadero virtuoso.

Ya yo supongo que la verdadera virtud no consiste en rezar muchas novenas, en andar con la cabeza inclinada al suelo, con los ojos bajos, ni el semblante mustio, ni en otras exterioridades, de que hacen tanto caudal los hipócritas é idiotas; pero no me acuerdo en qué consiste la virtud verdadera, y ciertamente que tú me lo has dicho otras veces.—Sí te lo he dicho; mas nuestra memoria es harto débil, y se te ha olvidado esto como otras cosas: pero atiende. Preguntaba una vez un jóven á Jesucristo, qué haria para salvarse. „Guarda los mandamientos," le contestó nuestro divino Maestro. ¿Y para ser perfecto? prosiguió preguntando el jóven, á quien respondió el Señor: „Si quieres ser perfecto, vende tus bienes, dálos á los pobres, toma tu cruz, y sígueme." He aquí en dos palabras explicado por la Sabiduría eterna en qué consiste la virtud verdadera y la perfeccion cristiana de ella misma. El que guardare exacta y constantemente los mandamientos del Señor, será verdaderamente virtuoso, y el que, á mas de esta indispensable observancia, tuviere la heroica resolucion de desprenderse de todos los intereses temporales, y de conformar en todo su voluntad con la de Dios, ese será, no solo virtuoso y arreglado, sino justo y perfecto, en cuanto cabe, en el estado de viados en esta miserable vida. Los que faltasen á aquella observancia y á aquel despego total de las cosas humanas, serán solamente unos hipócritas de virtud y santidad por mas exterioridades y gasmoñería de que se valgan. Alucinarán alguna vez á los que juzgan de las cosas con ligereza; pero nunca á los que como tú saben ya en qué consiste la virtud y cuáles son las señas que convienen á los verdaderamente virtuosos.

De manera, papá; decia Pudenciana, que siendo lo mismo ser virtuosos que hombres de bien, ninguno que no guarde los preceptos del Decálogo en todas sus partes, puede ser virtuo

so, y de consiguiente ni hombre de bien, ó como se dice, hombre de honor.—¿Eso qué duda tiene?—¡Ya se vé! pero yo he oido decir que entre los gentiles ha habido y aun hay entre los moros y protestantes de otras comu niones diferentes de la nuestra muchos hombres de bien, y tales que su conducta pudiera avergonzar á muchos católicos relajados. Esto me hace creer ó que es falso que haya habido tales hombres de bien en el mundo sin ser cristianos, ó que si los ha habido, puede haberlos sin guardar los diez preceptos dichos, pues los protestantes y moros no los guardan; y entonces sale de haí, que para ser hombre de bien no es menester guardar los mandamientos.—Así debería ser si no fuera tu raciocinio equivocado; pero has de saber, hija mia, que aunque es indudable que entre los gentiles, moros y otros que no han conocido ni adoptan nuestra religion ha habido y hay muchos hombres de bien, todos estos han guardado y guardan escrupulosamente los preceptos del Decálogo. . . .—Pero, papá, ¿cómo los pueden guardar si no los saben?—Esa es la equivocacion, hija mia: porque has de saber que todos los hombres nacen con el conocimiento de esta ley impresa en el alma, y de con-

salvages, de unánime consentimiento en todos los siglos, han convenido en que hay un solo Dios, esto es, un Ser Supremo, autor de la naturaleza, y de quien dimana todo el bien á las criaturas. Sin ninguna revelacion conoce el hombre, por bárbaro que sea, que no se hizo á sí mismo, y que no tiene virtud ó poder para hacer producir ninguna cosa de la nada: conoce tambien que es superior con mucho á los astros, á los brutos, á las plantas y á todas las criaturas que lo rodean, y de aquí deduce aunque no quiera, la existencia de un ser soberano, independiente y autor de cuanto mira: porque....así se explica el mas rústico en su interior cuando se detiene á contemplar estas verdades: si yo que soy la criatura mas perfecta en la naturaleza, segun que me lo manifiesta la superioridad que tengo sobre sus demas seres, ni pude hacerme á mí mismo, ni puedo criar un gusanillo, ni un átomo de arena, menos hará otro tanto el caballo ni el monte, el pájaro ni el rio, ni ninguna otra cosa de cuantas me son inferiores en inteligencia y en poder. Luego algun ser hay superior á mí y á todo cuanto existe, pues fué bastante á hacernos existir. Este Criador es un Autor benéfico, pues él me dió los ojos con que miro la hermosura del campo y de los cielos: el paladar con que gusto la dulzura de las frutas: el olfato con que percibo el aroma de las flores: el oido con que escucho la melodía de los pájaros, y una particular inteligencia con que me proporciono las comodidades de la vida, y me resguardo de las intemperies y peligros con mas acierto y ventajas que las aves, los brutos y los peces. Este ser soberano es acreedor no solo á mis respetos y gratitud, sino tambien á mi temor, pues siendo tan poderoso y tan absoluto me podrá deshacer con la facilidad que me hizo, si yo lo disgustare alguna vez.

He aquí, hija mia, el modo con que han pensado todos los hombres acerca de la Deidad suprema: por este convencimiento en todas partes han tributado cultos y homenages al

Autor de la naturaleza. Es verdad que han errado en el modo de tributarlos, pero no en el fin. La ignorancia y la soberbia los han precipitado en m il abismos de delirios. El hombre incapaz de conocerse á sí, ha pretendido conocer á su Criador: por eso unos lo han adorado en el sol, otros en el fuego, estos en un buey, aquellos en un cocodrilo, y finalmente, lo han querido hallar entre los materiales objetos que les presentaba la naturaleza. De aquí nació la turba de gentiles idólatras que siempre anduvo á tientas buscando la deidad inaccesible; pero siempre reconociendo este Autor soberano, Dios de dioses y objeto único de sus cultos y adoraciones.

Apenas hubo hombres cuando hubo religion. Esta fué desarrollándose á proporcion que se aumentó la poblacion del mundo. Al necesario conocimiento de Dios siguió el culto exterior: se instituyeron sacrificios y ministros que los ofrecieran con el pueblo: se erigieron aras y templos: se inventaron fiestas y solemnidades: se reconocieron los templos como lugares propios para orar y como asilos para refugiarse en ellos de las persecuciones inminentes: se inventaron rogativas para aplacar el celestial enojo: se compusieron him-

feta: *Tú, Señor, has impreso en nuestros corazones la luz de tu divinidad.*

Estos son los tres preceptos que pertenecen al honor de Dios. Los otros siete que pertenecen al provecho del prójimo, tambien se los enseñó la naturaleza dirigida por Dios, bajo de esta sencillísima idea: no hagas á tus semejantes el mal que no quisieres recibir de ellos.

Segun este principio de derecho natural, y sin mas luz, conocieron los hombres que no les era lícito dañar á nadie, ni en la honra, ni en la hacienda, ni en la vida. Por tanto, luego que se reunieron en sociedades, formaron sus códigos, y señalaron penas contra los injustos agresores, no dejando en parte alguna sin castigo el robo, el adulterio, el homicidio y los demas crímenes que se cometian con notable perjuicio de los hombres.

Estos, guiados por la naturaleza dirigida por su autor, no solo conocieron que no debian perjudicarse, sino tambien socorrerse mutuamente en sus desgracias: pues así como cada uno se reconocia con cierto derecho para reclamar los auxilios de sus semejantes en caso de necesidad, así tambien conocia en sí cierta obligacion de ayudar á sus iguales en el mismo caso: y de aquí tuvieron orígen las leyes justas, los establecimientos piadosos, y los hechos benéficos y heroicos que admiramos aun entre las tinieblas del gentilismo.

En vista de estos conocimientos naturales, ¿qué novedad nos puede causar un Arístides, un Marco Aurelio, un Sócrates, un Tito y otros mil hombres de bien, esto es, hombres de conducta arreglada y corazon benéfico, que entre los errores del paganismo, se distinguieron del comun de sus coetáneos, derramando sus luces y prodigando beneficios á sus semejantes? Tales fueron muchos de estos grandes hombres, que los pueblos reconocidos á sus bondades, se tomaron la libertad de divinizarlos despues de su muerte, creyendo que no llenaba de otro modo las sagradas leyes de la gratitud, y persuadidos á

que un hombre bienhechor ó era Dios, ó no desmerecia de serlo. ¡Tanto es el amor y respeto que se grangea la beneficencia cuando recae sobre un corazon agradecido!

Pero lo que hace á nuestro intento es que estos hombres amados de los pueblos, no lo fueron por otra cosa sino porque respetaron á sus Dioses, obraron con arreglo á la justicia, y léjos de ofender á sus semejantes, los llenaron de beneficios. Esto es en nuestra religion amar á Dios sobre todo y al prójimo como á nosotros mismos: y esto tambien es, en cierto modo, guardar los preceptos del Decálogo sin noticia quizá de los Profetas ni Escrituras, * pues antes que Dios en el Sinai grabara sus preceptos en unas piedras para dárselos á Moises, ya los habia impreso naturalmente en los corazones de los hombres, segun te lo he manifestado, y de esto debes necesariamente deducir que si hubo entre los paganos algunos hombres de honor, solo fueron los que tributaron el debido culto á la deidad, los que jamas dañaron á sus semejantes: los que beneficiaron á los desgraciados: y en dos palabras, los que amaron á Dios sobre todas las cosas y al prójimo como á sí mismos. De otro modo no serian ni podrian ser hombres de bien, sino

ligion, fuera del cual nadie puede salvarse, hicieron sus virtudes infructuosas para sí mismos. Aisladas sus buenas acciones en el órden natural, desnudas de fe y de caridad, no pasaron de virtudes morales: de consiguiente no fueron meritorias ante Dios. Si se abstuvieron de cometer el mal y obraron el bien, no fué en primer lugar por complacer á Dios como el católico virtuoso, sino porque naturalmente les era odioso el vicio, y por la satisfaccion que experimentaban cuando hacian algunas obras buenas, y tal vez por lisonjearse con la brillante reputacion que estas les grangeaban. Sin embargo, la memoria de estos hombres no hubiera pasado á la posteridad con elogio, si no hubieran tenido y cultivado estas virtudes, ni estas hubieran resplandecido en ellos en tanto grado, si no hubieran cumplido exactamente los siete preceptos del Decálogo que pertenecen al prójimo y los tres divinos que pertenecen al culto del Ser Supremo.

Si esto es así, es necesario confesar que ni pudo, ni puede haber hombres de bien en el mundo, sino arreglándose á la pauta de estos preceptos divinos. La digresion ha sido larga, pero yo la he juzgado importante para tí.

Y ¡cómo que lo ha sido, papá, dijo Pudenciana! yo antes de ahora, pensaba que todos los que no eran católicos eran sacrílegos, vengativos, avaros, crueles, (en una palabra) libertinos y viciosos hasta el extremo.

Pensaba tambien que los que nacieron antes de la venida del Mesías, no tuvieron ni pudieron tener niguna idea acerca de la Deidad Suprema, y se me habia olvidado que ya me habias dicho que muchos paganos sabios, aunque en lo exterior, fingian creer la pluralidad de dioses que veneraba el pueblo, en lo interior conocian que era un delirio admitir un poder divino repartido entre muchos soberanos, ó reyezuelos celestiales.

Por último, pensaba yo que se podia ser verdadero hombre

de bien en el mundo, sin sujetarse á la santa ley que nos gobierna; pero ya veo que el que aspire á este título de honor, ha de guardar estos diez preceptos; menos, no hay tal hombría de bien, ni tal honor en ninguno. Yo te doy las gracias, papá, por tus buenos documentos, y te suplico que me des otras señas mas claras para distinguir á los hombres honrados de los que fingen serlo: pues ya tú ves que no es fácil andarles á todos á los alcances para ver si guardan ó no los mandamientos, y seria muy opurtuna una señalita reservada para conocer al pícaro y libertarse de él. ¡Oh, cuanto valiera esta piedra de toque para elegir un buen marido! Pues, digo, allá á las que piensan en casarse.

Y á tí tambien te servirá si pensares en eso alguna vez, dijo el coronel; pero aunque ya sé cual es la seña segura que tú quieres, temo decírtela porque no bayas á querer experitarla por tí misma. ¡Ay, papá! pues si es segura ¿qué riesgo hay en que se experimente? En que se experimente no hay riesgo; en que no se salga bien de la prueba está el riesgo.—¿Tan contigente es la victoria?—Si, tan contigente; y mas hecha por una jóven inexperta, y acaso ciega con la pasion

Se ha caido de la escalera la Sª Beata, y se ha medio matado.

te Doña Matilde, que habia estado en ella como de palo, gustando de la instruccion de su marido; pero como cualquier desgracia nos sorprende, y mas cuando recae en nuestros deudos ó amigos, no fué mucho que esta fuese la primera en levantarse y salir corriendo á favorecer á su tia.

Tan presto lo hizo, que cuando nosotros llegamos á la escalera, ya habia levantado á la dolorida beata, y la subia apoyada en su brazo.

No fué cosa de cuidado el golpe, pues solo se lastimó ligeramente una rodilla.

Luego que entró á la sala, se sentó, se le dió una poca de agua fria por el susto, y unos bizcochitos con un traguito de vino por la debilidad, con cuyos auxilios se restableció la enferma en un instante, y se volvió risa la memoria de la caida.

Así que estuvo confortada y del todo serena, le dijo Doña Matilde: Pero tia, ¿qué negocio trajo á vd. hoy á casa, que venia ó tan distraida ó tan de priesa que se cayó de la escalera?—¡Ay mi alma! un asunto de suma importancia, cual es el avisarles los grandes cuidados de Eufrosina y de Pomposa, que como ustedes no han parecido por allá desde el dia de las honras de Pamela no han sabido nada.—¿Pues qué ha sucedido, tia?—¡Qué ha de suceder, sino que desde la noche de las honras espantan en la casa! Si la perrita hubiera sido gente, yo dijera que andaba en penas; pero no lo puedo decir, porque al fin Pamela no era gente ni lo soñó en su vida, aunque no le faltaba mas que hablar.—Pero, señora, qué clase de espantos son esos?—¡Terribles, D. Rodrigo, sí, terribles! ¡Sobre que han andado buscando casa todos estos dias, y dice Eufrosina que de hoy á mañana se muda, aunque sea á una accesoria ó á una casa de vecindad!—¿Tan grandes son los espantos?—Sí, señor: ¿le parece á vd. poco que en la noche de las honras viera Pomposita al diablo?—¡Al diablo!—Sí, señor, al diablo, al mismito diablo vió la pobre muchacha.—¿Y qué

jido.—Pues qué ¿dirá vd. que no hay nada de eso?—Sí, lo mismo que el diablo que se le apareció á mi sobrina.

¡Pues ya se vé que sí! decia la beata; y si estas cosas no fueran verdad, no se leyeran en los libros impresos con letras de molde y con las licencias necesarias, ni se oyeran asegurar por personas muy sabias y muy cristianas.—¡Ah, señora! si se quemaran todos los malos libros, y si enmudecieran todas las lenguas ignorantes acreditadas de sabias entre los muchachos, ¡cuántos errores se cortarian de raiz!

La multitud de milagros y espantos apócrifos que se hallan esparcidos en los libros, y defendidos como verdades inconcusas por personas que parecen sabias, son los que han abierto la puerta á infinitos errores, abusos, vana confianza, fanatismo y supersticiones, en que el vulgo de todas clases se halla empapado, no solo en nuestro reino, sino en todo el mundo, pues en todas partes cuecen habas.

Lo mas sensible es que los que con una piedad falsa han querido hacer valer la religion con estas patrañas, no han conseguido otra cosa que hacerla terrible para los propios, y ridícula para los extraños.

espantos, los hay. En vida de la señora mi madre, que era yo muchacha, habia en México un hervidero de duendes y fantasmas, que no era dable, y yo me acuerdo que recien muerta su merced, la ví dos noches palpablemente al entrar en la recámara donde murió, y una vez oí que me llamó y me dijo muy claro: *María, María.* Pues esto á mí me pasó, no me lo contaron, y la ví con estos ojos que se ha de comer la tierra. Lo mismo digo de los milagros que cada dia se ven á millares. ¿No vé vd. cuantas muletas y piesitos de plata y cera están en los altares de algunos santos? ¿Quiere vd. mas prueba? Y por fin, ¿no se acuerda vd. del milagro tan patente que pasó habrá doce ó trece años con Pomposita cuando se cayó del balcon, y no recibió el mas mínimo daño sino el susto? Pues esto no lo puede vd. negar, porque lo vió con sus mismos ojos.

Es verdad, contestó el coronel, yo lo ví, ó si no lo ví me lo contaron: fué cierto que la niña cayó del balcon y quedó ilesa; pero eso fué casualidad, no milagro: milagro hubiera sido que se le hubiera hecho pedazos el casco en la lana; pero que no se matara una criatura de tan poco peso, al caer de un balcon no muy alto sobre un monton de lana blanda y esponjada, no puede ser milagro, mas que así lo llame vd. desde ahora hasta el fin de sus dias. Fué casualidad que hallara prevenido en el suelo tan buen colchon, y cayendo en él, fué cosa muy natural que no se matara ni se rompiera la cabeza. Ahí me las den todas.

—¿Conque no fué milagro?—No, señora, no fué milagro. —Pues sí, señor, fué milagro, y muy milagro, que lo hizo nuestra Señora de la Soledad de Santa Cruz, Señor San Agustin, y mi madre Santa Rosa de Lima, á quienes yo invoqué, aunque tan mala y pecadora.—La creencia de vd. es piadosa, pero el hecho no fué cierto, porque ni esos santos hicieron tal milagro, ni pudieran hacerlo—¡Ay Jesus! ¿qué que es lo que vd. dice? ¿No pudieron esos santos hacer ese milagro?

No señora, ni otro ninguno.—¡Ay, qué es lo que oigo! ¿Ni la Santísima Vírgen que está en el cielo puede hacer un milagro?—No, ni la misma Emperatriz Sagrada.—¿Has oido, Matilde, que heregía tan grande ha dicho tu marido? ¡Jesus sea aquí! ¡Ave María Purísima!....—No se espaste vd. tia, que no ha dicho Linarte ninguna blasfemia.—Ya se ve que no. Mi papá es muy cristiano, añadió Pudenciana. Y la venerable beata, llena del espanto mas pánico ó infundado, preguntaba: ¿Pues qué tambien ustedes son de su opinion? ¿tambien ustedes aseguran que ni los santos ni la Vírgen María hacen milagros?—De fuerza lo hemos de asegurar así, cuando nos los enseña la Iglesia.—¡La Iglesia! ¡Qué testimonio!—¡Alabado sea el Santísimo Sacramento del altar! Ya todos los de esta casa son hereges. Es menester delatarlos. Ellos son mis parientes; pero no tiene remedio: de aquí derechito á la inquisicion. Sí, sí, que los quemen: primero es el alma.

No se dé vd. tanta priesa, señora, decia el coronel con mucha paz: no vaya vd. á incomodar con esos chismes á los inquisidores, porque le dirán que es una tonta, y que no sabe

de los que ignoran la realidad del caso, son de temor, y se deben evitar.—Déjala que vaya con Dios: no hagas aprecio de eso, ni tengas cuidado. ¿Acaso los jueces son ignorantes, ni pueden proceder con tropelía? Ellos en la delacion conocerán la ignorancia de la madre beata, y cuando les quede alguna duda, luego que me oigan se satisfarán de la pureza de mi proposicion.—Es verdad, pero ¿qué gana tienes de esas contestaciones? ¿Ya lo ves? delante de los muy ignorantes y virtuosos fanáticos no se puede hablar nada, porque todo lo entienden mal y lo interpretan peor.

Mientras que el coronel y Doña Matilde hablaban estas cosas, se marchó la nocia beata, y nosotros no dejamos de quedar con algun cuidado, que no se nos quitó hasta la tarde, como verá el lector en el capítulo que sigue.

CAPITULO XXVII.

En el que sigue la disputa que el coronel tuvo con la beata.

Muchas veces una casualidad origina una desgracia, y otras evita una desazon. Esto último aconteció entre el coronel y Doña María. Iba esta firmemente resuelta á acusarlo, cuando la encontró Carlota, le preguntó por él y su familia, y la beata despues de referirle lo acaecido, le dijo como iba determinada á delatar á todos. Carlota era muy prudente, y así dijo que la intencion era muy buena; pero la hora muy incómoda, pues era medio dia, y los señores estarian en sus casas, y tal vez comiendo: que seria mejor ir á casa de Doña Eufrosina, comer allá, dormir siesta, y á las cuatro y media ó á las cinco de la tarde pasar al tribunal á delatarlos. Con esto se serenó la vieja, y ambas se fueron á casa de D. Dionisio, porque Carlota no quiso separarse de ella.

Luego que llegaron, contó la beata cuanto le habia pasado con el coronel, añadiendo é interpretando á su antojo lo que le pareció, con lo que sorprendió á Eufrosina y su marido, á Pomposa, al padre D. Jaime y á otras personas que asistieron á su informe, y se admiraban con razon, como que conocian bien el fondo de talento y religion del coronel; pero no se atrevian á contradecir á la vieja, pues ella juraba que así era segun lo referia.

Carlota, cuidadosa de la suerte de Matilde, no quiso despedirse, sino que envió á llamar á su marido el caballero Jacobo, á quien hizo sabedor de la desgracia que amenazaba á su amigo Linarte.

Sin embargo del general cuidado, pusieron la mesa, comieron y se recogieron para pasar la siesta. Todos estaban apesadumbrados; pero serenos respecto de sí mismos, menos la beata, que ni durmió, y ya no veia la hora de que dieran las cuatro, para cumplir con las obligaciones de cristiana, segun decia.

Doña Eufrosina á las tres envió el coche á su cuñado, mandándole decir que fuera luego, luego, que le importaba mucho porque allá estaba la tia Doña Maria.

El coronel recibió el recado con aquella serenidad que inspira la inocencia: y sin apresurarse, se levantó de su sofá, tomó chocolate, hizo que lo tomaran Matilde y Pudenciana, que estaban con harto susto, y así que concluyó dos cartas que tenia que enviar á la estafeta, mandó que se vistieran las señoras, tuvo cuidado de que se previniese lo perteneciente á la casa, y cuando ya estaba todo organizado, cerró las puertas principales, tomamos el coche y nos fuimos para la casa de su cuñada.

Cuando llegamos, la hallamos toda alboratada, porque ya habian dado las cuatro, la beata porfiaba por ir á su negocio y todos rodeados de ella se lo impedian.

Luego que vió al coronel y á su familia, cerró los ojos, se tapó las orejas, y con unos gestos de energúmena decia: „déjenme salir de aquí, yo no quiero conversar con herejotes: los aborrezco, los detesto, los abomino. Si estos fueran mi padre y mi madre, haria lo mismo que voy á hacer. Sí, sí: primero es Dios y su santa fe que todo el mundo."

Sin embargo de que los visages de la beata tonta excitaban la risa de los circunstantes, no dejaban de esperar malos resultados los amigos y deudos del coronel y su familia, mucho mas cuando notaban que la denunciante no desistia de su intento.

La sensible Matilde y amorosa Pudenciana padecian mas que todos en aquella rídicula escena, y con lágrimas en los ojos procuraban aplacar á su tia; pero en vano. Esta mas se irritaba al oirlas hablar, y creyendo que aquel llanto era efecto del temor del merecido castigo por su culpa, se empeñaba mas en salirse con la suya.

El coronel instaba que la dejasen ir donde quisiera, que no tuviesen cuidado, que él se defenderia, que aquello no era nada; mas sus razones no calmaban el sentimiento de los suyos ni el temor de sus amigos: y así mas por serenarlos á todos que por otra cosa, determinó sosegar á la tia María, lo que consigió de esta manera. Déjenla, señores, decia en voz alta, déjenla, que vaya donde quiera. Yo tambien tengo que acusarla, y los dos quedaremos en la cárcel: yo por herege, y ella por gentil. ¿Yo por gentil? preguntaba la beata muy apurada.—Sí, señora: por gentil ó gentila, como vd. quiera. Herege es el que niega alguno de los misterios de la fé que profesó en el bautismo, y gentil es el que carece en lo absoluto de esta fe ó cocimiento sobrenatural.—¿Pues que yo no tengo fe?—No, ni sabe vd. qué cosa es fe.—¿Cómo no? *La fe es un conocimiento sobrenatural, con que sin ver creemos lo que Dios dice y la Iglesia nos enseña....* Es así que

vd. no crée lo que Dios dice, ni lo que le ha enseñado la Iglesia, luego no tiene fe: y si no tiene fe, es gentil.... Descomulgadote, ¿quién asegura que yo no creo lo que me enseña la Iglesia?.... Yo lo digo, y se lo voy á probar á vd. en sus bigotes; y si no lo probare bien, á juicio de estos señores cristianos que nos oyen, desde ahora para entonces y desde entonces para ahora, me obligo en toda forma con mis bienes habidos y por haber, á que refresquemos todos de mi cuenta esta noche: item mas á darle á vd. treinta pesos para un hábito nuevo de cristal, y á que mi muger y mi hija le hagan unas tocas nuevas. Vamos á argüir: sentémonos.

El estilo festivo del coronel calificó su inocencia, é hizo reír á todos, hasta á la beata, que segura en que no le podian probar que era gentil, concibió la lisonjera esperanza de afianzar los treinta pesos prometidos: y así, sentándose en compañía de los demás, escuchó al coronel, que se explicó de esta manera.

Ya vdes. señores, habran advertido que la tia Doña María se ha escandalizado grandemente por una proposicion que me ha oido. Todos los dias hay gentes que se escandalizan, y otras que temen escandalizar sin fundamento, sino solo porque ignoran lo que es escándolo. Doña María es una de ellas: y así vdes. me permitirán que le explique brevemente lo que es escándolo, por lo que nos pueda importar. Oiga vd. señora.

El escándolo, segun los moralistas, se divide en activo y pasivo. Activo es el que uno da con acciones ó palabras que causan ruina espiritual al prójimo, y este se puede dar no solo con acciones malas prohibidas, sino tambien con buenas y lícitas: por ejemplo, lícito es que yo acaricie á Matilde; pero si lo hago con ósculos y abrazos delante de algunos jóvenes de ambos sexos, ya no es lícito, *por el escándolo que puedo darles*, particularmente si ignoran que es mi esposa.

Escándalo pasivo es el que se recibe de las mismas acciones.

El escándalo activo se divide en especial y general. El primero es el que se da con intencion de que otro peque y se condene, y este se llama *pecado de demonios*. El segundo es el que se da sin ese fin determinado, sino solo por la complacencia que nos resulta de la acion, como el que da á una muger el que la induce al pecado, no precisamente porque peque y se condene, sino por satisfacer su apetito.

El escándolo pasivo es de tres maneras: farisaico, de párvulos y de frágiles. El primer es aquel escándolo que se recibe no porque la accion sea en sí mala de modo alguno, sino por la deprabada malicia del que la ve, y se escandaliza aun de las cosas buenas, como se escandalizaban los fariseos de que Jesucristo hiciera milagros en sábado.

El escándalo de párvulos es el que nace de una ingorancia natural, como si uno se escandalizara de ver trabajar en domingo, sin saber la necesidad ni la dispensa con que se hacia.

El escándolo de frágiles es el que se recibe por nuestra humana miseria, que toma ocasion para pecar de cualquier cosa.

En vista de esta doctrina, ya vd. entenderá que su escándalo ha sido de párvulos, porque lo ha acasionado su ignorancia; pero si despues que yo explique mi proposicion siguiere escándalizándose, ya entonces es su escándalo farisaico, y por lo mismo despreciable.

Yo dije, señores, que no fué obra milagrosa sino muy natural, que esta niña no se matara, cuando siendo pequeñita cayó de un balcon sobre un monton de lana; y á seguida aseguré que ningun santo, ni la misma Reina de los cielos puede hacer un milagro.

Esta señora no esperó razones, sino que tapándose las orejas, se salió de casa escandalizada de tamaña heregía. Cuando solo se oyen medias palabras ó no se entiende el sentido de ellas, es fácil sacar consecuencias criminales de las cosas mas inocentes, y formar los conceptos mas ridículos. Estas son las ventajas que ofrece la ignorancia junta con el atolondra-

[illegible] del mayor susto le
Dios, que de hoy en adelante no [illegible]
Antonio, Pascual ó lo que quieras;
vida tuya, porque es un gran pec[illegible]
que sacan encorozados á los Blases.
ba su muger muy admirada: eso [illegible]
ser, hija: acabo de ver uno encoroz[illegible]

Se rieron todos muy de gana con
menos la beata, pues esta se avergonz
D. Rodrigo prosiguió diciendo: ¿Que l
de la candidez de aquel buen hombre?
acompañado esta tarde á Doña Marí[illegible]
los dos me hubieran ido á delatar p
las chanzas, y pasemos á desescandal

Los señores saben muy bien lo qu
muger y mi hija; pero vd. señora, no
lo sepa. Atiéndame.

Una de las señales características
sean contra la naturaleza; esto es, qu
venzan. Y ¿quién puede dominar la
tor Supremo? Por tanto, solo Dios
solo Dios puede hacer que el fuego

del caso aprovecharnos de su valimiento, y solicitar su patrocinio en nuestras aflicciones. Ellos son amigos de Dios, y sus ruegos son oidos de su Magestad con agrado. Esto es lo que pueden hacer los santos por sus devotos; mas no hacer un milagro, pues no alcanza á tanto su poder: entonces podrian lo mismo que Dios, y serian otros dioses, cuyo absurdo no cabe en la imaginacion de un católico. La naturaleza solo se sujeta á su criador, y aun cuando obedece á los hombres, lo hace mandada de su autor. Si una peña herida por la vara de Moises produce agua: si el sol detiene su curso á la voz de Josué, no fué porque aquel legislador ni este general tuviesen poder para ejecutar estos prodigios, sino porque Dios mandó á la piedra que diese agua, y la dió; quiso que el sol detuviese su carrera cuando Josué hablase, y el sol se detuvo Así sucede siempre: manda el señor, y la naturaleza obedece sus preceptos.

Y así cuando se dice que la Vírgen Santísima, que este ó aquel santo son muy milagrosos, hemos de entender que Dios ha hecho muchos prodigios por su intercesion; mas no que ellos los hayan hecho.

Esta es la doctrina de la Iglesia que se ignora por muchos en punto de milagros. ¿Qué le parece á vd. Doña María?—¿Qué me ha de parecer? sino que cuanto vd. dice, ni me toca ni me tañe, porque yo no soy teóloga.—Pero es vd. católica cristiana, y como tal no debe ignorar los principios de la religion que profesa.—Pues yo sé muy bien el catecismo y tengo la fe del carbonero, y con eso me basta.—Se engaña vd. señora: el saber el catecismo sin entenderlo, no basta; y el atenerse á la fe del carbonero, que segun el cuento decia que él creia lo que creia la Iglesia, es una excusa muy grosera para defender la mas torpe ignorancia.

Semejantes profesiones de fe no son sino una irrision y un insulto que hacen á la misma religion muchos que blasonan

varas. Allá los estudiantes como
latinorum y teologías, que á mí me l
puño cerrado, y caiga quien cayere;
he de creer todos los que vea escrito:
en las iglesias: y si son mentiras, all
licencia para ello, pero á mí no me to
ciones. Yo sé que cuando una cosa s
de, ya ha pasado por los ojos de los
luego serán muy leidos: y así cuan
una cosa se imprima, ya sabrán que
hay ningun peligro en que todos la le

Lo mismo digo de las muletas, cab
gros de cera y de plata que se cuelgar
tares de los santos: milagros deben d
dos dicen que son milagros: á fuera
ponen, será con licencia del cura, del g
re con el santo. ¿Qué mas es neces
tan ciertos como los artículos de la fe?
lo dice, estudiado lo tiene; y si no l
porta?

Yo fuera una judía si pensara que l
que aprueban

tante los que la oian, y el coronel le dijo: vd. padece mil equivocaciones, y lo peor da, y ha de costar mucho trabajo el conv te, sepa vd. que todos esos retablitos qu dican á los santos en sus imágenes, no son ni pueden serlo sin la calificacion y decla

Se permite que se coloquen en los templos, para que los fieles desahoguen su devocion y gratitud, y porque, tal vez el vulgo ignorante, si careciera de esta libertad, caeria en el error de creer que ni los santos intercedian por nosotros en las necesidades, ni Dios nos dispensaba tan francamente sus favores, y este error seria mas pernicioso que el primero: pues, de creer que Dios hace mas milagros que los necesarios, no se sigue injuria á su omnipotencia; pero de creer que no los puede hacer, ó que nos escasea mucho sus favores, se insulta su poder soberano y su misericordia liberal. Sin embargo, seria de desear que todos entendieran que el poder de hacer milagros es privativo de Dios, y que los santos únicamente pueden suplicarle que los haga cuando convenga á su gloria y bien nuestro.

Asimismo debian todos saber que no se le puede dar crédito á cuanto está impreso, solo porque están las letras estampadas con moldes, ni porque se lea en las carátulas que están con las licencias necesarias. Esta es una simpleza que trae funestas consecuencias entre la gente idiota, que vive persuadida á que se debe creer como de fe cuanto está impreso, en virtud de que ven ó han oido decir los muchos pasos, censuras, licencias y dinero que cuesta la publicacion de una obra; y alucinadas con estos aparatos, no pueden convencerse de que haya falsedades en los libros, siendo así que no hay heregía ni desatino que con licencia ó sin ella no esté impreso: de lo que resulta que se empapan en mil errores que leen sembrados en muchos libros que traen vidas de santos anoveladas, y milagros apócrifos.

tantos trabajos, sin mas fin, á lo qu
paciencia, cuando pudo haberlo he
no indujesen un escándalo general?
za que tengan al dicho por un tonto
como creyó que los ojos y lengua de
sentó por milagro, eran de una mug
mo suya? Yo á lo menos no creeré e
mientras no me las asegure por cierto

La historia de S. Cristobal es o
que pasaron y aun pasan entre el vul
crea que fué gigante. La novena lo
luego es verdad, se debe creer, y nega
es el idioma del vulgo.

¿No seria bueno desengañarlo, dicié
te, ni sirvió al demonio, ni lo dejó por
la cruz, ni sucedieron las patrañas que
que fué uno de los héroes que muriero
Jesucristo?

Así es que fuera bueno se enseñara
sencilla beata; pero si no fué gigante
mañote en las iglesias? ¿Acaso son to
A fe que no: bien saben lo que se hace

á quien vide con mis propios ojos. Pero sea lo que fuere, tengo en mi casa una cabeza de S. Cristobal hermosota y grande, ya se ve como de gigante cananeo, y soy muy devota, y le enciendo una velota de á medio: pues, el dia que lo tengo, que no están los tiempos para fiestas.

Se reian todos de buena gana de estas sandeces, menos el coronel que se compadecia de ellas; y así, cuando tuvo lugar dijo: Se echa de ver, señora, que sus padres de vd. fueron cristianos y que le dieron una piadosa educacion; pero por desgracia esta se ha deslucido con la multitud de extravagancias y preocupaciones que adquirió desde sus primeros años, y de las que será harto dificil se desprenda.

El afecto que vd. le tiene á S. Cristobal sin duda es loable, pues su intercesion, como la de los demás santos, es poderosa para alcanzarle del Señor las gracias que la convengan; pero no es loable la credulidad de vd. acerca de su desmesurado tamaño. Antiguamente se divulgó entre sus devotos que cualquiera que viese su imágen no moriria en aquel dia de muerte mala, sobre lo que se compuso este verso:

Cristophori sancti specimen quicumque tuetur,
Ita namque die non morte mala morietur.

En castellano puede traducirse así.

De muerte repentina ó azarosa
No morirá cualquiera que mirare
La imágen de Cristobal prodigiosa.

En fuerza de esta creencia supersticiosa todos deseaban ver la efigie del santo, y como dice el señor Muratori: „El que „deseaba frecuente concurso á su Iglesia, pintaba en la fa„chada á este santo en estatura de gigante como lo fingen „las fábulas de su vida." Ya ve vd. señora y que orígen tan

erróneo trae ese pedazo de cuento que vd. crée. Semejante á esto son los que autoriza la credulidad del vulgo.

¿Qué cuentas tengo yo con eso? decia la beata: dejemos que sea cierto lo que vd. dice, que eso, ¡quien sabe! pero yo aténgome á lo que me enseñaron mis abuelos y ¡santas pascuas!

Cada vez que hablaba la tia Doña María, reian mas todos aquellos señores, viendo el empeño que el coronel tenia en desimpresionarla de sus errores, y la tenacidad con que ella se resistia, correspondiendo las instrucciones con sandeces.

Enfadado de estas mi tutor, varió conversaciones: sacaron chocolate, dulce y agua, y concluido el refresco, se despidió la beata, diciendo que ya era la oracion, y que una muger en la calle, sola y de noche estaba muy expuesta.

No pudieron contener la carcajada de risa los concurrentes oyendo que la triste vieja pensaba que aun tenia riesgos que temer en la calle. Doña Eufrosina y su hermana la detuvieron sin mucha dificultad: ella se retiró á una recámara á rezar sus devociones: las visitas parlaron un poco mas sobre di-

no era boba y habia leido mucho, aunque sin órden ni eleccion; pero le sobraba labia para aturdir á los menos avisados; y así me nombró por su defensor *in pectore*, y cuando se fueron las dos solas, me hizo seña que la siguiera. Yo cumplí su gusto con prontitud, porque tenia complacencia en oir las producciones de Pomposa.

Luego que estuvimos solos, dijo Pudenciana á su prima: Conque, niña, cuéntame: ¿cómo te ha ido de espanto? Fatalmente, hermana: ¿cómo quieres que me vaya? ¿Te parece cosa de juguete ver al diablo?—Ya se ve que no; ¿pero qué, tú lo viste?—Toma si lo ví, y todo entero. ¡Ay, qué feo será!—Endemoniado, niña. Míralo tú con su cabeza de cochino, sus cuernos de toro, sus zancas de chivo y su rabo de mono. —Muy despacio lo estuviste mirando segun la descripcion que me haces.—Apenas lo ví en un abrir y cerrar de ojos; porque luego, luego me envolví la cabeza, y empecé á gritar á papá con todas mis fuerzas; pero en aquel instante se me quedó en la imaginacion su abominable figura del modo que te la he pintado.—¡Ya se ve, prima, que como tú eres viva, fué fácil que se te quedara en la imaginacion! y mas que, segun nos contó tia María, lo viste otra noche.—¡Ay, niña, ojalá y no lo hubiera visto! y luego para rematar la cosa, ya te contarian lo de los golpes que oí en mi cabecera, que no sé como no me he vuelto loca del susto. Y con razon, niña, decia Pudenciana; pero mira, esos golpes tal vez los darian en la vecindad de atrás.—¡Qué vecindad ni qué nada! si la pared de esa recámara cae al patio del meson, donde no hay gente ni puede haberla, y mucho menos á tal hora.—Pues siendo así, prima, ¿á qué podremos atribuir esos espantos?—¡Ay, hermana de mi alma! ¿á qué los hemos de atribuir sino á avisos y particulares inspiraciones del cielo? Así lo juzgó mamá, y yo tambien.

Puede ser así, decia Pudenciana, y eso creo que se conoce mejor por los efectos, segun dice mi padre.—Pues si en eso se

cia: porque suelen algunas conversiones
lo llamaradas de petate, que tan pronto s
apagan.—Así serán; pero la mia no es de
Cada dia me siento mas robusta para se
virtud. ¿Mas quién no lo ha de seguir, s
ta triste vida no es otra cosa sino una ca
que nos rodea por todas partes? ¿Qué s
mundo sino aparentes bugías que nos desl
las eternas verdades? Las mayores sati
yo podemos apetecer en nuestra edad, ¿qué
cantos tan lisonjeros como vanos? Es verd
cias son brillantes, pero su resplandor es de
ta de sólido valor; y si no, advierte, Pude
dones de la naturaleza y la fortuna, reunid
sona, serán capaces de proporcionarle aque
á que aspira su corazon, si este no se halla
la gracia.

Todo lo tuvo Salomon: juventud, hermos
zas, talento, poder y una multitud de bellez
ban. ¿Quien debia juzgarse mas feliz entre
dos lo tenia

cuáles sus deleites, cuáles sus esperanzas y cuál el premio que se prepara á sus secuaces?

Yo, prima mia, estoy convencida de estas verdades, y no quiero hacerme ya sorda á los divinos llamamientos. Los de estas noches han sido muy eficaces y sobrenaturales para ser desatendidos: y así á lo que aspiro es á resarcir de alguna manera tanto tiempo como he perdido disipada con las bagatelas del mundo: y como al paso que temo el infierno, y quiero entablar una vida cristiana, conozco cuan dificil puede ser esto en mi edad y en medio de las concurrencias del siglo, estoy pensando separarme de él enteramente.

¿Y de qué modo has pensado esa separacion? decia Pudenciana. En eso está mi duda, eso es en lo que yo vacilo, contestó Pomposa. Dos caminos se me ofrecen para retirarme del mundo, y en los dos hallo mil dificultades que vencer. El Monasterio y el Yermo son seguramente dos asilos contra los peligros de una sociedad corrompida como la nuestra; pero se necesita mucha madurez en la eleccion.

Los conventos son sin duda unos planteles de virtud; pero en estos hay muchas personas enclaustradas, no todas con vocacion, no todas por su gusto, no todas perfectas, y todas humanas, miserables y con pasiones que á cada instante se rebelan. De esto se sigue que son como indispensables algunos chismes, rivalidades, envidias, disgustos y otros defectos que si no impiden el llegar á la perfeccion alguna vez, detienen ciertamente á quien desea llegar pronto á semejante estado. Es muy dificil esclavituar la voluntad al gusto de los superiores, y mas dificil conformar el propio genio con el ageno, hacerse á todos los pareceres sin hipocresía, condescender con diversas opiniones, sin delinquir contra la ley, y luchar contra nuestros naturales sentimientos.

Cuando no haya otra cosa en los claustros, yo sé bien que no faltan estos crisoles en que afirmar una virtud perfecta, pues

donde hay muchas monjas, niñas y mozas ó criadas de servicio, hay sociedad, y donde hay sociedad hay peligro. En conclusion: en los conventos hay su mundo, y en el mundo, cualquiera que sea, hay mil riesgos, que son los que pretendo yo evitar.

Por tanto: estoy por decidirme por el Yermo, y me parece que mi vocacion es de Ermitaña.

Pero qué ¿tendrás valor para ser ermitaña? decia Pudenciana.—¿Y por qué no? contestaba Pomposa. Es cierto que á los principios me espantará la soledad del campo, el triste ruido de los árboles, especialmente por la noche: me será desagradable hasta lo sumo la dureza de las peñas, lo insípido de las yerbas, lo obscuro de los valles, el rugido de los leones y la ninguna compañía de los mortales; sin contar con lo extraño que le será á este ruin cuerpo carecer de todas las comodidades que ha disfrutado, como son del gusto de su paladar, el abrigo y lujo de las carnes, la molicie de su cama, y la carencia de todos sus acostumbrados pasatiempos.

¡Cuál debe ser, prima mia, el sentimiento que experimenta-

na; pero esa princesa fué una heroina, y no todos tienen una misma firmeza, ni una misma vocacion ni auxilios. Mi papá dice que todos estamos muy expuestos á equivocarnos con nuestras opiniones, y que en las mugeres los fervorosos y repentinos impulsos de devocion no suelen ser sino viarazas, y efectos de una oculta soberbia refinada, con la que se creen capaces de hacer lo mas grande y mejor que han hecho los santos inspirados particularmente por Dios; pero que en la realidad muchas acciones de sus siervos son mas para admiradas que para seguidas, y yo creo que la resolucion de Santa Rosalía en salirse de su casa, es una de ellas, y tú no debes imitarla sin una inspiracion particular, y con permiso de tu confesor. ¿Ya se lo has consultado?—Yo no, ¿para qué? si tengo ó no esas inspiraciones, yo lo sé. El confesor tal vez las dudará, y me impedirá poner en ejecucion mis designios, ó porque no los crea justificados, ó porque no tenga el mismo fervor con que yo me siento animada; y así, si me resolviere, yo sabré lo que he de hacer cuando sea tiempo. Pero dime, ¿cuántos caballos tiene mi tio en su casa? Dos, y el macho del mozo, respondió Pudenciana; mas ¿por qué haces esa pregunta?—Ya lo sabrás; y entre tanto que Dios dispone lo que ha de ser de mí, te encargo mucho y á vd. tambien (me decia á mí) que reserven esto con el secreto conveniente; y tú, hermana, no tengas cuidado de tu prima, que ni será la primera muger que habite en las soledades, ni que se familiarice en ellas con los ángeles.—¡Ay! pues qué, Pomposita, ¿tú tienes esperanzas de familiarizarte con los ángeles?—¿Y por qué no? si mi virtud se perfecciona, ¿qué embarazo tendrán los espíritus celestiales para bajar á consolarme y confortarme en las asperezas de mi retiro? ¡O! con que alegría no escucharé, tendida sobre la verde yerba, los himnos y motetes que me cantarán los encendidos serafines, y con cuanto regocijo y humildad....

cia no haber visto nada, con todo est
negar lo que afirmaban su muger y su

Así que se desahogaron á su gusto y
que tenian en la cabeza, el coronel con
Ya ven ustedes todo eso, pues no hay
pasar de alguna causa natural, que no s
ó acaso serán efectos de la acalorada f
Tio, vd. me dispense, dijo Pomposa; pe
ví al diablo con estos mismos ojos con
tán aquí.—Yo no lo dudo, hija; mas tú
gañan los sentidos. Con esos mismo
azules, una vara derecha, torcida en el
ño de una tortera ó comal grande, y las
pequeños diamantes; y sin embargo de q
objetos, ninguno es como lo ves, sino enter
que nada seguro es el testimonio de tus
tienes que alegar para que yo te crea.

Hija mia, y vd. hermana: no se eng
espíritu espantadizo y asombradizo. N
fingen los objetos distintos de lo que son
y nuestra fantasía nos alucina sin senti

bacion canónica. Las revelaciones de la madre Agreda son unas de ellas.

Nuestra alma, encarcelada en la materia, padece como el cuerpo sus dolencias, y tal vez son sus enfermedades inconcebibles é incurables como las de este. ¿Quién creerá que un general valiente, que no temia un gran número de enemigos patrocinados de la formidable artillería, temblase á la presencia de un raton? ¿Quién se persuadirá á que el célebre Taso hombre instruido, ingenioso y uno de los talentos que honraron la Italia, creyese que se le aparecia un espíritu sabio que lo ilustraba? ¿A quién le cabrá en el juicio que el gran Pascal se persuadiese muchas ocasiones de que á su lado estaba un precipicio, y con tal vehemencia que aseguraba la silla y hacia poner tablones y otras cosas para no caer? Volvia en sí cuando sus amigos curaban con sus reflexiones su delirio; pero dejándolo, á poco volvia con el mismo. Nadie creeria estas extravagancias de tales sabios si no las refirieran autores tan calificados de veraces entre los literatos, como son Blanchard y Muratori. Pues si unos hombres ilustrados, eruditos, estudiosos se dejaron preocupar de su imaginacion tan fuertemente, que llegaron á ridiculizarse algunas veces, ¿que mucho será que ustedes se engañen, ó las engañe su misma fantasía?

Estos señores se engañarian, decia Eufrosina; pero mi hija no se engañó: en la segunda noche me parece que le ví los cuernos al enemigo.—No se preocupe vd. hermana, contestaba mi tutor, ni vd. ni ella le han visto cuernos, ni cola, ni nada. Todo eso es histérico, hipocondría ó delirios, y no otra cosa.

D. Dionisio siempre hacia el papel de miron en estas escenas: no hablaba una palabra, fuérase por su poca instruccion, ó por su mucha prudencia para no contradecir á su muger; pero esta vez no pudo disimular: habló y dijo:—Ello es, hermano, que algo podrá ser de lo que vd. dice; pero esta ocasion

... Esta se espantó, gritó y conmovió el
zo de su madre, la que predispuesta á cre
muertos nos visitan cuando se les antoja
dad de Pomposita, ni se detuvo á examina
panto, sino que llena del mismo susto, sol
y tal vez en su fantasía se pintó algo de l

No me hace fuerza que haya tanta cred
tos espantajos. Las malditas viejas con
ñas acobardan á los niños, llenan sus cab
nestas y sombrías, y los acostumbran, au
divertirlos, á creer todo lo maravilloso á
mano, esto es, contándoles cuentos y ejen
mucho es que estos niños cuando grandes
firmeza todas las boberías que aprendió su
nos? Mucho cuidado tuve en apartar de P
jas cuentistas y dañosas. ¡Qué sé yo si n

No hay peor desgracia que llegar á vieja
dijo tia María muy enojada, ¡mire vd. que
viejas....! Yo no lo digo por vd. señora.
ria vd. porque yo aunque soy vieja, ni so
tonta. Sé muy bien donde me aprieta e
cuento alguna cosa de espantos, ó los he le
ó me los han contado personas muy justas

dió riéndose el coronel: soy cristiano, pero no muy bobo para creer cualquiera cosa. Estoy reñido con mil preocupaciones que corren bien recibidas en el vulgo, y los espantos son unas de ellas.—¿Pues qué no hay espantos, en resumidas cuentas?—Sí los hay, y muchos. El espanto no es sino una perturbacion del ánimo que induce al temor mas ó menos violento, y no hay ni un solo hombre que no se espante alguna vez, por valiente y despreocupado que sea. La diferencia es que el hombre de esta clase refrena su temor y hace lugar á la reflexion sobre la causa que lo espanta en el mismo acto del susto; de lo que se sigue el desengaño, su serenidad, y la mayor dificultad que tiene para espantarse otra ocasion con el mismo objeto, y en iguales circunstancias.

No así el preocupado cobarde: este se espanta cada rato, porque sin examinar la cosa que lo asusta, suelta la rienda á la pasion del temor, y entonces ó huye despavorido, ó se rinde á un desmayo, ó tal vez á la muerte, si su corazon es muy chico, y la apariencia del espanto muy grande.

En todos estos casos se le cierra la puerta al desengaño, el espantado queda tenazmente persuadido á que fué realidad lo que vió, y de aquí resulta que se vuelve incurable y mas espantadizo cada dia. Vean ustedes lo importante que es á los principios hacernos fuerza para examinar la causa que nos espanta.

Ese es el cuento, decia la beata, que nos pudiéramos detener en el instante que nos asustamos. ¿Quien habia de tener esa paciencia? Entonces era señal de que uno no se asustaba.—Pues, señora, el que se enseña á tener esa paciencia, aprende á no asustarse, porque llega á saber por experiencia propia que casi todos los espantos son efectos de nuestra imaginacion dirigida por la ignorancia—¡Ah! ¿conque solo los tontos se espantan?—A lo menos, son los mas expuestos á espantarse, y las mas veces con frioleras.

En dos palabras, hermano, decia Doña Eufrosina: vd. lo

que quiere es hacernos creer que apenas hay milagros, y que los muertos y el demonio jamás se aparecen á los hombres. ¿No es esto?—No tanto, hermana, pero muy cerca está vd. de adivinarme. Dios es poderoso para hacer muchos milagros: los ha hecho, hace y hará hasta el fin del mundo; pero no sin necesidad, á nuestro antojo, ni siempre que los apetecemos. El demonio y los cuerpos de los difuntos se han representado á la vista de hombres; pero muy raras veces: y fuera de las que nos aseguran las sagradas Letras, que son bien pocas, y de las que la Iglesia califica por ciertas, que no son muchas, las demás las tengo por patrañas y cuentos de viejas.....

Y ¡dale, con las viejas! señor coronel, decia la beata, ¿qué les habrá vd. visto á las viejas? Pues lo cierto es que vd. ya no es muchacho, y tan burros hay entre las viejas como entre los viejos.—Esto está en opiniones, mi señora; mas esto no es del caso. Yo voy á ver si consigo convencer á ustedes en favor de mi opinion, para que no sean tan espantadizas. Diga vd. *el que crée fácilmente la multitud de espantos que se cuentan y se leen, no puede menos que ser un sacrílego, porque se forma un concepto muy injurioso á la Deidad Suprema: ó cuan-*

Pues ahora se halla vd. en el estrecho de confesar que el que crée esa multitud de espantos de demonios, y apariciones de muertos que se cuentan entre el vulgo, ó es un necio que da entrada libre en su cabeza á estas farándulas, sin hacer el uso mas mínimo de su razon, ó es un impío que juzga á Dios capaz de cometer con sus criaturas la crueldad que no cometeria un mortal miserable con sus hijos. ¿Qué dice vd?—Cierto que no sé que responder; pero yo nunca he pensado de Dios de esa manera, ni he tenido lugar, cuando me han espantado, para hacer esas reflexiones.—Así lo creo, y en no hacerlas consiste la facilidad de espantarse y creer prodigios sobrenaturales á cada paso, á pesar de las verdades que sabemos de rutina. Vd. sabe que Dios la ama infinitamente; pero cuando se asusta, no se acuerda para nada de este amor, ni hace justicia á su inmensa bondad y misericordia.

Sabe vd. tambien que el Ser Supremo no hace milagros sin necesidad; pero ignora que para que el demonio ó un muerto se aparezcan, es necesario que haga Dios dos milagros cuando menos: uno el de formar la apariencia de cuerpo sin materia, y el otro que resista este objeto terrible un espíritu tímido como el nuestro sin desamparar el cuerpo. Con esta ignorancia no es mucho que vd se presente á creer con la mayor facilidad todo lo que le cuenten acerca de esto, ni que acostumbrada á semejante modo de juzgar, se asuste y se sorprenda con cualquier ruido, con cualquiera sombra extraña.—

Pero, hermano, yo mil veces he leido y oido decir que los difuntos se han aparecido, especialmente á las almas buenas, para pedirles que hagan sufragios por ellos, y ya vd. ve que estas apariciones han sido con necesidad, y se deben tener por verdaderas.—

Ya dije, hermana, de todos esos casos yo creeré los que la santa Iglesia haya aprobado por seguros, que son muy raros; los demas téngolos por ilusiones de gentes melancólicas, pues

espantado, y casi siempre sin mas fr
en el ánimo? Pues todas estas ridi
prueban otra cosa sino que todos los
cobardía é ignorancia de las gentes

¿Acaso el Señor de los ejércitos
miserables mortales para no present
con que los asusta, cuando se hallan a
dirá algun miramiento la presencia
rán bastantes para detener sus design
por el dia? Fuera un absurdo el pens
mitado á todo un Dios. Pues semeja
suficiente para calmar el terror en los
bles.

En efecto, si Dios quisiera que viés
muerto, como dicen, fuérase para nu
nuestro castigo, ó para alguno de sus i
¿no lo veriamos en la mitad del dia,
rodeados de un ejército? Seguramente:
drá á la voluntad del Todopoderoso?

Muy acompañado estaba el sacrílego
do en un suntuoso banquete en los vas
dre Nabucodonosor habia robado del t

Qué horror! ¿Y qué hizo el rey al ver la formidable mano? Qué habia de hacer, se asustó de manera que se le inmutó emblante: las rodillas le temblaban y se tocaban una con otra. Su pavor se aumentó cuando el jóven Daniel le cifró las tales palabras, diciéndole que en pena de sus idolías y sacrilegios, moriria, y su reino seria entregado á sus migos. Todo se cumplió segun la exposicion del Profeta: tazar murió esa misma noche, y los persas y medos se apoonaron de su reino.

Ya ven ustedes que caso tan terrible? pues Dios, para cum su voluntad entonces, no tuvo que esperar que estuviera ey solo, ni en un lugar obscuro ni sombrío, ni que diera lox las doce de la noche. Al instante que quiso, se cum su decreto soberano como se cumplirá eternamente. Con debemos hacernos cargo de todas estas razones para no an fáciles de creer la multitud de espantos que nos cuen y cuando ustedes gusten vamos á recogernos, porque ya muchachas están durmiéndose.

e levantaron todos de la mesa, y el coronel con su familia etiró á la recámara donde habian asustado á Pomposa; pentes previno que todas las cosas se pusieran en su lugar y o siempre se habian puesto: que él habia ido con deseos tivos de ver al diablo, y que estuviesen todos dispuestos levantarse cuando los llamara, porque no excusaria esta gencia si el pobre diablo tenia la bondad de visitarlo aque noche, y satisfacer su curiosidad como deseaba. Con es fueron las dos familias á sus respectivas recámaras.

. Dionisio se estuvo despierto platicando acerca de la inscion de su concuño, con su muger y con la beata, que de. Aquí donde ustedes me ven estoy muerta de miedo, por el coronel no dejará de hacer una de las suyas. Yo no tengo todas conmigo, y si este hombre no es herege, ó bru ó cosa que lo valga, no hay ley en puercos rosillos. Sí,

dido á tu cuñado que todos esos espar
jas, ahora léjos de darles crédito, l
falsedad á su muger y á su hija.

Pudenciana amenizó la conversac
riéndoles por menor la fervorosa conv
decidida que estaba á ser ermitaña, l
visitarian los ángeles.

Se reian los señores alegremente c
como á la hora de haberse acostado, (
posa: ¿Ves, hija, la sombra que se aca
red? pues sin duda esa fué á la que
Pomposita.

Doña Matilde y su hija se inc orpo
ron en efecto la dicha sombra no s
hacia una figura bien estraña y se mo
do. ¿Y qué será, papá? preguntó Pud
hemos de examinar. Estense haí qui
Vamos, ya está analizada la causa de
tante natural, lo mismo que yo la e
Voy á llamar á esos buenos señores pa

Sin perder tiempo se dirigió mi tut
Dionisio, y oyéndolo hablar con su m

Ya ves patente el engaño de tus ojos y el que

posa estuvo á pique de desmayarse, y la tia María se persig. naba sin cesar, pero por fin se levantaron todos á las repetidas instancias del coronel, quien iba por delante, y los demás lo seguian con pasos detenidos.

Llegaron á la recámara donde esperaban muy tranquilas Matilde y su hija. ¿Es este el diablo que viste, Pomposita? preguntó D. Rodrigo. Sí, dijo esta, toda temblando.—Pues no te asustes, salgamos á esta sala, y verás al enemigo malo, no en sombra, sino en su mismo cuerpo.

Se resistia Pomposa, y la beata la detenia estirándola del tánico para que no saliera: hasta que tomándola su tio de la mano, la sacó rodeada de todos los suyos, y poniéndola frente á un trípode, donde se ponia la agua manil, y sobre el cual estaba echado un gato descomunal, le dijo: He aquí cobarde sobrina, el ridículo espectro que te ha espantado. Míralo, desengañate, límpiate bien los ojos. Si quitas la veladora de este lugar, y la pones aquí, ya no verás esta figura sino otra diferente....A la prueba....¿Ves ahora lo que ántes?—No, tio. ya varió la sombra enteramente de figura.—Pongamos la luz donde estaba, y quitemos al gato....¿Ves ahora solo la sombra del trípode, banco ó como llamas este mueble?—Es verdad.—Pues *ya ves patente el engaño de tus ojos* y *el equívoco de tu imaginacion acalorada.*

No teniendo que replicar con una demostracion tan evidente, callaron todos, menos Eufrosina, que deseosa de sostener su opinion, dijo: Es verdad que la sombra del aguamanil hacia en la pared una figura endemoniada; pero qué diremos de los golpes que se oyen en la recamarita?.... Vamos allá, los oiremos, y examinaremos la causa.

Fuimos en efecto, y no tardamos en oirlos. A nadie quedó la menor duda de ellos. El coronel por una ventana inmediata se asómo á registrar la pared por defuera; pero como estaba la noche muy osbcura, no sacó por entonces otra cosa si-

no confusiones, pues ciertamente la pared estaba muy alta, y nadie podia tocarla por aquel lugar.

Cuando Eufrosina, D. Dionisio y Pomposa advirtieron la perplejidad de D. Rodrigo, cantaron su triunfo con el mayor orgullo. Hermano: contra la experiencia no vale nada la filosofia mas cavilosa, decia D. Dionisio: ¡vaya! á ver a qué causa natural podemos atribuir estos toques? Si es gana, continuaba la tia María: ¡sobre que negar los espantos, es negar que hay estrellas en el cielo! Nada tienes que esperar para desengañarte, Eufrosina.—Ya se ve que no. ¡Aquí espantan, y mucho que espantan. Me mudara yo mañana, en cuanto Dios amanezca, aunque sea al Hospicio de pobres, si no hallo casa. Tú, Dionisio, si no quieres, quédate aquí con tus criadas, que yo me iré con mi hija y con mi tia.—Si, mamá: hará vd. muy bien, porque ya acá se han anidado los espectros, duendes, fantasmas y vámpiros. Dios nos avisa, y es menester no hacernos sordos á sus voces.

Vamos, señores, dijo el coronel: todas esas son palabras al aire que nada valen. Yo insisto en que estos golpes no pro-

era un armazon vieja de palo, que en algun tiempo fué farol, y por su inutilidad se quedó abandonada, y pendiente de un pié de gallo en la pared que habia tenido corredor alguna vez y correspondia á la recamarita de Doña Eufrosina.

Este horrible vámpiro, cuando lo movia el mas ligero viento golpeaba sobre la pared y azoraba á cuantos tenian la desgracia de escucharlo, habiendo sido la primera, nuestra ilustrada Pomposita con la ocasion que se dijo de haber puesto su cama en aquella pieza, por huir del diabligato ingerto en aguamanil.

Luego que D. Dionisio y su familia se levantaron, los llevó el coronel á la ventana, les mostró el duende fatal, suplió las veces del aire, sacudiéndolo con una caña larga y haciendo que oyeran los golpes que habian escuchado por la noche: y últimamente, lo arrancó del palo, cayó al suelo, y les aseguró á las señoras que vencido aquel fiero vestiglo y su maldito compañero el gatidiablo, ya no volverian á espantarlas en aquella casa: y así que se dejasen de pensar en mudadas, en las que siempre se pierde algo, se rompen los muebles y se incomodan los dueños.

Despues de algunas objeciones triviales que hizo Doña Eufrosina, y á cuyas soluciones dadas por el coronel no pudo responder, saltó el bueno de D. Dionisio con una dificultad que no se debia esperar de su talento. Bien está, hermano, dijo, que no haya duendes, ni se aparezcan los muertos ni los diablos; pero vd. no me negará que hay fantasmas, que eran los *Lemures* de los antiguos. Estos avechuchos nocturnos existen sin duda entre nosotros, y la misma santa Iglesia pide á Dios que nos libre de ellos.—¿Dónde, D. Dionisio, dónde ha leido vd. esas peticiones?—¿Cómo dónde? En un himno que comienza: *Te lucis ante terminum*, dice despues: *procul recedant somnia, et noctium phantasmata*. Apártense léjos de no-

sotros los malos sueños, y las fantasmas de la noche. De esto se sigue muy bien que hay tales fantasmas.

El coronel desengañó á D. Dionisio advirtiéndole que las fantasmas de que hablaba el himno, eran de las que se forman en nuestra mente, y que podian ser pecaminosas; que estas pueden muy bien representarse entre sueños, y excitar tal vez, aun habiendo despertado, malos pensamientos: como si á Pedro durmiendo se le representa la imágen de su enemigo, (que es una verdadera fantasma) sueña que riñe con él y lo vence, y despues de despierto se complace en esta soñada venganza. Este caso y muchos semejantes, explican cuales son las fantasmas ó figuras pintadas vivamente en la imaginacion del que duerme, que pueden ser causa de que las pasiones se exalten y que despierto peque. Por esta razon pide la Iglesia á Dios que nos libre de estas representaciones peligrosas, que por cuanto se forman en nuestra fantasía, se llaman fantasmas.

Con esto se concluyó la cuestion de los espantos, y nos despedimos, dejando un poco tranquilizadas á las señoras, y un tanto convencidas de que el miedo y la ignorancia son los que asustan á los vulgares cada rato, y no el diablo ni los no-

No habia fiesta de iglesia donde no concurrieran madre é hija, y se estaban en el templo hasta que se concluia la funcion y levantaban el petatito, como suelen decir. Por las tardes, luego que reposaban la comida, se vestian y marchaban para la Iglesia donde estaba el circular, y no volvian hasta que depositaban, de suerte que no paraban en casa, la cual ya se deja entender cómo andaria, abandonada del todo al cuidado ó descuido de los criados; ello es que D. Dionisio no dejó de resentir el mal trato que recibia á causa de la vagamundería espiritual de su familia; pero no se atrevia á reconvenir, porque Eufrosina lo dominaba, y el no sabia atacarse los calzones.

Si el dia se ocupaba tan santamente, la noche no se pasaba menos. Luego que eran las oraciones se encerraba Eufrosina con su hija y la tia María, que desde la noche de la disputa con el coronel se hizo piedra en la casa, y se ponian á rezar el rosario y una cáfila de novenas, cuya tarea duraba hasta despues de las diez, y no podia durar menos, porque á mas de cuatro ó cinco novenas que se solian rezar á un mismo tiempo, habia otras devociones fijas que por ningun caso se omitian.

Todos los dias de la semana tenian sus rezos particulares. El lúnes se debia rezar á S. Cayetano y á las ánimas benditas; mártes, á Señora Santa Ana, y á S. Antonio de Padua; miércoles, á la Preciosa sangre, &c. &c.

Fuera de esto, habia sus libritos que se rezaban por fechas, sin perjuicio de los diarios. Por ejemplo: dia primero, se rezaba á la Divina Providencia: dia siete, á S. Cayetano: dia ocho. á la Purísima: dia doce, á la Santísima Vírgen de Guadalupe: dia diez y seis, á S. Juan Nepomuceno: dia diez y nueve, á Sr. S. José: dia veinte y uno, á S. Luis Gonzaga: dia veinte y seis, á Señora Santa Ana; y ¡qué sé yo qué mas!

No era lo malo que se rezara tanto, lo fatal era el modo con que se rezaba, y las inconsecuencias que se originaban

por esta imprudente y mal entendida devocion; porque el modo era rezar con mil interrupciones, lo que manifestaba la ninguna atencion con que lo hacian. Doña Eufrosina llevaba siempre el coro, y era la que mas interrumpia, pues durante un *Padre nuestro* preguntaba tres ó cuatro cosas, y determinaba otras tantas; porque por ejemplo, decia: *Padre nuestro, que estás en los cielos....* Niña, ¿ya habrá venido tu padre? —Quién sabe mamá. *Santificado sea el tu nombre....* Es que si ha venido, que le den chocolate.... *Venga á nos el tu reino....* y avísale que sobre la cómoda está una carta que trajeron de casa de D. Jacobo. *Hágase tu voluntad....* Espanta al gato, no vaya á quebrar un vaso: *así en la tierra como en el cielo.* ¿No era la devocion de Eufrosina extremadamente fervorosa?

Como habia dado órden de que nadie la visitara mientras rezaba, tenia D. Dionisio que cumplimentar á sus amigas, que á los principios, ignorantes de la nueva extravagancia de Eufrosina, continuaban de cuando en cuando sus visitas, hasta que mirando que se negaba, se retiraron poco á poco, tratándola de grosera é incivil.

lo posible para ver si podian reducirlas á estarse en casa mas y rezar menos.

Llegaron por fin las señoritas, y despues de las salutaciones corrientes, se desnudaron el trage de la calle y se pusieron á platicar con sus visitas. ¿Conque de dónde bueno, madamas? preguntó el coronel.—De la Merced, hermano, contestó Eufrosina. Estaba la Iglesia hecha una gloria, como que hoy es el dia de nuestra Santa Madre. Nosotros fuimos á comulgar, oímos ocho misas en un instante, venimos á desayunarnos, y nos volvimos á la funcion, que ha estado muy famosa, especialmente el sermon que predicó el P. presentado N.: ¡ya se vé, como que es divino el frailecito!—Todo habrá estado segun vd. lo dice: lo que no puedo entender es cómo oyeron ocho misas en un instante, pues por ligeras que se digan se necesita para oirlas algo mas de tres horas.—Pues nosotras las oimos en una, porque las oimos todas á un tiempo. —Es decir, hermana, que no oyeron ninguna, y que si hubiera sido hoy dia de precepto, no cumplen con él probablemente, y se quedan sin misa.—¿Y por qué?—Porque para oir misa como se debe, es necesaria la atencion exterior é interior, esto es, la del espíritu y la del cuerpo. A la primera faltan no solo los que van al templo á divertirse con los que entran ó salen, á pintar á esta, á dibujar á la otra, á jugar con el abanico ó el palito, ni á distraerse en conversaciones muy agenas de aquel santo lugar, sino cuantos no están con la modestia debida, particularmente al tiempo del tremendo sacrificio; y ya vd. verá que estando volviendo la cara á este y al otro lugar, y haciendo visages con ocasion de querer oir á un tiempo muchas misas, no solo se falta á esta atencion exterior, mas tambien es causa de que falten á ella los que se divierten con estas gentes visageras.

Asimismo faltan á la atencion interior, pues queriendo meditar en tantas cosas cuantas significan las diversas acciones que muchos sacerdotes hacen sobre el altar, no meditan en

„la ostia, la otra en la sumpcion,
„¿quién tiene cabeza para pensar
„atencion y devocion en tantas y tan

„Aun esto se verá mas claro, si
„antigua de la Iglesia, segun la cual
„un mismo templo se celebrasen á
„En los seis primeros siglos de la cri
„lante sola una misa se podia celeb
„iglesia, ó mas bien en cada pueblo,
„él varios templos fuera de la catedra
„es el rito observado por los grieg
„presbíteros, juntamente con el obisp
„segun la norma de la reduccion h
„Eraclio, celebraban juntos un solo
„mayor de Constantinopla. Esto
„meros siglos de la Iglesia, y despu
„ñor le envió por medio de Constan
„tiempo muchas misas en un mismo
„caso de solemnidad ó de gran concur
„misas, se celebraban una despues de
„segunda carta de S. Leon á Di

„gregaba. Sabian que las colectas de los fieles se celebran „para unir las oraciones de todos, para formar de los gemidos „de muchos un solo gemido, de muchas voces una sola voz; „de muchas adoraciones, una adoracion sola, que con suave y „poderosa eficacia incline el pecho benigno de Dios á que nos „haga mercedes.

„Conforme á esta costumbre habia en la Iglesia otra no me„nos antigua, de no consentir en cada templo sino un solo al„tar, la cual observaron los latinos hasta el siglo VII. y aun „hoy dia conservan los abissinos, moscovitas y orientales."

Se cansa vd. en vano, señor coronel, dijo el licenciado, porque estas señoras rezanderas son las mas tontas y las que menos entienden su religion. Reniego yo de todas estas beatas exteriores.—Reniego yo de vd. demonio de hablador, contestó prontamente Doña Eufrosina: ¿siempre ha de ser vd. en contra de nosotras? Para vd. no halla medio una muger. Si es alegre, si baila ó se pasea, dice que es libertina, loca y disipada: si por el contraio, es devota y recogida, luego la califica, de beata, tonta y devota exterior. ¿Conque qué haremos las mugeres para agradar á este malvado Nariguetas, y libertarnos de su lengua venenosa?—Fácil es la rsspuesta, decia el licenciado: lo que hay que hacer es, ser alegres sin coqueteria, francas sin locura, virtuosas sin hipocresía y devotas sin supersticion; pero como yo no he conocido ni una muger que tenga tantas recomendables circunstancias, sino todas ellas malas por un camino, peores por otro. y detestables por todos, cargaria mi conciencia si hablara bien de las mugeres.... ¿Qué es hablar? si pensara siquiera que habia ni una sola buena: sí, ni una sola entre cuantas el sol calienta; antes tengo entendido, y en esta fe y creencia protesto vivir y morir, que vosotros sois la canalla peor de todo el mundo, y sois lo mismo hoy que seis mil años hace. Es decir que siempre habeis sido malas, malísimas y peores de lo que parecísteis á Ovidio, á Séneca, á Catulio, á Horacio, á Virgilio, á Tíbulo

á Propercio, y á cuantos autores antiguos y modernos han mal empleado el tiempo y sus plumas en hacer vuestros parecidícimos retratos....

¡Ya escampa, hermano! dijo Eufrosina: ¿qué le parece á vd. y cómo honra este deslenguado á las mugeres? Muy agraviado lo tienen sin duda. ¡Ya se vé! ¿quién ha de apetecer á vd. demonio, tan viejo, tan feo y tan hablador? Bien que vd. sabe cuando y con qué mugeres se explica de ese modo. Solo acá y con nosotras: á fe que con Pachita la huera, con la marquesita de.... con la hija del contador y con otras asi, todo se vuelve vd. mieles y zalamerias.... adulador, embustero.

Es verdad que á esas señoras las trato con lo que llaman politica, respondia el licenciado; pero eso es porque las quiero menos que á vd.—¿Conque á quien quiere vd. mas, le dice mas claridades? Sí, á quien estimo de veras siempre trato de hablarle la verdad, y si puedo, procuro sacarla de sus errores.—¿Pues en que errores me ve metida? Yo no me tengo por ilustrada ni por sabia; pero tampoco soy muy ignorante: sé muy bien donde me aprieta el zapato; si ya no es que vd. tiene por error el que yo y mi hija nos hayamos separado de

principios, quebrantan en uno todos los preceptos del Decálogo, se hacen unas hipócritas alucinadas, unas vagamundas de iglesias, sempiternas habladoras de virtud, odiosas á los suyos y despreciables á la misma sociedad en que viven. No es esta una pintura exagerada de nuestras beatas, es un retrato fidelísimo de ellas. Yo no veo por ahí otra cosa que viejas y aun mozas aturdidas que hacen consistir la virtud en meras exterioridades, al tiempo mismo que ignoran cual es su religion y el grado de obligacion que les imponen sus suaves preceptos.

Yo pudiera decirle á vd. mucho sobre esto; pero sé que no me ha de oir con gusto: y así, solo le digo, que cumpla exactamente los diez preceptos del Decálogo, y no hará poco: cumpla con las obligaciones de su estado: conforme su voluntad con la de Dios, y creame que será verdadera virtuosa, su devocion será legítima, y no contrahecha; y aunque no reze una novena en su vida, se salvará lo mismo que S. Pedro: mas si, por el contrario, vd. no cuida de observar los preceptos de nuestra ley divina, si se desentiende de las obligaciones que le impone su estado, si solo quiere hacer su gusto por capricho, sin sujetarse al dictámen de un prudente director espiritual, incurrirá en mil errores pecaminosos, se obstinará en ellos, se hará una completa alusinada, faltará mil veces al amor de Dios y del prójimo, y de consiguiente, si lo sorprende la muerte en este infeliz estado, se irá á los profundos infiernos, atestada de novenas, camándulas, escapularios, medallas, confesiones y comuniones.

No crea vd. que estas son mis cosas, como vd. dice; son cosas muy ciertas é infalibles. La falsa devocion, especialmente entre las mugeres, es muy comun: sois extremosas, no hay remedio: si dais en malas, el mismo Barrabas no os iguala; y si dais en parecer buenas.... en paracerlo digo, (entiéndame vd.) si dais en esto, sois supersticiosas, exteriores, monas

y ridículas hasta no mas.... ¡Fuego y qué sexo tan endiablado es el vuestro, que con dificultad se contiene en los medios, sino que casi siempre declina hácia los extremos! Ten cuidado, Dionisio: ten cuidado con tu muger ahora que aparenta santidad. Ya sabes, ¿eh? ya sabes que de estas que no comen miel, libre Dios nuestros panales. El diablo son estas santurronas, falsas devotas y verdaderas hipócritas: cuenta con ellas.

No fuera malo que vd. la tuviera con su lengua, mordaz, faceto, malcriado.... Así se explicaba Doña Eufrosina, llena de enojo contra el licenciado Narices; pero este con mucha sorna le decia: ¿Qué tal? ¿me engaño en mi juicio, señoritas? ¿Ve vd. y qué pronto se le exalta la bilis, y como se desahoga de la manera que puede contra mí? pues á fe que ese enojo, ¡maldita la prueba que hace de la virtud de vd.! El mismo dia que ha comulgado se irrita contra quien le da una leccion moral, lo mismo que si le hiciera un agravio. ¡Comuniones! ¡ah! rezos, novenas, trisagios, jubileos, visitas de cinco altares, oracion mental, &c. &c.; pero la soberbia en su lugar, el

vd. se le parecen: ¡miren que consejos tan endiablados le da á Dionisio! ¡Ya se guardará de tomarlos! Sí, ¡pobre de él, si el diablo lo tentara á impedirme mi gusto, ni tocarme un pelo! ¡Qué buenas uñas tengo para defenderme en ese caso!

Apenas dejó de reñir Doña Eufrosina, cuando tomó la palabra la tia Doña María y dijo: No hay que hacer: los tiempos están perdidos: ya no solamente faltan los buenos cristianos de marras, sino que se enfurecen contra los que quieren serlo. ¡Si digo yo, que este señor licenciado, (con perdon de ustedes,) ó es herege ó no le faltan dos deditos! Abrenuncio: ¡Dios me libre de estos sabiondos del infierno! salvo sea el lugar.... Diciendo esto, se persignaba muy seguido.

Cosquillas le hacian al licenciado con estas cosas, y mas se reia cuando para coronar la fiesta, dijo Pomposita: mamá, tia: cállense la boca; no hay que incomodarse demasiado con este buen señor (que Dios perdone, así como debemos perdonarlo) Jamas han faltado en el mundo perseguidores sangrientos de la virtud. ¡Qué baldones, qué injurias y denuestos no sufrieron por ella los Franciscos de Asis, los de Borja, los Juanes de Dios, los Estanilaos Kostkas....! pero ¡qué mas! al Maestro de la virtud, á la misma Santidad, á Jesucristo ¿no trataron de hechicero y sublevador de la república, sometida al imperio del César Romano? ¿y por estas execrables calumnias no lo hicieron morir en una cruz? ¿Pues qué hay que admirarnos de que este caballero nos insulte por esta misma causa? Lo que debemos hacer es seguir impávidas con paso firme el camino comenzado, sin escuchar los silvos de las serpientes, ni los cantos de las sirenas de este mundo. Armémonos, mamá y tia mia: armémonos de fortaleza en el Señor, y digámosle siempre con el Santo Profeta rey, que nos libre del hombre inicuo y engañoso, *Ab homine inicuo et doloso libera me*, acordándonos con el profano Horacio de que el que

quiere llegar á la *meta* ó término de la carrera, tiene que sufrir y vencer mil obstáculos.

Esto es, señores, lo que me parece conveniente decir á ustedes en descargo de mi conciencia: pues, no porque presuma enseñar á ninguno; no, ¡Dios me libre de semejante presuncion! está mi humildad muy léjos de esta arrogancia: soy harto frágil, soy polvo deleznable, soy la tierra que todos pisan; pero como humana, me lastiman las injurias hechas á mi mamá; sin embargo, yo por mi parte las perdono.

El discurso pedante é hipócrita de Pomposa hubiera seguido, si diera lugar el licenciado con su risa burlona, que fué tanta, que no pudiendo refrenarla, se levantó de la mesa, y se fué á tirar á un canapé apretándose la barriga, lo que aumentó la cólera de nuestras beatas.

Pomposita y su madre se retiraron enojadas, y la tia Doña María tambien se levantó de la mesa rezongando unas cuantas blasfemias contra el risueño licenciado, y se marchó sin decir: ahí quedan las llaves. D. Dionisio se manifestó avergonzado por el poco fruto que sacó de su preparativo: Doña Matilde y Pudenciana se afligian al contemplar el grado de

no el de que iban á confesarse y á comulgar. De manera que si yo he sido mas tunante ó ellas mas locas, sucede una averia bajo unos pretextos muy engañosos. Conque no te descuides.

El coronel apoyaba con la cabeza el consejo del licenciado y Doña Matilde, cansada de esta crítica contra su hermana, trató de que nos recogiéramos á la siesta, lo que hicimos cada uno segun su gusto.

Tres horas habrian pasado, cuando estando tomando chocolate en la sala, entró una criada diciendo—Señores: el paje dice que han matado los caballos á la niña. Fácil es concebir el efecto que causaria en todos semejante noticia. Sorprendímonos, bajamos al patio, entramos á la caballeriza, y encontramos á Pomposita privada, en brazos del lacayo con unas tijeras en una mano, y un manojo de cerdas en la otra: el cabello azorado todavia y sin un pelo en la crin ni en la cola, nos hubiera sido un objeto de risa si lo permitiera la triste situacion de Pomposa, á quien subieron las señoras á la recámara, y habiendo llamado al médico á toda prisa, le proporcionaron los remedios oportunos.

Entre tanto que Eufrosina, la tia vieja. Doña Matilde y Pudenciana, con lágrimas, gritos, y apretones de manos aplicaban á la enferma las medicinas que el médico ordenó, el cuitado de D. Dionisio se desgreñaba y pateaba en la caballeriza al ver á su caballo tan mal parado, ignorando la causa de semejante fechoría: el lacayo, aturdido con las amenazas del amo, no sabia que decir, pues en realidad el pobre no vió entrar á la niña, y solo acudió á favorecerla al ruido de las coces del caballo y del fuerte grito de Pomposa.

Sin embargo de todo esto, no se aquietaba D. Dionisio: lo hizo encerrar en un cuarto, con intencion de matarlo á palos, si averiguaba que habia estado en él la culpa.

Así que calmó un poco su primera cólera, subió á ver á su hija, á la que halló enteramente buena, pues mas fué el susto

que el daño que recibió. Entonces le preguntó ¿quién habia tuzado á su caballo? porque si habia sido el lacayo, le iba á dar tanto palo, que de su casa iria al hospital y de este á la sepultura. Aunque me ahorquen, decia, aunque me ahorquen: esta infamia no la perdonaré en mi vida.

Pomposita agitada por su conciencia escrupulosa, le dijo que el muchacho no tenia la culpa: que ella habia trasquilado al caballo porque no le alcanzaban las cerdas que le habia llevado su tia Doña Maria para hacer su cilicio; pero que si habia hecho mucho mal en esto, suplicaba el perdon humildemente.

Cuando D. Dionisio se impuso á fondo de que su hija habia sido la autora de semejante daño, poco le faltó para afianzarla y darla una tunda como la merecia; pero se contuvo por el respeto de su cuñado y los demas señores. ¡Vean ustedes, decia: ¡haberme perdido esta maldita muchacha un caballo tan lindo y generoso que me costó trescientos pesos! ¡Voto á....!

No te aflijas tanto, decia el licenciado disimulando la risa, para todo hay remedio en esta vida.—Pero para este no: ¿qué

Pomposita así que vió á su padre tan enojado, tomó el partido de fingirse mas adolorida del estómago para indultarse del castigo que aun esperaba: se le repitieron los remedios, y á poco rato de su nueva convalescencia, se despidieron todos, y se retiraron á sus casas.

¿Quién no se persuadirá á qué Pomposa, escarmentada con este lance en que pudo haber peligrado su vida, se dejaría de sus ridículos fervores? Pues no fué así: su vocacion no estaba pegada con oblea; era muy tenaz en sus proyectos, y así emprendió otro que le salió mas caro que el antecedente, como se verá en el capítulo que sigue.

CAPITULO XXX.

En el que se sigue tratando de la santidad de Pomposa, y su heróica resolucion de ser ermitaña.

Habia dado Pomposa en que era santa, y que para hacer milagros no le faltaba sino vivir en el Yermo. La vieja beata con sus elogios y cuentos la alucinaba mas cada dia: nuestra devota visionaria, que no necesitaba mucha espuela, creyó que el demonio, temeroso de la guerra que ella le habia de hacer en el desierto, se empeñaba en eludir sus buenas intenciones, y así resuelta á vencer al enemigo á toda costa, se decia:—¿qué te detiene, Pomposa, qué te asusta, qué te acobarda para no caminar por donde las delicadas Rosalías y Genovevas? El enemigo de las almas se opone á tus santas intenciones, es verdad; pero ¿no sabes que, como dice S. Pedro, el demonio es un leon que ruje y da vueltas al rededor de nosotros buscando á quien tragarse, si no se le resiste con la fe? ¿Pues á qué esperas, desgraciada? Resistencia, resistencia es lo que ahora conviene, y no otra cosa.

¿Qué me detiene para ser ermitaña? Todo lo tengo: cilicios, disciplinas, cerdas, Santo Cristo, novenas, libros devotos, ampolleta y calavera. Estoy prevenida de todo como las vírgenes prudentes, *estote parati*, „estad prevenidos:" pues ¿qué hago aquí envueta en las delicias del siglo, y expuesta á mancillar mi virtud en medio de los peligros de este mundo falaz y lisonjero? No, ya no mas dilacion, ya no mas temores, ya no mas debilidad. Esto es hecho: el sacrificio prometido á mi Esposo, es necesario consumarlo: él no será mas terrible que el de Isac, ni mas funestó que el de Jepté. Yo me voy al desierto en esta misma noche. A Dios, mundo engañoso y miserable: á Dios placeres venenosos, gustos acibarados, compañías y amistades perniciosas, á Dios para siempre.

Dicho esto, tomó la pluma, escribió un papel, y lo dejó sobre su almohada. Todo lo tenia listo; pero le acongojaba sobremanera acordarse que le faltaba saco, porque le parecia cosa muy extraña vivir en los páramos con túnico de moda; pero como no hay dificultad que no se venza en estos casos, se acordó de una carpeta vieja verde que estaba arrinconada en un ropero: inmediatamente la marcó por saco, y diciendo

nueve de ella, y no habia por las calles sino tal cual patru-
y uno que otro guarda en su puesto, llena de miedo siguió
camino hácia la garita de S. Cosme, por donde, á merced
una graciosa aventura que proporcionó la contingencia,
ió á pesar del centinela, que en aquel tiempo guardaba el
esto con bastante escrupulosidad.

Es el caso, que en una accesoria de las casas contiguas á
garita habia muerto ese mismo dia, y estaba tendida en un
late con cuatro velas una muchacha, que como es costum-
con las doncellas, tenia su palma y corona de flores, es
rcidas muchas de estas sobre la mortaja.

Los soldados de la numerosa guardia que cubria enton-
aquel punto, ociosos todo el dia, lo pasaban en las pul-
erías y tabernas, ó en las accesorias de las inmediaciones,
nde contando sus aventuras y refiriendo sus fazañas en las
tallas que habian dado á los franceses en España, pues que
r la mayor parte eran de gachupines las tropas que desti-
ban á esos puestos, tenian embelesadas á las mugeres que
n la boca abierta escuchaban tantos prodigios de valor y su-
sos tan variados, pagando su admiracion con el bocadito á
hora de comer, y con irse dejando seducir las muchachas,
e no tenian á menos rendirse á los héroes, á quienes se ha-
an rendido las numerosas y aguerridas huestes de Napoleon
onaparte.

Esa tarde, como siempre, se introdujeron en la casa de la
ierta algunos soldados, y entre ellos un gallego desmorali-
do que no gustaba malgastar sus monedas en la vinateria,
es aunque aficionado á los sacrificios de Baco, jamás gas-
oa lo suyo y la pasaba con las largas libaciones á que lo
nvidaban sus camaradas, que lo querian por su genio ras-
do y servicial.

Este, entre varias chocarrerías con que divertia á sus com-
ñeros á costa de la difunta, se dejó decir:—¿doncella? Sá-

campanuda le dijo.—*De mortuis nil* juzgados de Dios, el hombre debe su á los muertos que descansen en paz, no cosas buenas. Yo os podria co sos que han pasado á los poco respe quienes ha costado el juicio y aun la nejo, y el mal uso de su lengua.

—Vos, padre, (contestó el gallego), doliente y por eso defendeis á la difi mó el lego ¿ese respeto tienes al santo ser por el servicio que prestas á la bu ria á la santa Inquisicion que te pond ro no desconfio de que á tus solas y en te se representará la difunta á quien i pentir de tus demencias.

Los soldados escuchaban el diálogo conversacion roló despues refiriendo ca sabia de muertos, de espantos, aparicio vidarse por supuesto del diablo que se muchas noches al centinela de la sala donde para perpetua memoria quedaban les de los tiros, que habian dejado ir los

debian hacer su cuarto de centinela, despues de alzarse el puente levadizo y de cerrarse las puertas. En la principal fué donde le tocó á nuestro gallego que por las pláticas anteriores tenia la fantasía llena de espectros y fantasmas, de muertos y diablos aparecidos. En la soledad y obscuridad de la noche cada sombra le parecia un demonio, y cada ruido, por ligero que fuese, creia que lo ocasionaban los pasos lentos y mesurados de algun difunto que venia á vengar á su compañera la que estaba tendida en la accesoria, ó tal vez ella misma segun le habia profetizado el lego, amenazándolo para el tiempo silencioso de la noche.

El para distraerse comenzaba á cantar la *jota* ú otro de los sonecitos que eran familiares á sus camaradas; pero ninguno acababa, porque á pesar de sus esfuerzos no se borraban de su imaginacion los espantos y las amenazas del fraile.

Pasando entre el susto y la congoja la mayor parte de las dos horas que debia durar su cuarto, y sin atreverse á llamar á alguno de sus camaradas, porque no conociesen su miedo y lo tildasen de cobarde, siendo para lo succesivo el blanco de sus groseras burlas.

Estaba ya para concluirse su tiempo, cuando dieron las nueve, hora en que bajándose el puente levadizo se dejaban pasar las gentes que viviendo fuera de cortadura, se habian demorado en la ciudad por sus negocios y tenian que retirarse á sus casas. Se hizo como siempre, y el gallego tuvo unos momentos de distraccion con los que pasaban, olvidándose de los espantos; pero despues de un cuarto de hora que ya nadie transitaba por allí, á pesar de no haberse aun levantado el puente, ¿cuál seria su sorpresa y espanto al ver que se le acercaba á pasos lentos una muger vestida, segun le pareció, de su mortaja, con un Santo Cristo colgado al cuello, y su corona de flores ajadas y deslucidas, como podia distinguirse á los pálidos rayos de la luna que comenzaba á salir? Le temblaban las rodillas, y siguiendo hácia él la aparicion sin

ola, e inmediatamente acudieron to
á su socorro, sin haberse dilatado
sario para tomar sus armas; pero
ge de ermitaña, que era la vision ó l
al centinela, habia pasado el puente,
desde que oyó tan inmediato el tiro de
los edificios y de los árboles no fué ol
que sin duda la habrian encontrado s
ro no dando otra razon el centinela p
que se le habia aparecido la muerta d
dados asombrados creyeron que esta
zada por lego fernandino; y otros me
la especie á la imaginacion y falta de
quien dirigian mas de una satirilla.

Relevado el centinela, lo llevaron su
se desengañase, á la accesoria del velo
da la doncella difunta sin dar muestra
para nada. A su vista volvieron á t
gallego, y jurando por *Santiajo* que er
bia aparecido en el foso, se cayó priv
segun despues se supo, lo llevaron co
S. Andrés.

dados á riesgo su honor y su virtud, la mandarian seguramente á la calle de la Canoa, ó á buen componer á su casa, con lo que se habrian frustrado sus deseos, dando fin á sus aventuras.

Cuando habia caminado mas de una hora, le ocurrieron todas estas reflecciones, y mudando de rumbo se echo á andar por esos campos de Dios, hasta que despues de cuatro horas largas de viage, cayendo y levantando se encontró en una barranca llena de maleza, que dividia las peladas lomas de un páramo desierto, donde á la luz de la luna no distinguió ni choza ni jacal que le indicase ser habitado de los hombres. Y habiendo elegido el lugar mas lleno de matorrales donde habia unos cuantos arboles que la defendiesen de la inclemencia de las estaciones, desfallecida y fatigada de tanto andar, se tiró al pié de un tronco, y allí sola, triste, cansada, muerta de hambre, y llena del pavor que le infundia la lóbrega perspectiva del campo á tales horas, se entregó á las mas melancólicas meditaciones. Allí lloró y maldijo mil veces su inconsideracion: allí se arrepintió de su imprudencia: allí propuso volverse á otro dia á la casa paterna como otro Hijo pródigo; pero allí tambien reprendió su cobardía y falta de firmeza: allí atribuyó al demonio los efectos de la naturaleza: allí se avergonzó de su inconstancia, y allí por último, determinó morir entre las fieras del campo, ántes que dar que decir á los que sabian que ya á aquella hora era ermitaña, y verdadera sierva de Dios.

Absorta con estas imaginaciones, un sueño irresistible, se apoderó de sus miembros y contra su voluntad se quedó dormida. Pero dejémosla en esta violenta quietud, mientras volvemos á la casa de sus padres, y los vemos buscando á su hija, envueltos en la mayor afliccion, la que creció cuando despues de registrar su cuarto, solo hallaron toda su ropa bien doblada, el ropero intacto, y una carta sobre la almohada que

Padres y señores mios: vuestra hija se aparta de vosotros para seguir al Crucificado: mi vocacion es de ermitaña, y yo debo seguirla. Sé que con esto os desagrado; pero ¿qué importa si así agrado á mi Esposo? Direis que os desprecio; mas no importa que lo digais, si es por esta causa: escrito está que el que no desprecia ó aborrece á su padre y á su madre por el Señor, no será digno de él: y así yo, sin aborrecaros ni despreciaros os, os dejo, os olvido, y os abandono. Con el espíritu con que el casto José dejó la capa en manos de su corrompida seductora, así os dejo. A dios, padres mios: obrad con justicia hasta la celeste Sion, donde nos daremos el osculo sagrado de la paz. Su amante hija.

POMPOSA LANGARUTO.

El prudente lector considerará cuál seria el sentimiento de los padres de esta niña, cuales sus temores y cuántas las diligencias que harian por su hallazgo; pero todo fué en vano, pues aunque los criados corrieron por las calles de la ciudad, aunque los mismos viejos anduvieron por las casas de sus co-

ra hacer que la tempestad se serenara; y así abriendo su caja, saco sus cilicios y una disciplina de pita: se puso aquellos muy poco apretados porque no se reventaran las cintas, y se dió unos cuantos disciplinazos suavemente y sobre el saco verde, que no se quitó por la honestidad tan necesaria en aquel lugar y á tales horas.

Su fervorosa penitencia fué tan eficaz en su concepto, que á poco rato se despejó el cielo de nubes, cesó la tempesrtad, y volvieron á parecer las estrellas y la luna aun mas brillantes que al principio de la noche. Entonces, delirando con mayor vehemencia, atribuyó el natural desahogo de las nubes á un milagro patente, hecho por los influjos de su espantosa penitencia, y despues que cantó no sé qué cosa en accion de gracias al Criador, se postró sobre la cajita con intencion de orar, por si experimentaba algunos éxtasis ó deliquios divinos.

Pero estando en esta postura, cuando hacia su composicion de lugar, oyó....*¡Válgame Dios y lo que oyó! oyó que la calavera que* en la cajita *se movia palpablemente*, segun su frase, no solo se movia, sino que *chillaba de cuando en cuando.*

El cabello se le erizó á nuestra nueva visionaria: la sangre se le heló y circulaba en sus venas con mucha lentitud: sus miembros se laxaron: faltó en sus piernas la firmeza para sostener su máquina desfallecida, y repitiendo la calavera sus vueltas y chillidos, se abatió su espíritu del todo, y cayó al suelo privada de sentido.

Así permaneció hasta las cinco de la mañana, hora en que pasó junto á ella un indio carbonero, acompañado de un muchacho y con una mula cargada de carbon que traian á vender á Mexico. Al ver á la aturdida ermitaña tirada en el suelo, empapada, con su saco verde, el pelo suelto y la disciplina en la mano, se sorprendieron, creyendo que estaba muerta, y ya trataban de pasarse de largo; pero la buena fisonomía de Pomposa obligó al indio viejo á verla de cerca, y entonces, advirtiendo que respiraba, se compadeció de ella, y

del Olimpo para restituirme la tra
postro ante vuestra faz resplandeci
suplico no me desampareis en mi c
temo que en estos páramos me sor
menos lo piense, como asalta el facin
dados caminantes.

El pobre indio que no entendió de
las últimas palabras de ladron, muert
que nuestra beata ó habia perdido el j
era ladron que la queria matar, y qu
cado á suplicarle que la dejase viva; y
decia: *Amo lagron, magre, amo lagro*
mal castellano y mexicano: no soy lad
dron. Pero como Pomposa no sabia
xicano quiere decir *no*, creyó que el ca
ba á los ladrones, y arrebatada de su a
de haber vuelto en sí de su primer dis
ciendo que eran carboneros los que le
decia: No, hijos, no ameis á los ladro
reis y sereis unos de ellos.

do el desayuno que acostumbran, cuando entró el carbonero, su hijo y la ridícula ermitaña. La india, luego que la vió, quizo correr, pensando que era muerta, fantasma ó cosa mala como sucedió al centinela de la garita de S. Cosme; pero su marido la contuvo, diciéndole en su idioma que no temiera, que aquella pobre muchacha era una loquita que habia encontrado en el camino, y que la cuidara, pues no se quedarian sin premio, respecto á que en aquella caja algo tenia: con esto se sosegó la india, y la comenzó á agasajar en cuanto pudo.

Lo primero que hizo fué desnudarla de la ropa mojada, vestirla con un *quixquemel* y *huepili* de su uso que estaban llenos de mugre y hechos pedazos; pero por fin estaban secos. Ya se deja ententender qué figura haria Pomposa tan extraña hasta á sus mismos ojos, mas la necesidad á todo nos sujeta.

Luego que estuvo vestida de india, y su ropa puesta á asolear, se sentó con los carboneros y su patrona junto al *tlequil*, y recibió de muy buena gana un jarro de atole y dos tortillas que le dieron, lo que depositó en su estómago sin ningun asco. Tal era el hambre que tenia.

Pero no tuvo igual conformidad para sobrellevar el nuevo trage mucho tiempo: porque cada rato se rascaba no sin motivo, y sacaba la mano habilitada de lo que no quisiera. Tanta guerra le dieron las imprudentes sabandijas, que apenas se medio secó su poca ropa, cuando se la puso húmeda, y se acostó á dormir en un rincon. Los carboneros se fueron á vender su carbon, y la india se puso á tejer un ceñidor.

Mientras esto pasaba en el *jacal*. Doña Eufrosina estaba como se puede considerar con la pérdida de su hija. En toda la noche no durmió y luego que salió el sol tomó la pluma y escribió una porcion de rotulones.

Ya los iba á mandar poner en las esquinas, cuando entró el coronel y leyó que decian así ni mas ni menos: *Quién hubiere hallado una niña bonita como de quince años, que se*

habia recibido y de la humedad que
ropa mojada, se enfermó de fiebre
comió, á la noche se le encendió la
deliraba. Los indios se compadeci
de su lástima abrieron la cajita, per
de provecho, y los infelices se con
despreciable que encerraba, llenánd
tó por encima de todos un raton: es
agujero que tenia la caja vieja se m
só á la calavera donde chillaba y
espanto á Pomposita. Este fué el p
en otro tiempo el de los montes, un r
dos los espantos tienen iguales princ

Los indios socorrieron á su pere
noche, pues no por que eran indios le
tos de caridad.

Al dia siguiente, por una dicha de l
casa de Doña Eufrosina al piadoso ca
efecto de comedimiento, les preguntó
para una niña de razon * que estaba l
La novedad de la pregunta exitó la

na para indagar del carbonero tantas cosas, que al fin averiguó que la enferma era su hija.

Entonces hizo poner el coche, se fué con el carbonero, con direccion á las lomas de Tacubaya, y encontró á su hija, como se dirá en el capítulo que sigue.

CAPITULO XXXI.

Hallazgo de la ermitaña Quijotita, y peregrino desenlace de su santidad y la de su madre.

Entre contenta y asustada subió al coche Doña Eufrosina con su marido, creyendo hallar á su hija verdaderamente loca, segun lo que le habia contado el carbonero.

Luego que llegaron á la miserable choza de este, se apearon y entraron á buscarla.

No es menester ponderar cuál seria el sentimiento de ambos al verla con su saco verde, tirada en un petate ardiendo

ra de riesgo, aunque demasiado

Doña Eufrosina, para que su
ser ermitaña, tiró á la calle los
na, calavera, y hasta la caja.

No solo esto hizo, sino que p
que volviese á prevaricar con la
ba, hizo un escrutinio de todos los
y habiendo recogido todos los pia
venas, se bajó al corral con ellos,
cer una hoguera, y cuando estab
todos, diciendo: „Id al fuego, per
hija. No, no mas virtud en mi c
zos. Desde este instante yo har
corazon de mi hija la alegría, y que

Algo se escandalizó el lacayo co
mas la beata, que la habia estado
güela; mas ninguno de los dos se a
mazon, porque conocian el genio
Eufrosina.

Esta cumplió fielmente sus pron
posita se fué mejorando, no cuidó
gusto en todo. Le hizo nuevos ve

tiplicaron sin número, y todas la lisonjeaban á porfia, con lo que acabaron de corromper su corazon, y de llenar de vanidad su cabeza.

Ya se deja entender que el desórden entró de asiento en la casa de D. Dionisio, quien tan acobardado por su muger, no hacia mas que gastar, contraer drogas, y callar. En esto paró la desmedida virtud de Doña Eufrosina y su buena hija; pero ¿qué otra cosa se debe esperar de una devocion falsa y de una virtud aparente y mal entendida?

El coronel y Doña Matilde se tostaban con las locuras de su hermana y sobrina; pero no quisieron meterse en advertirla, conociendo su capricho, y que cualquiera oposicion seria un estímulo para que lo hiciera peor.

Pudenciana por su parte no dejaba de sentir ni de reir las extravagancias de sus parientas, y su padre sabia aprovecharse hasta de los vicios de Eufrosina y de Pomposa para dar á su hija lecciones de virtud, que escuchaba con amor, practicaba con cuidado, y percibia con gusto su utilidad.

Tuvo varios pretendientes: de todos y de cuanto le decian daba cuenta á sus padres, y estos le dictaban como se debia manejar. Fácilmente discernia el coronel cuál era el carácter de cada uno, cuáles sus intenciones, cuál su conducta. Hacia ver á su hija que todo era siniestro, malo, inconveniente para ella, y los despedia sin sentimiento suyo y con la mayor docilidad.

El primero de estos que la solicitó fué un mocito azucarado y sin destino. Este le escribió una carta muy expresiva, en la que la colmaba de alabanzas, y le aseguraba su eterno amor y rendimiento.

Ella puso el papel en manos de su padre, quien le dijo:—todas las alabanzas que este te hace, no pasan de unas lisonjas estudiadas para rendir tu corazon sencillo, y esta es una verdad que bien la puedes conocer sin la mayor reflexion. Te dice que eres la mas hermosa de cuantas hay, que eres una

...o que nace al imponderable a
que al instante que te vió, te adoró
otra mentira vieja de que usa esta cl
difícil, por no decir imposible, apasio
hermosa que sea, á la primera vista
cuando se le dice á una muger no muy
fea si es rica? pues ello es que á todas

Por otra parte: los juramentos que
yo hasta la muerte son tan seguros con
dor acabando de perder, de que no volv
en su mano. En estos juramentos casi
la ceguedad ó la malicia del que jura. C
te apasionados ó ciegos por lo que ama
jarán de amar á su objeto, y así se lo
pero engañados, pues apenas lo poseen,
tibia, y de la tibieza pasa al aborrecim
no es puro. Por esto dice Mr. de la F
amor es lo mismo que el fuego, que no p
movimiento continuo, y deja de vivir desd
ó de temer.

Cuando los amantes no juran por ceg
cia, ya se conoce su criminalid

Generalmente todos son humildes cuando pretendientes, y por casualidad no son tiranos luego que poseen. Entonces satisfecha la pasion ó el apetito, reconocen los defectos de la muger: si son ligeros, ó los toleran con prudencia cuando son capaces de esta virtud, ó los aborrecen con la persona; y si son graves, excitan todo su odio y su venganza. Conque ¡cuidado, hija! despide á este ocioso con verdad y sin descortesía, y no te fies de papelitos tiernos, sino de acciones comedidas y de calificada hombría de bien.

Por medio del secreto de comunicar Pudenciana los suyos con sus amorosos y prudentes padres, logró que no se burlara de ella ningun seductor, y que su honra estuviese en su lugar: que aprendiendo á distinguir el mérito de los hombres por la práctica, supiera por fin conocer quién la amaba con sinceridad, ó quien con embuste, y por este bien y considerado medio consiguió hacer su perpetua felicidad, como verá el lector si quiere leer un poco mas.

CAPITULO XXXII

Juiciosa conducta del novio que se presentó á Pudenciana, y cordura con que esta y sus padres se manejaron hasta verificarse el casamiento.

Entre cuantos aficionados tuvo Pudenciana logró la suerte de ser el preferido un D. Modesto, natural de México, hombre noble, de arreglada conducta, bien empleado y verdaderamente bueno.

Este sujeto, por principio de su pretension, escribió á Pudenciana una carta que por original conservo en la memoria. Decia así:

Señorita: las bellas cualidades que recomiendan el mérito de vd. me obligan á amarla. Yo deseara lograrla para mi única

y perpetua compañera.—Mis deseos nada importan, si no agrado yo á vd. como vd. á mí. Para que me conozca y me trate, necesito visitarla, porque mi genio no se acomoda á solicitar su mano parándome en los zahuanes, rondando su calle, valiéndome de criadas ni de otros medios indecorosos á vd. y á mí. Por tanto, estoy resuelto á ver á su papá de vd. á informarle de quien soy, y á descubrirle mis intenciones; mas no daré un paso, antes que vd. me diga si tiene vocacion de religiosa; si en caso contrario, está comprometida con otro, ó si es de su gusto ó no el que yo la visite con este fin.—Espero la respuesta de vd. entendida de que no me pesará que se la dicte su padre, pues me conformaré con ella, sea cual fuere.—Entre tanto, dé vd. órdenes á su amante servidor q. s. p. b.

MODESTO.

Al instante que Pudenciana recibió esta extraña carta, la puso en manos de su padre, quien no dejó de admirarse de su estilo; pero dijo á Pudenciana:—hija, si el carácter de este hombre y demás cualidades corresponden á lo que manifiesta

Muy señor mio: la política de vd. exige que le diga que esta es su casa, y que puede visitar á mi papá, contando ya con su licencia cuando guste.... B. l. m. de vd. su atenta servidora.

PUDENCIANA.

Luego que D. Modesto recibió la carta, fué á visitar al coronel, quien lo recibió con agrado, porque ni su figura ni su conversacion le parecieron despreciables. El jóven le hizo ver quien era, le manifestó los comprobantes de su buen nacimiento, le dijo donde vivia y como era absolutamente solo: que se ejercitaba en el comercio, y aunque su capital era corto, bastaba para sostener á una niña decente.

A seguida le descubrió su corazon sin rodeos, significándole el amor que tenia á su hija, y pidiéndosela para esposa, siempre que ella condescendiera.

Esto lo dijo tan breve y con tanta gracia, que el coronel no acertando á responderle en su estilo, solo le dijo:—me parece vd. hombre de bien: visite mi casa cuando quiera, nos experimentaremos mutuamente, quedando vd. asegurado en mi palabra de que si merece á mi hija y ella lo ama, será suya.

Con este pasaporte visitaba D. Modesto la casa con frecuencia: á la frecuencia sigió la comunicacion, á esta la amistad, y á la amistad, el mas tierno amor de Modesto y Pudenciana.

Cuando ambos estuvieron satisfechos de su buena y amorosa correspondencia, á un tiempo se declararon con el coronel y Doña Matilde: los dos condescendieron con mucho gusto, y se verificó el apetecido enlace, al que asistieron Doña Eufrosina, su marido, Pomposita y otras muchas personas.

Pasados los dias de la boda, pensando Modesto que le seria tan sensible á su muger separarse de sus padres, como á estos desprenderse de ella, consultó con el coronel si queria que las dos familias vivieran juntas, pues á él, á mas de las ventajas económicas que le resultaban, le seria muy lisonjero que Pu-

dencianita estuviese contenta al lado de sus padres como siempre.

D. Rodrigo agradeció mucho el buen afecto de su yerno, y le dijo que siguiera unos cuantos meses; pero que era conveniente que separara casa, para que su hija practicara como esposa y cabeza de familia, las lecciones que le habia enseñado acerca de esto, y que bien podia conciliarse la separacion de las casas con la frecuencia con que debian ó desearian tratarse madre é hija, pues por fortuna, la casa de enfrente estaba desocupada, y si querian podian tomarla, y asi vivirian todos juntos y separados.

Modesto se conformó con el parecer de su suegro, y dentro tres dias se mudaron, sin que Pudenciana ni su madre extrañaran la separacion, por lo inmediatas que estaban.

Se deja entender que los dos nuevos esposos vivian muy contentos, pues no tenian encima suegros, ni cosa alguna que los mortificara.

Entre tanto Pomposita estaba rodeada de cortejos, unos que efectivamente la pretendian para esposa, y otros que aspiraban á su conquista sin buen fin; pero Pomposa se reia de todos igualmente. Sus gracias, su atractivo y sobre todo

nejarte con cuantos hombres te cortejan con tanta familiaridad ó llaneza? Ya entiendo que solo tratarás de pasar el rato; pero cuando esto sea, sabe que pierde mucho tu reputacion, pues ningun hombre de juicio te ha de apreciar ni tener en lo que eres, al ver que con todos bailas, con todos te chanceas y familiarizas demasiado por una parte, y por otra á ninguno te dedicas á agradar en lo particular, recibiendo además sin ninguna repugnancia los obsequios que te ofrecen. Yo he visto ya algunas como tú, y he oido las honras que hacen de ellas los hombres: lo menos que dicen es, que son unas locas estafadoras y chasqueras. Conque mira lo que haces.

Ya lo he visto, decia Pomposa: yo no llevo otro fin, sino divertirme con los hombres, arrancándoles lo que pueda, hacerlos rabiar y echarlos noramala—¡Cierto que llevas unos fines santos!—Si no son santos á lo menos no son tan maliciosos que no los lleven otras muchachas qne hacen lo mismo que yo. Pero mira, Pudenciana: tú eres una tonta. ¿Habrá gusto como verse una muchacha rodeada de quince ó veinte adoradores, de quienes es el centro, el objeto y el iman?¿ Hay satisfaccion mas placentera que verse una muger idolatrada á un mismo tiempo por muchos hombres? ¿Podrán tener nuestros oidos rato mas agradable que cuando oyen que nos llaman bellas, ángeles y deidades? Alejandro, Cesar, Pompeyo, ni mil otros guerreros, ¿podrán gloriarse de valientes delante de una hermosa, que con solo un mirar de este ó del otro modo alienta un corazon, rinde á este, desmaya á aquel, desespera al otro y los humilla á todos? Y por último, ¿hay gloria, gusto, ni satisfaccion igual al de una bella, ante cuyo acatamiento doblan la rodilla los jóvenes y los viejos, los pobres y los ricos, los plebeyos y nobles, muchas veces los príncipes y siempre los vasallos?

Tú, hermana mia, tienes talento, y no negarás que es una verdad cuanto te digo: y supuesto que la conozcas y confieses, es menester que te violentes mucho para no conceder-

me que obro con juicio manejándome como hasta aquí. El espejo es mi cotidiano consultor y consejero. El me dice cada dia que soy hermosa, y me persuade á que aproveche los dones de la naturaleza y los ratos que el tiempo me concede. ¿Qué dices?

¿Qué he de decir? contestó Pudenciana, sino que á lo que entiendo, tú equivocas las apariencias con las realidades, y la verdad con la mentira. Cierto que una muchacha hermosa y con tantas gracias como tú, parece que domina á cuantos la tratan, mas yo sé claramente que no es así. Los hombres, hermana, por lo comun quieren á las mugeres, pero no las aman: esto es, las quieren, como el que quiere un buen caballo para pasearse en el; pero no lo aman, pues pasado el rato del paseo, lo envian á la caballeriza, y no se acuerdan de él hasta que lo necesitan, y cuando el caballo se enferma ó se envejece, tratan de deshacerse de él á toda prisa. Tú bien me entiendes: pues así son los hombres. Ellos y las mugeres nos están pregonando esta verdad á gritos mudos. Ahora seis años, no mucho ha, Doña Ignacita la Gallega, Tulitas la que estuvo en casa, y otras, ¿cómo andaban? acuérdate: muy bien vestidas, muy ser-

ni los hombres de hoy piensan de diferente modo que los de ayer, ni tienes otros principios que los que tuvieron otras? Por consiguiente, no tendrás otros fines. Conque manéjate de diverso modo, si quieres lograr diversa suerte.

Yo no pretendo que no ames á ninguno; eso seria querer que fuèras insensible. Nuestro corazon es de carne, somos racionales, capaces de pasiones, y por lo mismo sujetas al amor; pero si nos hemos de enamorar de algun hombre, sea de uno, y este sea hombre de bien, y amémosle con un fin noble, santo y seguro. Cásate, hermana: cásate con quien te ame de veras y pueda hacerte feliz con permanencia. Piensa en esto, y cuando halles un hombre que te aprecie tanto como Modesto á mí, no dudes entregarle tu corazon y hacerlo tu marido.

¿Yo casarme? contestó Pomposa, ni pensarlo: tú estás recien casadita, aun comes el pan de la boda, y por eso te parece tan bueno el estado del matrimonio; pero que pasen estos dias que saque las uñas tu marido, que comience á zelarte, á reñirte y á faltar á sus obligaciones, y entonces yo te preguntaré como te vá.

No tengo esperanzas de responderte que mal: porque antes de casarme lo pensé bien, examiné el carácter de mi esposo y el mio, y conozco que jamás le daré lugar á que me zele ni me riña, y por lo mismo me pasaré siempre buena vida. No te canses, Pomposa: las mugeres hacemos á los hombres buenos ó malos. Tenga la muger prudencia y consejo en la eleccion de marido, experiméntense mutuamente los dos, consulten á la experiencia de los padres y del confesor. * conózcanse los genios y costumbres, aspiren á ser felices el uno con el

* En la eleccion de confesor ó director espiritual, debe ponerse mucho cuidado por los padres de familia, pues de una mala eleccion de estas, han venido y vienen muy malas resultas.

...paran sus imprudencias,
sez, gozarán en paz de la abundan
gurados en su amor y tranquilos en
ciencia, sobrellevarán del mismo mo
del estado hasta que la muerte los s
razon del que viva se llenará de una
sipará dificilmente, pues la memor
allá del sepulcro, como lo vemos, y
los amantes del calibre de los que t
quieres ser feliz, examina á los homb
bueno y fino, que es fortuna hallarlo
cásate, y dejate de tonteras.

¿Yo casarme? repetia Pomposa, es
Es verdad que me solicitan algunos p
mira que tales son los pretendientes: u
drá cuarenta años, un oficial segundo d
dero payo, un minero viudo con una hija
ciado acabado de recibirse, un médico
tos, y un corredor del número. ¿Qué te pa
tes personages para mí? ¿deberé yo pon
mosura á semejantes muebles? ¿seria feli
ra de ellos? ¿Qué dices? pues estos son

nio desgraciado: porque si quieres contentar tus deseos á
ra fuerza ó eres infiel á tu marido, ó lo exasperas: y en am-
ı casos te labrarás tu ruina.

Por eso no me quiero casar con ningun hombre que no sea
ılo y mayorazgo, decia Pomposa: no, en todo caso que sea
novio rico y con seguridad: pues, que sea por lo menos mar-
és, y no de aquellos de quienes dice el refran que: *A las ve-
en casas de los marqueses, mas suele ser el ruido que las
ces.* No: yo quiero que el marqués que haya de ser mi
ırido, sea rico, y que en su casa haya tantas nueces como
do, tanto dinero como lujo, y tanta seguridad como gusto.
no, hija mia, ¿para qué es casarme? me quedaré así para
ra lavar corporales ó vestir imágenes, pues bien sabes que
fruta ó bien vendida, ó podrida en el *huacal.*

Pues yo temo que tu fruta se pudra, dijo Pudenciana: por-
e tú ya no eres muy rica, y los marqueses y mayorazgos no
scan por lo ordinario gracias ni hermosura en las que eli-
n para esposas, sino dinero por todo, para sostener su os-
ıtoso lujo. Esta es una verdad dura, mas es una verdad que
o puede contradecirla un loco. Si tal no fuera, no veriamos
ıtas marquesas feas, tontas y sin gracia, al mismo tiempo
e vemos abandonadas innumerables muchachas bonitas y de
comendables circunstancias, que no hallan un enlace re-
lar.

Sea lo que fuere, ó me caso con marqués rico, ó con ningu-
.—Pues haz lo que quisieres.

En este punto quedó la amigable conferencia de Pudencia
y su prima. Cada una abrazó su sistema, y percibieron
fruto á proporcion, como verá el que lea lo que sigue.

CAPITULO XXXIII.

En el que continúa la juiciosa conducta de Pudenciana, y los despilfarros de Pomposita.

PUDENCIANA y Pomposa vivian muy contentas en sus casas: aquella amada y obsequiada de su marido, y esta cortejada y querida de sus muchos adoradores y pretendientes.

Pudenciana instruida por su padre, y lo que es mas, enseñada por el buen ejemplo de su madre, se consagró enteramente á darle gusto á su esposo en cuanto dependia de ella, y este necesariamente la amaba cada dia con mas ternura.

No se notaba nunca en sus semblantes la menor displicencia, porque los dos se amaban con verdad, y excusaban con prudencia toda porfia, toda disputa que pudiera turbar la tranquilidad de sus espíritus.

Pudenciana sabia muy bien manejarse como muger amada reconociendo al mismo tiempo la superioridad de su marido y la dependencia necesaria que le constituia su inferior: y así

a obedecer, pero no temblar en su presencia, pues era de su carne, una misma con él, y no su esclava.

ıo los dos conocian cuales eran sus derechos y sus obli-es, y tenian el talento y la disposicion necesaria para sar de aquellos y cumplir con estas, se pasaban una vi-to feliz.

cooperaban poco los padres de Pudenciana, que no eran suegros comunes. Siempre le inspiraban á su hija los y cristianos sentimientos que debian: ella los observa- su acostumbrada docilidad, y de este modo hacia la fe- de su esposo, la suya y la de su familia.

Modesto no era rico ni pobre: su comercio le daba esario para mantenerse con una decente medianía, la más faltó en su casa con el auxillo de una tan buena que no solo sabia ahorrarse de modas y de diges su-s, sino que sin tocar la raya de la miseria, economiza-ı lo posible, lo que encontraba D. Modesto cuando la ia lo pedia.

tro del tiempo regular tuvieron un niño que dió á luz ıiana con el parto mas feliz. Desde entonces se con-ın los padres á su cuidado, y los abuelos estaban en-os con el nietecito, que era las delicias de toda aquella a familia.

:e tanto, Pomposita se pasaba una vida bien alegre, tida por sus padres, mimada por las amigas, y lisonjea-ıstantemente por una chusma de aduladores corrom-

se complacia con los rendimientos que le hacian, cre-ıs sinceros; y fiada en su hermosura y en sus gracias, ıtaba de acrecentar el número de esclavos, que así lla- sus amantes. Su misma soberbia y vanidad la pre-or mucho tiempo de ser el juguete del amor.

o no amaba á ninguno, y solo trataba de burlarse de

los hombres, creyendo que no habia quien la mereciese, no se hacia cargo del mérito particular de nadie: y así no estimaba á ninguno, aunque [*estafaba* al que podia, pues no rehusaba admitir los obsequios que la solian hacer de cuando en cuando. ¡Pobres de los tontos que se sacrifican por conquistar con dones el corazon de una loca presumida! Ellos pagan de contado su necedad; pero tambien pagan ellas su locura, y á mas precio.

Pomposa, á quien todos conocian por la *Quijotita*, apoyada en el consentimiento de su madre, no pensaba en otra cosa que en pasear, estrenar y perder el tiempo y el dinero.

El bueno de D. Dionisio no sabia negarse á nada de lo que querian su muger y su hija. Como hombre débil y acobardado, condescendia con todas las extravagancias de su familia, y se sacrificaba por complacerla en sus mas ridículos antojos.

El tenia sus aflicciones interiores, que no manifestaba por no disgustar á las señoras, y estas pensando que sobraba para todo, no hacian sino pedir, gastar y divertirse; pero ¡cuánto mas nos engañaran las felicidades de la vida si no vinieran

mestiza y una hacienda en jurisdiccion de Cuernavaca; pero con la despilfarrada conducta de aquellas gentes, vino á adeudarse como en doce años de los réditos de veinte y ocho mil pesos que reconocia la hacienda, y la tienda ya solo se conservaba en fuerza de contraer todos los dias nuevos créditos: y como ni estos ni otras cantidades que en lo particular habia pedido D. Dionisio para satisfacer los caprichos de su muger é hija, podia pagar, y lo agitaban ya por todas partes los acredores, al mismo tiempo que estas no cesaban de sacrificarlo, temiendo descubrirse hasta con ellas por no caer en desprecio, tomó la resolucion de abandonarlo todo: y para ello hizo realizar quinientos pesos de efectos con pérdida considerable, y cambió treinta y seis onzas de oro, todo con el mayor secreto: con el mismo una madrugada hizo ensillar su caballo, y sin mas quesu manga, sable, pistolas y sus treinta y seis onzas, salió á las cuatro de su casa, sin decir al criado mas, sino que volviese á cerrar el zahuan.

A las nueve de la mañana que se levantó Eufrosina, preguntó por el amo, y diciéndole el mozo la hora y modo como salió, no lo extrañó demasiado, pues como nunca se habia dado igual caso, no sospechó lo sucedido, y fué á levantar á su hija, con quien á las once se fué á misa, de allí á una visita, y volvieron á las dos de la tarde. Despues de haber descansado y avisadas de estar ya la mesa puesta, preguntó Eufrosina si habia vuelto D. Dionisio, y como supo que no, entró en algun cuidado, lo mismo que Pomposita: sin embargo, como no sabian aun el horroroso abismo de desdichas en que estaban sumergidas, comieron con deshaogo, durmieron su siesta, y á las cinco se fueron al paseo. Mas como á su vuelta preguntaran por el señor Langaruto, y se les contestara que aun no parecia, ya no pudieron esperar mas, y para comunicarle el caso mandaron el coche á mi tutor suplicándole pasase inmediatamente. El page sin embargo del encargo que le hicieron de que nada dijera, con palabras á medias dió á

entender lo que habia. Mi tutor me dijo lo acompañase, y entrando al coche en un momento estuvimos en la otra casa, donde encontramos á todos en la mayor confusion; pero mucho mas á Doña Eufrosina que en medio de su desarregladísimo manejo amaba á su marido, aunque no con aquel amor puro y prudente que se deben tener los consortes. Luego que ella vió á D. Rodrigo, con la mayor agitacion le contó lo que pasaba, diciéndole la hora y modo como se salió, por lo que este teniendo en cuenta las costumbres de D. Dionisio y las muchas ocasiones que hay en los juegos y en los bailes, de que los hombres se desafien, infirió que algun duelo lo habria llevado á tal hora solo y con armas: así lo dijo á su concuña, añadiéndole que en tales casos los hombres solian dejar cartas para que sus familias y amigos se instruyeran, y que por lo mismo era bueno registrar su despacho, para que si algo alusivo se hallaba, con esas noticias proceder á buscarlo con algun acierto. Aprobó Doña Eufrosina, é inmediatamente nos dirigimos al despacho, en donde esta suplicó al coronel buscase, porque ella no tenia aliento, y con las piernas temblorosas no pudiendo mantenerse en pié, se sentó en su sofá: miéntras yo alumbraba á mi tutor él buscaba, y Pomposito [illegible]

la beata Doña María, que habia hecho D. Rodrigo que-
llí por precaucion, y muy encima de todos los papeles
n dos cartas, con el sobre, la una: *A mi esposa Eufro-*
hija Pomposita; y la otra, *Al señor coronel D. Rodri-*
arte. Mi tutor guardó la primera, rompiendo la suya
cia así.

estimadísimo hermano y el mejor de mis amigos: una car-
dejo á Eufrosina encargándole la enseñe á vd. le ins-
de mi determinacion y las causas poderosas que me la
tomar. Yo que por una debilidad vergonzosa no tuve la
necesaria para hacerme respetar y obedecer de mi fa-
he ocasionado mi ruina y la suya; ¡Ah, y si yo hubiese
o el ejemplo de vd. y sus lecciones! no me veria hoy per-
No digo mas, porque sé á quien dirijo la palabra, y solo
á vd. por la sangre preciosa de Jesucristo y por los do-
e su Santísima Madre á quien tanta devocion ha tenido,
le mi familia. Ya Eufrosina no tiene marido, ni Pom-
tiene padre: vd. sí, vd. animado siempre de una caridad
na, cuidará de ellas, y me las socorrerá cuando le sea
. Si la Providencia divina me volviere algun dia con
suerte al seno de mi familia, yo manifestaré un perpetuo
cimiento; mas si así no fuere, ese Dios grande remune-
compensará á vd. largamente sus buenas acciones.—
o vd. y mi amable hermana dirijan sus preces al Eter-
olviden á este infeliz, que ó va á vivir en miserias á un
esconocido, ó cuanto antes á descender al sepulcro.

DIONISIO LANGARUTO.

de considerarse como quedariamos al escuchar esta car-
no encontraba que decir la beata lloraba amargamente
ndose los dedos y clamando á toda la corte celestial, y
or despues de un rato de silencio, y diciendo, *es preciso*
a la rompa, para ella es el sobre, se dirigió para la recá-

mara donde estaban madre é hija, siguiéndolo yo, y no la beata, que hicimos quedara allí para que no fuera á aumentar la afliccion de aquellas señoras. Las encontramos ya en sí, y anegadas en llanto. Procuró mi tutor serenarlas, diciéndoles que todo mortal sabe, á no poder dudarlo, que ha ofendido á su Criador, por lo mismo que es merecedor de sufrir en castigo los contratiempos de esta vida miserable, y que muchas veces nos parecian estos mas crueles de lo que son en sí: que acaso no podria dificultarse que volviesen á ver pronto á D. Dionisio, de quien habia encontrado en la escribanía dos cartas, una para él, en que remitia á la otra que era para Doña Eufrosina, la misma que aunque hubiera querido guardar por algun tiempo para dársela otra ocasion menos angustiada, el deseo de ver si ella alumbraba para hacer algunas pesquisas de los designios y paradero de su autor, le estrechaban á ponerla como la ponia en sus manos para que la rompiera y leyera. Doña Eufrosina, no quiso tomarla, diciendo no tenia valor para abrirla, y suplicando á D. Rodrigo se la leyese. Todos nos quedamos como estatuas, y mi tutor rompiendo la cubierta con mano trémula, leyó de la manera que sigue.

que están cansados de mis repetidos plazos con que he podido entretenerlos, van ciertamente á embargarme cuanto tengo, pues que ni con muebles de casa, coche &c. puedo cubrir mis responsabilidades.—No queda á vds. cosa libre, mas que algunas alhajas que la consideracion de los acreedores quieran dejarles. —Tú, Eufrosina, tienes derecho á quedarte con el hilo de perlas y aretes de lo mismo, que trajiste tuyos cuando nos casamos; y á que te paguen de preferencia los cuatrocientos pesos de los nombramientos de huérfana que cobré tuyos en la Archicofradía del Rosario, y cantidad que hoy debes al consejo que con tiempo me dió nuestro hermano D. Rodrigo, de otorgarte la carta de dote que queda adjunta.—Hijas mias, yo no puedo sufrir el dolor y vergüenza que esto me causa, ni podré soportar el desprecio del público: al ver mi suerte, se reirá con razon de mi necedad que la ha causado: ni puedo ya ser útil á vds. en tales circunstancias. Yo las dejo encomendadas á la Providencia divina, y encargadas á nuestro honrado hermano y único amigo D. Rodrigo, á quien encargo den á leer esta para que disponga lo que convenga. El las mirará y auxiliará como padre siempre que vds. no lo desmerezcan: yo se lo pido en la carta que queda con esta, y que se le mandará al momento: él cumplirá, lo conozco, no lo dudo un momento. Sujétense vds. á sus consejos en todo, y lograrán ser menos desgraciadas.—Yo me voy sin direccion alguna, puesto en manos de Dios, y no volveré á veros jamas, si no pudiere algun dia aliviar las necesidades á que quedan reducidas; mi ánimo es acabar mis dias en algun pais desconocido y muy remoto, con otro nombre que no sea el mio.—Ya la hora de mi marcha se llega....el momento se precipita....la amargura y el dolor no me dejan aliento....á Dios, esposa mia, adorada....á Dios, amadísima hija mia, á Dios, á Dios; ya no volvereis á ver á este infeliz, cuya conducta desarreglada ha sumido para siempre á él y á su familia, indiscreta tambien, en el abismo de la miseria....á Dios, á Dios....—El desgraciado Dionisio.

Tan luego como se acabó de leer la carta volvieron á sus desmayos madre é hija, y duró tanto el de la primera, que fué necesario llamar médico, y que yo fuese en el coche á traer á Doña Matilde, la que impuesta del caso todo, se afligió mucho, pero sin desmayarse, porque prevenida ya por su marido á recibir esos golpes con resignacion, no hizo mas que dirigir á Dios su corazon, rogándole tuviese piedad de sus hermanos y sobrina. A los esfuerzos del facultativo volvió Eufrosina; pero ni ella ni su hija dejaban de llorar, nada casi cenaron, y despues de las cuatro de la mañana fué cuando se quedaron dormidas. Así continuaron hasta las siete que despertó la madre llorando tan fuertemente que despertó á Pomposita: inmediatamente acudió mi tutor y Doña Matilde que prodigándoles caricias les decian que era necesario no afligirse tanto, porque el crítico estado de las cosas pedia mucha serenidad para meditar lo que se determinaba respecto de intereses, pues por la persona de D. Dionisio, el coronel habia en la madrugada ido á la posta y despachado varios correos con señas de su persona, caballo y vestuario, para que lo bus-

ta el terrible estado de sus intereses, y que los acrreedores están muy cerca de echarse sobre ellos, cuyo golpe acelerarán tan pronto como se evapore esta última ocurrencia, y este golpe si le cogo á vds. en esta casa les ha de ser muy sensible.

Mi hermano al dar su último paso, me ha hecho el favor de creerme digno de encargarme de la suerte de ustedes, y yo agradeciéndoselo mucho, quiero tener el placer de acreditar que he querido siempre serle útil. En tal virtud, hermana mia, vamos ahora mismo á que se lleven á casa las camas, ropa, y aquellas cosas de ustedes que no puedan pertenecer á los acreedores, y dejemos esta habitacion, supuesto que cuanto en ella hay es ageno, y que ya con buena conciencia nada puede cogerse de lo que en sí contiene. Vamos, hermanita: vd. tiene luces bastantes para conocer estas cosas, y no necesito decirle mucho. Vamos, no llore vd. pues esto no es mas que mudarse vd. á su otra casa, como que así ha debido considerar siempre la en que yo l e vivido, como yo he contado esta por mia desde que vd. la habita.—¡Ay hermano! contestó Eufrosina, y ¡cuanto me parte vd. el corazon con lo que me está diciendo! yo todo lo conozco, veo que ello es fuerza, pues que no hay remedio aunque vuelva Langaruto; pero no tengo espíritu para resolverme tan pronto: yo ruego á vd. que me deje desahogar, que yo le prometo por lo que mas estimo que no pasarán cuatro dias sin que nos unamos. A este tiempo entró Doña Matilde con Pomposa, é impuestas de lo que se trataba, instaron ambas á Doña Eufrosina para que fuera todo luego, luego; pero ni lo que estas le hicieron presente, ni otras reflexiones muy juiciosas y oportunas que le hizo mi tutor, la hicieron variar de resolucion, y solo ofreció de nuevo que cumpliria su primera oferta. A poco rato nos despedimos repitiendo el coronel á las señoras Langaruto, que le avisaran de cualquiera novedad, ó cosa que se les ofreciera, y de si habia

... un juez, un escribano
quien habian nombrado depos
frosina y á algunos criados de
do como se habia marchado D.
entregando todo por inventario
guida á Doña Eufrosina que en
casa con su niña llevándose su
de ella y unas imágenes que por
festándole que lo hacian los acr
porque ella lo merecia, pues que l
lapidacion de los bienes.

La infeliz Eufrosina en situaci
plorar el favor de Matilde y el co
su casa como habian prometido, co
Se entiende que ni á ella ni á Po
mer ni estimacion; pero sí, los ch
que estaban acostumbradas. La f
á Doña Eufrosina mas que la de s
trañaba las tertulias y visitas de s
sus antiguas comodidades.

Apenas pasaron tres meses en
llanto y la tristeza

uego se opuso con firmeza. Doña Eufrosina, poco acostumbrada con su marido á semejantes oposiciones, se incomodó altamente, y desde ese dia se turbó la paz que debia haber sido perdurable.

Esta acabó de romperse á causa de algunos señoritos que, perpetuos centinelas de Pomposa, todos los dias, todas las noches y á todas horas rondaban la casa, acechando un descuido para entrar, seduciendo á los criados y haciendo las acostumbradas diligencias para hablarle dos palabras á la niña.

Luego que el coronel fué advertido por su esposa de los desórdenes que habia en el particular, llamó á solas á su sobrina, y la reprendió seriamente por sus locuras. El resultado fué que Pomposa entró llorando al cuarto de su madre, se quejó con ella del duro tratamiento de su tio, ponderando y mintiendo como le pareció, con lo que consiguió que Eufrosina se irritara con su cuñado, á quien le dijo:—¿qué piensa vd. hermano, que mi hija es huérfana de padre y madre para que así me la maltrate? Si lo hace vd. por el rincon y por el bocadito que nos da, por cierto de ello: para nada necesito pan con cordonazo, y con mudarnos noramala está todo compuesto, que á bien que cuando Dios amanece, amanece para todos. Así es, mamá, prosiguió Pomposa: vd. no desconfie, que Dios tiene mas que dar, que nosotros que pedir: su providencia vela sobre la conservacion de sus criaturas, y no abandona ni á los pajarillos, ¿cómo nos ha de abandonar á nosotras que somos mejores que los pájaros, segun nos dice donde dice: *multis passeribus meliores estis vos?*

Vea vd. señora, decia el coronel: aquí era buen lugar para hacerle ver la mala educacion que le ha dado á esta niña, y cuanto ella ha sabido imitar los ejemplos que ha visto, haciéndose una ignorante, presumida y malcriada....

Poco á poco, señor D. Rodrigo: poco á poco, decia Eufrosina. Sírvase vd. de no maltratar á mi hija, y mucho menos

en mi presencia; pero ya vd. y yo no hemos de hacer migas: lo mejor será quitar el banco. Vístete, niña.

Ninguna persuacion del coronel ni de Matilde bastaron á contener aquel genio intrépido y resuelto. En aquella misma hora se salieron las dos sin despedida, y á la tarde enviaron por sus camas y pocos trastes.

El coronel tenia resolucion: y así, aunque previó las consecuencias de la separacion de su cuñada, no se opuso. Dejó sacar los muebles, y solo se ocupó en tranquilizar á su muger y á su hija, que estaban muy apesadumbradas por el lance.

Doña Eufrosina no se fué á hospedar á parte alguna, sino á visita á casa de Carlota, donde habló del coronel y su familia mil primores. En esta conversacion salió á la plaza la economía del gasto, el mal genio del cuñado, lo chismoso de Matilde, las monerías de Pudenciana, lo ridículo de su marido, las groserías de los criados, y cuanto podia conducir á que Carlota, formando mal concepto de aquellas casas, se pusiera de parte de Eufrosina. ¡Qué buena recompensa dió esta á unos deudos que siempre la habian estimado, y que la estaban actualmente favoreciendo! ¡Pero son otros los agradeci-

; enviase á vender un hilo de perlas muy bueno que llevaba, nientras ella iba á buscar casa, porque á la tarde se habia de nudar aunque se viniera el cielo abajo. Carlota ofreció haer la diligencia con todo empeño, y Eufrosina marchó para a calle.

Cada una de las dos concluyó felizmente su negocio. Carota vendió bien el hilo; y Eufrosina encontró aunque no ca-a sola como queria, pero sí una buena vivienda principal en na casa de poca vecindad, pues abajo solo tenia dos cuartos arriba dos viviendas, de las que una estaba ocupada.

Con un cargador mandaron por comida á una fonda, é innediatamente que comieron, envió Eufrosina por sus trastes, os puso en su casa: fué á una almoneda, compró otros varios nuebles, y se habilitó de la primera criada que encontró. Luego que estuvo todo corriente, volvió á casa de Carlota que le lió trescientos cincuenta pesos que habian dado por el hilo, y despidiéndose Eufrosina le dió las gracias por su empeño. Carlota no creia su dicha de verse libre de semejantes huéspeles, se despidió tambien con el mayor cariño, dándoles mil abrazos apretados.

No tuvo Eufrosina la atencion de dar parte á su cuñado de casa nueva; pero por Welster y Carlota supimos su método de vida, y algunas aventuras de Pomposa, dignas de que se lean en el capítulo que sigue, para ver el fruto de una mala educacion, y peor direccion de una madre sin juicio ni talento.

CAPITULO XXXIV.

En el que se da razon de una extraña aventura que le sucedió á Pomposita.

NADIE debe extrañar que en lo que sigue de esta verdadera historia falten algunos personages conocidos, y se presenten otros nuevos. Esto es general en el discurso de la vida: conocemos y tratamos á muchos sujetos en diversos tiempos y lugares; pero de estos, unos se enojan, otros se van, otros se mueren, y de unos sabemos su paradero, y de otros no, al tiempo que vamos adquiriendo nuevos conocimientos de personas que substituyen el lugar de los ausentes. Conque si esto es general, el lector, por cosquillozo que sea, nos permitirá que continuemos la relacion de los sucesos de Pomposa y de su buena madre.

Esta era alegre, y la hija no era triste. Resucitaron sus antiguas amistades, y adquirieron otras. Las diversiones, tertulias, paseos y *fracas* eran continuas. Los trescientos cin-

de estas buenas señoras: ella crecia á proporcion que las escaceses, y ya estaban para ahorcarse, cuando una niña, amiga íntima de Pomposa, que habia aprendido con escritura el arte de la coquetería, la salvó aunque á caro precio, enseñándole unas máximas ciertamente dignas de las señoronas de su clase.

Quisiera omitir su relacion; pero se me hace escrúpulo, porque puede ser muy útil á los hombres su noticia.

Reducianse las dichas máximas á veinte, y eran estas.

1. Aprecia al que tenga dinero, sea quien fuere.

2. Al que tenga mas, hazle mas aprecio, de modo que tu estimacion se mida por el caudal de tu cortejo.

3. Escasea tus favores, y procura siempre venderlos caros.

4. Fíngete zelosa unas veces, y otras simple, segun te convenga.

5. No desprecies ningun obsequio, sea el que fuere.

6. A los mezquinos, pídeles sin vergüenza.

7. A los que no den nada, échalos de tu casa: porque hacen mala obra sin provecho.

8. Engaña al que sea bobo y se deje.

9. Aprovéchate del primer ímpetu del que te quiera.

10. No creas á ningun amante, aunque haga por tí los mayores sacrificios y finezas.

11. No te apasiones ni pienses en casarte con pobre: únete primero con un negro, un gálico ó un herege, pues todos estos y mayores defectos son disimulables con la plata.

12. Mírate al espejo cuando te compongas, y ensáyate á hablar, despreciar, favorecer y dar esperanzas con los ojos.

13. Aprecia tu mérito mas que el de todo el mundo.

14. Sé desdeñosa unas veces y otras franca, segun las ocasiones y los sujetos con quienes trates.

15. Date á deseo y olerás á poleo, á torongil y á rosa.

16. Recluta cuantos adoradores puedas, y procura sacar ventaja de todos.

17. Ofréceles á todos, y no cumplas á ninguno.

18. Desconfia de todos, y guárdate no por honor, sino por necesidad.

19. Vístete con lujo aunque no comas.

20. En todas tus correrías amorosas, ten por último fin el interes.

Tan bellas máximas no podian menos que agradar mucho á Pomposita. En efecto, las aprendió de memoria y las practicaba al pié de la letra. Dentro de pocos dias comenzó á percibir el fruto de su aplicacion.

Lo primero que hizo fué darles su retiro á los pobretes y mezquinos, como gente inútil y pesada. A todos los demas los pelaba con bastante sagacidad. Cuando veia un cintillito, un pañuelo ú otra cosita que le agradaba, comenzaba á alabárselo á su dueño delante de otros con tanta repeticion, que lo obligaba á decirla: *Sírvase vd. de ello, señorita*; y entonces, despues de una ligera resistencia, lo tomaba, y con un un *mil gracias* quedaba pagada la tal cosa.

Otras veces con un *si yo tuviera*: *así que tenga*: *dias ha que estoy deseando*, y otras frasecillas semejantes, les arrancaba á los mizoñeros lo que podia.

Así pasaron algunos meses muy alegres á costa de los bobones que se sacrificaban á competencia, deseando cada uno ser el poseedor de aquella belleza encantadora.

Como el pleito que tuvieron no fué conmigo, jamas me negaron la entrada á su casa; antes les agradaba, porque juzgaban que yo daria noticia al coronel de sus bonanzas. Ello es que con este pasaporte yo tenia lugar para observar de cerca todas sus gracias.

Pomposa y Eufrosina, cada una por su parte, procuraban sostenerse. Aquella con sus ardides y esta con el disimulo. Yo no he visto prudencia igual á la de la buena Eufrosina.

Por lo ordinario dejaba sola á su hija en el estrado charlando con sus enamorados, y ya se debe inferir que no hablarian de sermones ni jubileos. Otras veces los veia tan separados de su hija que entre los cortejantes y ella no cabia un alfiler, y otras, retozar con los jovencitos con tanta familiaridad como si fueran sus maridos. A Eufrosina sin embargo, nada le espantaba: de todo se reia; y cuando mucho, solia decir á su hija. Sosiégate, niña: no seas tan jugetona: ¿qué dirán los señores? A este tiempo todos la disculpaban con su corta edad, y la señora quedaba muy contenta y satisfecha. ¡Ah que madre!

Yo me admiraba al ver cómo tan íntima familiaridad entre ellos y ella no producia algun desaguisado funesto para Pomposa; pero es cierto que unas pasiones destruyen ó enfrenan á las otras. Ella se defendia no por virtud sino por vanidad.

No fataban entre los visitantes algunos hombres de bien y acomodados que propusieron ventajosos casamientos á Pomposa; mas ella todo lo despreció, porque tenia firme vocacion de ser marquesa, y por entonces no la pasaba mal con su modito; pero ¿qué cosa es permanente en esta vida?

Al cabo de cinco ó seis meses de esta buena vida, fueron todos los cortejantes desengañándose de que Pomposa no pensaba sino en estafar ó ser marquesa; y enfadados de su locu-

ra y mala fe, se fueron despidiendo poco á poco, hasta que no quedó en la casa mas visita que un triste meritorio de oficina.

Ya se deja entender qne luego que tocó retirada aquella tropa auxiliar, el ejército enemigo, la cruel necesidad, se fué acercando á marchas forzadas á la casa de Pomposa.

Se volvieron á empeñar las prenditas, á contraer drogas, á darle plazos y mas plazos al casero, y á experimentarse las indigencias que al principio: y no hubiera sido esto tan fatal, si no hubiera sido mas; pero por desgracia, el maldito meritorio, el mas zonzo, el mas pobrete y despreciable, como se quedó solo en la casa, se hizo el objeto de todas las atenciones y confianzas de Eufrosina y Pomposita.

El aparentaba un amor intenso y una compasion entrañable á una familia tan decente, honrada y digna de ser protegida por un príncipe. ¡Cuántas veces este pícaron mezcló sus lágrimas con las de Pomposa al escuchar sus infortunios y desgracias! La simple muchacha creia sus fingimientos, y le manifestaba su gratitud con expresion: él aprovechó estos funestos instantes, y apretó el cerco hasta rendir aquella

explicaba con mas claridad, causando ansias terribles á Pomposa. Esta, no pudo menos que descubrirse con una de sus buenas amigas, quien le dijo:—no te apures, niña, para todo hay remedio: yo te traeré una bebida con que te cures en un dia esa obstruccion.

La oferta no pudo ser mas criminal; pero Pomposa se amaba mucho: conoció cuanto valía el honor de una muger, despues de haberlo perdido: quisó á lo menos substraerse de la pública nota, y ya que no tuvo vergüenza para ser madre, la tuvo para mostrarse tal. Ahogó en su corazon los sentimientos de la naturaleza, se hizo desentendida al terrible grito de su conciencia, y acumulando un delito á otro, bebió el infernal licor con mucho gusto. Mas fuérase por la robustez de su salud, ó por la ineficacia de la bebida, no correspondió el éxito á su deseo, sino que le hizo buen provecho. Entonces ella ocurrió á su caritativa amiga, quien prometió sacarla del cuidado.

En efecto, á la mañana siguiente le llevó un frasquito, y en él unas cuantas cucharadas no sé de qué brevage condenado. Mandó que tomase dos á las diez del dia, dos á las cuatro de la tarde, y dos á las nueve de la noche, asegurándole que si al dia siguiente no estaba buena y sana, era su última voluntad que la ahorcaran. ¡Tan cierta estaba esta maldita consejera de la eficacia de su licor!

La inconsiderada Pomposa, deseando desembarazarse prontamente del mal que la afligia, se hizo cargo que si seis cucharadas repartidas habian de obrar en veinte y cuatro horas, tomadas juntas obrarian lo mismo en mucho menos tiempo: engañada con este falso argumento, se bebió casi todo el frasquito de una vez. Ignoraba la ilustradísima Pomposa que una misma droga, ó llámese medicamento de la botica, puede ser remedio ó veneno segun fuere la dósis en que se tome; pero esta ocasion lo experimentó bien á su costa.

A la media hora comenzó á sentir unos retortijones terri-

bles que procuró disimular; pero como se aumentaban por instantes, no pudo disimularlos con igual entereza. Los dolores terribles, la hemorragia, las náuseas, la convulsion y síncopes fueron tales, que pusieron á su madre en el mayor cuidado. Se llamó al médico, y este que no era lerdo, conoció la causa, y así se lo dijo á Pomposita en un descuido de su madre.—Señorita, le decia, vd. me asegura que es doncella; pero los efectos que veo me aseguran que no lo es, y aun conozco la causa de su mal.

¡O señor doctor! dijo Pomposa: vd. es el hombre feliz del P. Almeida, pues conoce la causa de mi mal.

El médico se sorprendió con tan inesperada erudicion; pero deseando instruirse á fondo de todo cuanto le interesaba, trató de que Doña Eufrosina le diera lugar, y como no era tonto, lo supo hacer con disimulo.

En estos intermedios le dijo á la enferma:—vd. ha querido sanar de una vez, y ha tomado algun veneno activo: dígame cual es, porque le importa.

Entonces ella sacó de debajo de la almohada el frasquito con lo poco que le habia quedado, y se lo dió al médico. Este lo

Tenido Pomposa contaba, y cuando menos de pronto, salió EL MAL, y lo vió su madre.

Pomposita no estaba acostumbrada á estos regalos, y así, no teniendo mas abrigo que sus tios, se fué un dia á su casa: contó cuanto le habia pasado: el coronel la escuchó con caritativa compasion, y la acogió con lástima.

Eufrosina disimuló al principió la fuga de su hija sabiendo donde estaba; pero como le hacia falta, la extrañaba; porque hay muchas madres que se atienen á sus hijas para comer, y tratan de recogerlas aunque les quiten el bien que logran, porque en no teniendo carne el anzuelo no cae el pez. Ellas son los anzuelos, sus hijas la carne, y los peces, los hombres que bobamente se dejan engañar.

Ello es que la buena madre fué á casa del coronel para sacar á su hija. Ni esta queria irse, ni aquel dejarla; pero fueron tantos los retobos y necedades de Eufrosina, que D. Rodrigo, no pudiéndolos sufrir, consintió en que se la llevara, diciéndole ántes:—que se vaya la muchacha enhorabuena; mas tenga vd. entendido, que va á ser eternamente infeliz, y vd. mas bien que ella tiene la culpa. Ya la hizo desgraciada en lo privado con su mala educacion, perverso ejemplo y criminal consentimiento, y ahora quiere servirse de ella como de un medio indigno y criminal para vivir....¡Pobre muchacha! Ella va á prostituirse al lado de su madre, y á vivir como una mercenaria de su cuerpo. ¡Cuántas fueran menos infelices si no tuvieran semejantes madres!

No quiso aguantar mas Doña Eufrosina: y así, haciendo un dengue colérico, le respondió: hermano, yo no vine á que me prediquen, sino á llevarme á mi hija. ¿Qué le importamos á vd. ella ni yo, ¿ha de dar vd. cuenta á Dios de nosotras? pues déjenos que nos lleve el diablo. Conque vístete, muchacha, y vámonos antes que me acabe de enfadar.

El coronel, sin hablar otra palabra, la dejó charlando: Pomposa se vistió, se entró á despedir de sus tios, y se fué con su buena madre.

CAPITULO XXXV.

Continúa la desarreglada conducta de Eufrosina y la Quijotita: desatinada inversion que le dieron al último dinero que esperaban tener, y acabó en una noche en el juego. Discurso del coronel contra ese vicio detestable.

MIENTRAS que mi tutor, Doña Matilde y yo lamentábamos la suerte infeliz que iba á correr Pomposita, la madre de ella no pensaba mas que en el modo de vivir sin volver á ver para nada la cara de su cuñado, ni á nadie de su familia, excepto yo, que como sabia hacer mi papel por disposicion de mi tutor, nunca tomé partido descubierto contra ella ni su hija, con objeto de comunicarlas y estar al alcance de todo lo que ocurria en su casa, por si se les ofreciere cosa en que servirlas, y porque cuando podia percibir que la necesidad las estrechaba, avisaba á mi tutor segun me tenia encargado, y por su órden les dejaba con disimulo en las almoadillas ó canastas de costura algunos socorros que me daba para ese ob-

su hija tomaron el dinero, del que empezaban á discurrir la mas célebre distribucion, en lo que les fuí á la mano, manifestándoles que nunca necesitaban de mas juicio que esa vez, porque esa cantidad era la última que pudieran haber, y no quedaba ya esperanza alguna. Les aconsejé que buscasen con empeño una velería, chocolatería ó bizcochería que traspasar, que se metiesen allí á cuidar de su capitalito, y que mientras se adiestraban en el giro yo les auxiliaría lo posible, principalmente para las compras de la calle. Hicieron buenos gestos cuando pensaban en esto de manejar el sebo, las panochitas, los cohetitos y demas menudencias que se expenden en las velerías; mas por último, demostrándoles yo que peor que todo eso era el morirse de hambre, mendigar ó prostituirse, se determinaron á tomar mi consejo, y quedaron resueltas á buscar desde el dia siguiente una casa que traspasar y me encargaron la solicitase.

Me fuí y conte á mi tutor la buena disposicion que tenian, de lo qué Doña Matilde se alegró mucho; pero él se sonrió, meneó la cabeza, y dijo: „la cosa es muy buena en las circunstancias de esas santas; mas dudo que lo hagan, porque allí no hay cabezas.” Le repuse que yo creia que lo harian porque ya la fortuna les habia dado buenos golpes, yo les habia demostrado que no tenian ya otra esperanza, y ellas convencidas de todo, se habian resuelto á tomar ese unevo modo de vivir, para no exponerse á perecer otra vez, y el coronel contestó: „todo está muy bueno, quiera Dios que tenga efecto tan laudable proyecto.”

Al otro dia salí empeñado á buscar casa de comercio á propósitó para que la traspasaran, y tuve la *chiripa* de encontrar con una bizcocheria y chocolatería en la calle de la Merced, que tenia una habitacion interior de dos piezas y su cocinita con uso del patio, que ganaba ocho pesos cada mes, vendia al dia que menos doce pesos, querian cien pesos de

traspaso, y de existencia tendria trescientos. Creí no podia darse cosa mas análoga, y que allí asegurarian su subsistencia viviendo frugalmente: y muy contento con tales ideas, me fuí á avisarles á las cinco de la tarde. Pero ¿cuál seria mi sorpresa y disgusto, al ver que ya habian empleado mucha parte del dinero en cortes de túnicos, tápalos, medias, bretañas, canapés de moda, rinconeros. sillas, tocador, &c. &c. Les reclamé aquel despilfarro, y me contestaron que tenian necesidad de todo eso, porque no habiéndose criado en la miseria, no podian privarse de cosas tan precisas, ni querian verse despreciadas de todos, pues que la gente pobre hiede á mula y zopilote muerto: y terminaron con decirme que no me apurara, porque aun les quedaban doscientos cincuenta pesos. Hiceles presente que habian cometido una gran locura, porque nada de aquello les urgia, y debieron primero asegurarse de una casita que les diera el pan de cada dia, y de la que despues podrian ir sacando proporcionalmente para ropa, y algunos muebles indispensables. Oyeron todo con mucho disgusto, concluyendo con decir que el dinero que les quedaba ya no era bastante para tomar la casa que yo les proponia.

mingo inmediato, encargándose cada uno de convidar á algunos conocidos, y Doña Eufrosina de prevenirles una merienda, y buscar músicos que no fueran chambones.

A las Oraciones me despedí y retiré de aquella casa de locos, lleno de tristeza por contemplar que Eufronsina y su hija iban á dar al trasto en pocos dias con aquel dinero, que aunque poco, pudo darles que comer por algun tiempo, si hubieran sido capaces de juicio. Luego que llegué á casa, conté á D. Rodrigo y su esposa cuanto habia pasado; se desazonaron bastante, y el coronel dijo:—pero ¿qué quieren vds. que hagan dos personas que nunca han conocido la economía, que no han hecho mas que gastar sin saber lo que gastaban, y que jamas hubo quien les dijera en el mejor tiempo el modo de manejarse, para no cometer tantos desatinos como han cometido y que han ocasionado su ruina? Es preciso decir y repetir muchas veces para gobierno y aprovechamiento de las señoras mugeres, y particularmente las casadas, que sin virtudes domésticas, no podrán nunca ser felices, ni hacer dichosos á sus maridos é hijos: pues las virtudes domésticas no son mas que la práctica de las acciones útiles á la familia que vive reunida en una casa. Estas virtudes son la economía, el amor paterno, el amor conyugal, el amor filial, el amor fraternal, y el cumplimiento de los deberes de amo y criado. La economía es la buena administracion de todo lo que concierne á la existencia de la familia ó de la casa: y como la subsistencia tiene en ella el primer lugar, se ha contraido especialmente la palabra economía al empleo del dinero en los objetos de las primeras necesidades de la vida. La economía es una virtud. porque el que no hace ningun gasto inútil, se encuentra siempre con un sobrante que es lo que constituye la verdadera riqueza, y por este medio se proporciona y á su familia todo lo que es verdaderamente cómodo y útil, sin contar quo por este medio se aseguran algunos recursos contra

las pérdidas accidentales é imprevistas, de suerte que cuantos de él se rodean, viven en una dulce comodidad que es la base de la felicidad humana. Por el contrario la persona que cae en los vicios de disipacion y prodigalidad, viene á verse privado de lo necesario, cae en la pobreza, la miseria y el abatimiento; y sus amigos mismos temen verse obligados á restituirle lo que ha gastado con ellos ó por ellos, le huyen como el deudor huye de su acredor, y queda abominado de todo el mundo. El amor paterno se explica en el cuidado continuo que tienen los padres, de hacer contraer á sus hijos el hábito de todas las acciones útiles á ellos y á la sociedad. Los hijos con tales hábitos se proporcionan durante su vida, unos gozes honestos, y auxilios que se hacen sentir á cada instante, y que aseguran á su vejez los apoyos y consuelos oportunos contra las necesidades y miserias de todo género que agovian esta edad. Pero por desgracia muchos padres se extravian en esta parte: no aman á sus hijos, sino que los acarician, les satisfasen todos sus caprichos y los echan á perder. Esta fué la conducta de mi desgraciado hermano D. Dionisio, y este el orígen de que estas pobres mugeres no tengan hoy ca-

dad de sus depravadas costumbres, pues pertenecia á una pacotilla de *léperos* de casaquita y fraquesito, que llamaban *el manojito*, y vivian á expensas de los tontos que los admitian en sus casas para sus diversiones, en las que por modo de broma y *á si pega*, se embolsaban las cucharas y tenedores, cambiaban su repelo de sombrero con los buenos que llevaban los hombres decentes, dejaban sus otates, y se llevaban buenas cañas y paraguas, y á ese modo hacian otras travesuras de ingenio, con que se habilitaban para sus necesidades de burdel &c. &c. De esa partidita habia en la diversion de las Langa. ruto unos cinco ó seis, que todos á su vez bailaban, cantaban y brincaban, comian y bebian sin tino y sin tasa, antes de la merienda, en la merienda y despues de la merienda. Esta fué muy buena, pues ni Doña Eufrosina ni su hija querian heder á pobres, sino quedar bien en en su fiesta aunque el dia siguiente fuera necesario empeñar algo para comer. Yo aunque al principio me incomodé con todo aquel desbarato, convenciéndome de que no tenia remedio, me hice el ánimo de divertirme bailando mis contradanzas, que es lo que me agrada por lo que aprovecha el ejercicio.

Al concluir una de ellas fuí á sentarme, y observé entre la concurrencia una señora de ochenta años, otra de sesenta y otra de cuarenta con una sobrina de veinte á veinte y dos. Cierto instinto hizo que me arrimase á esta última, la cual me dijo al oido:—¿qué le parece á vd. de mi tia, que con su edad quiere tener cortejos, y hacer la niñita?—No tiene razon, le dije, que eso en quien cae bien es en vd. Poco despues me puse junto á la tia, y me dijo esta:—¿no ve vd. esa vieja que cuando menos, ha cumplido los sesenta, y ha gastado hoy mas de una hora en el tocador?—Pues pierde su tiempo, le respondí, menester seria que tuviera el mérito que vd. para pensar así.

Arrímome á la desventurada sesentona doliéndome en el al-

mor, dije para mi sayo, bastar
y empecemos por la mas viej
do.—Señora, se parece vd. t
acabo de hablar, que yo me hal
y creo que son ustedes de una r
—Es cierto, caballero, me dijo
las dos, mala se la mando á la
hay dos dias de diferencia entr

Oida esta decrépita, me lleg
es menester, señora, que falle v
hacer, porque he apostado que v
do la de los cuarenta años) tenia
me respondió, que creo que no h

¡Bien va! continuemos. Fuí m
de los cuarenta,—hágame vd. fav
chancea cuando llama sobrina á
tá allí. Tan niña como ella es v
ra un no sé qué aviejado, que no l
llas luego de color de escarlata ta
me respondió, de veras que soy s
veinte y cinco años largos mas qu
la misma ed

ıventud. ¡Ah! ¿pues cómo no han de anhelar por engañar . los otros, cuando se afanan por engañarse á sí propias, y za- ırse de la mas triste de todas las ideas, que es para ellas la e afearse y enviejarse.

En estas reflexiones estaba yo distraido, cuando me llama- on la atencion infinidad de palmoteos que daban *los del ma- ojito*, gritando desde la puerta que entraba á la pieza donde abiamos merendado: „Señores y señoritas, aquí hay otra di- ersion para los aficionados: Morales ha puesto el montesito on cincuenta pesos. En el momento se metieron á dicha ieza, y los siguieron algunos concurrentes picados de la ara- ıa, y á poco Doña Eufrosina fué tambien diciendo que iba á er si sacaba los costos de la diversion. Lo que debia temer- e de que jugara una señora que no entendia mucho de eso, y ue iba á ponerse con los maestros de Virjan * como tahures fulleros de profesion, me hizo seguirla y aconsejarla no hi- iera tal disparate; mas nada fué bastante á contenerla, y fué l resultado que aturdida con las primeras pérdidas se cegó, poniendo paradas de consideracion, antes de hora y media, ıo le quedó ni medio, ni mas recurso para pagar á los músi- ;os, que empeñar al dia siguiente alguna ropa, porque hasta as alhajitas habian ganado ó robado ya los pícaros del mano- ito, que todos hacian pala á su compañero el montero, come- iendo cuantas faltas y groserías les eran peculiares, negando . Doña Eufrosina algunos pedidos que hacia para seguir ju- ;ando, y contestándole que solo prestaban sobre Pomposita.

Esto desazonó enteramente á madre é hija, y los concurren- es que lo advertian se fueron saliendo, así como los señores lel manojito, que á mas de su mala ganancia se llevaban ya

* Así suele llamarse el juego, aunque equivocándose el nombre de *Bilhan*, que parece haber sido el inventor de los naipes, ó su primer fa- ›ricante.—*E.*

algunas servilletas y pañuelos en la bolsa, segun lo tenian de costumbre: y yo que ví en mi relox las once largas, afligido porque me habia distraido tanto, y porque se habria incomodado justamente mi tutor, me despedí y fuí con violencia á casa, donde solo me aguardaba el portero para abrir el zaguan, que cerrado á mi satisfaccion, me fuí á costar, y dormí hasta las nueve del siguiente dia, por no estar acostumbrado á desvelarme.

CAPITULO XXXVI.

Noticia de donde estaba D. Dionisio, su nueva fortuna, su llegada á México, y conducta que entabló. Por su muger é hija cae en una cama, y muere. Ingratísimo modo de obrar de Eufrosina en este lance.

Como me levanté tarde, ni pude ni tuve ocasion de decir nada hasta el medio dia en la mesa, á que casualmente asistieron ese dia Pudenciana y su marido, é impuestos todos de cuanto desórden habia visto en casa de Doña Eufrosina el dia anterior, se lamentaron de las desgracias que eran consiguientes á esa conducta, y mi tutor tomando oportunamente la palabra, dijo:—la conducta de esas miserables me parte el alma, y mas porque veo que no tienen remedio; pero ya que me dan ocasion, diré á ustedes lo que he observado muchas veces con respecto á la odiosa y criminal pasion del juego. A instancias de algun concurrente se permite por una sola vez y despues de muchas instancias, un rato de monte. Este rato se prolonga mucho mas de lo que se creyó al principio, y ya está hecho el daño, y abierto el camino á uno de los mayores azotes que pueden sobrevenir á una familia. Un solo hecho de esta especie, basta para contraer una aficion, que crece con los años, nunca se extingue, y que conduce al crimen.

á la ignorancia, á la pérdida del reposo, y á un fin trágico y deplorable. Si se hubiera tratado de inventar el medio mas eficaz de despojar á la muger de sus gracias naturales, no hubiera podido hallarse uno mas á propósito que el juego. La muger que le cobra aficion, está en un frenesí habitual, en una ansiosa inquietud, en un anhelo continuo que la priva para siempre de la aptitud para las ocupaciones serias y útiles. Ni siquiera le queda el derecho de exigir las consideraciones y preferencias que se tributan en toda sociedad á las señoras, porque el juego requiere una perfecta igualdad, y los jugadores de profesion la miran como su víctima si pierde, como su enemiga si gana, y en todos casos como su cómplice. Cuando esta perversa propension se ha hecho dominante, no sé como se pueda oponer á la inmoralidad y al desórden, ni creo que puede haber sombra de estabilidad en las relaciones públicas y privadas. Las inclinaciones mas depravadas, el embrutecimiento, la chocarrería, las libertades mas groseras é indecentes, deben ser y siempre son las compañeras inseparables del juego. La degradacion que imprime en el alma, aletarga las facultades, la condena á ejercitar su comprension en la mas despreciable de las futilidades, y dándole el convencimiento de su propia bajeza, le quita los medios y el deseo de de ella y de emprender la menor reforma. Se me figura que este vicio es propio y el mas eficaz instrumento para ejercer sobre el hombre el mas absoluto despotismo, por que interesado este en convertir al hombre en máquina, ¿puede inventarse un medio mas seguro que el que lo reduce á fijar toda su atencion en las viscisitudes del azahar, y en los movimientos de unos cartones pintados? Hablo solo con mi familia, y creo que ninguno de ella es capaz de venderme por decir con franqueza mis sentimientos, y con tal seguro diré, que en mi juventud ví que el juego llegó á ser una de las horribles calamidades, con que los agentes de la tiranía habian inficionado mi pa-

tria; pero esta, si no en la presente lucha, aunque mas tarde, ha de ser libre á costa de cualquiera sacrificio, y esta consideracion solo es bastante para imprimir el sello de la proscripcion y de la ignominia á un pasatiempo mas destructor que que la guerra desoladora, y dejarnos el tiempo expedito para educar á nuestras familias y formar buenos ciudadanos que ya serán nuestros hijos, y muy particularmente las mugeres que son las encargadas de dar las primeras impresiones á la infancia.

Así discurrió el coronel sobre el maldito juego, y seguimos hablando del estado de angustia en que estarian las señoras Langarutos, cuando al terminar la mesa metieron á D. Rodrigo dos cartas que conducia el cartero, y vió una grande que venia de Chihuahua y tan abultada, que su porte eran cinco reales, y la otra de Puebla por el porte de dos reales. Pagó ambos, y llamándole la atencion la primera por lo abultado y por ser de un punto en donde no tenia ninguna relacion la rompió, y con admiracion dió un grito de sorpresa: „D. Dionisio, D. Dionisio," Todos nos sorprendimos é interesamos en saber cuál era la suerte de aquel hombre, y el coronel apar-

es, con el que sufrí un año, y concluido me subió mi amo cincuenta pesos mas; pero habiéndole escrito un comerciante de Chihuahua que un amigo suyo necesitaba un cajero de confianza y que daria doscientos cincuenta pesos, me lo propuso, y yo que deseaba alejarme todo lo mas posible, acepté, y marché á los tres dias. Llegué á mi destino, y me encontré con que mi nuevo amo era un español, solteron viejo de sesenta años, que tenia una hacienda con cosa de ocho mil pesos, una casa propia, y una haciendita que valia treinta y cinco mil; pero me enfrié cuando oí que se llamaba D. Ambrosio Langaruto. Sin embargo, resuelto á ocultar mi nombre, comencé mis trabajos como hombre que no desconoce los negocios, de que resultó que á pocos meses me dijera mi amo: „D. Pedro, yo estoy viejo, no tengo aquí pariente alguno que vea por mí, y vd. ha simpatizado conmigo, á mas que le veo amor al trabajo: desde hoy se encarga vd. del cuidado y administracion de todos mis intereses, véame vd. como un amigo, que yo quiero serlo de vd. y no le ha de pesar." Yo le efrecí cuanto me exigia, y desde entonces comencé á manejarlo todo con la exactitud y fidelidad que debia. En las conversaciones familiares que despues tuvimos, descubrí que mi amo era hermano menor de mi padre, que vinieron juntos de España, y que por una riña que tuvieron, se separaron. Mi padre quedó en esa ciudad, y D. Ambrosio se vino á esta, sin que jamás volvieran á comunicarse de ningun modo.—Conciba vd. cómo quedaria con tal noticia, y la incertidumbre en que entré, de si me descubria ó no; pero me resolví á lo segundo, y así me mantuve hasta ahora hace dos meses, que mirando que mi amo se agravaba de sus achaques habituales, y concibiendo alguna esperanza, me determiné á descubrirme, valiéndome de poner con disimulo mi partida de bautismo que tuve cuidado de traerme en mi fuga, para que en caso de morir, ella dijese quien yo era, y se avisara á mi familia. Tan pronto como la leyó, comenzó á gritar: Dionisio, Dionisio; y yo temblando y anegado en llanto acudí

á verlo. Ya lo encontré que iba á buscarme: me eché á sus piés, se los besé porque veia en él la imágen de mi padre y me alzó: nos abrazamos, y cuando estuvimos desahogados, le conté mi historia. El me previno dispusiera mandar por mi familia á toda costa, y así lo habria yo hecho si mi tio no cayera gravemente malo á los tres dias: se fué poniendo peor cada dia. hizo su testamento en que me dejó de su único y universal heredero, y murió hace mes y ocho dias.—Hice sus funerales como correspondia, lo mismo que sus honras: y determinando luego volver al seno de mi familia, he traspasado la tienda, de lo que mando á vd. la adjunta libranza de tres mil pesos, que me hará favor de poner en manos de mi Eufrosina, para que ella y mi hija lo reciban como una prueba de mi amor, y de la mejora de nuestra suerte. —Solo aguardo á que me den el valor de la casa y hacienda en el mes que he dado de plazo, é inmediatamente salgo para esa, en donde tendré el gusto de acabar de pagar á mis acreedores, y de abrazar á vd. á mi hermana y sobrina, y manifestarles de mil modos mi reconocimiento y cariño. Entretanto mande vd. como guste á su apasionado y agradecido hermano que ansia

En el momento que leyeron sus cartas comenzaron las alharacas y privaciones, &c. se les auxilió con lo necesario, y dejándoles mi tutor veinte pesos, nos retiramos despues de recibir muchos agradecimientos y abrazos. Al dia siguiente se cobró la libranza, y yo fuí el comisionado para entregarles el dinero, que recibieron con cuanto gusto se puede imaginar, é inmediatamente mandaron por un coche y me estrecharon á que las acompañase, metiendo al coche dos mil pesos. Yo les preguntaba ¿qué iban á hacer? advirtiéndolas de que era menester meditar cualquiera cosa, y de que se fueran con tiento en gastar, porque no sabiamos si la Providencia dispondria qué fuera el último socorro. A todo contestaron que siendo otra vez ricas, no les correspondia la casa que tenian, ni todo lo demas, y marchamos previniendo ellas al cochero fuera andar por las calles principales, y que donde viera cédulas de casa vacia allí parase. Por mas que yo les decia en el camino, nada bastó á disuadirlas, antes me dijeron que era un necio, que habia formádome por las ranciedades de mi tutor á quien le atribuian ser un miserable. Quise distinguirles la miseria y mezquindad de la economía que usaba mi tutor, que justamente huia de la prodigalidad y despilfarro. Todo lo escuchaban como quien oye llover y no tiene á que salir: y en estas y las otras paró el coche en la calle de Vergara, y entramos á una casa que estaba de traspaso, porque la familia que la ocupaba se iba fuera, por cuya razon tambien vendian algunos muebles de lujo. En dos por tres, aquellas cabezas volcánicas ajustaron el traspaso de la casa en cuatrocientos pesos, y en ochocientos los muebles, y me encargaron hiciese al cochero subir el dinero: de él se pagó lo tratado, se recogió recibo, se convinieron que al dia siguiente recogian todo, y hasta el portero de la misma casa quedó ajustado de cuenta de las mismas Langaruto, y nos volvimos al coche con los ochocientos pesos restantes que se quedaron dentro de hora y

luego como supo todo esto, solic
la familia, y fueron al efecto á
Eufrosina queriendo ó no, mand
á ver al síndico, y manifestándol
suadió que dentro de poco estar
taba, pues que no lo habia olvida
embargo, y como este servicio del
deraciones de Eufrosina y Pompo
un coche y fueron á visitarlos lo
su marido. En ambas casas reci
jos para su posterior conducta; mas
fijaban la atencion. Al siguiente
de, D. Modesto y Pudenciana fuer
que con repugnancia del primero;
Dionisio no los encontrase desave
lo ocurrido con su familia, pues qu
para un pobre hombre que venia de
da despues de algunos padecimiento
daron ya corrientes en su amistad.

Al mes y medio llegó D. Dionisi
la casa de mi tutor, de donde pasó
que lo acompañásemos todos

nisio que quedó echo una estatua, y sus ojos rompieron en deliciosas lágrimas, gozando todos la mas placentera felicidad en aquel momento, que creian el mas dichoso de su vida. Mi tutor, su esposa, D. Modesto y Pudenciana con los ojos humedecidos y con la ternura que inspiraba la escena, los hicieron caminar y subir á la sala, donde poco á poco fueron respirando, y repitieron los abrazos y las mejores palabras de amor y sensibilidad. Los criados que traia D. Dionisio, tan pronto como descargaron el coche, de cuya comision me encargué, y que colocaron este y las mulas en su lugar, sabieron á ofrecerse á sus amas, á quienes los recomendó Langaruto diciendo que habian muchos años servido á su tio con fidelidad, y reconocido, se los habia traido en su compañía.

Comimos allí aquel dia, y nos retiramos hasta las nueve de la noche con repeticiones de abrazos, lágrimas y ofertas. Al dia siguiente á la hora de almorzar llegó D. Dionisio, y á poco avisaron que estaban allí sus criados con unos caballos, y al momento nos suplicó bajásemos á verlos. Ya en el patio dijo al coronel que no creeria que lo amaba como hermano y amigo, si no recibia aquella pequeña demostracion de su voluntad y reconocimiento: que un caballo retinto que allí estaba era para mi tutor, el tordillo para D. Modesto, un rosillo para Doña Matilde, un colorado saino para Pudenciana, y un moro para mí. Todos resistimos lo posible este obsequio, aunque á mí se me iban los ojos tras el moro que era de la mejor estampa, aunque parecia inferior entre los cinco, y por último á las instancias, los recibimos dando muy expresivas gracias.

Subimos á almorzar, para lo que se convidó á Pudenciana y su marido, y en la mesa contó cuanto le habia pasado desde que se separó de su casa, y concluyó dando gracias á Dios por todo, y diciendo: „la experiencia me ha dado á conocer cuanto mal me manejé en la primera época de mi fortuna, y hoy estoy resuelto á llevar nueva conducta segun me lo acon-

sejó y encargó en los últimos momentos de su vida mi tio y bienhechor; pero para celebrar mi nueva fortuna, quiero tengamos un dia de campo, entre los de nuestra familia, y al que no concurrirán mas extraños, que dos amigos de toda confianza. Hoy mismo he pasado á ver ál síndico del concurso de mis bienes, y mirando la cuenta que tiene bien formada, ví que entre lo que se adeudaba á los acreedores, y lo que se ha pagado de costas, debia yo once mil y pico de pesos que en el acto le pagé en buenas libranzas, que aceptó luego á presencia del escribano que fué á dar cuenta de todo al juez, para que dé por concluido el concurso, y se archive segun pedimos en un escrito el síndico y yo.» Todos lo felicitamos por su ventura, y quedamos en asistir al dia de campo, que tuvimos en una casa de la Orilla, con mucho placer, pues vimos que D. Dionisio era completamente otro hombre.

En la semana siguiente á su llegada, traspasó D. Dionisio una tienda de ropa en el Parian, cerca de otra que ya tenia D. Modesto con buen capital á que habia subido por su continuo afan, cuidado y economía de Pudenciana, que no olvidando las lecciones de su padre y ejemplo de Matilde, hacia

sencia observaron su muger é hija, lo que no dejó de desazonarlo, é indisponiéndose mas por las impertinentes solicitudes de una y otra, que anhelaban por sus antiguas tertulias, teatro, &c. &c., á los tres meses de venido, por un baile que emprendieron ellas, y á que no quiso acceder, riñeron marido y muger de tal modo, y le dijo ella tantos insultos, que de resultas de tan grande cólera y derramamiento de bilis le dió una fiebre que se le agravó en momentos. Siete dias estuvo en una terrible incertidumbre asistido de Doña Matilde y Pudenciana que acudieron á ese efecto, ayudándolas nuestra Quijotita, como una hija que ya conocia cuanta falta le hacia su padre. No así Eufrosina que en los primeros dias apenas entró alguna vez á la recámara, y no cuidó de verle mas. Estaba sentada con una aparente melancolía; pero jamas le vieron echar una lágrima. Una vez se le dijo que su marido daba señales de conocimiento, y se determinó á verlo: le dijo dos palabras, salióse luego dando algunos suspiros, y nada mas. El coronel aprovechando los momentos, hizo llamar un escribano, y D. Dionisio hizo su testamento, en que nombraba de heredera á su hija: mandó que el quinto de sus bienes se emplease en misas por su alma y la de su tio y bienhechor D. Ambrosio Langaruto, y aunque mi tutor lo resistió bastante, quedó nombrado albacea con el mayor sentimiento suyo, de su familia y mio, porque veiamos las incomodidades que esto le traeria.

Finalmente, D. Dionisio volvió á agravarse y despues de sacramentado, rodeado de sus amigos, parientes é hija, espiró. La ingrata Eufrosina no pasó de la pieza inmediata, y mas fué engaño que verdadero dolor, alguna lágrima que salió de sus ojos: asistió con entereza á todo cuanto pudo ocurrir para los funerales, y luego que estuvo enterrado el cadáver, se dedicó con el mayor escrúpulo á cuanto podia constituir mas culto y perfecto su duelo. Toda la conducta de esa vil muger estaba demostrando que nunca tuvo á su marido mas que un amor

interesado: que el gusto de su regreso fué porque esperaba volver con desahogo á su antigua vida, y que como esto se le alejó porque el colmo de la desgracia habia hecho cuerdo á su marido, lo aborreció y acaso deseó su muerte para gozar á sus anchuras de aquel caudal.

Concurrieron á dar el pésame los parientes y amigos, y á á verdad, que al principio cada uno procuraba expresarse con tiento para no renovar una herida tan dolorosa; pero quedaban sorprendidos al ver la indiferencia de la viuda, y que ella misma suministraba argumentos consolatorios. *Me consuela*, decia, *que no soy una vieja.* No tenia mas que cincuenta y un años. De allí á poco decia: *Me consuela, que quedo con alguna cosa en el mundo.* Despues de algun momento añadia: *me consuelo con tener algunos parientes y amigos* No mucho despues replicaba: *me consuela que no tengo mas de una hija ya grande, y no fea ni sin gracias.* Luego succesivamente: *me consuela que no tengo que estar sujeta á voluntad agena; soy libre y sin sujecion, podré hacer lo que quiera.*

En suma, ella por sí misma andaba buscando y eligiendo

muy cabales cuando recordaba todo lo que le pasó en la ausencia de su padre. Ella huyendo de la concurrencia, se iba á alguna pieza apartada á llorar con Doña Matilde y Pudenciana, que estuvieron allí los nueve dias del duelo, lo mismo que mi tutor y D. Modesto, que solo salian á cosas precisas y volvian á la casa mortuoria, mientras yo solo iba á ratos y volvia á cuidar de las otras dos casas que me habian encargado.

STE & STI 6 AUG

CAPITULO XXXVII.

El coronel cumple pronta y fielmente su encargo de albacea. Eufrosina y la Quijotita continúan sus desbaratos. Pudenciana y su marido, constantes en su buena conducta, progresan. El coronel cuenta la historia de una viuda.

Luego que pasaron los nueve dias del duelo de D. Dionisio, mi tutor consultó con Eufrosina y Pomposita si querian que los inventarios fuesen extrajudiciales, ya porque entre dos solas interesadas y de su clase no debian esperarse diferencias, y ya para economizar el enorme gasto de las costas que importarian un dineral, pues siempre los primeros herederos del que muere, son el juez, el asesor, el escribano y todos los arlequines de estos, que aparentando á los herederos el sentimiento de su desgracia, procuran alargar los dias, comen en ellos medio lado, y luego el tazador de costas, interesado en el tanto por ciento del importe de ellas las hace subir inmensamente. Algo resistieron la viuda é hija esa opinion,

por su rango se excusaban de hacer esos servicios, que cuando los aceptaban era por cumplimiento, y nunca llenaban su deber, ella y la madre insistieron en su nombramiento, diciendo que á una señorita de su representacion no le correspondia nombrar á un cualquiera, y que en el momento iban á ver al conde, como fueron de facto, y volvieron asegurando que estaba pronto á aceptar, por lo que asentadas las diligencias necesarias quedó discernido el cargo de curador al señor conde.

Inmeditamente se procedió á todo lo demas pedido en el escrito, y los inventarios, á que nunca asistió el señor curador, quedaron concluidos en cinco dias: en seguida mi tutor los presentó con un escrito pidiendo que lo ratificasen los peritos con juramento, y que si haciéndose saber á las partes no contradecian, se aprobasen y elevasen á la esfera de inventarios juridicos, obligando á las partes á estar y pasar por ellos en todo tiempo. Así se hizo todo, previa la deferencia de la viuda y del curador de la Qijotita, mas Quijote que ella, y quien de nada tenia menos cuidado que de la pupila y sus intereses. En este estado se pidió el nombramiento de contador, que recayó de acuerdo de los interesados en el licenciado Toño Carretas, que aceptó y recibidos los autos formó la cuenta divisoria, que presentó y fué aprobada de consentimiento de las partes, deducido el quinto, de que se rebajaron los gastos de entierro, y mandas forzosas, distribuido el resto en limosnas de misas, la cuarta parte como debe ser, en la parroquia á que correspondió el testador, y las demas en S. Cosme, S. Fernando, S. Diego, y á algunos clérigos de buena conducta y necesitados que mi tutor buscó, todo segun la intencion de D. Dionisio, y recogiendo recibos de todo. Resultó por último que no habiendo de gananciales en el poco tiempo que á su vuelta sobrevivió D. Dionisio, mas que dos mil cien pesos, tocó á la viuda Eufrosina la gran cantidad de un mil

cincuenta, y á Pomposita por su total herencia, la de treinta y siete mil y cincuenta pesos.

No puede ponderarse la pesadumbre que recibió Eufrosina al verse tan pobre, cuando se imaginaba dueña absoluta de todo el caudal, y el orgullo que adquirió nuestra Quijotita, que mirándose dueña de todo, reconoció la superioridad que iba á tener sobre su madre.

Hasta aquí no habian ido tan mal las cosas del albaceazgo; pero como mi tutor tenia obligacion de asegurar el interes de la menor, y no dejar el libre manejo de esos bienes á dos locas, propuso para el efecto los medios mas prudentes, que no admitian, porque para ellas todo era bueno, menos el sujetarse á que otro ordenadamente les manejaso y distribuyese aquello, pues lo que querian era libertad para disponer á su arbitrio. De esto resultó que se indispusiera mi tutor, hasta que la viuda le dijo que mientras pensaba lo que debia hacerse, se suspendiese todo, como se suspendió, sin que restara otra cosa de parte del albacea, que en mes y medio habia concluido la testamentaría. ¡Ojala y hubiera muchos albaceas como este! Pero apenas se halla uno en cada cien mil

intervencion de un albacea tan miserable y mentecato: y he aquí ya á nuestra Quijotita fija en casarse y en buscar para ello un marqués ó conde como tenia de antigua manía.

Al mismo tiempo que Eufrosina y Pomposa continuaban labrando el edifiicio que las habia de envolver en su ruina, D. Modesto y Pudenciana iban progresando á gran prisa, de manera que haciendo su balance en aquellos dias, se encontraron con un capital de sesenta mil pesos, que no se echaba de ver por el grande arreglo que habia en los gastos. La casa que tenia las piezas necesarias sin ninguna de sobra, les ganaba veinte pesos, no habia mas criados que el portero, cocinera, costurera, y una jóven pobre, de familia decente y religiosa con muy buenas costumbres, que ayudaba á Pudenciana en el cuidado y educacion de los niños.

En estas circunstancias se anunció en la Gaceta el remate de una casa en la calle del Relox, y por consejo de mi tutor que manifestó á sus hijos, (como llamaba á ambos) las ventajas de tener uno su casa sin esperar al casero todos los meses, y con la libertad de ponerla segun que les conviniera ó fuera de su gusto, D. Modesto se determinó á hacerle postura; pero con la condicion que él y Pudenciana exigieron de sus padres, de que se irian á vivir con ellos, á lo que condescendieron en fuerza de instancias y ruegos, y tambien porque no podian sufrir sus corazones el separarse algo de tan buenos hijos.

Llegó el dia del remate al que se presentó D. Modesto con papel de abono del conde de Agreda, y rivalizando con moderacion con otros dos postores, fincó en él el remate de la casa, en cantidad de treinta y dos mil pesos, dando al contado diez y ocho, y reconociendo catorce de unas capellanias que reportaba la finca, con libertad de redimir cada año el capital que le fuera conveniente.

Tan luego como recibieron la casa, le hicieron las composturas necesarias, y se mudaron padres, hijos y nietos que des-

de entonces formaron una familia la mas armoniosa y llena de placer, pues que á todo cooperaba la dulzura de aquellos genios y su muy buena educacion, añadiéndose á esta felicidad la de que el coronel para tener una ocupacion útil á la familia, se encargó de la educacion de sus nietos varones que lo amaban tiernamente, y observaban como inviolables preceptos los consejos que les daba.

Un dia que D. Rodrigo habló de lo inquieto que estaba por no acabar de asegurar los bienes de Pomposita, á causa de las entretengas de ella y de la madre, se promovió conversacion entre todos sobre la suerte de aquellas señoras, y del modo como podria evitarse el mal que por si debian hacerse. Cada uno propuso lo que creyó conveniente, y D. Modesto expuso que creia útil que Pomposita casara con un hombre de juicio y madurez que supiera sujetarla, pues que ya en ese estado, la madre que casi nada tenia por sí, se veria estrechada á estar quieta.

Oido esto, mi tutor tomó la palabra y dijo: „la cosa, señores, era muy buena; pero es menester no pensar en lo que no

crecion para que no tenga con el tiempo funestos resultados.»

„Algo viene al caso una historia que sé de personas conocidas, y que me parece útil contar, por si mi Matilde ó mi Pudenciana enviudaren, que por mi no es muy dificil, porque ya estoy muy cerca del sepulcro. No pudo proseguir porque todos nos enternecimos, y Doña Matilde y Pudenciana bañadas en lágrimas corrieron á abrazarlo, sin quererlo dejar, hasta que él las persuadió, las halagó, y se las sentó una á cada lado, diciéndoles: „hijas mias, la muerte debe ser esperada con tranquilidad. Obremos como verdaderos cristianos, y no la temamos, que acaso Dios la manda para dar descanso al hombre, y premiarle las pocas bueuas obras que haya hecho; pero dejemos eso por ahora, y vamos á mi historia.»

„En una ciudad no muy distante de esta capital, hubo un padre de familias, que le habria estado mejor ser donado demandero de algun convento, pues que no supo educar á los hijos que tenia, y crió siempre en un *santo encierro* y una *virtuosísima* ignorancia, de que resultó que á la muerte de aquel necio, ninguno de su familia supiera manejar lo que dejó, y que al mismo tiempo que no se ocupaban mas que de rezar, se acabara el capital. Dejemos la suerte de los otros hijos, y hablemos solo de la que hace el papel principal de la historia que he anunciado. Este infeliz jóven despues de algunas escaseces que padeció al lado de su madre, tuvo la *chiripa* de casar con un hombre de bien muy trabajador; pero de edad ya algo avanzada y de ideas rancias é imprudentes, de manera que continuó nuestra joven la misma vida que cuando existia su padre. Así vivieron cosa de seis años, á cuyo tiempo murió el marido, y quedó nuestra viuda con cuatro hijos; pero en la edad de veinte y dos años, con no malos bigotes, y con cosa de sesenta mil pesos. En estas circunstancias se le presenta un militar del alma mas negra que se le puede imaginar, y de una verbosidad muy propia para enredar á aquella honradísima bestia: le hace setenta mil ofrecimientos, le promete

una proteccion decidida, y por último se encarga de todos los negocios de la casa, ocultando maliciosamente que era casado. Se hizo extender un poder amplísimo que nuestra viuda firmó como quien firma en barbecho, y ya desde entonces quedó constituida una pupila de aquel malvado, que poco á poco fué ganando el corazon de aquella miserable, y en breve le hizo dueño de su honor y de cuanto poseia. Ese perverso para cubrir las exterioridades, hizo se formalizase la testamentaría, y quiso que no quiso, como el curador de los menores no era como él, aseguraron las legítimas de esos pupilos, y nuestro militar fué tomando en pesos fuertes y floridos el haber de la viuda, con los que satisfacia sus vicios y muy particularmente el del juego, que es capaz de acabar con el caudal de Terreros y mil Bordas; y marchaba tan de prisa en su dilapidacion, y de un modo tan público, que no faltó quien por caridad hablase á la viuda para que se resolviera á arrojar de sí y de su casa á aquel lagarto. La viuda que á pesar de su tontera no dejaba de conocer lo mal que sus cosas caminaban, que se veia con mas hijos, que ya estaba desengañada de que aquel pérfido era casado, y que ya le hostigaba el trato al-

den; y aunque los ganó la viuda hasta con constas, como los que figuraban de acreedores eran unos tahures desnudos de bienes, ella lo perdió todo: y como lo poco que le quedó no lo supo manejar por su suma tontera é ignorancia, á poco tiempo se vió reducida para todos sus gastos á solo los réditos de los capitales de sus hijos, quienes ya crecidos, por el ejemplo pésimo que habian mamado, se prostituyeron, trataron á la madre con desprecio y tan mal, que se separó con sus desgraciados segundos hijos, se redujo al extremo de mendigar con estos el pan por las calles, y acabó su vida en la mas espantosa miseria.»

He contado la historia de la viuda: y como de estas escenas que el mundo nos presenta á cada paso debemos sacar fruto, te encargo Pudenciana, que no olvidando á la viuda y huyendo de su suerte, apreveches esa prudente franqueza de mi hijo Modesto, que quiere siempre estés impuesta de todos los negocios de tu casa, para que si le sobrevives, no tengas la infeliz necesidad de ponerte en manos de un perverso que te arruine, sino que puedas manejarte sola, y hacer la felicidad de tus hijos.

[illegible] Rodrigo instab
Pomposita para que dieran su
gurar los bienes de la segunda
pedida y gastada la mayor part
terminar que se casara Pompos
sentara aunque no fuera título; p
todo el mundo, porque no conoci
crecion, sus muy dignos conte
pensamiento, y se convinieron en
car un hombre de tales tamaños q
y que tuviera para divertirse y
que ellos apetecian para devorar a
mucho en lograr todo lo que deseal

A pocos dias llegó á casa de Euf
del manojito, diciendo á esta y á s
que le acompañaba, tenia el honor d
Raimundo Dedorvora, marques de P
ba de llegar de España con comision
sabedor del raro mérito de Pomposita
dad en el piano, canto, &c. habia te
ponerse á sus órdenes. Aquí fué lo c
tos de etiqueta: á poco [illegible]

Tan pronto como quedaron solas, Eufrosina dijo á Pomposa, que el señor marqués era muy apreciable, pues sobre ser título, tenia las buenas circunstancias de ser español, de buena edad, pues que no pasaria de treinta años, de recomendable figura, y de muy finos modales: y contestando la hija muy conforme en todo, Eufrosina prosiguió diciendo que un hombre como aquel era lo que deseaba para yerno, á que respondió Pomposita, „¿qué sabemos, mamá, lo que Dios dispone? El ha venido por casualidad á buen tiempo, él puede que no sea casado, él me ha mirado con interes, y yo luego le he tomado aficion.»

Al dia siguiente á las doce, ya estaba de visita el señor marqués, que fué muy bien recibido, y como la madre *por.... prudencia y sus ocupaciones* dejó á la hija sola con su señoría, ambos tuvieron la conversacion siguiente.—Señor marqués ¿qué le parece á vd. el reino de México y su capital?—Señorita, lo poco que he visto es muy bueno.—¿Vino vd. solo ó con su familia?—Solo, porque no tengo mas familia que mi mamá muy al borde del sepulcro, y un hermano que quedó encargado de los negocios de casa.—Conque vd. es soltero.—Se deja entender.—¿El marquesado de vd. en que provincia está vinculado?—Parte de las haciendas están en Extremadura, otras en Andalucía, y porcion de casas en la misma corte de Madrid, de las que tengo una muy hermosa de mi ordinaria habitacion á una cuadra distante del real palacio, y otra de campo, en el gran paseo que llaman el Prado.—Y vd. habrá dejado por allá pendientes sus amorcillos.—No señorita, no he sabido lo que es amor hasta esta ciudad.—¡Ola! y de cuando acá está vd. enamorado?—De ayer acá.—¿Y de quien señor marqués? ¿qué muger feliz ha podido mover tan pronto ese corazon que nunca ha amado?—Señorita.... Vd. sí, vd. es la que ha avasallado mi pecho, inspirándome una pasion tan

y vd. no me suplique, sino mándeme

Salió Pomposita y volvió luego co
dose repetir el coloquio, manifestó in
trando á tratar el casamiento quedó a
mo en estos términos. Que como el
empleos en la corte, necesitaba licen
frir esa demora, y no exponerse, se ca
vanas lo mas reservado posible, y ocult
no llamase la atencion: y que como
pronto, y segun las órdenes de S. M.
la Corte, realizarian pronto lo que per
y se marcharian antes de un mes para
aprobado por aquellas locas y tontas,
ron en no decir nada á mi tutor porq
embarazara el casamianto á pretexto d
cencia, para no dejar, como ellas decir
tamentaría.

Tan pronto como quedó esto acor
Raimundo, despues de mil requiebros y
madre é hija, inmediatamente con testi

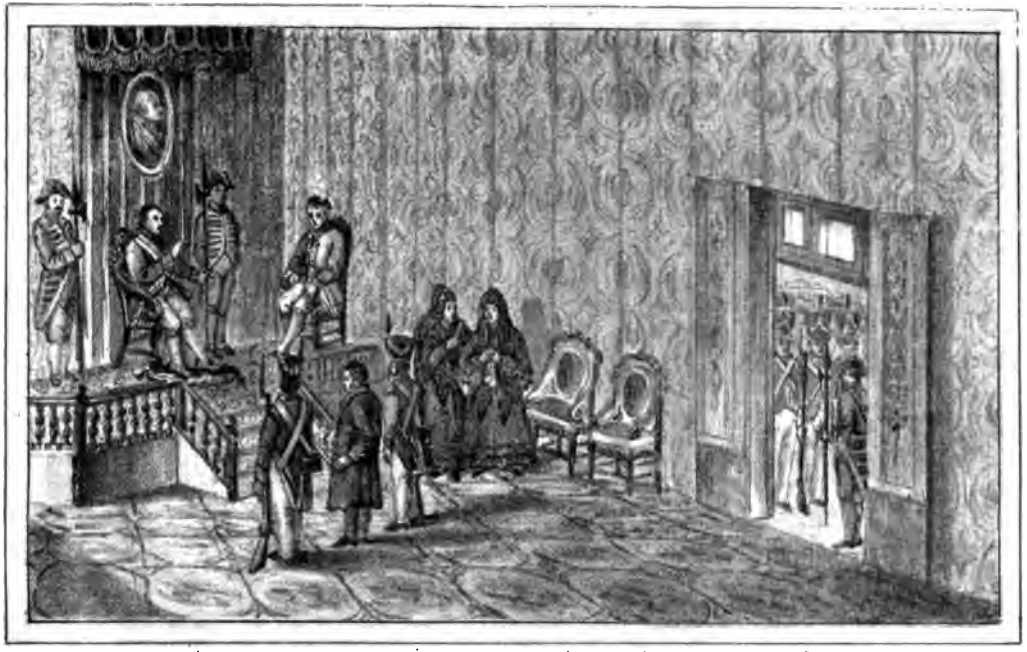
vio un recibimiento seco y de proteccion, le dijo que su hija estaba casada con aquel caballero que le presentaba, y que por lo mismo procediese á entregarle los bienes. D. Rodrigo sin alterarse contestó que el caballero se presentase al juez de la testamentaría con certificacion del casamiento, y pidiendo la entrega de los bienes, que tan pronto como se le mandase haria efectiva. En el acto se hizo el escrito, se presentó, se proveyó, y en los dos dias siguientes quedó hecha la entrega de todo, y mi tutor suficientemente documentado de quedar ya libre de toda responsabilidad, por la pureza de sus manejos y exactitud y claridad de sus cuentas, que no merecieron ningun reparo.

En el momento se buscó traspasador para el cajon y casa, diciendo el marqués que para quince dias que estarian ya en México, en cualquiera posada estaban bien, á lo que nada repugnaron aquellas bestias, que solo pensaban en irse á España, y *tener la dicha de conocer y besar la mano al Rey*, ser damas de la reina, y otra multitud de sandeces con que estaban aturdidas. Se traspasó cajon y casa: el señor marqués dijo que iba á reducir el dinero á letras pagaderas en la Corte, con cuyo pretexto lo introdujo á una casucha que habia tomado dizque provisionalmente entre tanto se marchaban.

Toda esta bulla debia llamar la atencion, y fijarla muy particularmente en D. Raimundo, hasta que el comandante de la Ronda de capa que tenia órden del virey para prender á un gachupin que habian encargado de Madrid, y cuya filiacion tenia hacia mas de año, dió en conocer á nuestro señor marqués, y advirtiendo en él todas las señas, á los veinte dias del casamiento, en la noche, despues de las doce, á cuya hora llegaba él diciendo que venia de dejar al virey, me lo atraparon al tocar su casa y lo llevaron á la real carcel de corte, dando parte inmediatamente al virey, que haciéndolo comparecer

á su presencia, al siguiente dia despues de llamar y examinar á Eufrosina y Pomposita, *se descubrió que el* señor D. Raimundo Dedorvora, *marqués de Peña-Hermosa, era* un *impostor* muy pícaro: que era un famoso *fullero* y *contrabandista* en Cádiz, de cuya cárcel se habia fugado porque estaba *próximo á ser decapitado* por muchos delitos, y entre ellos por *tres homicidios y dos robos*, en que habia sido cómplice su muger legítima que estaba presa: que su verdadero nombre era Timoteo Pantoja, y que el dinero del traspaso del cajon y casa de Pomposa lo habian perdido en el juego entre él y otros amigos suyos á quienes se buscó y no pudieron parecer, y solo si el oficial del manojito que lo llevó á la casa, quien se llamó á engañado, y el reo para salvarlo, así lo confesó. Se formó un proceso sobre los nuevos delitos de Pantoja, y se mandó á Cádiz, donde despues fué ajusticiado lo mismo que su muger. *De estas señoras gachupines* nos vienen en docenas: unos se [illegible] y otros pasan por fatiga y hacen entre [illegible].

S[illegible] [illegible] Eufrosina y la infeliz Po[illegible] y tan avergonzadas, que se hicieron [illegible] ni á nadie, si [illegible] señor marqués las dejó tan sin [illegible] la tonta y brivona madre, facilmente [illegible] exposas del honor y conciencia de su [illegible] sin esperanza alguna de casarse, por [illegible] el chasco, se constituyó en una ra[illegible] vendia con alguna ventaja sus delin[illegible] con la edad que aumentaba, y [illegible] consiguiente á ese ejercicio, se fué poniendo [illegible] tan desenvuelta, que tuvo por necesario concur[illegible] descendiendo á proporcion hasta que fue [illegible] mas miserables y asquerosos, dando de pilon, lo mismo que Eufrosina, en embriagarse, y en toda clase de prostitu-



[illegible] que el Sr. Marques de Peña Hermosa era un impostor, fullero, contrabandista, próximo a ser decapitado por tres homicidios y dos robos.

cion, en cuyo estado ya se nos ocultaron absolutamente, y ni mi tutor ni nadie de su familia, ni yo, hicimos ya mas que encomendarlas á Dios.

El coronel desde las incomodidades que tuvo con Eufrosina y su hija Pomposa, comenzó á enfermarse del estómago, que no lo dejaba tranquilo arriba de uno ó dos dias para volver á molestarlo: el último suceso desgraciadísimo de aquellas mugeres y su posterior conducta, que llegó á saber y sintió muchísimo, lo fué poniendo peor, á pesar de que ya no volvió á mentar ni sus nombres, y todos teniamos cuidado de no recordarle nada. Así pasó dos años, aceptando por instancias y ruegos de su familia algunas medicinas, pues decia que su verdadera é invencible enfermedad eran los sesenta años que llevaba á cuestas.

Apenas entró el mes de marzo de 1821, cuando el cambio de estacion hizo en D. Rodrigo la mayor impresion, y aunque él por no afligir á su amable familia sacaba fuerzas de flaqueza, la naturaleza no le ayudó mas, y el dia dos ya no se pudo levantar: en el estómago nada le paraba, el pecho y las flemas le fatigaban demasiado. Cada uno de la familia propuso un médico: de todos se escogieron los tres mejores, y entre estos señaló mi tutor el que le inclinó mas, pues como en toda su vida no habia padecido enfermedad de cama, sino cosas ligeras que con remedios caseros se quitaban, nunca habia tenido necesidad de médico que se encargara de su naturaleza.

Toda la familia entró en el mayor cuidado y afliccion y mucho mas el dia seis, que estando todos rodeados de su cama, dijo que convencido de que el hombre no debe esperar á los últimos momentos de su vida para disponer de sus cosas, tenia hecho ya su testamento que estaba en la gaveta de su

mesa: que en él declaraba, como era justo, que cuando casó no tenia mas que el rancho en precio muy bajo, que todo el aumento que tenia por la mejora de la casa, por la reunion de tierras que habia comprado, y agua que le habia metido, era todo gananciales durante su matrimonio, lo mismo que cantidad de onzas que tenia en unos secretos del estante de sus libros: que la mitad de todos los gananciales eran de Doña Matilde: que del quinto separados los derechos del entierro y mandas forzosas, se hiciese una particion entre sus criados y sirvientes del rancho, á proporcion de sus familias y necesidades, muy particularmente á su honradísimo viejo y antiguo mayordomo Pascual, en justa remuneracion de su fidelidad y buenos servicios: que ya dejaba ordenado, y nuevamente encargaba á sus albaceas, que lo eran mancomunados Doña Matilde y D. Modesto, que su entierro fuera en el camposanto de Santa María sin pompa ninguna, y sobre lo que les estrechaba la conciencia, siendo su universal heredera Pudencianita: que no dejaba mandado se dijesen misas, porque sabiendo lo que aprovechan en vida, siempre habia procurado buscar eclesiásticos pobres que las dijeran por su intencion y la de su familia: y que á la piedad y amor de esta, dejaba los sufragios que quisieran hacer por su alma.

Esta manifestacion nos hizo á todos derramar abundantes lágrimas, y cada uno sin articular palabra se llegó á abrazarlo. Todos nos distribuimos las horas del dia y de la noche para asistirlo, y como hasta los chiquitos de Pudenciana rogaron con lágrimas les diesen parte en el cuidado de su amado papá grande, como siempre le decian, se les señaló una hora por la mañana y otra en la tarde, las que desempeñaban con tal amor, empeño y caridad, que á todos nos enterrecian, y aun al enfermo, que rasados de agua sus ojos los acariciaba, besaba, y llenaba de bendiciones. La distribucion de horas fué inutil, porque aunque el que estaba de turno se estaba

allí, todos iban con frecuencia á ver qué se le ofrecia y estarse largo tiempo, y particularmente las muy ejemplares. Matilde y Pudenciana que á porfia se esmeraban en cumplir con su deber, y que no siendo bastantes nuestras persuasiones para que fueran á acostarse, no se conseguia hasta que el coronel se los mandaba, y entonces salian á la pieza inmediata, y se recostaban á dormitar en un colchon que tenian allí con el objeto de no alejarse de su querido enfermo.

Era un asombro ver llegar á visitar al enfermo y su familia, multitud de personas distinguidas por su religiosidad, singularizándose el coronel D. J. Y. O. que entonces era alcalde 1.° quien á pesar de sus ocupaciones iba con frecuencia, y todos ofrecian sus servicios. De varios conventos y casas particulares le llevaron porcion de santos que mandó se le pusieran en una mesa frente de su cama; pero mas le llevaron el dia doce, y como tambien le mandó á S. Vicente Ferrer una parienta que tenia religiosa en la Concepcion, cuando metí la imágen, como me quedé allí un rato, me dijo como sonriéndose: „Querido Joaquin, esto está malo.» Yo sobresaltado le pregunté ¿por qué,? y él con mucha calma me respondió: „Porque ya sabes, hijo mio, que el dia de todos Santos es víspera de Muertos.» Ese dia por disposicion del facultativo se sacramentó con la mayor devocion.

Al siguiente que era en el que cabalmente cumplia los setenta años de edad, amaneció muy entero, y en la mañana nos hizo concebir las mejores esperanzas; pero dadas las doce, se fué poniendo mas malo, de manera que entramos en el mayor cuidado, y tanto, que D. Modesto mandó cerrar el cajon y que se fueran á casa los cajeros. Todos acudimos, y mientras venia el médico que ya se habia mandado llamar, preveniamos para aliviarlo los remedios que allí estaban de la receta de la mañana; pero nuestro enfermo decia: „ningunos

de la casa, para que vinic
tributar á su amigo el postrer
Matilde y la tierna hija Pudenc
suministrando al enfermo cuant
ble estado, con tanta solicituc
viejo exclamó: „¡Oh, y que con
do de tantos verdaderos amigos
mas ejemplar de las esposas, y d
todos los bendigo de corazon en
con el consuelo de que por la virt
ta á mi adorada Matilde. ¡Eh! á l
siempre en la voluntad de la Pro
la muerte con tranquilidad, qué
ria que espero de la Divina mise
virtuoso anciano en el momento de
ta su postrer instante habló á todo
con la mayor presencia de ánimo;
litándose por grados, no le faltó en
suspiro, que exhaló en punto de las t

Entonces se manifestó en un grit
que el silencio habia sofocado en
Todos llorábamos

el sepulcro una tumba, sobre la cual en una losa se grabó el siguiente

EPITAFIO.

En la inerte ceniza que reserva
El breve hueco de esta losa helada,
De un volcan de piedad acrisolada
El pábulo dichoso se conserva.
Aunque su llama por la furia acerba
De la Parca, parece sufocada,
Allá en el firmamento colocada,
Está burlando su intencion proterva.
Muevan, espectador, tu triste llanto,
Un sol de caridad enardecida,
Un héroe de virtud acreditada:
Un varon justo, religioso y santo,
Un modelo ejemplar de vuena vida;
Un todo de piedad que ya hoy es nada.

SE RECIBEN SUSCRICIONES.

EN MÉXICO.

En la librería de Recio, Portal de Mercaderes número 7, al precio de 2 reales el cuaderno, pagaderos en el acto de la entrega.

FUERA.

Puebla	D. José Mariano Castillero y D. Marcelino Gonzalez.
Querétaro.	D. Jose María Carrillo.
Guanajuato.	D. Gregorio Jimenez.
Guadalajara	D. Juan María Brambila.
Leon	D. José María Lovéto.
Durango	D. José María Rodalleras

de oir este disparate, sin conocer que se trataba de Pomposa, y concibiendo el estado infeliz en que estaria, en el momento se dejó lo que faltaba del almuerzo, y parándose D. Modesto como distraido, gritó: „Que saquen el coche, y vamos por mi hermana Pomposita.» Las señoras preguntaron á la muger si estaba tambien con ella la madre de la enferma, y ella contestó: „Conque cróque dicen que ya se murió.» Salido el coche, montamos D. Modesto, las dos señoras y yo, pues aunque se hizo instancia á la muger para que subiera, no se pudo conseguir, y se fué á pié guiando al cochero, porque no sabia dar las señas de su casa, y nos condujo á una accesoria del callejon de la Chiquihuitera, en donde sin mas ajuar que el *tlecuili* y tres *tepalcates*, encontramos á la desventurada Pomposita, en una cama que formaban dos petates de tule rotos, en el suelo, cubierta con asquerosísimos andrajos, y hecha nn esqueleto, de manera que no la habriamos conocido, si ella no hubiera rompido en un fuerte llanto luego que nos vió, llamando con voz dolorida y penetrante á todos y cada uno, pidiendo por amor de Dios que olvidásemos su conducta y le tuviésemos compasion. Doña Matilde y Pudenciana sin asco á su deplorable estado, ni temer á la enfermedad, se arrojaron á aquel miserable lecho, y llenándola de abrazos, le manifestaron que nunca podian olvidar lo que les pertenecia, y que procurarian tratarla segun su deber, y que de su conducta no se acordase mas que para arrepentirse de ella, y pedirle á Dios perdon.

Mirando que, á lo que parecia, no estaba en disposicion de que se pudiera mover, se mandó al cochero fuera violentamente por el Dr. G....y como entretanto, deseosos de saber de Eufrosina, preguntaran por ella á la enferma, dando esta un profundo suspiro y como ahogándose en su pecho un acerbo dolor, exclamó: „¡Ah, mi madre infeliz, causa primaria de nuestros males, ya no existe! ¡Ella ha dado cuenta de sus dias y de los mios, en el tremendo tribunal de la Divina Justicia!

murió hace dos meses en el hospital de S. Andres.... Todos estábamos anegados en llanto, y cuando algo nos serenamos, Pomposa prosiguió: „Aunque vds. no pueden apreciar la historia de nuestros últimos dias, y sin embargo de que ella no es honrosa ni agradable, para que sirva de ejemplo y escarmiento á los padres de familia sin prudencia ni juicio, y á los jóvenes que con tiempo no aprovechan lo poco que se les enseña y las lecciones que da el mundo, pido á Dios me dé aliento para poderla relatar aunque en breve, y á vds. sufrimiento para escuchar procederes lamentables y vergonzosos. Ya saben hasta el casamiento que mi inconsiderada ligereza y vil interes de mi madre me hicieron celebrar con el perverso que hizo toda mi ruina. Pasado esto, como nos encontramos sin recurso, abandonadas de los buenos amigos, notoria y enormemente infamadas, ya no dimos ningun lugar á la reflexion, y despechadas, yo me prostituí con el apoyo de mi madre: y si los primeros dias pudimos vivir por medio tan inicuo y criminal, bien pronto fué menos útil, porque yo desmerecia diariamente, y atacadas de hambre, nos relacionamos con públicas rameras, con quienes concurrí á toda clase de lupanares, descendiendo á proporcion hasta á los mas miserables. En uno de estos me comuniqué y trabé ilícita amistad con un soldado de Guanajuato, que desertó á poco tiempo con la mira de que nos fuéramos á su tierra, segun él decia; pero ántes de esto combinado con un M. R. y otros tan malvados como él, hicieron un robo de consideracion, que mi madre y yo ocultábamos en la parte que tocaba al desertor: y como no tardara en descubrirse, nos prendieron y llevaron á la cárcel de corte, donde negamos nuestros nombres poniéndonos otros. Mi madre sobre su edad y anteriores padecimientos, ya no pudo sufrir, como yo, en la prision las hambres, miserias, hediondez, y demas plagas de la cárcel: ya no pudo resistir, y cayendo á los seis meses muy mala en una cama de fiebre, tuve

ɔlor de verla salir para el hospital, y saber despues que ha-
muerto. Yo continué en la prision, donde me fuí enfer-
ıdo mas de lo que estaba, hasta que habrá quince dias que
nandaron poner en libertad, dándome por compurgada de la
plicidad en el robo. Yo salí sin saber adonde iba, echan-
menos la compañia de mi madre, cuya falta me hizo co-
ɔcer mas lo horrible de mi situacion, y sin discurir el mo-
le remediarla, por no tener ni á quien volver mis ojos, pues
la vergüenza no me dejaba buscar á vds. ni queria volver
prostitucion, andando maquinalmente, al pasar por esta
ı ví en la puerta á su dueña, é inspirándome alguna con-
za su exterior, le rogué me diera posada que con generosi-
me franqueó al momento. Como por esta franqueza y
dad con que en medio de su pobreza me socorria con al-
alimento se hiciera acreedora á mi confianza, le conté al-
le mi vida, la muerte de mi madre y la familia á que per-
:cia; pero rogándole que guardase secreto, pues que me mo-
ı de vergüenza á la vista de ustedes. Mas ella que me ha
o mas enferma cada dia á resulta de mi conducta y pade-
ientos, habrá solicitado á ustedes y avisádoles por cari-
. Dios sabe cómo y por qué ordena todos los acontecimientos del mundo. A mí no me toca mas que pedir á su
ɣestad me perdone mis innumerables culpas, y á ustedes
disgustos y pesares que les he dado.... ¡O muerte! ¡Qué
ible es tu aspecto para quien acibaró su vida con las va-
ıdes é indigestos placeres del mundo, y que jamás levantó
:eramente el corazon á su Criador! ¡Oh si mis dias....!»

)esvaneciose á estas palabras. Cayó privada, y quedo in-
ɾil por algunos instantes y sin sentido alguno. Volvió á
o, pero la calentura se le habia agravado notablemente y
ıenzaba á delirar, á tiempo que llegó el médico, y recono-
ıdola dijo que era traerle la muerte mas violenta, el sacar-
le allí como queria su familia: que sobre un gálico irreme-

SE RECIBEN SUSCRICIONES.

EN MÉXICO.

En la librería de Rocio, Portal de Mercaderes número 7, al precio de 2 reales el cuaderno, pagaderos en el acto de la entrega.

FUERA.

Puebla	D. José Mariano Castillero y D. Marcelino Gonzalez.
Querétaro.	D. José María Carrillo.
Guanajuato.	D. Gregorio Jimenez.
Guadalajara	D. Juan María Brambila.
Leon	D. José María Loveto.

su alma porcion de misas, y se sepultó en el panteon de S. Pablo, y en su sepulcro se puso el siguiente

EPITAFIO.

Detente y mira, viagero,
Esta ceniza asquerosa
Que formaba de Pomposa
El atractivo hechicero.
Por él, abrió ella el sendero
Que la llevó al precipicio,
Desplomando un edificio
Que mas hubiera durado,
A no ser precipitado
Por la falta de buen juicio.

D. Modesto, de acuerdo con madre y esposa, para compensar su caridad á la pobre vieja que habia recogido y socorrido á Pomposa, le regaló la cama y cuanto habia llevado para su asistencia, le dieron alguna ropa y le señalaron un socorro de doce pesos cada mes. Así obraba esta ejemplar familia, que con los muy buenos principios que tuvo y supo aprovechar y sus naturales generosos sentimientos, hizo su felicidad, así como la de todas las personas que la rodeaban.

A pocos dias de la muerte de Pomposa, me encontré casualmente con dos de los colegiales que le pusieron el sobrenombre de Quijotita, que eran cabalmente Sanson Carrasco que ya era eclesiástico y cura de T.... y el Zorro que estaba recibido de abogodo, é impuestos del fin triste de Pomposa, y de lo que lo habia ocasionado, con aquel su humor alegre y bu-

fon que no habian perdido, le compusieron un epitafio qu cia así:

Quijota, ¿de qué sirvieron
Tus monadas y embelesos,
Si al fin reducida á huesos
Todas tus gracias se vieron?
¡En polvo se convirtieron
Tus formas tan esquisitas!
Desengaño, mugercitas,
Pensad con mas madurez,
En lograr buena vejez,
Negada á las *Quijotitas*.

El licenciado Narices, que habia continuado conm communicacion, haciéndole una visita é informándole de timosa muerte de nuestra Quijotita, le hizo tambien u tafio, que si mal no me acuerdo decia así.

Nihil aliud est vita nisi fumus.

Yaces, muger, reducida
En este sepulcro frio,
Sin valerte ni tu brio
Ni tu hermosura mentida.
En esto para una vida
Inmoral, desarreglada,
Que temprano fué enviciada
Por caprichosos contentos,
En que olvidó los momento-
De reducirse a la nada.

He dado fin á la historia de la célebre Quijotita, de las que por desgracia hay muchas en todas partes. ¡Ojalá que lo que he dicho sea bastante para que reformen su conducta, para que hagan su felicidad, la de sus esposos y familia! y pareciéndome útil al intento, regalo á las señoras con unas máximas que de puño y letra de mi finado tutor el señor coronel D. Rodrigo Linarte, se encontraron entre sus papeles, y son las siguientes.

La muger que obedece á su marido, esa lo manda.

Cuando la muger asiste á su oficio, el marido la ama, la familia anda en concierto, aprenden virtud los hijos, reina la paz doméstica, y la hacienda crece.

Una muger puede estar segura del corazon de su marido, en tanto que ella lo está de su paciencia.

En los negocios de su familia, y no en los del estado, es donde una muger debe manifestar su talento y su prudencia.

Muger: no quieras parecerte al hombre. Los dos sexos no deben de tener nada de comun entre sí.

La muger casada guarde tal moderacion y compostura que solo en su cintura se conozca que ya no es vírgen.

No aspires á dominar á tu marido, conténtate con tener una dulce influencia sobre su corazon. Sé para él aquella tierna luz, aquella pacífica claridad que luce en los campos Elíseos.

Muger recien casada: no abuses dol ascendiente de tu sexo y edad sobre tu jóven esposo. Tarde ó temprano él volverá á tomar su carácter, y teme que al cesar de ver en tí su querida, no te halle ni aun digna de ser su compañera.

Si quieres que tu marido permanezca siempre á tu lado, haz de modo que no encuentre en otras partes tantas gracias, modestia, dulzura y terneza como en tu casa.

Jóven casada: si deseas vivir en paz, evita el querer tener siempre razon con tu marido.

Sea la esposa, la hermana de su marido enfermo.

Esposa ofendida: no seas vengativa. El perdon de injuria embelleçe á la misma Vénus.

Yo que habia visto en la familia de Pomposa tan sensi desengaños de lo que es el mundo, no queriendo experim arlo mas, me di por muerto.

LA QUIJOTITA Y SU PRIMA.

POR EL

Pensador Mexicano.

CUARTA EDICION
corregida, mejorada y adornada, con veinte láminas finas.

4.ª ENTREGA.

MÉXICO.
LIBRERÍA DE RECIO Y ALTAMIRANO, PORTAL DE MERCADERES N.º 7.

Imprenta de Vicente García Torres.—1842.

Cap. VII. *En el que se refiere el modo con que el coronel enseñó á escribir y contar á su niña, y una conversacion que tuvo con su esposa*..... 99
Cap. VIII. *En el que se refiere la disputa que trabó el coronel con el licenciado Narices, y la defensa que hizo de las mugeres*..... 109
Cap. IX. *Refiere el cura los versos, y se traba sobre la profanidad de las mugeres, y el modo con que puede ser lícito en ellas el adorno*..... 124
Cap. X. *En el que se cuenta la caritativa conferencia que tuvieron estas señoras acerca de sus maridos, y la célebre aventura que por una de ellas sufrió un viejo enamorado*..... 140
Cap. XI. *Que trata de la primera educacion de los niños, y de otras cosas que no disgustarán al lector*..... 159
Cap. XII. *En el que el coronel discurre sobre lo útil que seria que las mugeres aprendiesen algun arte ú oficio*

fundamentos mas sólidos de nuestra religion: recibe el Bautismo y va á la Habana á negocios de comercio.... 232

Cap. XVII. *Descubre Adelaida los amores de Carlota á su padre: se indigna este, y le hace recibir por fuerza el hábito de monja: pasa el año del noviciado, y llega Welster la víspera de la profesion..... 253*

Cap. XVIII. *En el que concluye la historia de Jacobo y de Carlota..... 270*

Cap. XIX. *Discurre el coronel sobre el estado religioso, y comienza á instruir á su hija acerca del matrimonio.*

Cap. XX. *En el que se refiere la conferencia de Pomposita con una amiga suya, y el solemne modo con que los colegiales le pusieron por nombre* Quijotita..... 29[illegible]

Cap. XXI. *En el que se cuenta una conversacion que tuvo el coronel con su sobrina Pomposa, y la gran cólera que hizo esta cuando supo que le habian puesto* Quijotita..... 301

Cap. XXII. *Tan pequeño como interesante á los que lo leyeren..... 312*

Cap. XXIII. *En el que se trata de la historia de Irene.* 315

Cap. XXIV. *En el que continúa la historia de Irene..* 330

Cap. XXV. *En el que se dà razon de las famosas exequias con que honraron la muerte de Pamela, Doña Eufrosina y la niña Quijotita..... 344*

Cap. XXVI. *En el que continúa el coronel instruyendo á su hija acerca del matrimonio..... 365*

Cap. XXVII. *En el que sigue la disputa que el coronel tuvo con la beata..... 385*

Cap. XXVIII. *En el que se refiere la conversacion de*

ta la historia de una viuda..... 494
Cap. XXXVIII. *Violento y desastrado casamiento de Pomposa: ruina de su casa: prision de su marido: desengaño de quien era este, y prostitucion de madre é hija. Muerte del coronel*..... 502
Cap. XXXIX *y último. Duelo de la familia del coronel, y gran trato de su viuda. Noticia de Pomposita y su muerte*. 512

NOTA.

Como el Pensador Mexicano dejó esta obra sin concluir, no puede saberse cual hubiera sido la division que habria adoptado finalmente; pero la que se hizo en las anteriores ediciones, no se podia seguir en esta, que siendo de carácter de letra mas menuda, cada uno de los cuatro tomos en que estaba antes dividida, hubiera sacado cosa de cincuenta hojas, lo que á mas de lo desproporcionado del volúmen de cada tomo aumentaría considerablemente á los señores suscritores el costo de la encuadernacion. Por esta razon se adoptó la idea de publicar la obra en un tomo solo, siguiendo en toda ella sin interrupcion el órden natural de los capítulos y las páginas, sin que se entienda por esto que se ha tratado de corregir en esta parte al autor, que la dividió con proporcion á tomos de 8.° y de lectura gorda, y sin duda él mismo lo habria dispuesto de otro modo, si hubiera pensado en una edicion como la presente.—*E*.

SE RECIBEN SUSCRICIONES.

EN MÉXICO.

En la librería de Recio, Portal de Mercaderes número 7, al precio de 2 reales el cuaderno, pagaderos en el acto de la entrega.

FUERA.

Puebla	D. José Mariano Castillero y D. Marcelino Gonzalez.
Querétaro.	D. José María Carrillo.
Guanajuato.	D. Gregorio Jimenez.
Guadalajara	D. Juan María Brambila.

LA QUIJOTITA Y SU PRIMA.

POR EL

Pensador Mexicano.

CUARTA EDICION
corregida, mejorada y adornada, con veinte láminas finas.

4.ª ENTREGA.

MÉXICO.
LIBRERÍA DE RECIO Y ALTAMIRANO, PORTAL DE MERCADERES N.º 7.

Imprenta de Vicente García Torres.—1842.

SE RECIBEN SUSCRICIONES.

EN MÉXICO.

En la librería de Recio, Portal de Mercaderes número 7, al precio de 2 reales el cuaderno, pagaderos en el acto de la entrega.

FUERA.

Puebla	D. José Mariano Castillero y D. Marcelino Gonzalez.
Querétaro.	D. José María Carrillo.
Guanajuato.	D. Gregorio Jimenez.
Guadalajara	D. Juan María Brambila.

DA

QUIJOTITA Y SU PRIMA,

POR EL

Pensador Mexicano.

CUARTA EDICION

corregida, mejorada y adornada con veinte láminas finas.

5.ª ENTREGA.

MÉXICO.

LIBRERÍA DE RECIO Y ALTAMIRANO, PORTAL DE MERCADERES N.º 7.

Imprenta de Vicente García Torres.—1842.

SE RECIBEN SUSCRICIONES.

EN MÉXICO.

En la librería de Rocio, Portal de Mercaderes número 7, al precio de 2 reales el cuaderno, pagaderos en el acto de la entrega.

FUERA.

Puebla	D. José Mariano Castillero y D. Marcelino Gonzalez.
Querétaro.	D. José María Carrillo.
Guanajuato.	D. Gregorio Jimenez.
Guadalajara	D. Juan María Brambila.
Leon	D. José María Loveto.
Durango.	D. José María Rodallegas.
Oajaca	D. José Antonio Alberdi.
Veracruz	D. José Vidal.
Toluca	D. Manuel Fernandez.
Zamora.	D. Ignacio Garcia.
Orizava.	D. Manuel Segura.
Jalapa.	Sres. Elías é hijos.
Zacatecas.	D. Domingo Carral.
S. Luis Potosi.	D. Mateo Rada.

VALE DOS Y MEDIO REALES.

SE RECIBEN SUSCRICIONES.

EN MÉXICO.

En la librería de Recio, Portal de Mercaderes número 7, al precio de 2 reales el cuaderno, pagaderos en el acto de la entrega.

FUERA.

Puebla	D. José Mariano Castillero y D. Marcelino Gonzalez.
Querétaro.	D. José María Carrillo.
Guanajuato.	D. Gregorio Jimenez.
Guadalajara	D. Juan María Brambila.
Leon	D. José María Loveto.
Durango	D. José María Rodallegas.
Oajaca	D. José Antonio Alberdi.
Veracruz	D. José Vidal.
Toluca	D. Manuel Fernandez.
Zamora.	D. Ignacio Garcia.
Orizava.	D. Manuel Segura.
Jalapa	Sres. Elías é hijos.
Zacatecas	D. Domingo Carral.
San Luis Potosí. . . .	D. Mateo Rada.

VALE DOS Y MEDIO REALES.

LA

QUIJOTITA Y SU PRIMA,

POR EL

Pensador Mexicano.

CUARTA EDICION

corregida, mejorada y adornada con veinte láminas finas.

6.ª ENTREGA.

MÉXICO.

LIBRERÍA DE RECIO Y ALTAMIRANO, PORTAL DE MERCADERES N.º 7.

Imprenta de Vicente García Torres.—1842.

SE RECIBEN SUSCRICIONES.

EN MÉXICO.

En la librería de Recio, Portal de Mercaderes número 7, al precio de 2 reales el cuaderno, pagaderos en el acto de la entrega.

FUERA.

Puebla	D. José Mariano Castillero y D. Marcelino Gonzalez.
Querétaro.	D. José María Carrillo.
Guanajuato.	D. Gregorio Jimenez.
Guadalajara	D. Juan María Brambila.
Leon	D. José María Loveto.
Durango.	D. José María Rodallegas.

LA

QUIJOTITA Y SU PRIMA,

POR EL

Pensador Mexicano.

CUARTA EDICION
corregida, mejorada y adornada con veinte láminas finas.

7.ª ENTREGA.

MÉXICO.
LIBRERÍA DE RECIO Y ALTAMIRANO, PORTAL DE MERCADERES N.º 7.

Imprenta de Vicente García Torres.=1842.

[redacted]

SE RECIBEN SUSCRICIONES.

EN MÉXICO.

En la librería de Recio, Portal de Mercaderes número 7, al precio de 2 reales el cuaderno, pagaderos en el acto de la entrega.

FUERA.

Puebla	D. José Mariano Castillero y D. Marcelino Gonzalez.
Querétaro.	D. José María Carrillo.
Guanajuato.	D. Gregorio Jimenez.
Guadalajara	D. Juan María Brambila.
Leon	D. José María Loreto

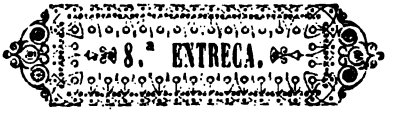
LA QUIJOTITA Y SU PRIMA,

POR EL

Pensador Mexicano.

CUARTA EDICION

corregida, mejorada y adornada con veinte láminas finas.



MÉXICO.

LIBRERÍA DE RECIO Y ALTAMIRANO, PORTAL DE MERCADERES N.º 7.

Imprenta de Vicente García Torres.—1842.

SE RECIBEN SUSCRICIONES.

EN MÉXICO.

En la librería de Recio, Portal de Mercaderes número 7, al precio de 2 reales el cuaderno, pagaderos en el acto de la entrega.

FUERA.

Puebla	D. José Mariano Castillero y D. Marcelino Gonzalez.
Querétaro.	D. José María Carrillo.
Guanajuato.	D. Gregorio Jimenez.
Guadalajara	D. Juan María Brambila.
Leon	D. José María Loveto.

LA

QUIJOTITA Y SU PRIMA,

POR EL

Pensador Mexicano.

CUARTA EDICION

corregida, mejorada y adornada con veinte láminas finas.

9.ª ENTREGA.

MÉXICO.

LIBRERÍA DE RECIO Y ALTAMIRANO, PORTAL DE MERCADERES N.º 7.

Imprenta de Vicente García Torres.—1842.

QUIJOTITA Y SU PRIMA,

POR EL

Pensador Mexicano.

CUARTA EDICION

corregida, mejorada y adornada con veinte láminas finas.

10.ª ENTREGA.

MÉXICO.

LIBRERÍA DE RECIO Y ALTAMIRANO, PORTAL DE MERCADERES N.º 7.

Imprenta de Vicente García Torres.—1842.

SE RECIBEN SUSCRICIONES.

EN MÉXICO.

En la librería de Recio, Portal de Mercaderes número 7, al precio de 2 reales el cuaderno, pagaderos en el acto de la entrega.

FUERA.

Puebla	D. José Mariano Castillero y D. Marcelino Gonzalez.
Querétaro.	D. José María Carrillo.
Guanajuato.	D. Gregorio Jimenez.
Guadalajara	D. Juan María Brambila.
Leon	D. José María Loveto.

LA QUIJOTITA Y SU PRIMA,

POR EL

Pensador Mexicano.

CUARTA EDICION

corregida, mejorada y adornada con veinte láminas finas.

11.ª ENTREGA.

MÉXICO.

LIBRERÍA DE RECIO Y ALTAMIRANO, PORTAL DE MERCADERES N.º 7.

Imprenta de Vicente García Torres.—1842.

[redacted]

DA

QUIJOTITA Y SU PRIMA,

POR EL

Pensador Mexicano.

CUARTA EDICION

corregida, mejorada y adornada con veinte láminas finas.

12.ª ENTREGA.

MÉXICO.

LIBRERÍA DE RECIO Y ALTAMIRANO, PORTAL DE MERCADERES N.º 7.

Imprenta de Vicente García Torres.—1842.

LA QUIJOTITA Y SU PRIMA,

POR EL

Pensador Mexicano.

CUARTA EDICION

corregida, mejorada y adornada con veinte láminas finas.

13.ª ENTREGA.

MÉXICO.

LIBRERÍA DE RECIO Y ALTAMIRANO, PORTAL DE MERCADERES N.º 7.

Imprenta de Vicente García Torres.—1843.

SE RECIBEN SUSCRICIONES.

EN MÉXICO.

En la librería de Recio, Portal de Mercaderes número 7, al precio de 2 reales el cuaderno, pagaderos en el acto de la entrega.

FUERA.

Puebla	D. José Mariano Castillero y D. Marcelino Gonzalez.
Querétaro.	D. José María Carrillo.
Guanajuato.	D. Gregorio Jimenez.
Guadalajara	D. Juan María Brambila.
Leon	D. José María Loveto.

LA QUIJOTITA Y SU PRIMA,

POR EL

Pensador Mexicano.

CUARTA EDICION
corregida, mejorada y adornada con veinte láminas finas.

14.ª ENTREGA.

MÉXICO.
LIBRERÍA DE RECIO Y ALTAMIRANO, PORTAL DE MERCADERES N.º 7.

Imprenta de Vicente García Torres.—1843.

En la librería de Rivera, portal de

mero 7, al precio de 2 reales el

deros en el acto de la entrega.

FUERA

Puebla	D. José M y D. Ma
Querétaro.	D. José
Guanajuato.	D. Greg
Guadalajara	D. Juan
Leon	D. José
Durango.	D. José
Oajaca	D. José
Veracruz	D. José
Toluca	D. Man
Zamora.	D. Ignac
Orizava.	D. Man
Jalapa.	Sres. El
Zacatecas.	D. Dom
S. Luis Potosí.	D. Mat

LA QUIJOTITA Y SU PRIMA,

POR EL

Pensador Mexicano.

CUARTA EDICION

corregida, mejorada y adornada con veinte láminas finas.

DECIMA QUINTA ENTREGA Y ULTIMA.

MÉXICO.

LIBRERÍA DE RECIO Y ALTAMIRANO, PORTAL DE MERCADERES N.º 7.

Imprenta de Vicente García Torres.—1843.

[redacted]

[redacted]

P 1 3 194